

JUAN

AUTÓNOMA DE NUEVA

CON GENERAL DE BIBLIOTE

QUINTANA

VIDAS  
DE ESPAÑOLES  
CELEBRES

2

DP 58

Q5

v. 2

1841

F. C.



1080012334



# VIDAS

DE

ESPAÑOLES CELEBRES,

*por*

D. Manuel José Quintana.

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MADRID: 1841.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA DE LA SEÑORA VIUDA DE CALLEJA  
Y HIJOS.

DP58

Q5

v.2

1841



ESTE TOMO COMPRENDE

LAS VIDAS DE { VASCO NUÑEZ DE BALBOA.  
FRANCISCO PIZARRO.



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155955

IMPRESA QUE FUE DE FUENTENEbro,  
á cargo de Alejandro Gomez.

### ADVERTENCIA.

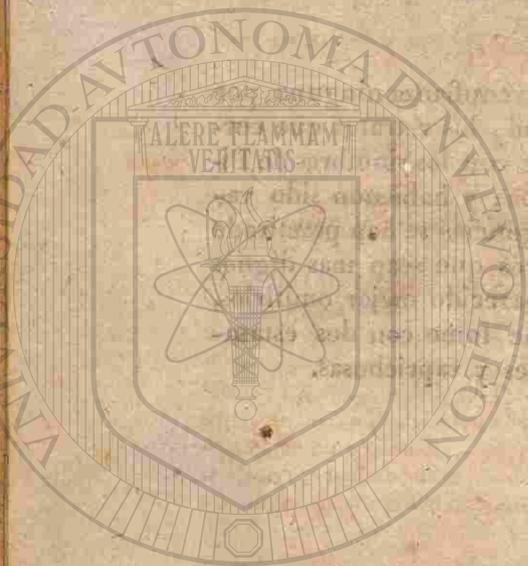
No mereciendo confianza ninguna, por falta de autoridad, los retratos que corren comunmente con los nombres de Pizarro y de Balboa, y habiendo sido vanas cuantas diligencias se han practicado para adquirir otros que sean mas dignos de crédito, ha parecido mejor omitirlos, que recargar este tomo con dos estampas insignificantes y caprichosas.

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



## VASCO NUÑEZ DE BALBOA.



ran pasados ya doce años desde que Colon habia descubierto la Tierra firme de América, y todavía los españoles no tenían en ella ningún establecimiento permanente. Aquel gran navegante, que primero en 1498 recorrió y visitó el nuevo continente por las costas de Paria y Cumaná, intentó cuatro años despues poblar en la de Veragua. Pero la imprudencia de sus compañeros, ayudada de

**AUTORES CONSULTADOS.** *Impresor:* Pedro Martir de Angleria: *De rebus oceanicis et orbe novo decades.* -- Relación de los sucesos de Tierra firme por el Adelantado Pascual de Andagova; impresa últimamente en el tomo 2.º de viajes del señor Navarrete. -- Francisco Lopez de Gomara: *Historia de las Indias.* -- Antonio de Herrera: *Historia de las Indias,* décadas primera y segunda.

**Inéditos.** Algunas relaciones del mismo Balboa. -- Oviedo: *Historia general de Indias,* lib. 29 -- Juan Cristóbal Calvet de Stella: *De rebus Indicis.* -- *Noticias históricas de las conquistas de Tierra firme* por Fr. Pedro Simon. -- Fr. Bartolomé de las Casas: *Historia Cronológica.* -- Diferentes documentos del tiempo respectivos á Vasco Nuñez y Peñarias.

la ferocidad indomable de los indios, le privó de esta gloria; y aquellos pobladores, desamparando la colonia tan luego como empezaron á fundarla, tuvieron que abandonar la empresa á otros aventureros mas felices.

Ya antes en 1501 habia Rodrigo de Bastidas recorrido las costas de Cumaná y Cartagena, sin ánimo de poblar, y solo con el intento de comerciar pacíficamente con los naturales <sup>1</sup>. Despues Alonso de Ojeda, aventurero mas célebre que Bastidas, compañero de Colon, y uno de los españoles mas señalados por la audacia y tenacidad de su carácter, visitó tambien los mismos parages, contrató con los indios, y no pudo, aunque lo intentó, establecerse en el golfo de Urabá, descubierto anteriormente por Bastidas. Pero los contratiempos que habia experimentado en las dos primeras tentativas, no le retrajeron de su propósito, y tercera vez quiso probar fortuna. Él y Diego de Nicuesa fueron á un mismo

<sup>1</sup> Bastidas, de cuyo viaje hay una sumaria relacion en el tomo tercero de los publicados por el señor Navarrete, no se hizo célebre ni como descubridor ni como conquistador; pero su memoria debe ser grata á todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron á los indios con equidad y mansedumbre, considerando aquel pais mas bien como un objeto de especulaciones mercantiles con iguales, que como campo de gloria y de conquistas. *Siempre le cognosci*, decia de él el P. Casas, *ser para con los indios piadoso, y que de los que les habian agraviados blasfemaba*. No es menos ventajosa la opinion de Antonio de Herrera: *En todo aquel viaje no bizo Bastidas ningun enojo á los indios*, dice en el capítulo <sup>1</sup>, lib. 4.<sup>o</sup>, de cada primera. Estos principios de moderacion le acarrearón la muerte: estando de gobernador en Santa Marta, sus feroces compañeros le dieron de puñaladas porque no les dejaba robar y destruir á su voluntad.

tiempo autorizados por Fernando el Católico para poblar y gobernar en la Costa firme de América señalándose por límites de sus jurisdicciones respectivas, á Ojeda desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá; y á Nicuesa desde allí hasta el cabo de Gracias á Dios. Las dos expediciones salieron primero de España, y despues de Santo Domingo, casi á un mismo tiempo. Iba delantero Ojeda, que arribando á Cartagena, perdió en diversos encuentros con los indios muchos de sus compañeros, y tuvo que dar la vela para el golfo, en donde entró buscando el rio Darien, célebre ya entonces por las riquezas que segun fama llevaba. Mas, no siendo hallado entonces, determinó Ojeda fundar sobre los cerros al oriente de la ense- <sup>1510</sup>  
nada un pueblo, que se llamó San Sebastian, y fue el segundo que se asentó por manos europeas en el continente americano.

Su suerte, sin embargo, iba á ser igual á la del primero. Sin provisiones para subsistir mucho tiempo, sin paciencia y sin costumbre de cultivar, los españoles no podian mantenerse sino á fuerza de correrías. Recurso incierto, y mas que incierto peligroso; porque los indios del pais, naturalmente feroces y guerreros, no solo se defendian, casi siempre con ventaja, sino que, terribles con sus flechas enarboladas, los asaltaban á cada momento sin dejarlos reposar. Los bastimentos se acababan, la gente se disminuía con la fatiga y el hambre, y todos desalentados y abatidos con tanto contratiempo, no veían otro término á su miseria que la muerte, ni otro modo de evitarla que la fuga. La única

esperanza de Ojeda era la llegada de Martín Fernández de Enciso, un letrado asociado á su empresa, que se habia quedado en la Isla Española preparando un navio para seguirle. Pero Enciso no llegaba, y los castellanos descontentos y casi amotinados precisaban á su capitán á tomar algun partido. Acordó, pues, salir él mismo á activar la venida del socorro, dejando el mando en su ausencia, ó hasta tanto que llegase Enciso, á aquel Francisco Pizarro, que despues se señaló con tanta gloria y terror en el descubrimiento y conquista de las regiones del Sur. Dió palabra de volver antes de cincuenta dias, y les dijo que si no parecia en aquel tiempo despoblases y se fuesen á donde mejor les pareciese. Esto dispuesto, se embarcó para la Española, perdió el rumbo y fué á dar en Cuba, y por una serie de aventuras, cuya exposicion no es de este lugar, pasó al fin á Santo Domingo, en donde murió de allí á pocos años pobre y miserablemente.

Entre tanto los españoles de San Sebastian viendo pasar los cincuenta dias del plazo sin llegarles socorro alguno, determinaron embarcarse en dos bergantines y volverse á la Española. De doscientos y mas que eran cuando salieron con Ojeda, estaban entonces reducidos á sesenta. Mas estos sesenta no cabian en aquellos buques, y tuvieron que aguardar á que la hambre y la miseria los redujese á menos. No tardó esto en suceder, y entonces se embarcaron. El mar se sorbió al instante uno de los dos navichuelos: Pizarro atemorizado buyó á guarecerse en Cartagena, en cuyo puerto entraba cuando

descubrió á lo lejos la nave de Enciso, que acompañada de un bergantin venia hácia ellos. Esperóla, y Enciso á quien por el título de alcalde mayor que tenia de Ojeda competia el mando en su ausencia, le reasumió y ordenó dar la vela para Urabá. Resistianse aquellos infelices á arrostrar otra vez los trabajos y las miserias que habian allí sufrido: pero Enciso, parte con autoridad, parte con halagos, los hizo al cabo ceder á pesar de su repugnancia. Llevaba consigo ciento y cincuenta hombres, doce yeguas, algunos caballos, armas y buena provision de bastimentos. Llegar empero á Urabá y descubrirse al instante con nuevos infortunios que aquel país no consentia europeos, todo fué uno. La nave de Enciso dió en un vajo y fué en un momento hecha pedazos, perdiéndose casi cuanto en ella venia, menos los hombres que se salvaron desnudos. La fortaleza y casas que habian antes construido estaban reducidas á cenizas. Los indios ciertos ya de su ventaja y de la flaqueza de sus enemigos, los esperaban y los acometian con una audacia y una arrogancia, que no dejaba lugar ni á la paz, ni á la reduccion. Volvieron, pues, las voces de volverse á la Española: dejemos, decian, estas costas mortíferas de donde el mar, la tierra, el cielo y los hombres nos rechazan. Nadie profería palabras que no fuesen de desaliento, ni otros consejos que de pusilanimidad y de fuga. Segunda vez iba á ser abandonado el establecimiento, y acaso para siempre, si en aquella consternacion general no hubiera aparecido en medio de ellos un hombre, que entonces con su aviso volvió á todos el ánimo y la espe-

ranza, y después con su esfuerzo y sus talentos dió consistencia y lustre á la vacilante colonia.

"Yo me acuerdo, dijo Vasco Nuñez de Balboa, que los años pasados viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte del occidente saltamos en tierra donde encontramos un gran río, y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitado por gente que no ponía yerba en sus flechas." Con estas palabras, como resucitando de muerte á vida, todos toman nuevo aliento, y siguiendo en número de ciento á Enciso y á Balboa, saltan en los bergantines, atraviesan el golfo, y buscan en la costa opuesta la tierra amiga que se les anunciaba. El río, el lugar y el país se hallaron tales como los había pintado Vasco Nuñez; y el pueblo fuera al instante ocupado por los españoles, á no salirles al encuentro los indios, que habiendo puesto en salvo sus mejores efectos y sus familias, se situaron en un cerro y animosamente los esperaron.

Eran hasta quinientos hombres de guerra y al frente de ellos Cemaco su cacique, hombre resuelto y tenaz, dispuesto á defender su tierra á todo trance contra aquella nube de advenedizos. Temieron los Españoles el éxito de la batalla, y encomendándose al cielo ofrecieron si conseguían la victoria dar al pueblo que edificasen en aquel país el nombre de Santa María de la Antigua, una imagen en Sevilla de gran veneración. Hizo además Enciso jurar á todos mantener su puesto á muerte ó á vida sin volver la

espalda, y hechas estas prevenciones dió la señal de la batalla. Levantan al instante el grito y con ímpetu terrible se arrojan sobre los indios, que con no menor ánimo los recibieron. Pero los españoles peleaban como desesperados, y las armas desiguales con que combatían no dejaron durar mucho tiempo la refriega, que fué terminada con el estrago y fuga de los salvajes des-pavoridos. Los españoles, alegres con su triunfo, entraron en el pueblo, donde hallaron muchas preseas de oro fino y abundancia de provisiones y ropas de algodón. Corrieron después la tierra, hallaron en los cañaverales del río todos los efectos preciosos que los indios habían allí ocultado; y hechos cautivos los pocos que no pudieron escapar, sentaron tranquilamente su dominación. Envió en seguida Enciso por los españoles que había dejado en la banda oriental del golfo, y todos contentos y esperanzados se pusieron á fundar la villa, que según el voto hecho antes de la batalla, se llamó Santa María de la Antigua del Darien.

El P. Casas en el cap. 63 de su Historia Crónológica dice que en las memorias viejas que él tenía se hallaba pintada de diferente modo esta guerra con los indios. Según ellas los españoles llegaron y fueron recibidos en paz por Cemaco, el cual sabiendo el ansia que tenían por oro, les dió voluntariamente hasta ocho ó diez mil pesos. Preguntado de dónde venía aquel metal, respondió que del cielo. Insistieron, y dijo que las piezas grandes se cogían á distancia de veinte leguas, y las menudas en unos ríos allí cerca. Dijeronle que fuese á mostrarles los parages que indicaba: él lo consultó con sus indios, los cuales le retrajeron de su propósito, diciéndole que si los castellanos encontraban oro nunca se irían de allí. Escondióse el cacique en el pueblo de un vasallo suyo: fueron tras él, le prendieron y le dieron tormento para que descubriese los sitios que buscaban. Vencido de dolor

La conducta de Enciso en estos principios no era desmerecedora del mando y autoridad que ejercia. Pero doce mil pesos, á que ascendia el oro de los despojados, habian excitado en sus compañeros la codicia y la esperanza, y él imprudentemente prohibiendo con pena de la vida que nadie contratase con los indios, contradecia de un modo extraño estas dos pasiones, las mas fuertes de aquellos aventureros. «Es un avaro, decian, que quiere para sí solo toda la utilidad de los rescates, y abusa en perjuicio nuestro de una autoridad que no le corresponde. Puestos ya como estamos fuera de los límites asignados á la jurisdiccion de Ojeda, el mando de su alcaldía mayor es nulo y nuestra obediencia tambien <sup>2</sup>.» Señalábase en este bando de oposicion Vasco Nuñez, á quien la traslacion de la colonia habia ganado crédito entre los mas valientes y atrevidos. Acorde, pues, la mayor parte en su propósito, quitaron el mando á Enciso y determinaron proveerse de un gobierno municipal, formar un cabildo, crear regidores, nombrar alcaldes, y procediéndose á la eleccion recaye-

dijo lo que sabia; y habiéndole soltado recogió la gente que le obedecia y la de sus amigos, y vino sobre los españoles.

Gomara tambien dice que los indios del Darien no acometieron hostilmente á los españoles hasta que los vieron empezar á edificar casas en su propia tierra sin licencia. Véase el cap. 53 de su Historia de las Indias.

*I* Y no decian mal, si verdad era que aquella tierra salia de los dichos términos, como creo sea verdad. Pero cierto mejor dijeron que ni Enciso, ni todos ellos, ni juntado con ellos Ojeda, tenían una punta de alfiler de jurisdiccion, etc.

CASAS: Hist., cap. 64.

ron las varas de justicia en Martin Zamudio y en Balboa.

Los bandos sin embargo no se segregaron con este arreglo. Todavía el partido de Enciso decia que no estaban bien sin una cabeza, y queria que lo fuese él: otros decian que, pues se hallaban en la jurisdiccion de Diego de Nicuesa, se le enviase á llamar y se sujetasen á su mando: otros en fin, y estos entonces eran los mas fuertes, insistian en que el gobierno que se habia formado era bueno, y que en caso de dar el mando á uno solo, Balboa era mejor para mandarlos que otro general cualquiera.

En estas contestaciones se hallaban, cuando de repente oyen atronarse el golfo con los tiros que resonaban á la parte oriental de él. Vieron tambien ahumadas como de gente que hacia señales, y ellos respondieron con otras semejantes. De allí á poco vino á ellos Diego Enriquez de Colmenares, que con dos navios cargados de bastimentos, armas y municiones, y con sesenta hombres habia salido de la Española en busca de Diego de Nicuesa. Echado por las tormentas á la costa de Santa Marta, donde los indios le mataron bastante número de sus compañeros, con los restantes bajó al golfo de Urabá á tomar lengua de Nicuesa, y como no halló á ninguno de los compañeros de Ojeda en el sitio donde pensaba, tomó el arbitrio de disparar la artillería y hacer ahumadas para ver si se le respondía de alguna parte. Las ahumadas y tiros del Darien dirigieron su rumbo á la Antigua, donde, preguntando por la suerte de Nicuesa y no sabiéndosela decir nadie, acordó detenerse y re-

partir con los que allí estaban los bastimentos y armas que traía. Esta liberalidad le ganó los ánimos, y le dió en la villa crédito bastante para hacer preponderar el dictamen de los que querían se llamase á Nicuesa para que los gobernase. Así se acordó en cabildo, y en seguida fueron diputados para el mensaje del mismo Colmenares con Diego de Albitez y Diego del Corral; los cuales se embarcaron al instante, y se dirigieron á la costa de Veragua en demanda de Nicuesa.

Con cinco navios y dos bergantines montados de cerca de ochocientos hombres habia salido de Santo Domingo este descubridor muy poco despues de Ojeda, como ya se dijo arriba. Alcanzóle en Cartagena, ayudóle en sus refriegas con los indios, y despues se separaron uno de otro para ir á sus gobernaciones respectivas. Las diferentes aventuras, y las plagas funestas que cayeron sobre el triste Nicuesa desde que empezó á costear las regiones sujetas á su mando, forman el cuento mas lastimoso, y al mismo tiempo el mas terrible, para escarmiento de la codicia y de la imprevisión humana. Pero como no son de nuestro propósito, baste decir que de todo aquel poderoso armamento con que parecia iba á dar la ley al istmo de América y á todos los países convecinos, no le quedaban al cabo de pocos meses mas que sesenta hombres; los cuales miserablemente fijados en Nombre-de-Dios, á seis leguas de Portobelo, esperaban la muerte por instantes, faltos y desesperados de todo recurso. En tal situación llegó Colmenares y dió á Nicuesa el mensaje que traía del Darien. El cielo parecia que, apiadado de sus trabajos,

queria ponerles un término abriendo aquel camino á su remedio. Su desgracia ó su imprudencia no lo consintió, y aquel llamamiento inesperado fué al fin el dogal funesto con que la fortuna le llevó arrastrando al precipicio.

Las desgracias, que por lo comun hacen prudentes y circunspectos á los otros hombres, habian alterado la noble índole que se conocia en Nicuesa. De festivo, generoso y contenido que antes era, se habia convertido en temerario, desabrido y aun cruel. No bien aceptó la autoridad que los del Darien le daban, cuando, sin haber salido de Nombre-de-Dios, ya los amenazaba con castigos, y decia que les quitaria el oro que sin licencia suya habian tomado en aquella tierra. Disgustóse Colmenares, y mas se ofendieron Albitez y Corral, á quienes como pobladores del Darien tocaban mas de cerca las baladronadas del gobernador. Estos llegaron al golfo un poco antes que Nicuesa, el cual añadió á su loca jactancia el yerro de dejar ir delante á hombres que le anunciaban tan siniestramente. Bramaban los de la Antigua á tal nueva, y la exaltación subió de punto cuando llegó el veedor de Nicuesa, Juan de Caicedo, que tambien resentido de él, acabó de encender la discordia en los ánimos irritados, echándoles en cara la locura que hacian, siendo y viviendo libres, en someterse á un extraño.

Con esto levantaron la cabeza los dos partidos de Enciso y de Balboa, y se unieron como era de esperar en daño del desdichado Nicuesa. Llegó al Darien, y el pueblo le salió á recibir para decirle con gritos y amenazas que no desem-

barcase y que fuese á su gobernacion. Zamudio el alcalde con otros de su valia acaudillaba este movimiento; mientras que Balboa, que secretamente los habia excitado á él, en público manifestaba templanza y moderacion. Sintió Nicuesa desplomarse sobre sí el cielo cuando se vió con aquella imprevista contradiccion. En vano les rogaba que ya que no por gobernador, á lo menos por igual y compañero le admitiesen; y si aun esto no consentian, le metiesen en una prision y le dejasen vivir entre ellos encerrado, pues menos duro le seria esto, que volver á Nombre-de-Dios á perecer de hambre ó á flechazos. Recordóles el enorme caudal que habia expendido en la empresa y los infortunios deplorables que habia pasado. Pero la politica no tiene compasion, ni la codicia oídos: el pueblo cada vez mas irritado no se sosegaba; y él, contra el aviso secreto que le habia enviado Balboa de que no desembarcase sino en su presencia, se dejó engañar de las promesas de algunos y bajó á tierra entregándose en manos de aquellos furiosos. Pusieronle preso, y despues le metieron en un bergantin con órden que saliese de allí al instante y se presentase en la corte. Protestó él contra la crueldad insigne que con él cometian: insistió en la legitimidad de su autoridad y mando en aquella tierra, y les amenazó de quejarse en el tribunal de Dios. Todo fué en vano: embarcado en el navicuelo mas ruin que allí habia, mal provisto de víveres, y acompañado de solos diez y ocho hombres que quisieron seguir su fortuna, salió de aquella inhumana colonia, y se hizo á la mar, sin que ni él ni

Día 1.º  
de marzo  
de 1511.

ninguno de sus compañeros, ni la barca tampoco hayan parecido jamás.

Arrojado Nicuesa, solo quedaba Enciso que pudiese contrarestar la autoridad de Balboa en el Darien. Pero el partido de aquel letrado en la villa era muy débil para poder sostenerse. Vasco Nuñez le hizo cargo de haber usurpado la jurisdiccion, no teniendo titulo para ello sino solo de Alouso de Ojeda, le hizo proceso, le prendió, le confiscó los bienes, y al fin, dejándose vencer del ruego y de la prudencia, le mandó poner en libertad con la condicion de que en el primer navio que saliese se iria á Santo Domingo ó á Europa. Acordaron despues enviar comisionados á una y otra parte para hacer saber los sucesos de la colonia, dar idea de la calidad de la tierra y circunstancias de sus naturales, y pedir socorros de víveres y de hombres. Eligieron para este encargo al alcalde Zamudio y al regidor Valdivia, uno y otro amigos de Vasco Nuñez, y encargados de ganar con presentes la proteccion y favor de Miguel de Pasamonte, tesorero de Santo Domingo, y árbitro casi absoluto entonces en las cosas de América, por la gracia que alcanzaba con el Rey Católico y con su secretario Conchillos. Pero estos presentes ó no llegaron á su poder, ó no fueron bastantes á contentar su codicia: porque no hay duda en que los primeros despachos de Pasamonte al gobierno sobre las cosas del Darien fueron todos tan favorables á Enciso como contrarios á Vasco Nuñez; y en este paso mal dado puede fijarse el origen de las desgracias y catástrofe final de este descubridor. Valdivia quedó en la Isla á

preparar y activar los socorros que necesitaba el Darien, y Zamudio y Enciso vinieron á España á sembrar, el uno alabanzas y el otro querellas contra Balboa.

¿Quién era, pues, este hombre que sin título, sin comision, sin facultades, así sabia influir en sus compañeros, y suplantar á los personajes cuya autoridad era legitima y los derechos al mando incontestables? Tan audaces todos, tan codiciosos como él, tan ambiciosos de poder y mando, ¿por cuál razon se dejaban guiar y dirigir así por un hombre oscuro, privado, menesteroso como el que mas? Era Vasco Nuñez de Balboa natural de Jerez de los Caballeros, de familia de hidalgos, aunque pobre. En España habia sido primeramente criado de don Pedro Puertocarrero, señor de Moguer; y despues se alistó entre los compañeros de Rodrigo de Bastidas para el viaje mercantil que este navegante hizo. Al tiempo de la expedición de Ojeda se hallaba establecido en la Española en la villa de Salvatierra, donde tenia algunos indios de repartimiento y cultivaba un terreno. Cargado de deudas, como los mas de aquellos colonos, y ansioso de gloria y de fortuna quiso acompañar á Enciso, pero se lo estorbaba el edicto del almirante que prohibia salir de la isla á los deudores. Para eludirle se embarcó secretamente sin conocimiento de aquel comandante en su navío, encerrado en una pipa, ó como otros quieren, envuelto en una vela, y no se descubrió hasta que se hallaron en alta mar. Irritóse sobremanera Enciso, amenazándole que le dejaría en la primera isla desierta que encontrasen: pero me-

diaron ruegos de otras personas, Vasco Nuñez se le humilló, y al fin aplacado consintió en llevarle. Era alto, membrudo, de disposicion bizarra y agraciado semblante<sup>1</sup>. No pasaba entonces de treinta y cinco años, y la robustez de sus miembros le hacia capaz de cualquier fatiga, y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el mas firme, su lanza la mas fuerte, su flecha la mas certera: hasta su lebrél de batalla era el mas inteligente y el de mayor poder<sup>2</sup>. Iguales á las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetracion suma, y de una tenacidad y constancia incontrastable. La traslacion de la colonia desde San Sebastian al Darien, debida á su consejo, fué la que empezó á darle crédito entre sus compañeros. Y cuando puesto á su frente y entregado del mando, le vieron ser el primero en los trabajos y en los peligros, no perderse de ánimo nunca, tener en la disciplina una severidad igual á la franqueza y á la afabilidad con que en el trato los agasajaba, repartir los despojos con la equidad mas exacta, cuidar del último de sus soldados como si fuera su hijo ó su hermano, y conciliar del modo mas grato y apacible los deberes y decoro de gobernador y capitán, con los officios de camarada y amigo; la adhesion que entonces le juraron y la confianza que en él pusieron no tuvieron límite ninguno, y todos se da-

<sup>1</sup> Era mancebo de hasta treinta y cinco ó pocos mas años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre, muy entendido y par á sufrir mucho trabajo. CASAS: Hist., cap 62.

<sup>2</sup> Véase sobre el perro la cita de Oviedo en el Apéndice.

ban el parabien de la superioridad que en él reconocian. Pudo considerársele hasta la expulsion de Enciso como un faccioso artero y atrevido, que, ayudado de su popularidad, aspira á la primacia entre sus iguales, y logra á fuerza de intrigas y de audacia desembarazarse de cuantos con mejor título podian disputarle el mando. Mas, despues que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservacion y progresos de la colonia que se habia puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambicion con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinion pública casi á la par con Colon.

Los contornos del nuevo establecimiento estaban habitados por diferentes tribus, bastante conformes entre sí por las costumbres, pero separadas y divididas ya por las guerras que continuamente se hacian, ya por la naturaleza del terreno, áspero, fragoso y desigual. Aunque igualmente valientes y belicosos que los indios de la costa oriental, eran sin embargo los del Darien menos feroces y crueles. Peleaban aquellos con flechas enarboladas, no daban cuartel en la guerra, y se comian los enemigos que rendian: estos preferian pelear de cerca con mazas, macanas ó dardos, no ponian yerba en las flechas de que usaban, y los cautivos que hacian, señalados en la frente, ó con un diente menos, sufrían la servidumbre y no la muerte. Dábase la nobleza entre ellos al que salia herido de la guerra: y recompensado con posesiones, con alguna muger distinguida y con mando militar, era

tenido por mas ilustre que los otros, y trasmittia á sus hijos aquella distincion, con tal que siguiera la profesion de las armas. Obedecian á caciques, que, segun las antiguas relaciones, tenían sobre ellos mas autoridad que la que generalmente lleva consigo la condicion de salvajes. De médicos y adivinos les servian los que llamaban *Tequinas*, especie de embaidores á quienes consultaban en sus enfermedades, en sus guerras, y generalmente en todas sus empresas. *Tuira* llamaban á la deidad que adoraban, y la supersticion en partes pacífica y dulce le presentaba en ofrenda pan, aroma, frutas y flores; en otras cruel y abominable le ofrecia sangre y víctimas humanas.

Tenian sus asientos junto á la orilla del mar y á las márgenes de los rios donde hallaban proporcion de pesquerías. Cultivaban un poco y cazaban tambien, pero el pescado era su sustento principal. Sus casas eran de madera y cañas atadas con bejuco y cubiertas de yerba para defenderse de la lluvia. Llamábanlas *bohíos* cuando estaban sentadas sobre la tierra, *barbacoas* cuando se construían en el aire, fundadas en árboles, y sobre el agua; y tales las habia entre los principales que en la desnudez general de la tierra podian pasar por palacios. Nunca sus lugares eran grandes, y los mudaban frecuentemente de un sitio á otro, segun la necesidad ó el peligro los constreñia.

Andaban los hombres generalmente desnudos, cubierto con un caracol el órgano de la generacion, ó con un estuche de oro. Las mugeres traían unas mantillas de algodón desde la cintura hasta la rodilla, bien que en algunos pa-

rages ni los unos ni los otros se cubrían cosa alguna. Los caciques y principales en ostentacion de dignidad traían á los hombros mantos de algodón. Todos se pintaban el cuerpo con el zumo de la bija ó con tierras de color, principalmente cuando salían á las batallas; se adornaban las cabezas con penachos de plumas, las narices y orejas con caracolillos vistosos, los brazos y piernas con brazaletes de oro. Dejaban crecer el cabello que se tendía libremente por la espalda, y por delante le cortaban sobre las cejas con pedernales. Preciábanse mucho las mugeres de la hermosura y firmeza de sus pechos, y cuando por la edad ó los partos veían que faltaban, se los sostenían con barretas de oro atadas á los hombros y sobaco con cordones de algodón. Hombres y mugeres eran grandes nadadores, y estar continuamente en el agua era uno de sus mas grandes placeres.

Sus costumbres era muy libres, ó por mejor decir corrompidas, si esta calificacion puede convenir á salvages. Los caciques y señores casaban con cuantas mugeres querían; los demás solo con una. Para divorciarse no era necesario mas que la voluntad de entrambos, ó la de un consorte solo, mayormente cuando la muger era estéril, que entonces el marido la dejaba, y á veces la vendía. La prostitucion no era infamia. Las mugeres nobles tenían por máxima que era de villanas negar cosa alguna que se les pidiera, y se entregaban de grado á quien las quería, especialmente si los amantes eran hombres principales. Este gusto de libertinage las llevaba hasta la costumbre inhumana de tomar yerbas para

abortar cuando se sentían preñadas, para no perder el atractivo de sus pechos ni suspender sus placeres, y decían que las viejas pariesen, no las mozas que tenían que divertirse. Sin embargo, estas mugeres tan libertinas y sensuales iban con sus maridos á la guerra, peleaban con ellos, disparaban flechas, y morían valientemente á su lado. Otra abominacion conocían, que era la prostitucion de hombres, y los caciques tenían para sus placeres serrallos de mozos, que luego que eran destinados á este inmundo oficio, se vestían de mugeres, se ejercitaban en los menesteres que ellas, y estaban exentos de guerra y fatigas. Sus diversiones públicas se reducían á *areitos*, especie de danza muy parecida á las de algunas provincias septentrionales nuestras. Uno guiaba cantando y haciendo pasos al compas del canto, los otros le seguían y le imitaban, y entre tanto otros bebían de aquellos licores fermentados que hacían del datil y del maiz; daban de beber á los que bailaban, durando todo horas y aun dias enteros, hasta que fatigados y heudos quedaban sin sentido.

Cuando algun cacique moría, sus mugeres y los criados mas allegados á su persona acostumbraban darse la muerte para servirle en la otra vida, en los mismos términos que antes, creyendo que las almas de los que esto no hacían morían con sus cuerpos ó se convertían en aire. Daban tierra á los muertos; pero en algunas provincias luego que el señor espiraba le sentaban en una piedra, y poniéndole fuego al rededor le enjugaban hasta que quedase la piel y los huesos, y en este estado le colgaban en una estancia re-

tirada que destinaban á este uso, ó le arrimaban á la pared, adornándole de plumas, joyas de oro y aun ropas, y poniéndole al lado de su padre ó antecesor, muerto antes que él. Así, con su cadáver se conservaba su memoria en la familia; y si alguno de ellos perecía, ó se perdía en la guerra, la fama de sus proezas quedaba consignada para la posteridad en los cantares de sus areitos.

Por este bosquejo de las costumbres y política de aquellos naturales se ve la poca resistencia que harían á la sujeción ó al exterminio, si la colonia europea llegaba á consolidarse y progresar. Habíase fundado la villa á las orillas de un río que los españoles tuvieron por el Darien, aunque no era mas que una de sus bocas mas considerables. Tenian al oriente el golfo que los separaba siete leguas de la costa y tribus feroces de los caribes, al norte el mar, al poniente el istmo, y al sur la llanura cortada por los diferentes brazos del Darien y llena toda de anegadizos y lagunas. Para un pueblo que hubiese de afianzar su subsistencia en el cultivo, hubiera bastado el valle que se forma entre las sierras de los Andes y las cordilleras menos altas que orillean la costa desde la boca principal del río hasta la punta occidental del golfo, á quien se dió el nombre de Cabo Tiburon. Este valle excelente para plantíos, y los recursos de pesca y caza que presentaban el golfo, los ríos, y los montes convecinos, eran mas que suficientes para contentar y mantener á otros aventureros menos codiciosos y mas quietos. Pero el ansia de los españoles era descubrir países, adquirir

oro, subyugar naciones, y para esto tenían que luchar no solo con los pueblos indómitos y errantes que poblaban el istmo, sino con la calidad del país mucho mas áspero y terrible que ellos. Y si á esto se añade la guerra que continuamente hacian á la salud y complexion europea el calor y humedad constante del aire y las lluvias grandes y frecuentes, se verá que solo el teson mas incontrastable y la robustez mas firme podian bastar á sostenerse y superar tan grandes dificultades.

En el tiempo que duraron las contiendas sobre el mando iban y venian los indios al Darien, llevaban provisiones y las trocaban por cuentas, cuchillos y bujerías de Castilla. No los llevaba allí solamente la codicia del rescate; iban tambien á espiar, y deseando que los advenidizos les dejasen libre su tierra, les ponderaban la abundancia y las riquezas de la provincia de Coiba, distante treinta leguas de allí, al poniente. Vasco Nuñez envió primero á descubrir á Francisco Pizarro, que se volvió despues de haber tenido una corta refriega con un tropel de indios acandillados por Cemaco; y despues salió él mismo al frente de cien hombres en la direccion de Coiba. Mas no hallando en muchas leguas indio ninguno ni de guerra ni de paz, yermo y des poblado el país con el terror difundido á la redonda, tuvo que volverse á la Antigua sin sacar fruto alguno de esta expedicion segunda.

Envio despues dos bergantines por los españoles que habian quedado en Nombre-de-Dios, los cuales á su vuelta tocaron en la costa de Coiba, y allí vieron venir á ellos dos castellanos

desnudos y pintados de bija, á la usanza india. Eran marineros de la armada de Nicuesa, que en el año anterior se habian salido del navío de aquel desgraciado comandante cuando pasó en demanda de Veragua. Hospedados y regalados por el cacique de la tierra, habian permanecido allí todo aquel tiempo, aprendido la lengua y examinado las circunstancias y recursos del país. Pintáronle á los navegantes como rico y abundante de oro y todo género de provisiones; y en seguida se acordó que uno de los dos se quedase con el cacique para servir á su tiempo, y el otro se fuese con ellos al Darien á dar noticia de todo al gobernador.

Bien conoció Balboa cuánto se le venia á las manos con la adquisicion de este intérprete, y así despues que se hubo informado por él de cuantas circunstancias necesitaba para conocer la gente á quien queria atacar, ordenó que se apercibiesen para la expedicion ciento y treinta hombres, los mas vigorosos y dispuestos. Proveyóse de las mejores armas que habia en la colonia, de los instrumentos propios para abrirse paso por las malezas de los montes, y de las mercancías útiles en los rescates, y embarcado en dos bergantines dió la vela para Coiba. Llegado allá salta en tierra y busca la mansion de Cáreta, que así se llamaba el cacique. Cáreta esperóle sabiendo que iba en su busca; y á la demanda que se le hizo de provisiones para la tropa de la expedicion y para los colonos del Darien, respondió sosegadamente: *Que cuantas veces habian los extrangeros pasado por su tierra, tantas los habian provisto de los bastimen-*

*tos que necesitaban; pero que á la sazón nada podia dar por la guerra en que se hallaba con Ponca, un cacique vecino suyo: que nada habian sembrado, nada cogido, y estaban por consiguiente tan menesterosos como ellos.* Manifestóse Vasco Nuñez, por consejo de sus intérpretes, satisfecho de esta respuesta, bien que no diese crédito ninguno á ella. Tenia el indio á sus órdenes dos mil hombres de guerra, y reputó mas seguro vencerle por sorpresa que atacarle de frente. Hizo, pues, demostracion de volverse por donde era venido; pero á la media noche revolvió sobre el pueblo, arrolló y mató cuanto se le puso delante, hizo presa del cacique y de su familia, y cargando en los bergantines cuantas provisiones habia en el lugar, lo llevó todo al Darien. Cáreta así escarmentado, se resignó á su destino y se humilló á su vencedor. Rogóle que le dejase ir libre, que admitiese su amistad; y ofreció dar á la colonia bastimentos en abundancia, con tal que los españoles le defendiesen contra Ponca. Estas condiciones no podian dejar de agradar al caudillo castellano, que ajustó así la paz y la alianza con aquella tribu; siendo prenda de ella una hermosa hija del cacique, que él presentó á Balboa para que la tuviese por muger, y él la aceptó y quiso siempre mucho.

Con esto los dos aliados se apercibieron para ir contra Ponca, el cual no osando esperarlos se refugió á los montes, y dejó desierta su tierra, que fué saqueada y destruída por indios y españoles. Pero Balboa, dejando para mas adelante la conquista, ó como entonces se decia, la pa-

cificacion del interior, volvió á la ribera del mar, donde para la seguridad y subsistencia de la colonia le convenia mejor tener amigos ó esclavos. Era vecino de Cáreta un cacique á quien unos llaman Comogre, otros Panquiaco, gefe de hasta diez mil indios, entre ellos tres mil hombres de pelea. Deseaba él, oida la fama de valientes que tenian los castellanos, tratarlos y conocerlos; y habiéndose presentado como medianero de esta nueva amistad un indio principal, deudo de Cáreta, Vasco Nuñez, que no quiso perder la ocasion de adquirirse un amigo, fue á verle con los suyos. Luego que el cacique supo que llegaba, le salió á recibir seguido de sus vasallos mas principales, y acompañado de sus hijos, que eran siete, habidos en diversas mugeres, y todos ya mancebos. Fue grande la cortesía y agasajo que usó con sus huéspedes, los cuales fueron alojados en diferentes casas del pueblo y provistos de víveres en abundancia, y de hombres y mugeres que los sirviesen. Lo que mas llamó la atencion fue la habitacion de Comogre, que segun las memorias del tiempo, era un edificio de ciento y cincuenta pasos de largo, y ochenta de ancho; fundado sobre postes gruesos, cercado de un muro de piedra, y en lo alto un zaquizami de madera vistoso y bien labrado. Dividíase en diferentes compartimientos, tenia sus despensas, sus bodegas y su panteon para los muertos; puesto que allí fue donde los españoles yieron por la primera vez secos y colgados, como se dijo arriba, los cadáveres de los abuelos del cacique.

Hacia los honores del hospedaje el hijo ma-

yor de Comogre, que era el mas discreto y sagaz de sus hermanos. Este presentó un dia á Vasco Nuñez y á Colmenares, á quienes por su porte conoció eran los gefes de los demás, setenta esclavos y hasta cuatro mil pesos de oro en diferentes preseas. Fundióse al instante el oro y empezóse á repartir el resto, separado el quinto para el rey. La reparticion produjo una disputa que dió ocasion á voces y amenazas. Lo cual visto por el indio, arremetiendo de improviso á las balanzas en que el oro se pesaba, y arrojando uno y otro al suelo: *¿Por qué reñir, les dijo, por tan poco? Si es tanta vuestra ansia de oro que por ella desamparais vuestra tierra y venis á inquietar las agenas, provincia os mostraré yo donde podais á manos llenas contentar ese deseo. Mas para ello os conviene ser mas en número de los que venis, porque teneis que pelear con reyes poderosos que defenderán vigorosamente sus dominios. Hallareis primeramente un cacique muy rico de oro, que reside á distancia de seis soles; luego vereis el mar que está hácia aquella parte, y señalaba al Mediodia: allí encontrareis gentes que navegan por él en barcas á remo y vela, poco menores que las vuestras; y esta gente es tan rica que come y bebe en vasos hechos de ese metal que tanto codiciais.* Estas palabras célebres, conservadas en todas las memorias del tiempo, y repetidas por todos los historiadores, fueron el primer anuncio que los españoles tuvieron del Perú. Maravilláronse de oirlas, y empezaron á indagar del mancebo mas noticias respecto de los paises

que decia. Él insistió en que necesitaban ser mil hombres cuando menos para subyugarlos, se ofreció á servirlos de guia, á ayudarlos con la gente de su padre, y puso su vida en prendas de la verdad de sus palabras.

A tales nuevas Balboa, exaltado con la perspectiva de gloria y de fortuna que se le presentaba delante, creyéndose ya á las puertas de la India Oriental, que era el objeto deseado del gobierno y de los descubridores de entonces, determinó volver cuanto antes al Darien á alegrar á sus compañeros con tan grandes esperanzas, y á hacer los preparativos necesarios para realizarlas. Detúvose sin embargo algunos dias con aquellos caciques; y la amistad que tenia con ellos se estrechó de tal modo que uno y otro se bautizaron con sus familias, tomando en el bautismo Cáreta el nombre de Fernando, y Comogre el de Carlos. Volvió en seguida al Darien rico con los despojos de Ponca, rico con los regalos de sus amigos, y mas rico todavía con las esperanzas hermosas que le presentaba el porvenir.

A esta sazón, despues de seis meses de ausencia, arribó el regidor Valdivia con una carabela cargada de bastimentos. Traía además grandes promesas del almirante de socorrerlos abundantemente de víveres y hombres luego que llegasen navíos de Castilla. Pero los socorros que trajo Valdivia se consumieron muy luego; las sementeras, ahogadas con los temporales y avenidas, no les prometian recurso ninguno, y volvieron á hambrear como solian. Acordó, pues, Balboa hacer correrías en tierras mas apartadas,

pues ya estaban gastados y consumidos los contornos de la Antigua, y enviar á Valdivia á la Española á hacer saber al almirante las noticias que tenia del mar del Sur y de las riquezas de aquellas regiones. Llevó Valdivia quince mil pesos que pertenecian al rey de su quinto; y el encargo de pedir los mil hombres que necesitaba, así para la expedición, como para sostenerse sin necesidad de exterminar las tribus y caciques enemigos; pues de otro modo, siendo tan pocos les era preciso, si no querian perecer, asolar y matar cuanto no se les sometiese. Pero estos encargos hechos á Valdivia, con los ricos presentes de oro que los principales del Darien le dieron para sus amigos, se perdieron en el mar, donde sin duda fueron sumergidos el comisionado y la embarcacion en que iba, pues no se volvió á saber de él.

A la partida de Valdivia siguió inmediatamente la expedición por el golfo y el reconocimiento de la tierra situada á la extremidad interior de él. Allí estaba el dominio de Dabaibe, de cuyas riquezas se hacian grandes ponderaciones, principalmente de un ídolo y de un templo que se suponía de oro. Allí se habia refugiado Cemaco con los indios de su obediencia, y no habia perdido el deseo ni la esperanza de arrojar de su país á los salteadores que se lo usurparon. Montó, pues, Balboa ciento y setenta hombres bien armados en dos bergantines al mando suyo y de Colmenares, y subió con ellos por el golfo arriba hasta llegar á las bocas del rio. El escaso conocimiento que los españoles tenian aun del terreno y de las circunstan-

cias de aquel gran caudal de agua, les hizo creer que era diferente del Darien, y le dieron el nombre de *el rio grande de san Juan*, por su magnitud y por el dia en que le descubrieron. Pero en realidad el que bañaba la poblacion de la Antigua y aquel no eran mas que un solo rio, que naciendo á trescientas leguas de allí, detras de la cordillera de Anserma á la banda del Sur, corre casi directamente al septentrion atropellando con la impetuosidad de su curso cuanto se le pone delante. Va unido con el Cauca hasta llegar á las sierras ásperas y quebradas de Antioquia; pero divididos por ellas, el Cauca va á perder su nombre en el de la Magdalena, con el cual junta sus aguas, mientras que el Darien ceñido por las cordilleras de Abaibe mas cercanas, y enriquecido con sus muchas aguas y con las que recoge de la parte de Panamá, sigue su curso hasta llegar á las cercanías del golfo. Tiéndese allí por las llanuras formando anegadizos y pantanos; y dividiendose en diferentes bocas, que ya mas, ya menos, todas son navegables para botes, desagua por ellas en el mar, cuyas ondas endulza por el espacio de algunas leguas. Sus aguas son cristalinas, su pesca abundante y saludable. Llamósele al principio Darien, acaso del nombre de algun cacique que allí encontraron Bastidas ú Ojeda cuando le descubrieron primero: los ingleses y holandeses le han dado en los últimos tiempos el de Atrato; y con las tres denominaciones de Darien, Atrato y san Juan le designan indistintamente la historia y la geografia.

Entrados en él Vasco Nuñez y Colmenares

reconocieron algunos de sus brazos y las diferentes poblaciones que hallaron á sus orillas. Los indios al verlos venir las desamparaban ó eran fácilmente arrollados en su débil resistencia: mas las esperanzas de que la codicia española se alimentaba, no se lograron entonces; y tal cual alhajueta de oro y algunos pocos bastimentos fueron los solos despojos que consiguieron en aquella fatigosa correría. Lo mas singular que en ella vieron fueron los barbacoas de la tribu de Abebeiba. Cubierta la tierra de aguas en aquel paraje no consiente que se pongan habitaciones sobre ella, y los indios habian construido sus moradas sobre las palmas elevadas que allí crecen. Esta especie de edificios dió mucho que admirar á los castellanos. Nido habia de estos que ocupaba cincuenta ó sesenta palmas, donde podian abrigarse hasta doscientos hombres. Estaban divididos en diferentes compartimientos para dormir, para rancho y para despensa. Los vinos los tenian debajo de tierra al pie, para que con el movimiento no se torciesen. Subíase arriba por unas escalas que pendian de los árboles, á cuyo uso estaban tan acostumbrados que hombres, mujeres y muchachos andaban por ellas con cualquiera carga encima con tanta agilidad y despejo como por el suelo. Tenian al pie sus canoas en que salian á pescar por aquellos rios, y cuando la familia se recogía alzaban las escalas y dormian seguros de fieras y de enemigos.

Quando llegaron los castellanos á la barbacoa de Abebeiba estaba él recogido en ella y alzadas las escalas. Diéronle voces para que baja-

se sin miedo, pero negóse á hacerlo diciendo que él en nada les habia ofendido, y que le dejasen en paz. Amenazáronle con derribarle á hachazos los árboles de la casa, ó con ponerles fuego; y añadiendo la accion á la amenaza, empezaron á hacer saltar astillas de los troncos de las palmas. Bajó entonces el cacique con su muger y dos hijos, quedando el resto de su familia arriba. Preguntáronle si tenia oro, y dijo que no, porque para nada lo necesitaba, y viendose importunado les dijo que iria tras de unas sierras, que de lejos se descubrían, á buscarlo y á traerlo. Dejaronle ir quedando en rehenes la muger y los hijos, pero él no volvió á parecer. Balboa despues de reconocer otras muchas poblaciones, todas abandonadas de sus dueños, bajó á buscar á Colmenares, á quien habia dejado atrás, y unido con él dió la vuelta para el Darien, dejando un presidio de treinta soldados en la poblacion de Abenamaguey, uno de los caciques vencidos, para guardar la tierra y que los indios no se rehiciesen.

Esto no bastó sin embargo á contenerlos: porque los cinco régulos, cuyas tierras habian sido corridas y saqueadas, formaron una confederacion y se dispusieron á caer con todas sus fuerzas sobre la colonia, cuando los españoles estuviesen mas descuidados. La conspiracion se tramó con el mayor secreto, y los de la Antigua hubieran perecido todos á no haberse descubierto el peligro por una de aquellas incidencias mas propias de las novelas que de la historia, y que sin embargo no han dejado de ser frecuentes en los acontecimientos del nuevo mundo.

Tenia Balboa una india á quien por su belleza, y tal vez por su carácter, amaba mas que á sus demás concubinas. Un hermano de ella, disfrazado con el hábito de otros indios pacíficos que llevaban prisioneros á los nuestros, iba y venia á visitarla y á procurar su libertad. Y teniendo por segura la destruccion de los europeos, la dijo un dia que estuviese sobre aviso y cuidase de sí propia, que ya los príncipes del pais no podian sufrir por mas tiempo la insolencia de los advenedizos, y estaban resueltos á caer sobre ellos por mar y por tierra. Cien canoas, cinco mil guerreros, provisiones abundantes acopiadas en el pueblo de Tichiri, eran preparativos suficientes para conseguir lo que ansiaban; y en esta seguridad los despojos estaban repartidos, los cautivos demarcados. Dijola cuál seria el dia del asalto, y se fué aconsejándola que se retirase á parte segura para no ser envuelta en el estrago general.

No bien se vió sola, cuando de amor ó de miedo descubrió á Balboa cuanto habia oido. Hízola él llamar á su hermano bajo el pretesto de que queria irse con él; y venido, fué preso y puesto en el tormento para que declarase lo que sabia. Repitió el infeliz lo que habia dicho á la muger, añadiendo que ya anteriormente Cemaco habia tratado de dar muerte á Vasco Nuñez, y que para eso habia apostado guerreros suyos disfrazados de trabajadores en una de sus labranzas. Pero intimidados por la yegua que montaba el gobernador y por la lanza que llevaba, no se habian atrevido á ejecutarlo: lo cual visto por Cemaco, habia buscado mejor

medio de venganza en la liga y conspiracion con los otros caciques ofendidos.

Patente así todo, Balboa marchó por tierra con setenta hombres, y Colmenares por agua con otros tantos á sorprender á sus enemigos. El primero no halló á Cemaco donde pensaba, y si solo un pariente suyo con otros pocos indios que se trajo prisioneros al Darien. Colmenares fué mas feliz, porque sorprendió á los salvajes en Tichiri, cogió allí al caudillo nombrado para la empresa con otros indios principales, y mucha gente inferior. Perdonó á la muchedumbre, pero á su vista hizo asaetear al general y aborcar á los señores; quedando los indios tan escarmentados con este castigo, que no osaron en adelante levantar el pensamiento á la independencia.

Tratóse luego de enviar nuevos diputados á España para dar cuenta al rey del estado de la colonia, y de camino pedir en la Española los auxilios que necesitaban, por si acaso Valdivia no hubiese podido llegar, como así habia sucedido. Dicese que Balboa queria para sí esta comision, ó ambicioso de ganarse la gracia de la corte, ó temeroso de que le hallase en el Darien el castigo de su usurpacion. No lo consintieron sus compañeros, diciéndole que sin él quedaban desamparados y sin gobierno: á él solo respetaban y seguian con gusto los soldados, á él solo temian los indios. Sospechaban tambien que, salido de allí, no querria volver á padecer los trabajos que continuamente venian sobre ellos, como ya habia sucedido con otros. Por tanto eligieron á Juan de Caicedo, veedor que habia si-

do de la armada de Nicuesa, y á Rodrigo Enriquez de Colmenares, hombres los dos graves, expertos en negocios, y seguidos de la estimacion general. De estos creian que desempeñarían bien su encargo y volverian; porque el uno se dejaba allí á su muger, y Colmenares habia comprado mucha hacienda y labranzas en el Darien, prendas unas y otras de confianza y de adhesion al país. No siendole, pues, posible á Balboa ausentarse del Darien para mirar por sí mismo, trató de ganarse á lo menos la gracia del tesorero Pasamonte, y es probable que fuese en esta ocasion cuando le envió aquel rico presente de esclavos, piezas de oro y otras alhajas de que habla el licenciado Zuazo en su carta al señor de Chievres <sup>1</sup>. Tambien llevaron los nuevos procuradores con el quinto que pertenecia al rey, un donativo que le hacia la colonia, y mas felices que los anteriores, salieron del Darien á fines de octubre y llegaron á España en mayo del año siguiente.

Sucedió á su partida un ligero disturbio, que aunque pareció al principio que iba á destruir la autoridad de Vasco Nuñez, sirvió á consolidarla mas. Bajo el pretexto del abuso que Bartolomé Hurtado hacia de la privanza del gobernador, se alborotaron Alonso Perez de la Rúa y otros facciosos. Su verdadero intento era apoderarse de diez mil pesos que estaban enteros y repartirlos á su antojo. Despues de algunas contestaciones en que hubo arrestos y animosidad bastante, los malcontentos trataron de

<sup>1</sup> Esta carta se verá en los apéndices á la vida de fray Bartolomé de las Casas, que se publicará en el tomo III.

sorprender á Vasco Nuñez y ponerle en prision, Súpolo él, y se salió del pueblo como que iba á caza, previendo que, apoderados aquellos turbulentos de la autoridad y del oro; de tal modo abusarian de uno y otro que los buenos le habian de llamar al instante. Así sucedió: dueños del caudal Rúa y sus amigos, se portaron con tan poca cordura en el reparto, que los colonos principales afrentados y avergonzados, viendo la inmensa distancia que habia de aquella gente á Vasco Nuñez, alzaron el grito, se arrojaron á los cabos de la sedicion, los prendieron, y llamaron á Balboa, cuya autoridad y gobierno volvieron á reconocer de nuevo.

Llegaron en esto de Santo Domingo dos navíos cargados de bastimentos, con doscientos hombres al mando de Cristobal Serrano, entre ellos ciento y cincuenta de guerra. Todo lo enviaba el almirante, y Balboa en particular recibió el título de gobernador de aquella tierra, enviado por el tesorero Pasamonte, que se suponía autorizado para hacer estas provisiones, y ya le era tan favorable como antes le habia sido contrario. Lleno de gozo con el título y con el socorro, y seguro de la obediencia de todos, dió libertad á los presos, y determinó salir por la comarca y ocupar la gente en expediciones y descubrimientos. Mas cuando estaba haciendo los preparativos vino á acibararle su satisfaccion una carta de su amigo y compañero Zamudio, en que le avisaba de la indignacion que las quejas de Enciso y los primeros informes del tesorero habian excitado contra él en la corte. En vez de agradecerle sus servicios se le trataba de usur-

pador y de intruso, se le hacia responsable de los daños y perjuicios que su acusador reclamaba, y el fundador y pacificador del Darien estaba mandado procesar por los cargos criminales que se le hacian.

Pero estas nuevas aciagas, en vez de abatir su espíritu, le dieron nueva osadía y le impelieron á empresas mayores. ¿Daria lugar á que otro, aprovechándose de sus fatigas, descubriese el mar del sur y le arrebatase la gloria y las riquezas que esperaba? Faltabanle á la verdad los mil hombres que se necesitaban para aquella expedicion; pero su arrojo, su pericia y su constancia le daban aliento para emprenderla sin ellos. Borraria así con tan señalado servicio los defectos de su usurpacion primera; y si la muerte le atajaba en medio del camino, moriria trabajando en bien y gloria de su patria, y libre de la persecucion que le venia encima. Lleno, pues, de estos pensamientos y resuelto á seguirlos, habló y animó á sus compañeros, escogió ciento y noventa los mas bien armados y dispuestos, y con mil indios de carga, algunos perros de pelea, y las provisiones suficientes, se hizo á la vela en un bergantín y diez canoas.

Arribó primero al puerto y tierra de Cáreta, <sup>1.º de septiembre</sup> de 1513. donde fue acogido con las muestras de amistad y el agasajo consiguiente á sus relaciones con aquel cacique, y dejando allí su escuadrilla tomó el camino por las sierras hácia el dominio de Ponca. Habiase fugado este régulo como la vez primera: pero Vasco Nuñez, que ya habia adoptado la política que le convenia, deseaba componerse amigablemente con él, y á este fin le

envió algunos indios de paz que lo aconsejasen volviere á su pueblo y no temiese nada de los españoles. Volvió en efecto, fué bien acogido, presentó en don algun oro, y recibió en cambio cuentas de vidrio, cascabeles y otras bujerías. Pidióle además el capitán español guías y gente de carga para viajar por las sierras, que el cacique proporcionó gustoso, añadiendo provisiones en abundancia, con lo cual se separaron amigos.

No fué tan pacífico el paso á la tierra de Quarequá, cuyo señor Torecha receloso de la invasion y escarmentado con lo que habia sucedido á sus convecinos, estaba dispuesto y preparado para recibir hostilmente á los castellanos. Salió un enjambre de indios al camino, que feroces y armados á su usanza, empezaron á increpar á los extranjeros, preguntándoles á qué iban por allí, qué buscaban, y amenazándoles con su perdición si pasaban adelante. Los españoles avanzaron sin curarse de sus fieros: entonces se dejó ver el régulo al frente de la tribu vestido de un manto de algodón y seguido de sus principales cabos, y con mas ánimo que fortuna dió la señal del combate. Acometieron los indios con grande ímpetu y vocería; pero aterrados primero con el rigor y los estallidos de las ballestas y escopetas, fueron fácilmente despues destrozados y ahuyentados por los hombres y los lebreles que se arrojaron á ellos. Quedó muerto el régulo en la refriega con otros seiscientos mas, y los españoles allanado aquel obstáculo entraron en el pueblo, que fué despojado de todo el oro y prendas de valor que en él

habia. Allí fué donde encontraron á un hermano del cacique y á otros indios vestidos de muges, y empleados en el uso inmundo de que se hizo mencion arriba. Cincuenta fueron los que en este traje y por esta causa fueron abandonados á los álanos, que los hicieron en un instante pedazos, con grande satisfaccion de los salvajes, los cuales, segun se cuenta, traían de lejos al castigo á otros muchos miserables de aquella especie. Debíó la tierra con estos ejemplares quedar tan pacífica y sumisa, que Balboa dejó en ella los enfermos que traía, despidió los guías que le dió Ponca, y tomando allí otros nuevos siguió su camino hácia las cumbres.

La lengua de tierra que divide las dos Américas no tiene en su mayor anchura arriba de diez y ocho leguas, y en algunos parages se estrecha hasta solas siete. Y aunque desde el puerto de Cáreta hasta el punto á que se dirigian los españoles no haya á lo sumo mas que seis dias de viaje, ellos gastaron veinte, y no es de extrañar que así fuese. La gran cordillera de sierras que atraviesa de norte á sur todo el continente nuevo, y le sirve como de reparo contra los embates del océano pacífico, atraviesa tambien el istmo del Darien, ó mas bien le compone ella sola con las fragosas cimas que han podido salvarse del naufragio de las tierras adyacentes. Tenian, pues, los descubridores que abrirse camino por medio de dificultades y peligros que solo aquellos hombres de hierro podian arrostrar y vencer. Aquí tenian que penetrar por bosques espesos y enmarañados, allá atravesar pantanos fatigosos donde cargas y

hombres miserablemente se hundian: ahora se les presentaba una agria cuesta que subir, luego un precipicio profundo y tajado que bajar; y á cada paso rios rápidos y profundos, solo practicables en balsas mezquinas ó en puentes trémulos y endebles: de cuando en cuando la oposicion y resistencia de los salvajes, siempre vencidos, pero siempre temibles; y sobre todo la falta de provisiones, que, agregada al cansancio y al cuidado, abatía y enfermaba los cuerpos, y desalentaba los ánimos.

En fin, los quarequanos que iban guiando muestran de lejos la altura desde donde el deseado mar se descubria. Balboa al instante manda hacer alto al escuadron, y él se adelanta solo á la cima de la montaña. Llegado á ella lleva ansioso la vista al mediodia, el mar austral se presenta á sus ojos, y sobrecogido de gozo y maravilla cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar, y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado á aquel insigne descubrimiento. Hizo luego señal á sus compañeros para que subiesen, y mostrándoles el magnífico espectáculo que tenian delante, vuelve á arrodillarse y á agradecer fervorosamente el beneficio. Lo mismo hicieron ellos, mientras que los indios atónitos no sabian á qué atribuir aquellas demostraciones de admiracion y de alegría. Anibal en la cima de los Alpes enseñando á sus soldados los campos deliciosos de Italia no pareció, segun la ingeniosa comparacion de un escritor contemporáneo <sup>1</sup>,

<sup>1</sup> *Hannibale Italiam et alpina promontoria militibus ostendente ferocior.* PEDRO MARTIN: Década tercera, lib. 1.<sup>o</sup>

ni mas exaltado, ni mas arrogante, que el caudillo español puesto ya en pie, recobrado el uso de la palabra que el gozo le tenia embargada, y hablando así á sus castellanos: *Allí veis, amigos, el objeto de vuestros deseos y el premio de tantas fatigas. Ya teneis delante el mar que se nos anunció, y sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que se nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habeis visto esas playas y esas ondas: vuestros son sus tesoros, vuestra sola es la gloria de reducir esas inmensas é ignoradas regiones al dominio de vuestro rey y á la luz de la religion verdadera. Sedme, pues, fieles como hasta aquí, y yo os prometo que nadie en el mundo os iguale en gloria ni en riquezas.* Todos alegres le abrazaron, y todos prometieron seguirle hasta donde quisiese llevarlos. Cortan luego un árbol grande, y despojándole de sus ramos, forman de él una cruz que fijaron en un túmulo de piedras sobre el mismo sitio en que se descubria el mar. Los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles, y en medio de aplausos y gritos alborozada descenden de la sierra y se encaminan á la playa.

Llegaron á unos bohios que cerca se descubrian, poblacion de un cacique llamado Chiapes, el cual intentó defender el paso con las armas. El ruido de las escopetas y la ferocidad de los lebreles dispersaron en un punto aquella tropa, cogiéndose muchos cautivos. De estos y de los guias quarequanos se enviaron algunos que ofreciesen á Chiapes paz y amistad segura

si venia, ó exterminio y ruina de pueblo y de sembrados. Persuadido de ello vino el cacique y se puso en manos de Balboa, que le recibió con mucho agasajo. Trajo oro, presentó oro, y recibió en cambio vidrios y cascabels, con lo cual amansado y contento no pensaba mas que en agasajar y regalar á los extranjeros. Allí despidió Vasco Nuñez á los quareguanos, y dió orden para que los enfermos que se habían quedado en aquella tierra viniesen á encontrarle. Entre tanto envió á Francisco Pizarro, á Juan de Ezcaray y á Alonso Martin á descubrir por la comarca y á buscar los caminos mas breves para llegar al mar. El último fué quien llegó antes á la playa, y entrándose en unas canoas que acaso estaban allí en seco, dejó subir la marea, flotó así un poco sobre las ondas, y con la satisfaccion de haber sido el primer español que habia entrado en el mar del sur, se volvió para Balboa.

Bajó en fin este con veinte y seis hombres al mar, y llegó á la ribera al empezar la tarde del dia 29 de aquel mes. Sentáronse todos en la playa á esperar que el agua creciese por estar á la sazón en menguante: y cuando las ondas volvieron con ímpetu á cobrar tierra y llegaron á donde estaban, entonces Balboa armado de todas armas, llevando en una mano la espada y en la otra una bandera en que estaba pintada la imagen de la Virgen con las armas de Castilla á los pies, levantóse y empezó á marchar por medio de las ondas, que le llegaban á la rodilla, diciendo en altas voces: *vivan los altos y poderosos reyes de Castilla: yo en su nombre tomo posesion de estos ma-*

*res y regiones: y si algun otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algun derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.* Respondieron los concurrentes con aclamaciones al juramento de su capitán, y se votaron á la muerte para defender aquella adquisicion contra todos los reyes y príncipes del mundo. Extendióse el acto por el escribano de la expedicion Andrés de Valderrábano<sup>1</sup>; el ancon en que se solemnizó se llamó *golfo de san Miguel* por ser aquel su dia; y probando el agua del mar, derribando y cortando árboles, y grabando en otros la señal de la cruz, se creyeron dueños efectivos de aquellas regiones con estos actos de posesion, y se retrajeron al pueblo de Chiapes.

Volvió despues Balboa su atencion á reconocer el pais comarcano, y á ponerse de inteligencia con los caciques que le señoreaban. Pasó en canoas un rio grande que por allí desagua, y se dirigió á las tierras de un indio que llamaban Cuquera. Quiso este resistirse; pero escarmentado con el daño que recibió en el primer encuentro, aunque de pronto huyó, se redujo al fin á venir á pedir amistad y paz al capitán español, persuadido de algunos chiapeses que Balboa le envió al intento. Trajo consigo algun oro, pero lo que llamó mas la atencion de los españoles fué una considerable porcion de perlas de que tambien les hizo presente. Preguntado dónde se cogian, dijo que en una de las islas que se veían sembradas por el golfo, y la seña-

<sup>1</sup> Véase el apéndice.

ló con la mano. Quiso Vasco Nuñez reconocerla al momento y mandó preparar las canoas para la travesía. Pero los indios mas expertos que él en la condicion de aquellos mares, empezaron á disuadirle de aquel intento, aconsejándole que lo dejase para estacion mas benigna. Estaban á fines de octubre, y la naturaleza entonces se presentaba en aquel país con el aspecto mas fiero y espantoso. El furor de los vientos embravecidos y de las tempestades asordaba la esfera y echaba por el suelo los bobios: los rios, crecidos con las lluvias y salidos de madre, arrastraban consigo peñascos y arboledas; y el mar tempestuoso bramando horriblemente entre las isletas, peñascos y arrecifes, de que el golfo está lleno, quebraba sus ondas en ellos, y amenazaba con naufragio y muerte inevitable á los atrevidos que se aventurasen á navegarle.

Pero el ánimo intrépido de Balboa desconocia los peligros, y su impaciencia no le permitia dilacion. Con sesenta castellanos tan arrojados como él se lanzó en el mar en unas canoas donde tambien se embarcó Chiapes, que no quiso desampararle. Mas apenas habian entrado en el golfo cuando embravecida la mar les hizo arrepentirse de su arrojo temerario. Acogiéronse á una isleta, saltaron en tierra, y dejaron por consejo de los indios ligadas las canoas unas con otras. Creció el mar, cubrió la isla, y pasaron la noche con el agua hasta la cintura. Al amanecer se encontraron las barcas, hechas pedazos unas, abiertas otras y llenas de agua y arena, sin comestibles ni equipaje alguno de los que dejaron en ellas. Calafatearon como pudie-

ron las canoas hendidas con yerba y cortezas de árboles machacadas, y así volvieron á tierra hambientos y desnudos.

El rincón del golfo en que arribaron estaba dominado por Tumaco, un cacique que tambien quiso resistirse como los otros y tuvo el mismo desengaño. Huyó, y en su fuga le alcanzaron los chiapeses que le envió Balboa para persuadirle que se viniese de paz á él y le manifestasen cuan amigo era de sus amigos, y cuan terrible á los que se le resistian. No quiso Tumaco fiar su persona á las promesas de sus emisarios, y envió á un hijo suyo, que agasajado y regado por Vasco Nuñez con una camisa y otras bagatelas de Castilla, fué restituido á su padre. Entonces él blandió y se vino para los españoles: y, ó fuese movido de su buen trato, ó porque se lo aconsejó Chiapes, envió luego un criado suyo á su bobio, y de él trajeron en don á los castellanos hasta seiscientos pesos en diferentes joyas de oro, y doscientas cuarenta perlas gruesas, sin otro gran número de menudas. Dilatóse el ánimo de los codiciosos aventureros con aquel tesoro, y ya les pareció que se acercaba el cumplimiento de las esperanzas que el hijo de Comogre les habia dado. Solo les dolia que el oriente de las perlas, por haber sido sacadas al fuego, no fuese mas puro. Pero esto tenia remedio, y el cacique fué tan bien tratado por aquella generosidad, que envió á sus indios á pescar mas, y en pocos dias trajeron hasta doce marcos de ellas.

Allí fué donde vieron adornadas las cabezas de los remos de las canoas con perlas y aljofar

engastados en la madera, de que se maravillaron mucho, y á petición de Balboa se extendió por testimonio, sin duda para que así se diese crédito á lo que pensaba escribir de la opulencia del país al gobierno de España, no menos necesitado y codicioso de oro que los descubridores. Mas todo era nada segun Tumaco y Chiapes le dijeron, respecto de la abundancia y grosor de las perlas que se criaban en una isla que se divisaba á lo lejos en el golfo, como á cinco leguas de distancia. Los indios le daban el nombre de Tre ó de Terarequi, y los castellanos la llamaron Isla rica. Bien quisiera Balboa ir á reconocerla y subyugarla; pero el miedo de otro temporal como el pasado le contuvo, y dejó la empresa para otra estacion. Despidióse, pues, de Tumaco, el cual señalándole hácia el oriente, le dijo que toda aquella costa corría delante y sin fin, que era tierra muy rica, y que sus naturales usaban de ciertas bestias en que ponian y conducian sus cargas. Para darse á entender mejor hizo en la tierra una figura grosera de aquellos animales: los castellanos admirados decian que era dantas, otros que ciervos, y lo que el indio quiso figurar era el llama, tan comun en el Perú.

Hechos en aquella costa los actos de posesion que en la otra, y puesto á la tierra de Tumaco el nombre de Provincia de San Lucas, por el dia que en ella entraron, Balboa trató de volverse al Darien, y se despidió de los dos caciques. Dícese que Chiapes lloró al tiempo de separarse de él; y en prueba de su confianza Vasco Nuñez le dejó los castellanos enfermos

que tenia en su tropa, encargándole mucho que los cuidase hasta que se restablesiesen y pudiesen seguirle. Con el resto y muchos indios de carga se puso en camino por diferente rumbo que el que habia traído, para descubrir mas tierra. La primera poblacion que encontraron fué la de Techoan, que Oviedo llama Thevaca, el cual les agasajó mucho, les dió gran cantidad de oro y perlas, provisiones en abundancia, los indios necesarios para la carga, y á su hijo mismo para que gobernase aquella gente y sirviese de guia. Llevólos él á la tierra de un enemigo suyo llamado Poncra, señor poderoso, y segun los nuevos aliados, tirano insufrible de toda la comarca. Poncra huyó con su gente á los montes; pero tres mil pesos de oro hallados en su pueblo, eran cebo bastante para empeñarse en hacerle venir y declarar de dónde sacaba aquella riqueza. Vencido al fin de amenazas y de miedo, se puso por su mal en manos de sus enemigos, que no perdieron momento hasta completar su ruina. Preguntáronle de dónde sacaba el oro que tenia; dijo que sus abuelos se lo habian dejado, y que él no sabia mas. Diéronle tormento, mantúvose en su silencio, y al fin fue echado á los perros con tres indios principales que quisieron seguir su triste fortuna. Dícese que era disforme de miembros, feísimo de cara, sanguinario en sus acciones, inhumano en sus costumbres. La culpa de su muerte es mas de los indios que de los castellanos; pero estos al fin no eran los jueces de Poncra.

Entre tanto los españoles que habian quedado con Chiapes, restablecidos ya de sus fatigas,

se volvieron á su capitán. Pasaron por la tierra del cacique Bonouvamá, quien no contentó con regalarlos y hacerlos descansar dos dias en su pueblo, los quiso acompañar y ver á Vasco Nuñez. Llegado á su presencia: *aquí tienes, le dijo, hombre valiente, salvos y sanos á tus compañeros del mismo modo que en mi casa entraron. El que nos da los frutos de la tierra y hace los relámpagos y los truenos, te conserve á tí y á ellos.* Miraba, esto diciendo, al cielo; y dijo otras muchas palabras que no se entendieron bien, aunque parecían ser de amor. Agasajóle mucho Balboa, asentó con él perpetua alianza y amistad; y despues de haber descansado treinta dias en aquel parage, prosiguió su camino.

Ibase haciendo cada vez mas penoso y difícil, porque marchaban por tierras estériles y fragosas, ó por pantanos en que se sumian hasta la rodilla. El pais estaba casi enteramente despoblado; y si tal vez hallaban alguna tribu, era tan pobre que con nada podia socorrerlos. Tal era, en fin, el trabajo, y tal la estrechez, que algunos indios teochanenses murieron de necesidad en el camino. Yendo así despeados y desfallecidos, divisaron un dia en un cerro á unos indios que les hacian señales de que aguardasen. Hicieron alto los españoles, y ellos llegaron delante de Balboa, y le dijeron que su señor Chioriso los enviaba á saludarle en su nombre y á manifestar el deseo que tenia de mostrar su amor á hombres tan valientes. Convidáronle á que se llegase al pueblo de su cacique y le ayudase á castigar á un enemigo pode-

roso que tenia, el cual poseía mucho oro, del que podria apoderarse. Y para obligarle mas le presentaron de parte de Chioriso diferentes piezas de oro, que pesarian hasta mil y cuatrocientos pesos. Recibió Balboa con mucho gusto el mensaje; dió á los indios cuentas, cascabels y camisas, y les prometió que á otro viaje iria á saludar á Chioriso. Partieron ellos contentísimos con su regalo; mientras que los españoles cargados de oro y faltos de sustento proseguian melancólicamente su viaje, maldiciendo las riquezas que los agoviaban y no los mantenian.

Entraron luego en el dominio del cacique Pocososa, con quien hicieron amistad, y despues se dirigieron al de Tubanamá, régulo poderoso temido en toda aquella comarca y enemigo de la tribu de Comogre. Este indio estaba de guerra y era preciso subyugarle: mas la gente de Balboa consumida y fatigada con el viaje, no estaba á propósito para el trance de una batalla, y él prefirió la sorpresa al ataque descubierto. Eligió, pues, sesenta hombres los mas bien dispuestos, hizo dos jornadas en un dia, y sin ser sentido de nadie, dió de noche sobre Tubanamá, y le prendió con toda su familia, en la cual habia hasta ochenta mugeres. A la fama de su prision acudieron los caciques convecinos á dar quejas contra él, y pedir su castigo, como se habia hecho con Ponca. Respondía él, que mentian, y que por envidia de su poder y de su fortuna le acusaban. Y viéndose amenazado de ser echado á los perros ó atado de pies y manos en un rio que cerca de

allí corría, empezó á llorar dolorosamente, y llegándose acongojado á Balboa, y señalando á su espada: *¿Quién, dijo, contra esta macana que de un golpe hiende á un hombre pensará prevalecer, á menos de estar falto de seso? ¿Quién no amará mas presto que aborrecerá á tal gente? No me mates, yo te lo ruego, y te traeré cuanto oro tengo y cuanto pueda adquirir.* Estas y otras razones dijo en tono tan lastimero, que Balboa, que nunca tuvo propósito de quitarle la vida, le mandó poner libre. Tubanamá en retorno dió hasta seis mil pesos de oro; y siendo preguntado de dónde le sacaba, dijo que no lo sabia. Sospechóse que hablaba de este modo para que los extrangeros dejasen el pais: por lo cual Balboa mandó que se hiciesen catas y pruebas en algunos parajes donde se encontró tal cual muestra de aquel metal. Hecho esto, salió del distrito de Tubanamá, llevándose todas sus mugeres, y tambien un hijo del cacique para que aprendiese la lengua española y pudiese servir de intérprete á su tiempo.

Era ya pasada la pascua; la gente estaba toda cansada y enferma, y él mismo aquejado de unas calenturas. Resolvió, pues, apresurar su vuelta, y llevado en una hamaca sobre hombros de indios llegó á Comogre, cuyo cacique viejo habia muerto, sucediéndole en el señorío su hijo mayor. Fueron allí recibidos los españoles con el agasajo y amistad acostumbrada, dieron y recibieron presentes; y despues de haber reposado algunos dias, Balboa se encaminó al Darien por la tierra de Ponca, donde encontró cuatro castellanos que venian á avi-

sarle de haber llegado á aquel puerto dos navios de Santo Domingo con muchas provisiones. Esta alegre nueva le hizo apresurar mas su camino, y con veinte soldados se adelantó al puerto de Cáreta. Allí se embarcó y navegó hácia el Darien, donde llegó por fin el dia 19 de enero de 1514, cuatro meses y medio despues de haber salido. 1514

Todo el pueblo salió á recibirle. Los aplausos, los vivas, las demostraciones mas exaltadas de la gratitud y de la admiracion le siguieron desde el puerto hasta su casa, y todo parecia poco para honrarle. Domador de los montes, pacificador del istmo, y descubridor del mar austral, trayendo consigo mas de cuarenta mil pesos en oro, un sin número de ropas de algodón, y ochocientos indios de servicio; poseedor en fin, de todos los secretos de la tierra, y lleno de esperanzas para lo futuro, era considerado por los colonos del Darien como un ser privilegiado del cielo y la fortuna, y dándose el parabien de tenerle por caudillo, se creían invencibles y felices en su direccion y gobierno. Comparaban la constante prosperidad que habia disfrutado la colonia, la perspectiva espléndida que tenia delante, el acierto y felicidad de sus expediciones, con los infelices sucesos de Ojeda, de Nicuesa, y hasta del mismo Colon, que no habia podido asentar el pie con firmeza en el continente americano. Y esta gloria se hacia mayor cuando ponian la consideracion en las virtudes y talentos con que la habia conseguido. Este ponderaba su audacia, aquel su constancia, el uno su prontitud y diligencia,

el otro la invencible entereza de ánimo con que jamás desmayaba y abatía; quien la habilidad y destreza con que sabía conciliarse los ánimos de los salvages templando la severidad con el agasajo; quien, en fin, su penetracion y prudencia para averiguar de ellos los secretos del pais y preparar nuevas fuentes de prosperidad y riqueza para la colonia y para la metrópoli. Sobresalia entre estos elogios el que hacian de su cuidado y de su afecto por sus compañeros, con quienes procedía, en todo lo que no era disciplina militar, mas como igual que como caudillo. Visitaba uno por uno á los dolientes y heridos; consolábalos como hermano: si alguno se le cansaba ó desfallecía en el camino, en vez de desampararlo, él mismo iba á él, le auxiliaba y le animaba. Viósele muchas veces salir con su ballesta á buscar alguna caza con que apagar el hambre de quien por ella no podía seguir á los otros: él mismo se la llevaba y esforzaba; y con este agasajo y este cuidado tenía ganados los ánimos de tal modo, que le hubieran seguido contentos y seguros á donde quiera que los quisiera llevar. Duraba muchos años despues la memoria de estas excelentes calidades, y el cronista Oviedo, que seguramente no es pródigo de alabanzas con los conquistadores de Tierra firme, escribia en 1548, que en conciliarse el amor del soldado con esta especie de oficios, ningun capitán de Indias lo había hecho hasta entonces mejor, ni aun tan bien como Vasco Nuñez.

Recogidos ya á la colonia los compañeros de la expedicion, se repartió el despojo habido en

ella, habiéndose antes separado el quinto que pertenecía al rey. El reparto se hizo con la equidad mas escrupulosa entre los que habían sido del viaje y los que habían quedado en la villa. Despues Balboa determinó enviar á España á Pedro de Arbolancha, grande amigo suyo y compañero en la expedicion, á dar cuenta de ella y llevar al rey un presente de las perlas mas finas y mas gruesas del despojo á nombre suyo y de los demas colonos. Partió Arbolancha, y Vasco Nuñez se dió á cuidar de la conservación y prosperidad del establecimiento, fomentando las sementeras para evitar las hambres pasadas y excusarse de asolar la tierra. Ya no solo se cogía en abundancia el maiz y demas frutos del pais, sino que se daban tambien las semillas de Europa, traídas por aventureros que de todas partes acudían á la fama de la riqueza del Darien. Envió á Andres Garabito á descubrir diferente camino para la mar del sur; y á Diego Hurtado á reprimir las correrías de dos caciques que se habían alzado. Cumplieron uno y otro felizmente sus comisiones, y se volvieron á la Antigua dejando las provincias refrenadas. Todo, pues, sucedía prosperamente á la sazón en el istmo <sup>1</sup>. Los contornos estaban

Marzo de  
1514.

<sup>1</sup> Balboa, segun Herrera, hizo en este tiempo una expedicion á las bocas del río, en la cual, á pesar de llevar consigo trescientos hombres, fue maltratado y herido por los indios barbaecos, y obligado á volverse sin fruto alguno al Darien. Ni en Angleria, ni en Oviedo, ni en Gomara hay mencion alguna de esta jornada; y por otra parte el número de españoles, la capacidad del capitán, y la flaqueza de los enemigos hacen improbable su resultado. A no ser Herrera tan exacto y puntual, podría creerse que esta expedicion

pacíficos y tranquilos: la colonia progresaba; y los ánimos engreídos con la fortuna y bienes adquiridos, se volvían impacientes y ambiciosos á las riquezas que les prometían las costas del mar nuevamente descubierto.

Pero estas grandes esperanzas iban á desvanecerse por entonces. Enciso había llenado la corte de Castilla de quejas contra Balboa; y el miserable fin de Nicuesa excitó tanta compasión, que el Rey Católico no quiso dar oídos á Zamudio, que le disculpaba, mandó prenderle, y así se hiciera, si él no se hubiese escondido. A Vasco Nuñez se le condenó en los daños y perjuicios causados á Enciso, se mandó que se le formase causa, y se le oyese criminalmente para imponerle la pena á que hubiese lugar por sus delitos. A fin de cortar de una vez los disturbios del Darien determinó el gobierno enviar un gefe que ejerciese la autoridad con otra solemnidad y respeto que hasta entonces, y fué nombrado para ello Pedrarias Dávila, un caballero de Segovia á quien por su gracia y destreza en los juegos caballerescos del tiempo, se le llamaba en su juventud el Galán y el Justador. A poco de esta elección llegaron Caicedo y Colmenares como diputados de la colonia, que trajeron muestras de las riquezas del país, y las grandes esperanzas concebidas con las noticias que dieron los indios de Comogre. Caicedo murió muy luego, *hinchado, dice Oviedo, y tan amarillo como aquel oro que vino á bus-*

estaba confundida en sus Décadas con otra que hizo Vasco Nuñez mas adelante en los mismos parages, y con el mismo mal éxito, ya cuando Pedrarias mandaba en la colonia.

*car.* Pero la relacion que hicieron él y su compañero de la utilidad del establecimiento fué tal, que creció en el rey la estimacion de la empresa, y acordó enviar una armada mucho mayor que la que pensó al principio. Y como los aventureros que iban á la América no soñaban sino oro, y era oro lo que buscaban allí, oro lo que quitaban á los indios, oro lo que estos les daban para contentarlos, oro lo que sonaba en sus cartas para hacerse valer en la corte, y oro lo que en la corte se hablaba y codiciaba; el Darien, que tan rico parecia de aquel ansiado metal, perdió su primer nombre de *Nueva Andalucía*, y se le dió en la conversacion y hasta en los despachos el de *Castilla del Oro*.

Era entonces la época en que el rey Fernando mandó deshacer la armada aprestada para llevar al Gran Capitan á Italia á reparar el desastre de Ravena. Muchos de los nobles que á la fama de este célebre caudillo habían empeñado sus haberes para seguirle á coger lauros en Italia, volaron á alistarse en la expedicion de Pedrarias, creyendo reparar así aquel desaire de la fortuna y adquirir en su compañía tanta gloria como riquezas. La vulgar opinion de que en el Darien se cogia el oro con redes, había excitado en todos la codicia, y alejado de sus ánimos todo consejo de seso y de cordura. Fijóse el número de gente que había de llevar el nuevo gobernador en mil y doscientos hombres. Pero aunque tuvo que despedir á muchos por no ser posible llevarlos, todavía llegaron á dos mil los que desembarcaron, jóvenes los mas, de buenas casas, bien dispuestos y lucidos, y to-

dos deseosos de hacerse ricos en poco tiempo, y volver á su país acrecentados en bienes y en honores.

Gastó Fernando en aquella armada mas de cincuenta y cuatro mil ducados, suma enorme para aquel tiempo, y que manifiesta el interés é importancia que se daban á la empresa. Compóniase de quince navíos bien provistos de armas, municiones y vituallas, y iban de alcalde mayor un jóven que acababa de salir de las escuelas de Salamanca llamado el licenciado Gaspar de Espinosa, de tesorero Alonso de la Puente, de veedor Gonzalo Fernandez de Oviedo el cronista, de alguacil mayor el bachiller Enciso, y otros diferentes empleados para el gobierno del establecimiento y mejor administracion de la hacienda real. Dióse título de ciudad á la villa de Santa María del Antigua, con otras gracias y prerogativas que demostrasen el aprecio y la consideracion del monarca á aquellos pobladores: y en fin, para el arreglo y servicio del culto divino fué consagrado obispo del Darien fray Juan de Quevedo, un religioso franciscano predicador del rey, y se le envió acompañado de los sacerdotes y demas que pareció necesario al desempeño de su ministerio. A Pedrarias se le dió una larga instruccion para su gobierno; se le mandó que nada providenciase sin el consejo del obispo y los oficiales reales; que tratase bien á los indios, que no les hiciese guerra sin ser provocado; y se le encomendó mucho aquel famoso requerimiento, dispuesto anteriormente para la expedicion de Alonso de Ojeda, de que se hablará mas adelante en la vida de Fr. Bar-

tolomé de las Casas, donde es su lugar mas oportuno.

Salieron de San Lucar en 11 de abril de 1514, tocaron en la Dominica y arribaron á Santa Marta. Tuvo allí Pedrarias algunos encuentros con aquellos indios feroces, saqué sus pueblos, y sin hacer ningun establecimiento, como se le habia prevenido, bajó al fin al golfo de Urabá y surgió delante del Darien en 29 de junio del mismo año. Envió al instante un criado suyo á avisar á Balboa de su arribo. El emisario creía que el gobernador de Castilla del Oro debería estar en un trono resplandeciente dando leyes á un enjambre de esclavos. ¿Cuál, pues, sería su admiracion al encontrarle dirigiendo á unos indios que le cubrian la casa de paja, vestido de una camiseta de algodón sobre la de lienzo, con zaragüelles en los muslos y alpargatas á los pies? En aquel traje, sin embargo, recibió con dignidad el mensaje de Pedrarias; y respondió que se holgaba de su llegada, y que estaban prontos él y todos los del Darien á recibirle y servirle. Corrió por el pueblo la noticia, y segun el miedo ó las esperanzas de cada uno, empezaron á agitarse y hablar de ella. Tratóse el modo con que recibirian al nuevo gobernador: algunos decian que armados como hombres de guerra; pero Vasco Nuñez prefirió el que menos sospecha pudiese dar, y salieron en cuerpo de concejo y desarmados. A pesar de esto Pedrarias, dudoso aun de su intencion, luego que saltó en tierra ordenó su gente para no ir desapercibido. Llevaba de la mano á su muger doña Isabel de Bobadilla, pri-

ma hermana de la marquesa de Moya, favorita que habia sido de la Reina Católica, y le seguian los dos mil hombres á punto de guerra. Encontróse á poco de haber desembarcado con Balboa y los pobladores, que le recibieron con gran reverencia y respeto, y le prestaron la obediencia que le debian. Los recién venidos se alojaron en las casas de los colonos, los cuales los proveían del pan, raices, frutas y aguas del país, y la armada á su vez les proporcionaba los bastimentos que habia llevado de España. Pero esta exterior armonía duró poco tiempo, y las discordias, los infortunios y los sinsabores se sucedieron y amontonaron con la rapidez consiguiente á los elementos opuestos de que el establecimiento se componia.

Al día siguiente de haber llegado llamó Pedrarias á Vasco Nuñez, y le dijo el aprecio que se hacia en la corte de sus buenos servicios, y el encargo que llevaba del rey de tratarle segun su mérito, de honrarle y favorecerle: y le mandó que le diese una informacion exacta del estado de la tierra y disposicion de los indios. Contestó Balboa agradeciendo la merced que se le hacia, y prometió decir con verdad y sinceridad cuanto supiese. A los dos días presentó su informe por escrito, comprendiendo en él todo lo que habia hecho en el tiempo de su gobernacion; los rios, quebradas y montes donde habia hallado oro, los caciques que habia hecho de paz en aquellos tres años, y eran mas de veinte, su viaje de mar á mar, el descubrimiento del océano austral, y de la isla rica de las perlas. Publicóse en seguida su residencia,

y se la tomó el alcalde Espinosa. Pero el gobernador no fiándose de su capacidad por ser tan jóven, comenzó por su parte con un gran interrogatorio á hacer pesquisa secreta contra él. Ofendióse de ello Espinosa, y ofendióse mas Vasco Nuñez que vió en aquel pérfido y enconado procedimiento la persecucion que Pedrarias le preparaba. Hubo, pues, de mirar por sí, y resolvió oponer á la autoridad del gobernador, que le era adverso, otra autoridad igual que le favoreciese y amparase.

Para este fin acudió al obispo Quevedo, con quien Pedrarias, segun la instruccion que se le habia dado, tenia que consultar sus providencias. Rindióle toda clase de respetos, y se ofreció á toda clase de servicios en su obsequio. Dióle parte en sus labores, en sus rescates, en sus esclavos; y el prelado por una parte llevado del espíritu de granjería que dominaba generalmente á todos los españoles que pasaban á Indias, y por otra conociendo que ninguno de los del Darien igualaba en capacidad y en inteligencia á Vasco Nuñez, pensaba hacerse rico con su industria, y todos sus negocios de utilidad se los daba á manejar. Hizo mas, que fué poner de parte de Balboa á doña Isabel de Bobadilla, á quien el descubridor no cesaba de agasajar y regalar con toda la urbanidad y atenciones de un fino cortesano.

Así es que el obispo le exaltaba sin cesar, encarecia sus servicios, y decia públicamente que era acreedor á grandes mercedes. Pesaban á Pedrarias estas alabanzas, y se ofendia quizá de que mereciese esta consideracion un hombre

nuevo, nacido del polvo, y que en Castilla apenas habria osado levantar sus deseos á pretender ser su criado. La residencia entre tanto proseguia: el alcalde mayor ofendido de la desconfianza del gobernador, miró con ojos de equidad ó de indulgencia los cargos criminales que se hacian á Balboa, y le dió por libre de ellos; pero le condenó á la satisfaccion de daños y perjuicios causados á particulares, segun las quejas que se presentaron contra él. Llevóse esto con tal rigor que poseyendo á la llegada de Pedrarias mas de diez mil pesos, de resultas de la residencia se vió reducido casi á la mendicidad. Mas, no satisfecho el gobernador con este abatimiento, todavía queria enviarle á España cargado de grillos, para que el rey le castigase segun su justicia por la pérdida de Nicuesa y otras culpas que en la pesquisa secreta se le imputaban á él solo. Eran de esta opinion los oficiales reales, que en el Darien como en las demas partes de América, fueron siempre enemigos de los capitanes y descubridores. Pero el obispo, que yéndosele Balboa creía que se le iba la fortuna, hizo ver á Pedrarias que enviarle así á Castilla era enviarle al galardón y al triunfo; que la relacion de sus servicios y de sus hazañas hecha por él mismo, y auxiliada de su presencia, necesariamente se atraeria el favor de la corte; que volveria honrado y gratificado mas que nunca, y con la gobernacion de la parte de Tierra firme que él quisiese escoger, la cual, atendida la práctica y conocimiento que tenia del país, seria la mas abundante y rica. Por lo mismo lo que convenia á Pedrarias

era tenerle necesitado y envuelto en contestaciones y pleitos, y entretenerle con palabras y demostraciones exteriores, mientras que el tiempo aconsejaba lo que debia hacerse con él. El obispo tenia razon; pero el mayor enemigo de Balboa no hubiera pensado en un modo mas exquisito de perjudicarlo, que el que buscó su interesado protector para detenerle en el Darien. Persuadióle Pedrarias; se restituyeron á Vasco Nuñez los bienes que tenia embargados, y se le empezó á dar por medio del obispo alguna parte en los negocios del gobierno. Aun se creyó que volviese á tomar la autoridad principal, porque Pedrarias habiendo adolecido gravemente á poco de haber llegado, se salió del pueblo á respirar mejor aire y dejó poder al obispo y oficiales para que gobernasen á su nombre. Sanó empero, y la primera cosa que hizo fué enviar á diferentes capitanes á hacer entradas en la tierra, y dió particular comision á Juan de Ayora, su segundo, para que con cuatrocientos hombres saliese hácia el mar del sur y poblase en los sitios que le pareciesen convenientes. Dijose entonces que era con el objeto de oponerse á cualquiera gracia que la corte hiciese á Vasco Nuñez en premio de su descubrimiento, pretextando que la tierra estaba ya poblada por Pedrarias, y que Balboa no habia hecho otra cosa que verla materialmente y maltratar á los indios que encontró en ella.

Mas, aun cuando no hubiera este motivo, la necesidad de desahogar la colonia prescribia imperiosamente esta medida. Empezaban ya á escasear los alimentos que habia llevado la flo-

ta. Un bohío grande que habian hecho junto al mar para almacenarlos habia sufrido un incendio y en él habia perecido una gran parte: otra se habia consumido, y el resto estaba para concluir. Adelgazáronse las raciones; y la falta de alimentos, la diversidad de clima y la angustia del ánimo empezaron á ejercer su influjo en los nuevos colonos. Preguntaban ellos cuando llegaron por el paraje en que se cogia el oro con redes, y los del Darien les respondian que las redes para coger el oro eran la fatiga, los trabajos y los peligros: así habian hallado ellos el que tenían, así los otros tendrian que procurarse el que codiciaban. Vinieron tras esto las enfermedades; la racion del rey se acabó; creció la calamidad; y los que habian dejado en Castilla sus posesiones y sus regalos por correr tras la opulencia indiana, andaban por las calles del Darien pidiendo miserablemente limosna, sin hallar quien se la quisiese dar. Vendian unos sus ricas preseas y vestidos por pedazos de pan de maiz ó galleta de Castilla: hacianse otros leñadores, y vendiendo por algun poco de pan las cargas que traían, sustentaban algun tanto la vida: pacian otros á fuer de bestias las yerbas de los campos; y hubo, en fin, caballero que salió á la calle clamando que se moria de hambre, y á vista de todo el pueblo rindió el alma desfallecido. Morian cada dia tantos, que no podia guardarse ni orden ni ceremonial alguno en los entierros, y se hicieron zanjas para arrojarlos allí como en tiempo de contagio. Menos necesidad habia entre los primeros pobladores; pero se advirtió en ellos una dureza en so-

correr á los afligidos, que manifestó bien el poco gusto que habian tenido en su venida. Murieron en fin hasta setecientas personas en el término de un mes; y huyendo del azote muchos de los principales desampararon la tierra con licencia del gobernador, y se volvieron á Castilla ó se refugiaron á las islas.

Salieron, pues, los capitanes de Pedrarias á reconocer la tierra y á poblar: Luis Carrillo al rio que llaman de los Anades, Juan de Ayora al mar del sur, Enciso al Zenu; otros en fin á diferentes puntos en diferentes tiempos. No es de mi propósito dar cuenta de sus expediciones, ni contar una por una las violencias y vejaciones que cometieron; cómo robaban, saqueaban, cautivaban hombres y mujeres, sin distincion de tribu amiga ó enemiga. Los indios pacíficos y tranquilos con la buena política y artes de Balboa, volvieron sobre sí á vengar tantas injurias, y en casi todas partes se alzaron, embistieron y ahuyentaron á los españoles, que tuvieron que volverse al Darien; donde, aunque sus excesos se supieron, ninguno sin embargo fué castigado. Hasta el mismo Vasco Nuñez que en compañía de Luis Carrillo salió á una expedicion á las bocas del rio y atacó á los indios barbacoas, participando ya de la mala estrella presente, fué atacado de improviso por aquellos salvajes en el agua, y roto y maltratado en la refriega, de que volvieron mal heridos Carrillo y él al Darien, donde al instante murió el primero. El temor y desaliento que causaban estos continuos descalabros fué tal, que llegó ya á cerrarse en el Darien la casa de la fundicion,

señal siempre de grande aprieto. Los árboles de las sierras, las yerbas altas de los campos, las oleadas del mar se les figuraban indios que venían á asolar el pueblo. Las disposiciones de Pedrarias, todas desconcertadas, en vez de dar seguridad aumentaban el miedo y la confusion: mientras que Balboa mofándose de ellas, les recordaba los dias en que la colonia bajo su mando, tranquila dentro, respetada fuera, era reina del istmo y daba leyes á veinte naciones.

Mal contento de esta situacion Pedrarias, escribió á Castilla haciendo mucho cargo á Vasco Nuñez, por no haber encontrado en el pais las riquezas y comodidades de que hablaba en sus relaciones con tanta jactancia. Los amigos de Balboa por el contrario escribieron que todo estaba perdido por el mal gobierno de Pedrarias y las insolencias de sus capitanes: que las reales órdenes no se ejecutaban: que no se castigaba á nadie: que á la llegada de Pedrarias el pueblo estaba bien ordenado; mas de doscientos bohios hechos, y la gente alegre, que cada dia de fiesta jugaba cañas; la tierra cultivada, y todos los caciques tan de paz, que un solo castellano podía atravesar de mar á mar seguro de violencias y de insultos. Pero ya en aquel tiempo mucha de la gente española era muerta; la que quedaba triste y desalentada; la campaña destruida, y los indios levantados. Todo lo habia causado la residencia tomada á Balboa. Habiéndole dejado descubrir, añadian, y ya se sabria la verdad de los ponderados tesoros de Dabaibe, los indios estarían de paz, la tierra en abundancia, y los castellanos contentos. Tambien escri-

bió Vasco Nuñez al Rey acusando duramente y sin rebozo alguno por los males de la Colonia al gobernador y sus oficiales. Pudo darle confianza para ello la certeza en que ya se hallaba del favor que le dispensaba la corte de resultas del viaje de Pedro de Arbolancha. Hasta la llegada de Caicedo y Colmenares su opinion en Castilla habia sido siempre muy baja. Puede verse en las Décadas de Anglería el horror y el desprecio con que se le miraba. Espadachin, revoltoso y aun rebelde, salteador y bandolero son los dictados con que aquel escritor le mienta siempre. Mas despues que llegaron aquellos diputados, aun cuando Colmenares no era amigo suyo ni le favorecia en sus relaciones; la pintura sin embargo, que hicieron del establecimiento y de la conducta del gefe que le dirigia, empezó á inclinar los ánimos en favor suyo, y á darle consideracion y aprecio. Decíase que era un hombre esforzado y necesario, un caudillo inteligente á cuya prudencia y valor se debia la consolidacion de la primera colonia europea en el continente indio; especie de mérito negado á todos los descubridores anteriores, y reservado para él solo. Él conocia los secretos de la tierra; ¿quién sabe el provecho que podria producir á su patria un hombre de aquel teson, de aquella

*I Vasco ille Nunnez, qui magis vi quam suffragiis principatum in Darienenses usurpaverat, egregius gladiator. PEDRO MARTIR, Decada segunda, lib. V.*

Sin duda Enciso y los demas enemigos de Vasco Nuñez debían mofarse mucho de su destreza en las armas, porque Anglería, que estaba prevenido por ellos contre él, usa mas frecuentemente para designarle de la calificacion de gladiator que de otra ninguna.

pericia y fortuna? A este cambio de opinión pudieron contribuir eficazmente los informes favorables del ya ganado Pasamonte; el cual escribió de Vasco Nuñez como del mejor servidor que el Rey tenía en tierra firme, y el que mas habia trabajado de cuantos allí habian ido. Esto, sin embargo, no fué bastante para variar las disposiciones de la expedición, ya muy adelantadas, ni el mando conferido á Pedrarias. Mas cuando despues llegó Arbolancha llevando consigo las riquezas, los despojos, las esperanzas brillantes que les habian dado las costas del mar austral; cuando oyeron que con ciento y noventa hombres habia hecho aquello, para que se habian creído necesarios mil, y que de esos nunca habia obrado sino con sesenta ó setenta á la vez; que en cuantos encuentros tuvo no habia perdido un soldado; que habia pacificado tantos caciques; que sabia tantos secretos; cuando se entendió su porte religioso y moderado, y la reverencia y docilidad con que tributaba á Dios y al Rey el reconocimiento y sumision debidas en todas sus prosperidades y fortuna; la gratitud y admiracion se dilataron en alabanzas sin fin; y Angleria mismo decia que aquel Goliath se habia convertido en Eliséo, y de un Anteo sacrilego y foragido en Hércules, domador de monstruos y vencedor de tiranos <sup>1</sup>. Hasta el anciano Rey, embelesado de lo que oia de Arbo-

<sup>1</sup> *E violento igitur Goliã in Heliseum, ex Anteo in Herculeum portentorum domitorem, transformatus hic noster Vasculus Balboa fuisse videtur Mutatus ergo ex temerario in obsequentem, honoribus et beneficentiã dignus est habitus.*  
P. M. Década tercera, lib. III.

lancha y con las perlas en las manos, salió de su genial indiferencia, y encargó formalmente á sus ministros que se le hiciese merced á Vasco Nuñez, pues tan bien le habia servido. Por manera que si Arbolancha llegara antes de que Pedrarias saliera, tal vez Balboa hubiera podido conservar su autoridad en el Darien, y los sucesos fueran muy diversos. No lo consintió su estrella, que ya le llevaba á su ruina, y las mercedes del Monarca llegaron al Darien á tiempo que sin ser útiles ni al Estado ni á Vasco Nuñez, solo habian de acibarar los celos y la envidia del viejo y recocoso gobernador.

Dióse á Balboa el título de Adelantado del mar del Sur, y la gobernacion y la capitania general de las provincias de Coiba y Panamá. Mandósele sin embargo estar á las órdenes de Pedrarias, y á éste se le encargaba que atendiese y favoreciese las pretensiones y empresas del Adelantado, de modo que en el favor que le hiciese conociera lo mucho que el Rey apreciaba su persona. Pensaba así la corte conciliar los respetos que se debian al carácter y autoridad del gobernador con la gratitud y recompensas que se debian á Balboa; pero esto, que era fácil en la corte, era imposible en el Darien, donde las pasiones lo repugnaban. Llegaron los despachos muy entrado el año de 1515. Pedrarias, que desconfiado y receloso solia detener las cartas que iban de Europa, hasta las de los particulares, detuvo los despachos de Balboa, con ánimo de no darles cumplimiento. No era de extrañar que así lo hiciese: las provincias que se le asignaban en ellos eran las que

mas prometian, así por su riqueza como por el talento del gefe que se les enviaba; mientras que las que quedaban sujetas á la autoridad de Pedrarias eran solamente las contiguas al golfo, y de ellas las de oriente indómitas y feroces, pobres y agotadas ya las de occidente.

No fue empero tan secreta la ratería del gobernador que no la llegasen a entender Vasco Nuñez y el obispo. Levantaron al instante el grito, y empezaron á quejarse de aquella tiranía, principalmente el prelado, que hasta en el púlpito amenazaba á Pedrarias, y decía que daría cuenta al Rey de una vejacion tan contraria á su voluntad y servicio. Temió Pedrarias, y llamó á consejo á los oficiales reales, y tambien al obispo para determinar lo que habia de hacerse en aquel caso. Eran todos de opinion que no debian cumplirse los despachos hasta que el Rey, en vista de la residencia de Balboa y del parecer de todos, manifestase su voluntad. Pero las razones que les opuso el obispo fueron tan fuertes y tan severas, cargólos con una responsabilidad tan grande si por escuchar sus miserables pasiones suspendian el efecto de unas gracias concedidas á servicios eminentes y notorios en los dos mundos, que puso miedo en todos, y mas en el gobernador que resolvió dar curso á los despachos; tal vez porque pensó allí mismo el modo de inutilizarlos. Llamaron pues á Vasco Nuñez y le dieron sus títulos, exigiendo previamente palabra de que no usaria de su autoridad ni ejerceria su gobernacion sin licencia y beneplácito de Pedrarias; ofreciólo él así, no sabiendo que en ello pronunciaba su senten-

cia, y se empezó á llamar públicamente Adelantado de la mar del Sur.

Esta nueva y reconocida dignidad no le salvó de un atropellamiento que sufrió poco despues. Viéndose pobre y perseguido en el Darien, y acostumbrado como estaba á mandar, quiso buscar camino para salir del pupilage y dependencia en que allí se le tenia; y antes de esta época habia enviado á Cuba á su compañero y amigo Andres Garabito para que le trajese gente, con la cual, por Nombre-de-Dios, proyectaba irse á poblar en la mar del Sur. Volvió Garabito con sesenta hombres y provision de armas y demas efectos necesarios á la expedicion, cuando ya se habia dado cumplimiento á los despachos y títulos de Balboa. Surgió á seis leguas del Darien y avisó secretamente á su amigo; mas no fué tan secreto que Pedrarias dejase de entenderlo. Furioso de enojo, y tratando aquel procedimiento como criminal rebeldía, hizo prender á Balboa, y queria tambien encerrarle en una jaula de madera. Esta indignidad sin embargo no se puso en ejecucion: medió el obispo, concedió el gobernador á sus ruegos la libertad de Balboa, y volvieron á ser, en apariencia, amigos.

No se contentó con esto el infatigable protector. Era, como se ha dicho, Pedrarias viejo, y de salud muy quebrada: tenia en Castilla dos hijas casaderas, y el obispo emprendió formar entre él y Balboa un lazo que fuese indisoluble. Díjole que en tener oscurecido y ocioso al hombre mas capaz de aquella tierra, nadie perdia mas que él mismo; puesto que per-

dia cuantos frutos pudiera producirle la amistad de Balboa. Este al fin de un modo ú de otro habia de hacer saber al Rey la opresion y desaliento en que le tenia con desdoro suyo y perjuicio del Estado. Valia mas hacerle suyo de una vez, casarle con una de sus hijas, y ayudarle á seguir la carrera brillante que la suerte al parecer le destinaba. Mozo, hijodalgo, y ya Adelantado, era un partido muy conveniente á su hija, y él podria descansar en su vejez, dejando en las manos robustas de su yerno el cuidado y estrépito de la guerra. Así los servicios que hiciese Vasco Nuñez se reputarian por suyos, y cesarian de una vez aquellas pasiones, aquellas contiendas tristes que tenian dividido en bandos el Darien, y entorpecido el progreso de los descubrimientos y conquistas. Lo mismo dijo á doña Isabel de Bobadilla, que mas afecta al descubridor se dejó persuadir mas pronto, y al fin inclinó al gobernador á dar las manos á aquel enlace. Concertáronse, pues, las capitulaciones, el desposorio se celebró por poder, y Balboa fue yerno de Pedrarias y esposo de su hija mayor doña María.

Fuese con esto el obispo á Castilla creyendo que con aquel concierto dejaba asegurada la fortuna y dignidad de su amigo <sup>1</sup>. Pedrarias le

<sup>1</sup> La llegada del obispo á Castilla no se verificó hasta en 1518, y por cierto que no guardó aquí á su amigo los respetos y consecuencia que le debía. En su disputa con Casas delante del Emperador aseguró que el primer gobernador del Darien habia sido malo, y el segundo muy peor.

Vease Herrera, década segunda, libro IV, capítulo 4.º - Argensola, Anales de Aragon. - Remesal, Historia de Chia pa.

llamaba hijo, le empezó á honrar como á tal, y lo escribió así, lleno al parecer de gusto y satisfaccion, al Rey y á sus ministros. Despues, para darle ocupacion, le envió al puerto de Cárceta, donde á la sazón se estaba fundando la ciudad de Acla, para que acabase de establecerla, y desde allí tomase las disposiciones convenientes para los descubrimientos en la mar opuesta. Hizolo así Balboa, y luego que asentó los negocios de Acla, empezó á dar todo el calor posible á la construccion de bergantines para la ansiada expedicion. Cortó allí la madera necesaria, y ella y las áncoras, la jarcia y clavazon, todo fué llevado á hombros de hombres de mar á mar, atravesando las veinte y dos leguas de sierras ásperas y fragosas que allí tiene el istmo de camino. Indios, negros y españoles trabajaban, y hasta el mismo Balboa aplicaba á veces sus brazos hercúleos á la fatiga. Con este teson consiguió al fin ver armados los cuatro bergantines que necesitaba; pero la madera, como recién cortada, se comió al instante de gusanos y no fué de provecho alguno. Armó otros barcos de nuevo, y se los inutilizó una avenida. Volviolos á construir con nuevos auxilios que trajo de Acla y del Darien, y luego que estuvieron á punto de servir, se arrojó en ellos al golfo, se dirigió á la isla mayor de las perlas, donde reunió gran cantidad de provisiones, y navegó algunas leguas al oriente en demanda de las regiones ricas que los indios le anunciaban. No pasó empero de puerto de Piñas; y parte por recelo de aquellos mares desconocidos, parte por deseo de concluir enteramente

sus preparativos, se volvió á la isla y dióse todo á activar la construccion de los barcos que le faltaban.

Su situacion era entonces la mas brillante y lisonjera de su vida; cuatro navíos, trescientos hombres á su mando, suyo el mar, y la senda abierta á los tesoros del Perú. Iba entre la gente un veneciano llamado Micer Codro, especie de filósofo, que venido al Nuevo mundo con el deseo de escudriñar los secretos naturales de la tierra, y quizá tambien de hacer fortuna, seguia la suerte del Adelantado. Presumia de astrólogo y de adivino, y habia dicho á Balboa que cuando apareciese cierta estrella en tal lugar del cielo, corría gran riesgo su persona, pero que si sabia de él seria el señor mas rico y el capitán mas célebre que hubiese pasado á Indias. Vió acaso Vasco Nuñez la estrella anunciadora, y mofando de su astrólogo, dijo: *Donoso estaria el hombre que creyese en adivinos, y mas en Micer Codro.* Si este cuento es cierto, seria una prueba mas de que allí donde hay poder, fortuna ó esperanza de haberlos, allí va al instante la charlatanería á sacar partido de la vanidad y de la ignorancia humana.

Así se hallaba, cuando de repente llegó una orden de Pedrarias, mandándole que viniese á Acla para comunicarle cosas de importancia, necesarias á su expedicion. Obedeció al instante sin sospecha de lo que iba á sucederle, ni se mo-

<sup>1</sup> De este Codro habla Oviedo en el capítulo 2.º del libro XXXIX de su Historia General, y por lo que allí dice de él se ve que le tenia en grande aprecio. El pasage es curioso y puede verse en el apéndice número 4.

vió de su propósito por los avisos que recibió en el camino. Cerca de Acla se encontró con Pizarro que salia á prenderle, seguido de gente armada. *¿Qué es esto, Francisco Pizarro?* le dijo sorprendido: *no solíades vos antes salir así á recibirme.* No contestó Pizarro; muchos de los vecinos de Acla salieron tambien á aquella novedad, y el gobernador, mandando que se le custodiase en una casa particular, dió orden al alcalde Espinosa para que le formase causa con todo el rigor de justicia.

¿Qué motivo hubo para este inesperado trastorno? Lo único que resulta en claro de las diferentes relaciones con que han llegado á nosotros aquellas miserables incidencias, es que los enemigos de Balboa avivaron otra vez las sospechas y rencor mal dormido de Pedrarias, haciéndole creer que el Adelantado iba á dar la vela para su expedicion y apartarse para siempre de su obediencia. Una porcion de incidentes que concurren entonces, vinieron á dar color á esta acusacion. Dijose que Andres Garabito, aquel grande amigo del Adelantado, habia tenido unas palabras con él á causa de la india hija de Cáreta, á quien Vasco Nuñez tanto amaba; y que ofendido por este disgusto y deseoso de vengarse, cuando Balboa salió la última vez de Acla, habia dicho á Pedrarias que su yerno iba alzado y con intencion de nunca mas obedecerle. Lo cierto es que de los complicados en la causa solo Garabito fué absuelto. Sorprendióse tambien una carta que Hernando de Argüello escribia desde el Darien al Adelantado, en que le avisaba de la mala voluntad que se le tenia

allí, y le aconsejaba que hiciese su viaje cuanto antes, sin curarse de lo que hiciesen ó dijese los que mandaban en la Antigua. Por último, tenía ya noticia de que el gobierno de Tierra firme estaba dado á Lope de Sosa; y Vasco Nuñez, temiéndose de él la misma persecucion que de Pedrarias, habia enviado secretamente á saber si era llegado al Darien, para en tal caso dar la vela sin que los soldados lo supiesen y entregarse al curso de su fortuna y descubrimientos. Los emisarios enviados á este fin, y las medidas proyectadas por el Adelantado, llegaron tambien á oídos del suegro suspicaz, pero con el colorido de que todo se encaminaba á salir de su obediencia. Reanimó, pues, todo su odio, que envenenaron á porfia los demás empleados públicos, enemigos de Balboa, y soltando el freno á la venganza se apresuró á sorprender su víctima y sacrificarla á su salvo. Fuele á ver sin embargo en su encierro, dióle todavia el nombre de hijo, y le consoló diciéndole que no tuviese cuidado de su prision, pues no tenia otro fin que satisfacer á Alonso de la Puente, y poner su fidelidad en limpio. Mas no bien supo que el proceso estaba suficientemente fundado para la ejecucion sangrienta que aspiraba, volvió á verle, y le dijo con semblante airado é inflexible: *Yo os he tratado como á hijo, porque creí que en vos habia la fidelidad que al Rey y á mí en su nombre debiadéis. Pero ya que no es así, y que procedéis como rebelde, no esperéis de mí obras de padre, sino de juez y de enemigo.* — *Si eso que me imputan fuera cierto,* contestó el triste preso, *teniendo á*

*mis órdenes cuatro navíos, y trescientos hombres que todos me amaban, me hubiera ido la mar adelante sin estorbármelo nadie. No dudé como inocente de venir á vuestro mandado, y nunca pude imaginarme que fuese para verme tratado con tal rigor y tan enorme injusticia. No le oyó mas Pedrarias y mandó agravarle las prisiones. Sus acusadores en el proceso eran Alonso de la Puente y los demás publicanos del Darien: su juez Espinosa, que ya codiciaba el mando de la armada que quedaba sin caudillo con la ruina de Balboa. Terminóse la causa, y terminaba en muerte. Acumuláronse á los cargos presentes la expulsion de Nicuesa, y la prision y agravios de Enciso. Todavía Espinosa conociendo la enormidad de semejante rigor con un hombre como aquel, dijo á Pedrarias que en atencion á sus muchos servicios podia otorgarsele la vida. No, dijo el inflexible viejo, si pecó, muera por ello.*

Fué, pues, sentenciado á muerte, sin admitirsele la apelacion que interpuso para el Emperador y consejo de Indias. Sacáronle de la prision publicándose á voz deregonero que por traidor y usurpador de las tierras de la corona se le imponía aquella pena. Al oirse llamar traidor alzó los ojos al cielo y protestó que jamás habia tenido otro pensamiento que acrecentar al Rey sus reinos y señoríos. No era necesaria esta protesta á los ojos de los espectadores, que llenos de horror y compasion le vieron cortar la cabeza en un repostero y colocarla despues en 1517 un palo afrentoso. Con él fueron tambien dego-

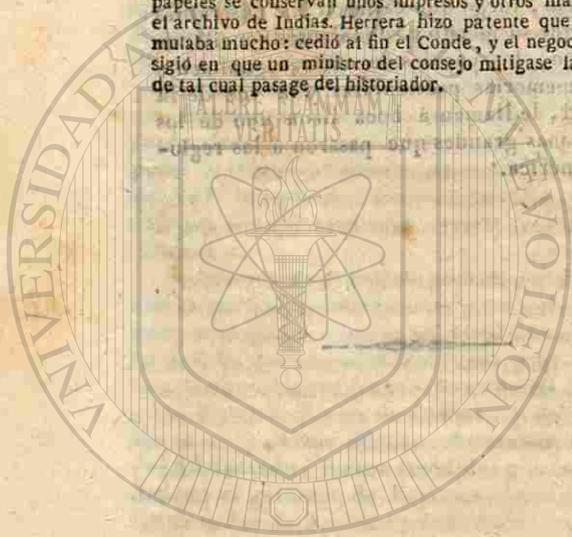
llados Luis Botello, Andrés de Valderrábano, Hernan Muñoz y Fernando de Argüello, todos amigos y compañeros suyos en viajes, fatigas y destino. Miraba Pedrarias la ejecución por entre las cañas de un vallado de su casa á diez ó doce pasos del suplicio. Vino la noche, faltaba aun Argüello por ajusticiar, y todo el pueblo arrojado le pedía llorando que perdonase á aquel, ya que Dios no daba día para ejecutar la sentencia. *Primeromoriria yo*, respondió él, *que dejarla de cumplir en ninguno de ellos*. Fué, pues, el triste sacrificio como los otros, seguidos de la compasión de cuantos lo veían, y de la indignación que inspiraba aquella inhumana injusticia.

Tenia entonces Balboa cuarenta y dos años. Sus bienes fueron confiscados y con todos sus papeles entregados despues en depósito al cronista Oviedo por comision que tenia para ello del emperador. Alguna parte fué restituida á su hermano Gonzalo Nuñez de Balboa, y así éste como Juan y Alvar Nuñez, hermanos tambien del Adelantado, fueron atendidos y recomendados por el gobierno de España en el servicio de las armadas de América, *acatando*, segun dicen las órdenes reales, *á los servicios de Vasco Nuñez en el descubrimiento y poblacion de aquella tierra*. No se explican así respecto de Pedrarias, ni los despachos públicos, ni las relaciones particulares. En todas se le acusa de duro, avaro, cruel; en todas se le ve incapaz de cosa ninguna grande; en todas se le pinta como despoblador y destructor del país á donde se le envió de conservador y de amparo. Por

manera que ni á la indulgencia ni á la duda, aunque apuren todo su esfuerzo para justificarle ó disculparle, le será dado jamás lavar este nombre aborrecido de la mancha de oprobio con que se ha cubierto para siempre. A Balboa por el contrario, luego que callaron las miserables pasiones que su mérito y sus talentos concitaron en su daño, los papeles de oficio, igualmente que las memorias particulares y la voz de la posteridad, le llaman á boca llena uno de los españoles mas grandes que pasaron á las regiones de América.

Y Es preciso advertir aquí que la mala reputacion de Pedrarias no proviene precisamente de sus desavenencias con Balboa, aunque haya contribuido en gran manera á ella la iniquidad usada con este descubridor. El conjunto de sus acciones en América, tal como le presentan todos los historiadores, da el resultado odioso que se expresa en el texto, y de un modo tan incontestable, que toda defensa es vana, como toda acriminacion superflua. No faltó en los tiempos pasados quien quisiese volver por su crédito, y un conde de Puñonrostro, en calidad de descendiente suyo, sacó la cara por él, y demandó en juicio al cronista Herrera por el mal

que decía en sus *Décadas de Pedrarias*, alegando que de todo se le había dado por libre cuando se le declaró buen ministro del Rey en la residencia que se le tomó. Herrera contestaba que la declaración podía libertarle de la pena, pero no quitar que lo que en verdad pasó no fuese pasado. Hubo en este debate diferentes alegaciones de ambas partes, cuyos papeles se conservan unos impresos y otros manuscritos en el archivo de Indias. Herrera hizo patente que aun le dismutaba mucho: cedió al fin el Conde, y el negocio se transigió en que un ministro del consejo mitigase la acrimonia de tal cual pasaje del historiador.



## FRANCISCO PIZARRO.



Ninguno de los capitanes del Darien podia llenar el vacío que dejaba en las cosas de América la muerte de Balboa. La hacha fatal que segó la garganta de aquel célebre descubridor, parecia

haber cortado tambien las magnificas esperanzas concebidas en sus designios. Habíase traslada-

I AUTORES CONSULTADOS. *Impresos*: Francisco de Jerez. - Agustín de Zárate. - Garcilaso Inca. - Francisco Lopez de Gómara. - Antonio de Herrera. - Pedro Cieza de Leon.

*Inéditos*: *Memorias históricas y Anales del Perú*: de don Fernando Montesinos - Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general de Indias*, parte tercera. - Las relaciones de Miguel de Estete; del P. Fr. Pedro Ruiz Naharro, mercenario; y otra anónima del tiempo de la conquista - Diferentes documentos de la misma época, y otros apuntes respectivos á ella, comunicados al autor.

do la colonia española al otro lado del istmo, al sitio en que se fundó Panamá: mas ni esta posición, mucho mas oportuna para los descubrimientos de oriente y mediodía, ni las frecuentes noticias que se recibían de las ricas regiones á que despues se dió el nombre de Perú, eran bastantes á incitar á aquellos hombres, aunque tan audaces y activos, á emprender su reconocimiento y su conquista. Ninguno tenia aliento para hacer frente á los gastos y arrosstrar las dificultades que aquel grande objeto llevaba necesariamente consigo. El hombre extraordinario que habia de superarlas todas aun no conocia su fuerza; y lo que raras veces acontece en caracteres de su temple, ya Pizarro tocaba en los umbrales de la vejez, sin haberse señalado por cosa alguna que en él anunciase el destructor de un grande imperio, y el émulo de Hernán Cortés.

No porque en esfuerzo, en sufrimiento y en diligencia le aventajase alguno, ó le igualasen muchos de los que entonces militaban en Tierra firme. Mas contenido en los límites asignados á la condición de subalterno, su carácter estaba, al parecer, exento de ambición y de osadía; y bien hallado con merecer la confianza de los gobernadores, ó no podia, ó no queria competir con ellos ni en honores ni en fortuna.

Pudiérase atribuir esta circunspección á la timidez que debia causarle la bajeza de sus principios, si fuera cierto todo lo que entonces se contaba de ellos, y despues se ha repetido por casi todos los que han tratado de sus cosas. Hijo natural de aquel Gonzalo Pizarro que se dis-

tingió tanto en las guerras de Italia en tiempo del Gran Capitan, y murió despues en Navarra de coronel de infantería; habido en una muger cuyo nombre y circunstancias por de pronto se ignoraron; arrojado al nacer á la puerta de una iglesia de Trujillo, sustentado en los primeros instantes de su vida con la leche de una puerca, por no hallarse quien le diese de mamar; fué al fin reconocido por su padre, pero con tan poca ventaja suya, que no le dió educación, ni le enseñó á leer, ni hizo por él otra cosa que ocuparle en guardar unas parras de cerdos que tenia. Quiso su buena suerte que un día los cerdos, ó por acaso ó por descuido, se le desbandasen y perdiesen: él de miedo no quiso volver á casa, y con unos caminantes se fué á Sevilla, desde donde se embarcó despues para Santo Domingo, á probar si la suerte, ya para él tan dura en su patria, le era menos adversa en las Indias. Semejantes aventuras tienen mas aire de novela que de historia. Gomara las cuenta, Herrera las calla, Garcilaso las contradice. Algunas estan en oposición con los documentos del tiempo, que le dan sirviendo en las guerras de Italia en su juventud primera: otras estan ve-

1. En un discurso ó papel en derecho presentado al Rey por los descendientes del conquistador para hacer efectiva en ellos la gracia que se le concedió del título de Marques con veinte mil vasallos se dice así:

"Francisco Pizarro, Señor, Caballero de la orden de Santiago, despues de haber servido en las guerras de Italia y Navarra con el coronel Gonzalo Pizarro su padre y Hernando Pizarro su hermano, pasó á las Islas de Barlovento en el último viaje que hizo Colon, donde se halló en todas las ocasiones que se ofrecieron etc."

rosimilmente exageradas. Él era sin duda alguna hijo natural del capitán Pizarro: su madre fué una muger del mismo Trujillo que se decia Francisca Gonzalez, de padres conocidos<sup>1</sup> y de Trujillo tambien. Su educacion fué en realidad muy descuidada: se cree por los mas que nunca supo leer ni escribir; pero si, como otros quieren, alguna vez aprendió á leer, fué ya muy tarde, cuando su dignidad y obligaciones le precisaron á ello: escribir, ni aun firmar, es cierto que nunca supo<sup>2</sup>. Lo demas es preciso darlo y recibirlo con aquella circunspeccion prudente que deja siempre en salvo la verdad; bien que para Pizarro, como para cualquiera que sube por sus propios medios á la cumbre del poder y de la fortuna, la elevacion sea tanto mas gloriosa, quanto de mas bajo comienza.

La primera vez que se le mienta con distincion en la historia, es al tiempo de la última expedicion de Ojeda á Tierra firme, cuando ya Pizarro tenia mas de treinta años. Con él se embarcó, y en los infortunios, trabajos y peligros que se amontonaron sobre los españoles en aquella afanosa empresa, hizo el aprendizaje de la carrera dificil en que despues se habia de señalar con tanta gloria. No cabe duda en que debió distinguirse al instante de sus demas compañeros, cuando Ojeda, despues de fundar en Urbabá la villa de San Sebastian, y teniendo que volver por socorros á Santo Domingo, le dejó de teniente suyo en la colonia, como la persona

<sup>1</sup> Llamábanse Juan Mateos y María Alonso.

<sup>2</sup> Véase el apéndice.

de mayor confianza para su gobierno y conservacion.

Contados estan en la vida de Vasco Nuñez los contratiempos terribles que asaltaron allí á los españoles; cómo tuvieron que abandonar la villa perdidos de ánimo y desalentados, y cómo fueron despues vueltos á ella por la autoridad de Enciso, que los encontró en el camino. Todos estos acontecimientos, así como los debates y pasiones que despues se encendieron entre los pobladores del Darien, no pertenecen á la vida de Pizarro, que niugun papel hizo en ellos. Contento con desempeñar acertada y diligentemente las empresas en que se le empleaba, se le ve obtener la confianza de Balboa como habia obtenido la de Ojeda, y despues la de Pedrarias del mismo modo que la de Balboa. Todos le llevaban consigo á las expediciones mas importantes; Vasco Nuñez al mar del sur, Pedrarias á Panamá. Su espada y sus consejos fueron bien útiles al capitán Gaspar de Morales en el viaje que de órden del último gobernador hizo desde Darien á las islas de las Perlas, y lo fueron igualmente al licenciado Espinosa en las guerras peligrosas y obstinadas que los españoles tuvieron que mantener con las tribus belicosas situadas al oriente de Panamá. Mas como de estas correrías, muchas sin provecho, y las mas sin gloria, no resultó ningun descubrimiento importante, ni Pizarro tampoco tuvo el principal mando en ellas, no merecen llamar nuestra atencion sino por lo que contribuyeron á aumentar la experiencia y capacidad de aquel capitán, y al crédito y confianza que se granjeó

con los soldados; los cuales no una vez sola se le pidieron á Pedrarias, y marchaban mas seguros y alegres con él que con otro ninguno de los que solian conducirlos.

A pesar de ello su ambición dormía: ni lo que muchos de aquellos aventureros lograban en sus incursiones, que eran tesoros y esclavos, él tenía en abundancia; y despues de catorce años de servicios y de afanes el capitán Pizarro era uno de los moradores menos acaudalados de Panamá. Así es que cuando llegó el caso de la famosa contrata para los descubrimientos del Sur, mientras que el clérigo Hernando de Luque ponía en la empresa veinte mil pesos de oro, suyos ó ajenos, Pizarro y Diego de Almagro, sus dos asociados, no pudieron poner otra cosa que su industria personal y su experiencia.

Precedieron al proyecto de esta compañía otras tentativas que, si no de tanto nombre y consistencia, fueron bastantes á lo menos para tener noticias mas positivas de la existencia de aquellas regiones que se proponían descubrir.

Ya por los años de 1522 Pascual de Andagoya, con licencia de Pedrarias, habia salido á descubrir en un barco grande por la costa del Sur; y llegando á la boca de un ancho rio en la tierra que se llamó de Biruquete, se entró por el rio adentro, y allí peleando á veces con los indios, y á veces conferenciando con ellos, pudo tomar alguna noticia de las gentes del Perú, del poder de sus monarcas, y de las guerras que sostenian en tierras bien apartadas de allí. La fama sin duda habia llevado, aunque vagamente, hasta aquel parage el rumor de las expedi-

ciones de los Incas al Quito, y de la contienda obstinada que tenían con aquella gente belicosa sobre la dominacion del pais. Mas para llegar al teatro de la guerra era preciso, segun los indios decian, pasar por caminos ásperos, y sierras en extremo fragosas; y estas dificultades, unidas al desabrimiento que debió causar á Andagoya su desmejorada salud, le hicieron abandonar la empresa por entonces y volverse á Panamá.

Acaeció poco tiempo despues morir el capitán Juan Basurto, á quien Pedrarias tenia dado el mismo permiso que á Andagoya. Muchos de los vecinos de Panamá querian entrar á la parte de las mismas esperanzas y designios, mas retraíanse por las dificultades que presentaba la tierra para su reconocimiento, con las cuales no osaban ponerse á prueba. Solos Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos ya desde el Darien, y asociados en todos los provechos y granjerías que daba de sí el pais, fueron los que, alzado el ánimo á mayores cosas, quisieron á toda costa y peligro ir á reconocer por sí mismos las regiones que caían hácia el Sur. Compraron para ello uno de los navichuelos que con el mismo objeto habia hecho construir anteriormente el Adelantado Balboa, y habida licencia de Pedrarias, le equiparon con ochenta hombres y cuatro caballos, única fuerza que de pronto pudieron reunir. Pizarro se puso al frente de ellos, y salió del puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524, debiéndole seguir despues Almagro con mas gente y provisiones. El navio dirigió su rumbo al ecuador, tocó en las islas de las Perlas, y surgió en el

Noviembre de  
1524

puerto de Piñas, límite de los reconocimientos anteriores. Allí acordó el capitán subir por el río de Birú arriba, en demanda de bastimentos y reconociendo la tierra. Era la misma por donde había andado antes Pascual de Andagoya, que dió á Pizarro á su salida los consejos y avisos que creyó útiles para dirigirse cuando allá estuviese.

Pero ni los avisos de Andagoya, ni la experiencia particular de Pizarro en otras semejantes expediciones, pudieron salvar á los nuevos descubridores de los trabajos que al instante cayeron sobre ellos. La comarca estaba yerma, los pocos bohios que hallaban desamparados, el cielo siempre lloviendo, el suelo áspero en unas partes, y en otros cerrado de árboles y de maleza, no se dejaba hollar sino por las quebradas que los arroyos hacían: ninguna caza, ninguna fruta, ningún alimento: ellos cargados de las armas y pertrechos de guerra, despeados, hambrientos, sin consuelo, sin esperanza. Así anduvieron tres días, y cansados de tan infructuoso y áspero reconocimiento, bajaron al mar y volvieron á embarcarse. Corridas diez leguas adelante, hallaron un puerto donde hicieron agua y leña, y después de haber andado algunas leguas más, se volvieron á él á ver si podían repararse en la extrema necesidad en que se hallaban. El agua les faltaba, carne no la tenían, y dos mazorcas de maíz que se daban diariamente á cada soldado, no podían ser sustento suficiente á aquellos cuerpos robustos. Dícese que al arribar á este puerto se temían los unos á los otros de flacos, desfigurados y mise-

rables que estaban. Y como el aspecto que les presentaba el país no era más de sierras, peñas, pantanos y continuos aguaceros con una esterilidad tal que ni aves ni animales parecían, perdidos de ánimo y desesperados, anhelaban ya volverse á Panamá, maldiciendo la hora en que habían salido de allí. Consolábalos su capitán, poniéndoles delante la esperanza cierta que tenía de llevarlos á tierras en donde fuesen abundantemente satisfechos de los trabajos y penuria en que se hallaban. Pero el mal era mortal y presente, la esperanza incierta y lejana, y si á muchos las razones de Pizarro servían de aliento y consuelo, otros las consideraban como los últimos esfuerzos de un desesperado, que se encrucece contra su mala fortuna y no le importa arrastrar á los demás en su ruina.

Viendo en fin que el bastimento se les acababa, acordaron dividirse, y que los unos fuesen en el navío á buscar provisiones á las islas de las Perlas, y los otros quedasen allí sosteniéndose hasta su vuelta como pudiesen. Tocó hacer el viaje á un Montenegro y otros pocos españoles, á quienes se dió por toda provision un cuero de vaca seco que había en el barco, y unos pocos palmitos amargos de los que á duras penas se encontraban en la playa. Ellos salieron en demanda de las islas, mientras que Pizarro y los demás que quedaban seguían luchando con las agonías del hambre y con los horrores del clima.

Bien fueron necesarios entonces á aquel descubridor las artes y lecciones aprendidas en otro tiempo con Balboa. El no solo alentaba á

los soldados con blandas y amorosas razones, que sabia usar admirablemente cuando le convenia, sino que ganaba del todo su afición y confianza por el esmero y eficacia con que los socorria y los cuidaba. Buscaba por sí mismo el refresco y alimento que mas podia convenir á los enfermos y endebles, se los suministraba por su mano, les hacia barracas en que se defendiesen del agua y la intemperie, y hacia con ellos las veces, no de caudillo y capitán, sino de camarada y amigo. Este esmero no bastó sin embargo á contrarestar las dificultades y apuros de la situacion y del pais. Como solo se mantenian de las pocas y nocivas raices que encontraban, hinchábaseles los cuerpos, y ya veinte y siete de ellos habian sido victimas de la necesidad y de la fatiga. Todos perecieron al fin, si Montenegro oportunamente no hubiese dado la vuelta, cargado el navío de carne, frutas y maiz.

Pizarro entonces no estaba en el puerto. Sabiendo que á lo lejos se habia visto un gran resplandor, y presumiéndolo efecto de las luminarias de los indios, se dirigió allá con algunos de los mas esforzados, y dieron en efecto con una ranchería. Los indios huyeron al acercarse los españoles, y solos dos pudieron ser habidos que no acertaron á correr tan ligeramente como los demás. Hallaron tambien cantidad de cocos, y como una fanega de maiz que repartieron entre todos. Los pobres prisioneros hacian á sus enemigos las mismas preguntas que en casi todas las partes del nuevo mundo donde se los veía saltar de aquel modo. *¿Por qué no sembrais,*

*por qué no cogéis, por qué andáis pasando tantos trabajos por robar los bastimentos agenos?* Pero estas sencillas reconvençiones del sentido común y de la equidad natural, fueron escuchadas con el mismo desprecio que siempre, y los infelices tuvieron que someterse al arbitrio de la fuerza y de la necesidad. Aun uno de ellos no tardó en perecer, herido de una flecha emponzoñada de las que se usaban allí, cuyo veneno era tan activo que le acabó la vida en cuatro horas. Pizarro al volver se encontró con el mensajero que le llevaba la noticia de la llegada de Montenegro, y apresuró su marcha para abrazarle.

Habido entre todos el consejo de lo que debian hacer, acordaron dejar aquel puerto, al que por las miserias allí sufridas dieron el nombre del *Puerto de la Hambre*, y se volvieron á hacer al mar para seguir corriendo la costa. Navegaron unos pocos dias, al cabo de los cuales tomaron tierra en un puerto que dijeron de *la Candelaria*, por ser esta festividad cuando arribaron á él. La tierra presentaba el mismo aspecto desierto y estéril que las anteriores: el aire tan húmedo, que los vestidos se les pudrian encima de los cuerpos; el cielo siempre relampagueando y tronando; los naturales huidos ó escondidos en las espesuras, de modo que era imposible dar con ellos. Vieron sin embargo algunas sendas, y guiados por ellas despues de caminar como dos leguas se hallaron con un pueblo pequeño, donde no encontraron morador ninguno, pero sí mucho maiz, raices, carne de cerdo, y lo que les dió mas satisfaccion

bastantes joyelas de oro bajo, cuyo valor ascendería á seiscientos pesos. Este contento se les agüó cuando descubriendo unas ollas que hervían al fuego, vieron manos y pies de hombres entre la carne que se cocía en ellas. Llenos de horror, y conociendo por ello que aquellos naturales eran caribes, sin averiguar ni esperar más, se volvieron al navío y prosiguieron el rumbo comenzado. Llegaron á un paraje de la costa que llamaron *Pueblo quemado*, y está como á veinte y cinco leguas del puerto de Pinar: tan poco era lo que habían adelantado después de tantos días de fatigas. Allí desembarcaron, y conociendo por lo trillado de las sendas que se descubrían entre los manglares que la tierra era poblada, empezaron á reconocerla, y no tardaron mucho en descubrir un lugar.

Halláronle abandonado también, pero surtido de provisiones en abundancia, por manera que Pizarro, considerada su situación á una legua del mar, lo fuerte del sitio, pues estaba en la cumbre de una montaña, y la tierra al redor no tan estéril ni triste como las que habían visto, determinó recogerse en él y enviar el navío á Panamá para repararle de sus averías. Faltaban manos que ayudasen á los marineros: el capitán acordó que saliese Montenegro con los soldados mas dispuestos y ligeros á correr la tierra, y tomar algunos indios que enviar al navío y ayudasen á la maniobra. Ellos entretanto se mantenían reunidos acechando lo que los castellanos hacían, y meditando el modo de echar de sus casas á aquellos vagamundos, que con tal insolencia venían á despojarlos de ellas.

Así luego que los vieron divididos, arremetieron á Montenegro lanzando sus armas arrojadizas con grande algazara y gritaría. Los españoles los recibieron con la seguridad que les daban sus armas, su robustez y su valor, y todo era necesario para con aquellos salvajes desnudos que no les dejaban descansar un momento, acometiendo siempre á los que mas sobresalian. De este modo fueron muertos tres castellanos y otros muchos heridos. Los indios luego que vieron que aquel grueso de hombres se les defendía mas de lo que pensaban, determinaron retirarse del campo de batalla, y por sendas que ellos solos sabían, dar de pronto sobre el lugar donde imaginaban que solo habrían quedado los hombres inútiles por enfermos ó cobardes. Así lo hicieron, y Pizarro al verlos receló de pronto que hubiesen desbaratado y destruido á Montenegro. Mas sin perder ánimo salió á encontrarlos, trabándose allí la refriega con el mismo tison y furia que en la otra parte. Animaba él á los suyos con la voz y con el ejemplo, y los indios que le veían señalarse entre todos por los tremendos golpes que daba, cargaron sobre él en tanta muchedumbre, y le apretaron de modo que le hicieron caer y rodar por una ladera abajo. Corrieron á él creyéndole muerto, pero cuando llegaron ya estaba en pie con la espada en la mano, mató dos de ellos, contuvo á los demas, y dió lugar á que viniesen algunos castellanos á socorrerle. El combate entretanto seguía, y el éxito era dudoso, hasta que la llegada de Montenegro desalentó de todo punto á los salvajes, que se retiraron al fin dejando

mal herido á Pizarro y á otros muchos de los españoles.

Curáronse con el bálsamo que acostumbraban en aquellas apreturas, esto es con aceite hirviendo puesto en las heridas; y viendo por el daño recibido que no les convenia permanecer allí siendo ellos tan pocos, los indios muchos y tan atrevidos y feroces, determinaron volverse á las inmediaciones de Panamá. Llegaron de este modo á Chicamá, desde donde Pizarro despachó en el navío al tesorero de la expedición Nicolás de Rivera, para que llevase el oro que habian encontrado, diese cuenta de sus sucesos, y manifestase las esperanzas que tenian de encontrar buena tierra.

Mientras que con tanto afán y tan corta ventura iba Pizarro reconociendo aquellos tristes parages, su compañero Almagro, apresurando el armamento con que debia seguirle, se hizo á la mar en otro navichuelo con sesenta y cuatro españoles, pocos días antes de que llegase á Panamá Nicolás de Rivera. Llevó el mismo rumbo, conjeturando por las señales que veía en los montes y en las playas el camino que llevaban los que delante iban. Surgió tambien en Pueblo Quemado, en donde los mismos indios que tanto habian dado en que entender á Pizarro y Montenegro, le resistieron á él valientemente y le hirieron en un ojo, de que quedó privado para siempre. Pero aunque al fin les ganó el lugar, no quiso detenerse en él y pasó adelante en busca de su compañero, sin dejar cala ni puerto que no reconociese. De esta manera vió y reconoció el valle de Baeza, llamado así por un sol-

lado de este apellido que allí falleció; el rio del Melon, que recibió este nombre por uno que vieron venir por el agua; el de las Fortalezas, dicho así por el aspecto que tenian las casas de indios que á lo lejos descubrieron; y últimamente el rio que llamaron de San Juan, por ser aquel el día en que llegaron á él. Algunas muestras halló de buena tierra en estos diferentes puntos, y no dejó de recoger porción de oro; pero la alegría que él y sus compañeros podian percibir con ello, se convertia en tristeza pensando en sus amigos, á quienes creían perdidos, de modo que desconsolados y abatidos determinaron volverse á Panamá. Pero como tocasen en las islas de las Perlas y hallasen allí las noticias dejadas por Rivera del punto en que quedaba Pizarro, volvieron inmediatamente la proa y se encaminaron á buscarle. Halláronle con efecto en Chicamá: los dos amigos se abrazaron, se dieron cuenta recíproca de sus aventuras, peligros y fatigas; y habido maduro acuerdo de lo que les convenia hacer, se acordó que Almagro diese la vuelta á Panamá para rehacerse de gente y reparar los navichuelos.

Hallóse al llegar con nuevas dificultades que contrariaban harto desgraciadamente los designios de los dos descubridores. Pedrarias, que les habia dado licencia para emprender su descubrimiento, se mostraba ya tan opuesto á la empresa, como favorable primero. Trataba entonces de ir en persona á castigar á su teniente Francisco Hernandez, que se le habia alzado en Nicaragua, y no queria que se le disminuyese la gente con que contaba, por el anhelo

de ir al descubrimiento del Perú. Esta era la verdadera razon: pero él alegaba las malas noticias traídas por Nicolas de Rivera, y culpaba altamente la obstinacion de Pizarro, á cuya poca industria y mucha ignorancia achacaba la pérdida de tantos hombres. Pedrarias, segun ya se ha visto, era tan pertinaz como duro y receloso. Decia á boca llena que iba á revocar la comision y á prohibir que fuese mas gente allá. La llegada de Almagro, mas rico de esperanzas que de despojos y noticias, no le templó el desabrimiento, y todo se hubiera perdido sin los ruegos y reclamaciones que le hizo el Maestro de Escuela Hernando de Luque, amigo y auxiliador de los dos, y eficazmente interesado en el descubrimiento. Todavía estas gestiones hubieran sido por ventura inútiles, á no hacerse á Pedrarias la oferta de que se le admitiria á las ganancias de la empresa, sin poner él en ella nada de su parte, con lo cual, halagada su codicia, cedió de la obstinacion y alzó la prohibicion que tenia dada para el embarque. Puso sin embargo la condicion de que Pizarro habia de llevar un adjunto como para refrenarle y dirigirle. Luque logró que este adjunto fuese Almagro, á quien para mas autorizarle se dió el titulo de capitán; pero á pesar de la buena fe y sana intencion con que este acuerdo se hizo, luego que fué sabido por Pi-

<sup>1</sup> Esta asociacion de Pedrarias á la compañía no duró mucho tiempo: luego que los descubridores tuvieron mas confianza en el buen éxito de su empresa, tuvieron modo de separarle de ella haciendo una transacion con él: el pasaje está en Oviedo, y es curioso. Véase el apéndice tercero.

zarro se quejó sin rebozo alguno de semejante nombramiento como de un desaire que se le hacia, y mal satisfecho con las disculpas que se le dieron, el resentimiento quedó hondamente clavado en su corazon, pudiendose señalar aquí el origen de los desabrimientos y pasiones que despues sobrevinieron y produjeron tantos desastres.

Es probable que Pizarro no quisiese presentarse en Panamá hasta la salida de Pedrarias á Nicaragua, que fue en enero del año siguiente. <sup>1526</sup> Tratábase de proporcionar fondos para la continuacion de la empresa, que faltaban á los dos descubridores, exhaustos ya con los gastos del primer armamento. El infatigable Luque los supo proporcionar, y entonces fué cuando se formalizó la famosa contrata, por la cual el canónigo se obligó á entregar, como lo hizo en el acto, veinte mil pesos de oro para los gastos de la expedicion, y los dos ponian en ella la licencia que tenian del gobernador y sus personas é industria para efectuarla, debiéndose repartir entre los tres por partes iguales las tierras, indios, joyas, oro y cualesquiera otros productos que se granjeasen y adquiriesen definitivamente en la empresa <sup>1</sup>. Y para dar mayor solemnidad á la asociacion, y enlazarse con los vínculos mas fuertes y sagrados, Hernando de Luque dijo la Misa á las dos, y dividiendo la Hostia consagrada en tres partes, tomó para sí la una, y con las otras dos dió de comulgar á sus compa-

<sup>1</sup> Véase el apéndice segundo y la nota que va en seguida, en que se manifiesta quien era el verdadero asociado á quien Luque no hacia mas que prestar su nombre.

neros. Los circunstantes, poseídos de respeto y reverencia, lloraban á la vista de aquel acto y ceremonia nunca usados en aquellos parajes para semejante proyecto; mientras que otros consideraban que ni aun así se salvaban los asociados de la imputación de locura, que su temerario propósito merecía para con ellos. En los tiempos modernos todavía se ha tratado con mas rigor aquella ceremonia, acusándola de repugnante y de impía, como que ratificaba en el nombre de un Dios de paz un contrato cuyos objetos eran la matanza y el saqueo <sup>r</sup>. Mas por ventura para formar este juicio solo se ha fijado la vista en la larga serie de desastres y violencias que siguieron á aquel descubrimiento, sin poner la atención al mismo tiempo en la idea predominante del siglo, y en las que principalmente animaban á los aventureros de América. Extender la fe de Cristo en regiones desconocidas é inmensas, y ganarlas al mismo tiempo á la obediencia de su rey, eran para los castellanos obligaciones tan sagradas y servicios tan heróicos, que no es de extrañar implorasen al emprenderlas todo el favor y la intervención del cielo. No plegue á Dios jamás que la pluma con que esto se escribe propenda á disminuir en un ápice el justo horror que se debe á los crímenes de la codicia y de la ambición; pero es preciso ante todas cosas ser justos, y no imputar á los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron. No estamos ciertamente los

<sup>r</sup> Es la expresión de Robertson, el mas moderado y juicioso de los escritores extranjeros que han hablado de nuestras cosas en el nuevo mundo.

modernos europeos tan ajenos como pensamos de estas contradicciones repugnantes, y llamamos tantas veces al Dios de Paz para que intervenga en nuestros sangrientos debates; y venga á ayudarnos en las guerras que emprendemos, tan poco necesarias por lo comun, y por lo comun tan injustas, que no hemos adquirido todavía bastante derecho para acusar á nuestros antepasados de iguales extravíos.

Con dos navíos y dos canoas cargados de bastimentos y de armas, y llevando consigo al hábil piloto Bartolomé Ruiz, volvieron á hacerse al mar los dos compañeros, y continuando el rumbo que antes habian llevado, llegaron cerca del rio de San Juan, ya reconocido antes por Almagro. Allí les pareció hacer alto, porque la tierra tenia apariencia de ser algo mas poblada y rica, y menos dañosa que las anteriores. Un pueblo que asaltaron donde hallaron algun oro y provisiones, y tomaron algunos indios, les dió aquellas esperanzas, sin embargo de que el país de lejos y de cerca no presentase mas que altas montañas, ciénagas y rios; de manera que no podían andar sino por agua. Quedóse allí Pizarro con el grueso de la gente y las dos canoas: Almagro volvió á Panamá en uno de los navíos para alistar mas gente con el oro que habian cogido; y en el otro navío salió Bartolomé Ruiz reconociendo la tierra costa arriba, para descubrir hasta donde pudiese.

El viaje de este piloto fué el paso mas adelantado y seguro que se habia dado hasta entonces para encontrar el Perú. El descubrió la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tier-

ra de Coaque, y llegó hasta la punta de Pasaos debajo de la línea. Encontróse en el camino con una balsa hecha artificiosamente de cañas, en que venian hasta veinte indios, de los cuales se arrojaron once al agua cuando el navío se acercó á ellos. Tomados los otros, el piloto español, despues de haberlos examinado algun tanto y los efectos que traian consigo, dióles libertad para que se fuesen á la playa, quedándose solo con tres de los que le parecieron mas á propósito para servir de lenguas y dar noticias de la tierra. Iban, segun pareció, á contratar con los indios de aquella costa; y por esto entre los demás efectos que contenia la balsa, habia unos pesos chicos para pesar oro, contruidos á manera de romana, de que no poco se admiraron los castellanos. Llevaban además diferentes alhajuclas de oro y plata labradas con alguna industria, sartas de cuentas con algunas esmeraldas pequeñas y calcedonias, mantas, ropas y camisetas de algodón y lana, semejantes á las que ellos traian vestidas; en fin, lana hilada y por hilar de los ganados del pais. Esto fué ya para los españoles una novedad extraña y agradable; pero mucho mas lo fué su buena razon y las grandezas y opulencia que contaban de su rey Huayna-Capac y de la corte del Cuzco. Dificultaban los castellanos dar fe á lo que oían, teniéndolo á exageracion y falsedad de aquellas gentes; pero sin embargo Bartolomé se los llevó consigo, tratándolos muy bien, y desde Pasaos dió la vuelta para Pizarro, á quien no dudaba que darian contento las noticias que aquellos indios llevaban.

Casi al mismo tiempo que él llegó Almagro con el socorro que traía de Panamá, compuesto de armas, caballos, vestidos, vituallas y medicinas, y de cincuenta soldados venidos nuevamente de Castilla que se aventuraron á seguirle. Contaba Almagro las precauciones de que habia tenido que valerse para entrar en la ciudad. Mandaba ya en ella el nuevo gobernador Pedro de los Rios: y aunque se sabia que á fuerza de representaciones y diligencias del maestre escuela Luque traía encargo expreso del gobierno de guardar el asiento convenido con los tres asociados, era tal sin embargo el descrédito en que habia caido la empresa en Panamá, que tuvo recelo de ser mal recibido, y se detuvo hasta saber las disposiciones del gobernador. Este á la verdad sentia la pérdida de tantos castellanos, pero no por eso dejó de asegurar á Hernando de Luque que les daría todo el favor que pudiese <sup>1</sup>. Entró, pues, Almagro en el puerto de Panamá, el gobernador le salió á recibir para hacerle honor, confirmó los cargos que su antecesor Pedrarias habia dado á su compañero y á él, y permitió que se alistase gente y se hiciesen las provisiones necesarias. Estas noticias, unidas á las de los indios tumbecinos, levantaron algun tanto los ánimos desmayados; y los dos amigos aprovechando tan buena disposicion se hicieron al instante al mar, siguiendo el mis-

<sup>1</sup> Al maestre escuela no le daban allí otro nombre á la sazón que el de *Hernando el Lozo*, por el empeño que tenia en ayudar y proteger los proyectos quiméricos de aquellos dos hombres temerarios, y porque todos suponian suyo el caudal con que la empresa se habia empezado.

mo rumbo que antes habia llevado Bartolomé Ruiz. Llegaron primeramente á la isla del Gallo, donde se detuvieron quince dias rehaciéndose de las necesidades pasadas, y continuando su viaje entraron despues en la bahía de San Mateo. Allí resolvieron desembarcar y establecerse hasta tomar lenguas de las tierras que estaban mas adelante. Dábanles confianza de lograrlo los indios de Tumbes, á quienes Pizarro hacia con este objeto instruir en la lengua castellana. Por otra parte, la tierra abundante en maiz y en yerbas saludables y nutritivas, como que les convidaba á permanecer en ella. Mas los naturales tan intratables y agrestes como todos los que hasta entonces encontraron, les quitaban la esperanza de poderse sostener, á lo menos mientras no fuesen mas gente. Pusiéronse, pues, á deliberar lo que les convenia hacer. Los mas decian que volverse á Panamá y emprender despues el descubrimiento con mas gente y mayor fuerza. Repugnábalo Almagro, haciéndoles presente la vergüenza de volverse sin haber hecho cosa de momento y pobres, expuestos á la risa y mofa de sus contrarios, y á la persecucion y demandas de sus acreedores: su dictámen era que se debia buscar un punto abundante de vituallas donde establecerse, y enviar los navíos por mas gente á Panamá. Las razones con que Almagro manifestó su opinion no fueron por ventura tan circunspectas y medidas quanto la situacion requeria. Porque Pizarro, ó dejándose ocupar de un sentimiento de flaqueza que ni antes ni despues se conoció en él, ó arrastrado de una impaciencia que no es

fácil disculpar, le contestó ásperamente, que no se maravillaba fuese de aquel dictámen quien yendo y viniendo de Panamá con el pretexto de socorros y vituallas, no podia conocer las angustias y fatigas que padecian los que por tantos meses estaban metidos en aquellas costas incultas y desiertas, faltándoles ya las fuerzas para poderlas conllevar. Replicó Almagro que él se quedaria gustoso, y que Pizarro fuese por el socorro si eso le agradaba mas. Los ánimos de aquellos hombres irritados, no pudiéndose contener en términos razonables, pasaron de las personalidades á las injurias, de las injurias á las amenazas, y de las amenazas corrieron á las armas para herirse. Pusiéronse por medio el piloto Ruiz, el tesorero Rivera y otros oficiales de consideracion que los oían, los cuales pudieron sosegarlos y atajar aquel escandaloso debate, haciéndoles olvidar su pasion y abrazarse como amigos. Dichosos si con aquel abrazo hubiesen cerrado la puerta para siempre á los tristes y crueles resentimientos en que habian de abrasarse despues!

Establecida así la paz, Pizarro se ofreció gustoso á quedarse con la gente, yendo Almagro, como lo tenia de costumbre, por los socorros á Panamá. Reconocieron antes todos los sitios contiguos á la bahía en que se hallaban, y desengañados de que ninguno les era conveniente, determinaron retroceder y fijarse en la isla del Gallo, punto mucho mas oportuno para sus fines. Almagro por tanto dió la vela para Panamá, y Pizarro con ochenta y cinco hombres, único resto que quedaba despues de tantos

refuerzos, se dirigió á la isla, desde donde á pocos dias envió el navío que le quedaba para que se quedase en Panamá y volviese con Almagro.

Este concierto y disposiciones de los dos capitanes alteraron en gran manera los ánimos de los soldados, que ya no á escondidas, sino en corrillos y á voces se quejaban de su inhumanidad y dureza. ¿No eran bastantes por ventura tantos meses de desengaños, en que no habian hecho otra cosa que hambrear, enfermar, hincharse, y perecer? Corrido habian palmo á palmo aquella costa cruel, sin que hubiese punto alguno en ella que no los hubiese rechazado con pérdida y con afrenta. ¿Qué peligros dignos del nombre español habian encontrado allí, qué riquezas que correspondiesen á las magníficas esperanzas que se les habian dado al salir? El poco oro recogido en los saltos que de tarde en tarde hacian se enviaba por ostentacion á Panamá, y á servir tambien de incentivo que trajese mas víctimas al matadero. Y ellos en tanto, perdidos siempre entre manglares, sin mas alimento que la fruta insípida de aquellos árboles tristes, ó las raíces mal sanas de la tierra, cayéndoles continuamente los aguaceros encima, desnudos, hambrientos, enfermos, arrastraban penosamente la vida, para estar martirizados mortalmente por los mosquitos, asateados por los indios, devorados por los caimanes. Ochenta eran los que al principio habian salido de Panamá, y despues de tantos refuerzos como Almagro habia traído eran ochenta y cinco los que quedaban. Bastar les debiera tanta mortandad, y no empeñarse en sacrificar aquel mise-

rable resto á su inhumana terquedad, y á sus esperanzas insensatas. La rica tierra que estaban siempre pregonando se alejaba cada vez mas de su vista y de su diligencia, y el continente de América se les defendia por aquel lado con mas teson y rigor que se habia resistido el opuesto á los esfuerzos obstinados y valientes de Ojeda y de Nicuesa. Tanto tiempo en fin perdido, tan inútiles tentativas, tantas fatigas, tantos desastres, debieran ya convencerlos de que la empresa era imposible, ó por lo menos temerario quererla llevar á su cima con medios tan desiguales.<sup>1</sup>

No era fácil responder, ni mucho menos acallar estas quejas amargas del desaliento. Los gefes recelando que fuesen todavía mas ponderadas las noticias que se enviasen á Panamá, y que así la empresa se desacreditase del todo, resolvieron que Almagro recogiese todas las cartas que se enviasen en los navíos. Pero este abuso de confianza produjo entonces lo que siempre, mucha mengua y ningun fruto. La necesidad, mas sutil que la sospecha, supo abrirse paso seguro á despecho de los dos capitanes, para las nuevas que queria enviar. Escribióse un largo memorial en que se contenian los desastres pasados, los muchos castellanos que habian muerto, la opresion y cautiverio en que gemian los que restaban, y concluian con la súplica mas vehemente y lastimera para que se enviase por ellos y se los libertase de perecer.<sup>2</sup> Este memorial se metió en el centro de un grande ovillo de al-

<sup>1</sup> Gomara dice que este memorial fué escrito por un Saavedra, natural de Trujillo, y que iba firmado de muchos:

godon, que un soldado enviaba con el pretexto de que le tejiesen una manta, y llegó á Panamá con Almagro. Hallóse modo de que la muger del gobernador pidiese el ovillo para verlo, y desenvuelto entonces y encontrado el escrito, el gobernador que se enteró por su contenido de la extremidad en que aquella gente se hallaba, determinó enviar por ellos, y excusar mas desgracias en adelante, ya que las pasadas no se podian remediar. Ayudó mucho á esta resolución ver confirmadas las noticias del memorial con lo que decian algunos de los que venian con Almagro, no muy acordes en esto con las miras de su capitán. Así, á pesar de los ruegos, reclamaciones, y aun amenazas que hicieron los dos asociados en la empresa, el gobernador, sordo á todo, dió la comision á un Juan Tafur, dependiente suyo y natural de Córdoba, de ir con dos navíos á recoger aquellos miserables, y traérselos á Panamá.

Hallábanse ellos entretanto en la isla del Gallo, donde pasaban las mismas angustias que siempre, menos las que nacia de las hostilidades de los naturales: porque los indios por no estar cerca de ellos, les habian abandonado la isla y acogídose á tierra firme. Llegaron los dos navíos, y mostrada por Tafur la orden del gobernador, fué tanta la alegría de los soldados, que se abrazaban como si salieran de muerte á

Saavedra lo daba por coplista, pues el memorial acaba así:

*Pues, señor gobernador,  
Mírelo bien por entero,  
Que allá va el recogedor,  
Táquí queda el carnicero.*

vida, y bendecian á Pedro de los Rios como su libertador y su padre. Pizarro solo era el descontento: sus dos asociados le escribian que á todo trance <sup>1</sup> se mantuviese firme, y no malograrse la expedicion volviéndose á Panamá, que ellos le socorrerian al instante con armas y con gente. Viendo, pues, el alboroto de los soldados, y su voluntad determinada de desamparar la empresa: *Volveos en buen ora*, les dijo, *á Panamá, los que tanto afan teneis de ir á buscar allí los trabajos, la pobreza, y los desaires que os esperan. Pésame de que así querais perder el fruto de tan heróicas fatigas, cuando ya la tierra que os anuncian los indios de Tumbes os espera para colmaros de gloria y de riquezas. Idos, pues, y no direis jamás que vuestro capitán no os ha acompañado el primero en todos vuestros trabajos y peligros, cuidando siempre mas de vosotros que de sí mismo.*

Ni se persuadian ellos por tales razones; cuando él sacando la espada y haciendo con ella una gran raya en el suelo de oriente á poniente, y señalando el mediodia como su derrotero: *Por aquí*, dijo, *se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres: escoja el que sea buen castellano lo que mas bien le estuviere.* Dicho esto pasó la raya, siguiéndole solos trece de todos cuantos allí habia. Arrojo magnánimo, y que las circunstancias todas que mediaban hacen verdadera

<sup>1</sup> La expresion literal era: que aunque supiese reventar, etc.

mente maravilloso. La historia expresa los nombres de todos estos valientes españoles; pero los mas memorables entre ellos, son el piloto Bartolomé Ruiz, por sus conocimientos y servicios; un Pedro de Candia, griego de nacion y natural de la isla de su nombre, que despues hizo algun papel en los acontecimientos que se siguieron; y un Pedro Alcon, que á poco perdió el juicio y dió en los disparates que luego se contarán<sup>1</sup>.

Con la restante muchedumbre se volvió Tafur á Panamá, no queriendo dejar á Pizarro uno de los navíos como ahincadamente se lo rogaba, y consintiendo á duras penas que quedasen con él los indios de Tumbez, y una corta porcion de maiz por toda provision. Él viéndose solo con tan poca gente determinó abandonar la isla del Gallo donde los naturales podian volver y exterminarlos; y se pasó á otra isla situada á seis leguas de la costa, y á tres grados de la línea, que por despoblada no presentaba el mismo peligro.

Esta ventaja era lo único que podia resarcir los demas inconvenientes de aquella mansion infernal. Fuéle puesto el nombre de Gorgona por las muchas fuentes, rios, y gargantas de agua que bullen en la isla. Jamás se ve el sol allí,

<sup>1</sup> Herrera cuenta este paso de otro modo, y segun él, la raya quien la hizo fue Tafur, quien por consideracion á Pizarro quiso dejar la libertad de quedarse con él á los que quisiesen. Garcilaso, Montesinos y otros muchos lo cuentan como va en el texto. Los nombres de los trece que se quedaron con su capitan pueden verse en la capitulacion inserta en el apéndice cuarto.

jamás deja de llover, y las altas montañas, los bosques espesos, la destemplanza del cielo y la esterilidad de la tierra, la dan un aspecto salvaje y horrible, propia estancia solamente de desesperados como ellos. Hicieron barracas para abrigarse, construyeron una canoa para salir á pescar á mar abierto, y con los peces que cogian y la caza que mataban, ayudados del maiz que les dejó Tafur, se fueron sustentando trabajosamente todo el tiempo que tardó el socorro, que fueron cinco meses. Pizarro, como siempre, era el principal proveedor; pero toda su diligencia y todos sus esfuerzos no bastaban á cerrar la entrada á las enfermedades que en aquel pais insalubre necesariamente habian de contraer ni al desaliento consiguiente á ellas, pues aunque al parecer de hierro, sus corazones eran de hombres. Pasábanse los dias y el socorro no llegaba: cualquier remolino de olas, cualquiera celage que viesen á lo lejos se les figuraba el navío. La esperanza engañada tantas veces se convertia en impaciencia, y al fin en desesperacion. Ya trataban de hacer una balsa en que irse costeano á Panamá, cuando se divisó el navío, cuya vela al principio, aunque patente á los ojos, no era creida por el alma, escarmantada con tantos engaños. Acercóse al fin, y no cabiendo ya duda, se abandonaron á toda la alegría que debia inspirarles el gusto de verse socorridos y la satisfaccion de no perder el fruto de tantos sufrimientos.

Pero el socorro no era tan grande como esperaban y como merecian. Venia el navío solo con la marinería necesaria para la maniobra, y

conducíalo Bartolomé Ruiz, á quien Pizarro habia enviado con Tafur para que apoyase con su reputacion y experiencia lo que él escribia al gobernador y á sus asociados. Sus razones y sus esperanzas pudieron menos que las lástimas de los demás. Al oirlas se desbandó toda la gente que Almagro tenia alistada para enviar á su compañero; el gobernador pesaroso de la pérdida de tantos castellanos y ofendido de la tenacidad del descubridor, amenazaba abandonarle á su mal destino, bien que vencido al fin por los ruegos y quejas de los dos asociados, permitió que saliese el navío; pero con la intimacion, tan precisa como severa, de que Pizarro dentro de seis meses habia de volver á dar cuenta de lo que hubiese descubierto.

Él, oidas estas noticias, tomó inmediatamente el partido que á su situacion convenia; y dejando en la isla á dos de sus compañeros, que por enfermos y débiles no podian seguirle<sup>1</sup>, y todos los indios de servicio que allí tenian, con los once españoles restantes y con los indios tumbecinos monta en el navío y dirige su rumbo por donde le habia antes llevado el piloto Bartolomé Ruiz. A los veinte dias halla y reconoce la isla que despues se llamó de Santa Clara, puesta entre la de Puna y Tumbéz; paraje desierto, pero consagrado á la religion del pais, donde un adoratorio, y diferentes alhauelas de oro y plata que allí hallaron, construidos en fi-

<sup>1</sup> Herrera hace mencion de estos dos con los nombres de Paez y de Trujillo; pero estos apellidos no estan entre los trece que antes tiene expresados, y despues repite al contar las mercedes que les hizo el Emperador.

guras de pies y manos, á modo de nuestras ofrendas votivas en los altares milagrosos, les presentan ya una muestra de la industria y la riqueza del pais que iban buscando. Al dia siguiente navegando siempre adelante se encuentran con balsas cargadas de indios vestidos de camisetas y mantas, y armados á su usanza. Eran de Tumbéz y iban á guerrear con los de Puna. Pizarro les hizo á todos ir con él, asegurándoles que no trataba de hacerles mal, sino de que le acompañasen hasta Tumbéz. En medio de la extrañeza y maravilla que unos á otros se causaban, se iban acercando á la costa, la cual baja y llana, sin manglares ni mosquitos, parecia á los castellanos tierra de promision comparándola con las que habian visto hasta allí. Surge, en fin, el navío en la playa de Tumbéz, los de las balsas tuvieron libertad de ir á tierra, encargándoles el capitan español que dijese á sus señores que él no iba por aquellas tierras á dar pesadumbre á ninguno, sino á ser amigo de todos.

Coronaba la orilla cuando salieron una muchedumbre de indios que contemplaban pasmados aquella máquina nunca vista, y se admiraban de ver venir en ella y saltar en las balsas gente de su propio pais. La maravilla y la curiosidad crecian cuando llegando á tierra aquellos indios, y dirigiéndose al instante al Curaca del pueblo, que así llamaban allí á los caciques, le dieron cuenta de lo que habian visto en los extrangeros, y de lo que les contaron los indios intérpretes que traian. Avivado con estas noticias el deseo de conocerlos mejor, fué envia-

do al navío en diez ó doce balsas todo el bastimento que tuvieron á mano. Hallábase allí á la sazón uno de aquellos nobles peruanos, á quienes por la deformidad de sus orejas y por el adorno que en ellas traían, pusieron despues los nuestros el nombre de *orejones*. Este quiso ser del viaje, proponiéndose observarlo todo con el mayor cuidado para poder dar noticia de ello al rey del país. Pizarro, que recibió el presente y á los que le llevaban con el mayor agrado y cortesía, no pudo menos de admirarse del reposo y buen seso, y de las preguntas atinadas y prudentes que el orejon le hacia. Dióle por tanto alguna noticia del objeto de su viaje; de la grandeza y poder de los reyes de Castilla, y de los puntos esenciales de la religion católica. Todo lo oía con atencion y sorpresa el peruano, y entretenido con las novedades que veía y escuchaba se estuvo en el navío desde la mañana hasta la tarde. Comió con los castellanos, alabóles su vino, que le pareció mejor que el de su tierra, y al despedirse le dió Pizarro unas cuentas de margaritas, tres calcedonias, y lo que fué de mas precio para él una hacha de hierro. Al Curaca envió dos puercos, macho y hembra, cuatro gallinas y un gallo. Despidieronse de este modo amigablemente, y rogando el orejon á Pizarro que dejase ir con él algunos castellanos para que el Curaca los viese, condescendió el capitán mandando que fuesen á tierra Alonso de Molina y un negro.

Llegados al pueblo, la maravilla y sorpresa de los indios subió al último punto cuando tocaron por sus ojos lo que les habian dicho los de

las balsas. Todo los desatinaba, la extrañeza de aquellos animales, el canto petulante y chillador del gallo, aquellos dos hombres tan poco semejantes á ellos y tan diferentes entre sí. Quién cuando el gallo cantaba preguntaba lo que pedía, quién hacia lavar al negro para ver si se le quitaba la tinta que á su parecer le cubria, quién tentaba la barba á Alonso de Molina y le desnudaba en parte para considerar la blancura de su cuerpo. Todos se agolpaban sobre ellos, hombres, viejos, niños y mugeres, regocijándolos el negro con sus gestos, sus risas y sus movimientos, y respondiéndoles Molina por señas, segun podia, á lo que le preguntaban. Las mugeres sobre todo, mas curiosas y mas expresivas, no cesaban de acariciarle y de regalarle, y aun dábanle á entender, que se quedase allí y le darían una moza hermosa por muger. Pero si los indios estaban admirados del aspecto de los extrangeros, no lo estaba menos Alonso de Molina de lo que veía en la tierra. Á ojos acostumbrados tantos meses á no ver mas que manglares, sierras ásperas, pantanos eternos, salvajes desnudos y feroces, y miserables bohíos, debió sin duda causar tanta alegría como asombro, hallarse de pronto con un pueblo ajustado y gobernado con alguna especie de policia, con hombres vestidos, con habitaciones construidas de un modo regular, un templo, una fortaleza, á lo lejos sementeras, acequias, rebaños de ganados, y dentro oro y plata con abundancia en adornos y utensilios.

Contábalo él de vuelta al navío y lo encarecia de tal modo, que Pizarro no atreviéndose

á darle fe, quiso que saliese á tierra Pedro de Candia para informarse mejor. Candia tenia otro ingenio y otra experiencia de mundo que Molina: era además alto, membrudo, de gentil disposición; y las armas resplandecientes de que salió vestido, en que los rayos del sol reverberaban, le presentaron á los ojos de los simples peruanos como objeto de respeto y de veneración, tal vez como un ser favorecido de su numen tutelar. Llevaba al hombro un arcabuz que por las noticias que dieron los indios de las balsas, le rogaron que disparase: él lo hizo apuntando á un tablon que estaba allí cerca y lo pasó de parte á parte, cayendo al suelo unos indios al estrépito, y otros gritando despavoridos de asombro<sup>1</sup>. Agasajado y acariciado con tanto efecto como Molina, aunque no con tanta sorpresa ni confianza, reconoció la fortaleza, y visitó el templo á ruego de las vírgenes que le servían. Llamaban las *mamaconas*, estaban consagradas al sol, y su ocupacion, despues de cumplir con las ceremonias del culto, era labrar tejidos finísimos de lana. El agasajo y expresion viva y afectuosa de aquellas criaturas simples é inocentes interesarían sin duda menos al curioso extranjero, que las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas á trechos las

<sup>1</sup> Aquí añaden las relaciones antiguas que los indios sacaron un tigre y un leon, á ver si se defendía de ellos; que Candia disparó su arma, y que los animales se vinieron mansos para él. Herrera lo cuenta, pero como que le cuesta dificultad creerlo: ahora ya no es difícil colocar este hecho entre la multitud de patrañas con que está afeada nuestra historia del nuevo mundo.

paredes del adoratorio, y prometían tan largo premio á su codicia y á la de sus compañeros. Despidióse, en fin, del Curaca, y regalado con cantidad de provisiones diversas, entre las cuales se señalaban un carnero y un cordero del país<sup>1</sup>, se volvió al navio, en donde refirió cuanto habia visto con expresiones harto mas ponderadas y magníficas que las de Alonso de Molina.

Entonces no quedó ya duda al capitán español de la grandeza y opulencia de la tierra que se le presentaba delante, y volvió con dolor su pensamiento á los compañeros que le habian abandonado, y cuya desercion le privaba de emprender cosa alguna de momento. Sin duda en recompensa de aquel buen hospedage que recibia, sentia que sus pocas fuerzas no le consintiesen ocupar violentamente el pueblo, hacerse fuerte en su alcázar, y despojar á los habitantes y á su templo de aquellas riquezas tan encarricadas. Su buena fortuna le escusó entonces el peligro de este mal pensamiento. Las divisiones en el imperio de los Incas no habian empezado aun: Huayna-Capac vivia, y las fuerzas todas de aquel grande estado, dirigidas por un príncipe tan hábil como firme, cayendo de pronto sobre aquellos pocos advenedizos, fácilmente los hubieran exterminado, ó por lo menos no les dejarán destruir aquella monarquía tan á su salvo como lo hicieron despues.

Las noticias adquiridas en Tumbes no llenan

<sup>1</sup> Eran dos llamas, que los españoles dándoles el nombre de carneros y ovejas de la tierra, comparaban, y no sin razon, á pequeños camellos.

ron todavía los deseos de Pizarro, que determinó pasar adelante y descubrir mas pais. Su anhelo era ver si podía hallar ó tener noticia de Chincha, ciudad de la cual los indios le contaban cosas maravillosas. Siguió, pues, su rumbo por la costa, tocaron y reconocieron el puerto de Payta, tan célebre despues, el de Tangarala, la punta de la Aguja, el puerto de Santa Cruz, la tierra de Colaque donde despues se fundaron las ciudades de Trujillo y de San Miguel, y en fin, el puerto de Santa, á nueve grados de latitud austral. Allí, ya navegadas y reconocidas mas de doscientas leguas de costa, sus compañeros le pidieron que los volviese á Panamá, que el objeto de tantas fatigas y penalidades estaba ya conseguido con el descubrimiento incontestable de un pais tan grande y tan rico. El lo juzgó así tambien, y el navío volvió la proa al occidente, siguiendo el mismo camino que habia llevado hasta allí.

A la ida y á la vuelta los indios prevenidos por la fama salieron en todas partes á su encuentro, con igual curiosidad que inocencia y confianza. Admiraban la extrañeza del navío en que iban, su figura, sus armas, y la ventaja inmensa que les llevaban en fuerza y en industria. *Juzgaban de ellos entonces por lo que habian visto en Tumbez*, segun la candorosa expresion de Herrera; y la liberalidad, el agasajo, la fiesta y regocijo con que los trataban, eran consiguientes á la idea que tenian de su humanidad y cortesía. Indio hubo que les tuvo guardados, y les presentó, un jarro de plata y una espada que se les habia perdido en un vuel-

co de balsa que padecieron á la ida. Bastimentos les llevaban cuantos podian desear: presentes muchos de mantas y collares de chaquiras: oro no les daban, porque los castellanos, segun las juiciosas disposiciones de su capitan, ni lo pedian, ni lo tomaban, ni mostraban anhelarlo. Viendo esta amigable disposicion de los naturales y la abundancia de la tierra, Alonso de Molina y un marinero llamado Ginés pidieron licencia para quedarse, y Pizarro se la dió, encomendándolos mucho á los indios, y encariéndoles el valor de esta confianza: Molina quedó en Tumbez y Ginés en otro punto mas atrás. Ya antes Bocanegra, otro marinero, se habia escapado del navío en la costa de Colaque, por disfrutar de la bondad de la gente, y de lorisueño del pais, sin que las diligencias que hizo su capitan para reducirle á que volviese produjesen efecto alguno. En fin, como para aumentar mas los vínculos entre unos y otros, y procurarse medios de comunicacion para lo futuro, pidió Pizarro que le diesen algunos muchachos que aprendiesen la lengua castellana, y pudiesen servirle de intérpretes cuando volviese. Diéronle dos, uno que despues bautizado se llamó don Martin, y el otro Felipillo, harto célebre despues por la parte que algunos le atribuyen en la muerte del Inca Atahualpa.

Pero de todas cuantas conferencias tuvieron con los indios, y de cuantos agasajos y obsequios de ellos recibieron, ninguno igualó en gala y cortesía, ni alcanza en interés, al modo que tuvo de acogerles y regalarlos una india principal en un puerto cercano al de Santa

Cruz. Ansiaba ella ver y tratar aquellos extranjeros que la fama le presentaba tan extraños, tan valientes y tan comedidos. Pizarro, aunque sabedor de sus deseos y buena voluntad, no habia podido satisfacerla á la ida, y habia prometido visitarla cuando volviese. Con efecto, luego que estuvo de vuelta trató de cumplirla esta palabra, y con tanta mas razon quanto que Alonso de Molina, que casualmente habia tenido que quedarse en la tierra todo aquel tiempo, habia sido tratado por aquella señora con una atencion y un agasajo sin igual, que él no se cansaba de ponderar y aplaudir. Señalóse, pues, el punto donde iria el navio para las vistas, y no bien llegaron á él, cuando se le acercaron muchas balsas con cinco reses y otros mantenimientos de parte de Capillana, que así entendieron los españoles que se llamaba la india. Envióles á decir ademas, *que para dar mas confianza á los extranjeros, ella queria fiarse primero del capitan, y iria al navio á verlos á todos, y despues les dejaria en él prendas bastantes para que estuviesen seguros en tierra todo el tiempo que quisiesen.* Pizarro para corresponder á esta atencion delicada, mandó que saliesen del navio al instante y fuesen á saludarla el tesorero Nicolás de Rivera, Pedro Alcon, y otros dos españoles.

Recibiólos ella con una cortesía igual á sus demostraciones primeras. Hízolos sentar y comer junto á sí, dióles ella misma de beber, diciendo que así se usaba hacer en su tierra con sus huéspedes; y despues añadió que queria inmediatamente ir al navio y rogar al capitan que salta-

se en tierra, pues ya iria fatigado de la mar. Contestaron ellos que viniese en buen hora, y al instante se puso en camino. Llegada al navio, Pizarro la recibió con toda urbanidad y respeto, la regaló con cuanto su estado y posicion permitia, y los castellanos se esmeraron en conducirse con ella con la mejor crianza y comedimiento. Ella en seguida manifestó, que pues siendo muger se habia atrevido á entrar en el navio, el capitan que era hombre podria mejor salir á tierra, quedando allí cinco de los mas principales de sus indios, para que lo hiciese con toda confianza. A lo que contestó Pizarro que por haber enviado delante de sí toda su gente y venir con tan poca compañía no lo habia hecho; pero que ahora, visto el afecto con que los favorecia, saltaria contento en tierra sin que fuesen para ello necesarias prendas ningunas de seguridad. La india con esto se volvió á su albergue á disponer la solemnidad con que habian de ser recibidos y agasajados huéspedes que tanto codiciaba.

Al romper el dia ya estaban al rededor del navio mas de cincuenta balsas para conducir al capitan. Iban en una doce indios principales, que luego que entrarou en el buque dijeron que ellos se quedaban allí para seguridad de los españoles; y así lo hicieron; por mas que Pizarro pidió en que saltasen á tierra con él. Bajó, en fin, á la playa seguido de sus compañeros, y la india salió á recibirlos acompañada de mucha gente, todos en orden, con ramos verdes y espigas de maiz en las manos. Llevólos á una enramada preparada al intento, donde en el sitio

principal estaban dispuestos los asientos de los huéspedes, y otros algo desviados para los indios. Siguióse el banquete compuesto de todos los alimentos que daba de sí el país, diversamente aderezados. Al banquete sucedió la danza que los indios ejecutaron con sus mugeres, admirándose los españoles cada vez mas de hallarse entre gentes tan atentas y entendidas. Tomó Pizarro luego la voz, y por medio de los intérpretes les manifestó su gratitud por las honras que le hacian y la obligacion en que por ella les estaba. Para acreditarla en el momento, les indicó la errada religion en que vivian, la inhumanidad y barbarie de sus sacrificios, la nulidad y repugnancia de sus dioses. Dijoles algunos de los principales fundamentos de la religion cristiana, y les prometió que á su vuelta les traeria personas que los adoctrinasen en ella. Y concluyó con hacerles entender que era preciso que obedeciesen al rey de Castilla, monarca poderosísimo entre cristianos, y pidiéndoles que en señal de obediencia alzasen aquella bandera que en las manos les ponía. A juzgar por nuestras ideas presentes, el tiempo á la verdad no era el mas á propósito para hacerles esta extraña propuesta. Los indios ciertamente fueron mas corteses y comedidos; sin disputar sobre la preferencia ni de religion ni de rey, tomaron la bandera y por dar gusto á su huésped la alzaron tres veces, bien así como por burla, no creyendo que se comprometian nada en ello, y bien seguros de que no habia en el mundo otro rey mas poderoso que su Inca Huayna-Capac.

Los españoles, agasajados y honrados de es-

te modo, se volvieron al navío, donde Pedro Alcon, viendo que ya se preparaban á partir, rogó á Pizarro que le dejase en la tierra. Era Alcon de aquellos hombres que adoran en su persona, y su manía en ataviarse y engalanarse llegaba á tal extremo, que sus compañeros se burlaban de él, y decian que parecia mas bien soldado galan de Italia, que miserable descubridor de manglares. Cuando de orden de Pizarro bajó del navío á saludar á la india, creyó que aquella era la propia ocasion de lucirse, y se vistió su jubon de terciopelo, sus calzas negras, un escofion de oro con su gorra y medalla en la cabeza, y la espada y daga á los dos lados. Así salió pavoneándose y presumiendo rendir toda la tierra con su bizarria. La presencia de Capillana acabó de trastornarle la cabeza: porque, sea que ella fuese de hermosa disposicion, sea que su dignidad y cortesía le cautivasen la voluntad, él luego que estuvo en su presencia empezó á echarla ojeadas, á suspirar, y á mostrar su aficion y sus deseos con las simplezas pueriles de un amor tan importuno como insensato. Ella no se dió por entendida; pero Alcon que la habia ya marcado como conquista suya, y no queria perder tan grata esperanza, resolvió quedarse en la tierra, y en su consecuencia pidió á su capitan licencia para ello. Negósele resueltamente Pizarro conociendo su poco juicio; y él viendo venirse al suelo la torre de sus vanos pensamientos, perdió de improviso la cabeza, y empezó á grandes gritos á insultar á sus compañeros, y á dar muestra de querer herirles con una espada rota que acaso

se halló á la mano. Y aunque el desventurado habia enloquecido de amor, no era amor lo que deliraba: sus improperios y voces se dirigian todos á llamarlos *bellacos usurpadores de aquella tierra, que era suya y del rey su hermano*; por donde se veia en conocimiento, que las ideas de ambicion y mando habian fermentado en su cabeza tanto como las de galantería y presuncion. Para excusar, pues, los inconvenientes de sus amenazas y de sus insultos, tuvieron que amarrarle á una cadena y ponerle debajo de cubierta, y allí recogido no fué de peligro ni de enojo á sus compañeros. No se sabe si en adelante sanó de su frenesi; si bien inclina á creerlo, verle comprendido despues en las gracias y honores que el emperador concedió á los esforzados moradores de la Gorgona.

Sin este desagradable incidente todo hubiera sido bonanza en aquel dichoso viaje. Pizarro ya impaciente por terminarle, no quiso detenerse mas en la costa desde que salió de Tumbez, y dirigiéndose á la Gorgona recogió á uno de los dos soldados que allí habia dejado, pues el otro era muerto, y con él y los indios que le acompañaban siguió su rumbo á Panamá. Allí entró al fin despues de mas de un año que habia salido, andadas y reconocidas doscientas leguas de costa, descubierto un grande y rico imperio, y vencedor de los elementos y de la contradiccion de los hombres.

Los tres asociados se abrazarian sin duda en Panamá con la alegría y satisfaccion consiguiendo á la gran perspectiva de gloria y de riqueza

A fines  
del año  
1527.

que se les presentaba delante. Pero aunque el descubrimiento de las nuevas regiones estuviese conseguido, faltaba realizar su conquista; empresa por cierto harto mas árdua y costosa. Medios no los tenían, gente tampoco. El gobernador Pedro de los Rios les negaba resueltamente uno y otro: en Pedrarias no podian, ó no querian confiarse; y por otra parte depender de agena mano en empresa de tanta importancia, era exponerse á los mismos inconvenientes que acababan de experimentar. Resolvieron, pues, acudir á la corte, darla cuenta de lo que habian hecho, y pedir los títulos y autorizacion competente para dar por sí mismos cima á lo que tenían comenzado. Ofrecióse aquí otra dificultad, y fué quién habia de tomar este encargo sobre sí. Pizarro, ó deseoso de descansar, ó no teniendo bastante confianza en sí mismo para negociar en la corte, no se prestaba fácilmente á ello. Luque conociendo el carácter de sus dos compañeros queria que se diese la comision á un tercero, ó que por lo menos fuesen los dos á negociar. Pero Almagro, mas franco y confiado, dijo que nadie debía ir sino Pizarro: que era mengua que el que habia tenido ánimo para sufrir por tanto tiempo la hambre y trabajos, nunca oidos, que habia pasado en los manglares, le perdiese ahora para ir á Castilla á pedir al rey aquella gobernacion; que esto se hacia mejor por sí que por comisionados; y que el mismo que habia visto y reconocido el pais, podia hablar mejor de él y disponer los ánimos á la concesion de lo que se iba á solicitar. La razon estaba evidentemente á favor de este dictamen

desinteresado: Pizarro se rindió al fin, y Luque condescendiendo tambien, no dejó por eso de anunciar lo que despues sucedió, en aquellas palabras proféticas: *Plegue á Dios, hijos, que no os hurteis uno al otro la bendicion como Jacob á Esaú: yo holgára todavia que á lo menos fuérais entrambos.*

Determinóse en seguida que la negociacion debia dirigirse á pedir la gobernacion de la nueva tierra para Pizarro, el adelantamiento para Almagro, el obispado para Luque, el alguacilazgo mayor para Bartolomé Ruiz, y otras diferentes mercedes para los demás de la Gorgona. Y habiendo reunido con harta dificultad mil y quinientos pesos para esta expedicion, Pizarro se despidió de sus dos asociados, prometiéndoles negociar fielmente en su favor; y llevando consigo á Pedro Candia y algunos indios vestidos á su usanza, con muestras del oro, plata y tejidos del país, se embarcó en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados de 1528.

Mas apenas habia saltado en tierra cuando fué preso á instancia del bachiller Enciso, en virtud de una antigua sentencia que tenia ganada contra los primeros vecinos del Darien, por razon de deudas y cuentas atrasadas. De este modo recibia su patria á un hombre que le traía tan magníficas esperanzas; y el que poco tiempo despues habia de eclipsar con su fasto y su poder á los próceres y aun príncipes de su tiempo, se vió vergonzosamente encarcelado como un tramposo, y embargado el dinero y efectos que traía consigo. No duró mucho sin embargo la prision; porque noticioso el gobierno de sus

descubrimientos y proyectos, dió orden de que al instante se le pusiese en libertad, y se le proveyese de sus dineros mismos para que se presentase en Toledo, donde la corte á la sazón se hallaba.

Su presencia y discrecion no desmintieron en este nuevo teatro la fama que le habia precedido. Alto, grande de cuerpo, bien hecho, bien agestado; y aunque de ordinario era, segun Oviedo, taciturno y de poca conversacion, sus palabras cuando queria eran magníficas, y sabia dar grande interés á lo que contaba. Tal se presentó delante del emperador: y al pintar lo que habia padecido en aquellos años crueles, cuando por extender la fe cristiana y ensanchar la monarquía habia estado tanto tiempo combatiendo con el desamparo, con el hambre, y con las plagas todas del cielo y de la tierra, conjuradas en contra suya, lo hizo con tanto desahogo y con una elocuencia tan natural y tan persuasiva, que Carlos se movió á lástima, y recibiendo sus memoriales con la gracia y benignidad que solia, los mandó pasar al consejo de Indias para que allí se le hiciese favor y se le despachase. La ocasion no podia ser mas oportuna: Carlos V entonces halagado por la victoria y por la fortuna se veía en la cumbre de su gloria. Humillada Francia con la derrota de Pavía y la prision de su rey, puesta en respeto Italia con el escarmiento de Roma, árbitro de la Europa, disponiéndose á partir para recibir de las manos del Pontífice en Bolonia la corona imperial; y como si todo esto junto fuese aun poco, puestos dos españoles á sus pies, aquel aca-

bando de darle un grande y rico imperio; este presentándose á ofrecerle otro mas vasto y mas opulento.

Vieronse en efecto en aquella ocasion Hernan Cortés y Pizarro, que se conocian ya desde su primera residencia en Santo Domingo, y aun se dice que eran amigos. Cortés venia á combatir con su presencia las dudas que se tenian de su fidelidad, y es cierto que si realmente las hubo, fueron desvanecidas como sombras al esplendor de la magnificencia, bizarría y discrecion maravillosa que desplegó en aquel afortunado viaje. Los honores brillantes que recibió del emperador y de la corte, pudieron servir á Pizarro de estímulo noble y poderoso para animarle á hechos igualmente grandes. Los dineros con que se dice que el conquistador de Méjico ayudó entonces al descubridor del Perú, le fueron por ventura menos útiles que la prudencia y maestria de sus consejos. Útil le fué tambien la especie de ingratitude usada entonces con Cortés, á quien á pesar de las honras y mercedes que se le prodigaban, no fué concedido el mando político de un reino, en cuya conquista habia hecho muestra de un valor y de unos talentos tan sublimes como singulares. Pizarro lo tuvo presente al extender su contrata para la pacificacion de las regiones que habia descubierto, y no consintió que se le pusiese en ellas ni superior, ni aun igual.

La ambicion, hasta entonces ó dormida, ó suspensa en su ánimo, se despertó con una violencia tal, que le hizo romper todos los vínculos de la fe prometida, de la amistad y de la gratitud.

No solo se hizo nombrar por vida gobernador y capitan general de doscientas leguas de costa en la nueva Castilla, que tal era el nombre que se daba entonces al Perú, sino que procuró tambien para sí el título de Adelantado y el alguacilazgo mayor de la tierra, dignidades que segun lo convenido debia negociar la una para Almagro, la otra para Bartolomé Ruiz. La alcaldía de la fortaleza de Tumbes, la futura del gobierno en caso de faltar Pizarro, la declaracion en fin de hidalguía, y la legitimacion de un hijo natural, no podian ser para Almagro mercedes y honores suficientes á disminuir la distancia y superioridad inmensa á que su compañero se ponía respecto de él. Menos descontento pudo quedar Bartolomé Ruiz, puesto que el título de piloto mayor de la mar del Sur, y el de escribano de número de la ciudad de Tumbes para un hijo suyo cuando estuviese en edad de desempeñarlo, no eran gracias tan desiguales á su mérito y á sus servicios. Pedro de Candia fué hecho capitan de la artillería que habia de servir en la expedicion, y todos los famosos de la Gorgona declarados fidalgos los que no lo eran, y caballeros de la espuela dorada los que ya tenian aquella calidad. Solo Fernando de Luque pudo quedar satisfecho de la consecuencia y buena fe de su asociado. Por fortuna los títulos y dignidades eclesiásticas á que él aspiraba, no podian competir con la preeminencia y prerogativas del nuevo gobernador: y á esto debió sin duda ser electo para el obispado que debia establecerse en Tumbes, y nombrado, mientras las bulas se despachaban en Roma, protector

general de los indios en aquellos parajes con mil ducados de renta anual. <sup>1</sup>

Logró además Pizarro para sí la merced del hábito de Santiago; y no contento con las armas propias de su familia, consiguió que se le añadiesen nuevos timbres con los símbolos de sus descubrimientos. Una águila negra con dos columnas abrazadas, que era la divisa del emperador; la ciudad de Tumbez murada y almenada, con un león y tigre á sus puertas, y por lejos, de una parte el mar con las balsas que allí usaban, y de la otra la tierra con hatos de ganado y otros animales del país, fueron los blasones nuevos añadidos á las armas de los Pizarros. La orla era un letrero que así decía: *Caroli Caesaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Pizarro inventa et pacata.* Ofende la soberbia, y se extraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda: pero no sé si todo desaparece con aquella jactancia, ó llámese bazarria, verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vencido lo que no hacia mas que acabar de descubrir. Habíase obligado por la capitulación hecha con el gobierno á salir de España para su expedición en el término de seis meses, y llegado á Panamá emprender el viaje para las tierras nuevamente descubiertas en otro término igual. Erále, pues, forzoso ganar tiempo, y aprovechar los pocos

<sup>1</sup> El sin embargo se daba despues por quejoso así de Pizarro como de Almagro, y los acusaba de ingratos en las cartas que escribía al cronista Oviedo. Véase la Historia General de este, cap. I del lib. XLVI.

medios que le quedaban. Mas á fin de que se supiese prontamente en Indias los despachos que iba á llevar, y no se hiciese novedad en la conquista, luego que tuvo junta alguna gente, envió delante como unos veinte hombres, los cuales llegaron en fines de aquel mismo año á Nombre-de-Dios. La diligencia no podía ser mas oportuna: pues ya Pedrarias en Nicaragua aparentando quejas de que le hubiesen separado de la compañía en que al principio le admitieron, trataba de tomar la empresa por sí y otros asociados. Y aun á duras penas pudieron escapar de su ira y de sus garras Nicolás de Rivera y Bartolomé Ruiz, que de parte de Almagro habían ido en un navío á Nicaragua á publicar grandezas del Perú, y á excitar los ánimos á entrar y disponerse para la empresa luego que Pizarro volviese.

Él entretanto se hallaba en Sevilla continuando los preparativos de su viaje. Había anteriormente pasado por Trujillo con el objeto sin duda de abrazar á sus parientes, y disfrutar la satisfacción, tan natural en los hombres, de presentarse aventajados y grandes en su patria, si antes en ella fueron tenidos en poco por sus humildes principios. Su familia, que quizá no había hecho caso ninguno de él en el largo discurso de tiempo que había mediado desde su partida, le recibió sin duda entonces con el agasajo y respeto debidos á quien iba á ser el arrimo y principal honor de toda ella. Cuatro hermanos que tenía, tres de padre y uno de madre, se dispusieron á seguirle y á ser sus compañeros de trabajos y de fortuna. Con ellos se pre-

sentó en Sevilla, y con ellos, luego que tuvo adelantados algun tanto los preparativos de la expedicion, se embarcó en los cinco navios que componian su armamento.

Faltaba mucho para completar en él lo que habia capitulado con el gobierno. Sus medios eran tan cortos y la empresa tan desacreditada á pesar de sus magnificas esperanzas, que no habia podido completar la leva de ciento y cincuenta hombres que debia sacar de España. El plazo señalado estrechaba; ya el consejo de Indias, receloso de la falta de cumplimiento, y acaso tambien instigado por algun enemigo de Pizarro, trataba de examinar si los navios aparejados para partir estaban provistos de la gente y pertrechos prescritos en la contrata. La órden estaba expedida para que fuesen visitados y reconocidos, y hallándoseles en falta, no se les dejase salir. Él, temeroso de esta pesquisa y ansioso de evitar dilaciones, dió la vela al instante en el navio que montaba, sin embargo de tener el tiempo contrario, dejando encargado el resto de la escuadrilla á su hermano Hernando Pizarro y á Pedro de Candia, con la advertencia de que en el caso de ser reconocidos y echándose de menos la gente que faltaba para el número convenido, respondiesen que iba en el navio delantero. De este modo el que á su llegada de Indias habia sido preso en Sevilla por deudas atrasadas, tambien por no poder ocurrir á los gastos en que se habia empeñado, tenia que salir de España como un miserable fugitivo.

19 de  
Enero  
1530

Fueron con efecto reconocidos los navios, y

preguntados judicialmente los religiosos dominicos que iban en la expedicion, Hernando Pizarro, Pedro de Candia y otros pasajeros <sup>1</sup>. La contestacion fué tal, que satisfechos los ejecutores del registro, se permitió la salida, y los buques siguieron el rumbo de su capitana, que los esperaba en la Gomera. Reunidos allí, continuaron felizmente su navegacion á Santa Marta, donde Pizarro diera algun descanso á su gente, á no habérsele empezado á desbandar, desalentada con las tristes y desesperadas noticias que corrian de los paises á donde iban. Huyó, pues, de allí como de una tierra enemiga, y dióse priesa á llegar á Nombre de Dios, donde desembarcó al fin con solos ciento veinte y cinco soldados.

A la nueva de su llegada corrieron al instante á saludarle sus dos compañeros, y el recibimiento que se hicieron los tres no desdijo de la amistad antigua y de los vínculos que los unian. No dejó sin embargo Almagro de darle sus quejas á solas: "era extraño, por cierto, le decia, que cuando todos eran una cosa misma, él se hallase como excluido de los grandes favores de la corte y limitado á la alcaldía de Tumbez, gracia en verdad bien poco correspondiente á la amistad antigua que habia entre los dos, á la fe jurada, á los trabajos padecidos,

<sup>1</sup> Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de enero de 1530: existen todavia el documento auténtico de todo ello, y de él se deduce que eran cinco los navios que Pizarro llevaba para la gente y pertrechos de guerra, y que iba además uno de pasajeros que no iban á la conquista. Extractos de Muñoz: año 1530.

á la mucha hacienda empeñada por él en la empresa. Y lo mas sensible para un hombre tan ansioso de ser honrado por su rey, era la mengua que recibia á los ojos del mundo, viéndose así excluido de sus justas esperanzas, con tan poca estimacion, ó mas bien, con tanto vilipendio.<sup>9</sup> A esto contestó Pizarro, que no se habia olvidado de hacer por él cuanto debia: que la gobernacion no podia darse mas que á uno: que no era poco lo hecho en haber empezado á negociar, pues lo demás vendria fácilmente despues, mayormente cuando la tierra del Perú era tan grande que habria sobrado para los dos: por último, que como su intencion era siempre de que lo mandase todo como propio, eran excusadas por lo mismo las dudas y las quejas, y debia quedar satisfecho.

El descargo á la verdad era bien insuficiente: pero en la sencilla y apacible condicion de Almagro hubiera bastado acaso á sosegar todas las inquietudes, si Pizarro no trajera sus cuatro hermanos consigo. ¿Pues cómo presumir despues de lo pasado que el gobernador pospusiese los intereses de ellos á los de su amigo? ¿Ni cómo, aunque así fuese, conllevar entretanto la arrogancia y la soberbia de aquellos hombres nuevos que todo lo despreciaban y todo les parecia poco? No hay duda que al valor y prendas de alma y cuerpo que desplegaron despues se debieron en gran parte las grandes cosas que se hicieron en la conquista: pero no es menos cierto que á su orgullo, á su ambicion y á sus pasiones se deben atribuir principalmente las guerras civiles que despues sobrevinieron, y

aquel torbellino espantoso de desastres, de escándalos y de crímenes que los devoró á todos ellos.

Eran tres hermanos de padre, como ya se ha dicho; legitimo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo bastardos, como el gobernador: Francisco Martin de Alcántara, el cuarto, era hermano suyo por su madre. De ellos el mas señalado y el que influyó mas en los acontecimientos fué Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por las grandes y encontradas calidades que se hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones, gentil y bizarro en la disposicion de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar: su valor era á toda prueba, su actividad infatigable: en cualquiera objeto, en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veía con presteza de águila lo que convenia hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No habia cuando estaba en España cortesano mas flexible, mas artero, mas liberal; no habia en América español mas altivo, mas soberbio, ni mas ambicioso. No miraba él la corte sino como instrumento de sus miras: no consideraba los hombres sino como siervos de su interés, ó como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los indios, odioso y temible á los castellanos, astuto, disimulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el gobernador, á cuya elevacion y dignidad lo sacrificaba todo, y parecia el mal genio destinado á viciar la em-

presa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones <sup>1</sup>.

Era imposible que un hombre de este temple se aviniese á depender de Almagro, que feo de rostro y desfigurado además con la pérdida del ojo, pobre de talle, llano y simple en sus palabras, ganoso de honores en demasia por lo mismo que tardaba en conseguirlos, convidaba mas al desprecio que á la estimacion, cuando no se le consideraba mas que por lo exterior solo. Hernando Pizarro y sus hermanos recién venidos no le podian considerar de otro modo, y mas al experimentar la escasez de recursos que les proporcionaba, hallándose gastado y consumido con los muchos dispendios que habia hecho. El desprecio que tenian en su corazon, traspiraba á veces en sus ademanes, y á veces tambien en sus palabras. Almagro resentido se conducia cada vez con mas indiferencia y tibieza, como quien no queria afanarse por ingrato: y esta triste disposicion se acababa de enconar en sus ánimos con los chismes, sospechas y sugeriones traídas y llevadas todos los dias por amigos, enemigos, y parciales. Llegaron á tanto, en fin, los sentimientos de una y otra parte, que Almagro estuvo ya dispuesto á que entrasen en la compañía otros dos sugetos para hacer frente con ellos á los Pizarros, y el gobernador empezó á tratar con Hernando Ponce y con Her-

<sup>1</sup> E de todos ellos Hernando Pizarro solo era legitimo e mas legitimado en la soberbia: hombre de alta estatura, e grueso, la lengua e el labio gordos, e la punta de la nariz con sobrada carne e encendida; y este fué el desavenidor y el torbador del soriego de todos. OVIEDO: Historia General: libro XLVI, cap. I.

nando de Soto, ricos vecinos de Leon en Nicaragua; los cuales propietarios de dos navios, y soldados experimentados en las cosas de Indias, podrian con sus personas y bienes ayudarle en la espedicion y suplir abundantemente la falta de Diego de Almagro.

Pero el rompimiento que por instantes estaba para estallar, pudo al fin contenerse con las advertencias y reclamaciones de Hernando de Luque y del licenciado Espinosa. Hallábase éste á la sazón en Panamá, y además de ser amigo de todos ellos, tenia en la empresa, segun se ha sabido despues, una parte harto mas considerable que Hernando de Luque. Mediaron ambos, y las diferencias se concertaron con un convenio, cuyas condiciones principales fueron que Pizarro se obligase á no pedir ni para sí ni para sus hermanos merced ninguna del rey, hasta que se diese á Almagro una gobernacion que comenzase donde acababa la suya, y que todos los efectos de oro y plata, joyas, esclavos, naborias, y cualesquiera bienes que se hubiesen en la conquista, se dividiesen por partes iguales entre los tres primeros asociados.

Conciliados algun tanto los ánimos por entonces con este acuerdo, los preparativos se adelantaron con mayor actividad, y pudo darse principio á la expedicion. Almagro, como la primera vez, se quedó en Panamá á completar las provisiones y pertrechos necesarios, y á recibir la gente que de Nicaragua y otras partes acudia á la fama de la conquista. Mas Pizarro dió luego á la vela en tres navichuelos provistos de las municiones de boca y guerra suficientes, y lle-

vando á sus órdenes ciento y ochenta y tres hombres <sup>1</sup>. Con este miserable armamento, mas propio de pirata que de conquistador, se arrojó á atacar el imperio mas grande y civilizado del nuevo mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande, y á las veces no poca capacidad y prudencia; pero es preciso confesar que hubo mas de ocasion y de fortuna; y á tener noticias mas puntuales de la extension y fuerzas del pais, es de creer que no se aventuráren á tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los españoles entonces solo se informaban de las riquezas de una region y no de su resistencia: esta en su arrojó era nula: allá iban y allá se perdian si no les ayudaba la fortuna, ó se coronaban de poder y de riquezas cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro.

El primer punto en que la expedicion tomó tierra fué la bahía de San Mateo: allí se determinó, que la mayor parte de la gente con los caballos tomase su camino por la marina, y los navíos fuesen costeano casi á la vista unos de

<sup>1</sup> Esta salida fué en los últimos dias del año de 1530, ó primeros del 31, segun se deduce de la relacion Ms. del P. Naharro, donde se dice que Pizarro hizo bendecir las banderas en la iglesia de la Merced de Panamá el dia de S. Juan Evangelista del año de 1530, y confesar y comulgar á sus soldados el inmediato de los Inocentes. No parece verosímil, segun esto, que la salida se dilatase hasta febrero, como lo expresa la relacion antigua de Pedro Sancho que hay en Ramusio, seguida en esta parte por Robertson. Zárate dice expresamente que la salida fué á principios del año de 31: ni en Jerez, ni en Oviedo, ni en Garcilaso, ni en Herrera se halla determinada la fecha con precision. Por lo demás la autoridad del P. Naharro en esta parte es incontestable, porque él sacó la noticia de los registros mismos de la iglesia de la Merced.

otros. Vengieron, con su acostumbrada constancia, las dificultades que les ofrecia el pais en aquella direccion por los rios y esteros que tenian que atravesar; y llegaron en fin al pueblo de Coaque rodeado de montañas y situado cerca de la línea. Los indios viéndolos venir los esperaron sin recelo, como que ningun mal merecian de aquella gente extranjería. Mas ya su marcha era enteramente hostil, el pueblo fué entrado como por fuerza, las casas y habitantes despojados de cuanto tenian, los indios despavoridos se dispersaron por aquellos valles y asperezas. Hallaron al cacique escondido en su propia casa, y traído delante del capitan, dijo que no se habia atrevido á presentarse, receloso de que le matasen viendo cuan contra su voluntad y la de los suyos se habia entrado el lugar por los españoles. Pizarro le aseguró diciéndole que su intencion no era de hacerle mal ninguno, y que si hubiera salido á recibirle de paz no les tomara cosa ninguna. Amonestóle que hiciese venir la gente al lugar, y volvió con efecto la mayor parte al mandato del cacique, y preveyeron por algun tiempo de bastimento á los castellanos: pero sentidos del poco miramiento con que eran tratados, se dispersaron y desaparecieron otra vez, sin que por mas diligencias que se hicieron pudiesen despues ser habidos.

Fué considerable el botin, pues de solas las piezas de oro y plata se juntaron hasta veinte mil pesos, sin contar las muchas esmeraldas que tambien se hallaron y valian un tesoro<sup>1</sup>. Hizó-

<sup>1</sup> Dicese que muchas de estas esmeraldas se perdieron

se de todo un monton, de donde se sacó el quinto para el rey, y se repartió lo demás segun lo que á cada uno proporcionalmente correspondia. La regla que invariablemente se observaba en esta clase de saltos y saqueos era poner de manifiesto cada uno lo que cogia, para agregarlo á la masa que despues habia de distribuirse. Fuerza les era hacerlo así, porque tenia pena de la vida el infractor de la regla; y la codicia que todo lo vigila, nada perdona tampoco.

Los tres navios salieron de allí, dos para Panamá, y uno para Nicaragua, á mostrar las piezas de oro ricas y vistosas habidas en el despojo, y estimular con ellas los ánimos para venir á militar en la expedicion. Pizarro daba cuenta á sus amigos de su buena fortuna y les pedia que le enviasen en los navios hombres y caballos. Él entretanto se quedó á aguardar su vuelta en aquella tierra de Coaque, donde los españoles volvieron á experimentar todos los males y trabajos de sus peregrinaciones anteriores. Era este como el último esfuerzo que hacia la naturaleza contra ellos para defenderles el Perú, y es preciso confesar que fué harto doloroso y cruel. Acostábanse sanos y amanecian unos hinchados, otros tullidos, algunos muertos. Y como si este azote no fuese bastante, aco-

por quererlas probar con martillo, para distinguir las de otras piedras verdes que se les parecian mucho. Aconsejábanles esto Fr. Reginaldo de Pedraza, un dominicano que iba en la expedicion con otros religiosos de su orden, asegurándoles que la verdadera esmeralda era mas dura que el acero. Aun la murmuracion soldadesca no perdonó á este fraile; pues decian que con achaque de probarlas se las guardaba. HERRERA: Década cuarta, lih. VII, cap. IX.

metió á la mayor parte de ellos una enfermedad tan penosa como horrible, en la que se les llenaba el cuerpo y la cara de berrugas grandes, blandas y dolorosas que les incomodaban y afeaban, sin saber de qué manera se las podrian curar. Los que se las cortaban se desangraban, y á veces hasta morir: los otros tenian por mucho tiempo que sufrir sobre sí aquella peste, que se pegaba de unos á otros, y cada vez se hacia mas cruel. Renovábanse á los veteranos sus antiguas aflicciones y agonias, mientras que los de Nicaragua recordaban con lágrimas las delicias del pais que habian dejado, y maldecian la hora en que salieron de allí fascinados por esperanzas tan traidoras. Consolábalos Pizarro lo mejor que podia; pero el tiempo se pasaba, los navios no venian, y ya desalentados y afligidos pedian á quejas y gritos pasar á otra tierra menos adversa y cruel.

Al cabo de siete meses que allí aguardaban, apareció un navio que les traía bastimentos y refrescos. En él venian Alonso de Riquelme, tesorero de la expedicion, y los demas oficiales reales que no habiendo podido salir de Sevilla al tiempo que Pizarro, por la priesa y cautela con que emprendió su viaje, habian en fin llegado á Indias y venian con algunos voluntarios á incorporarse con él. Alentados con este socorro, y mas con la esperanza que Almagro daba de acudir prontamente con mayor refuerzo, determinaron pasar adelante, y por Pasao, los Caraques, y otras comarcas habitadas de indios, llegaron por último á Puerto Viejo, donde fronteros á la isla de Puna y próximos á Tumbez,

podieron considerarse á las puertas del Perú. En unas partes habian sido recibidos de paz ó por temor á sus armas, ó por el deseo de quitarse de encima aquellos huéspedes incómodos; en otras encontraron con hostilidades que al fin se convertian en mayor daño de los naturales; porque no eran los obstáculos puestos por los hombres los que podian detener la marcha de aquellos audaces extrangeros: harto mas árduos eran los que la naturaleza les ponía, y ya los habian vencido.

Acrcéntóse en gran manera la confianza de Pizarro con la llegada de treinta voluntarios que vinieron de Nicaragua, entre ellos Sebastian de Belalcazar, uno de los capitanes que mas se señalaron despues en el Perú. Querian algunos, cansados ya de viajar, que se poblase en Puerto Viejo; mas el gobernador tenia otras miras, y su intencion era pasar á la isla de Puna y pacificarla amigablemente ó á la fuerza, para despues venir á Tumbes, y sujetar á aquel pueblo con el ayuda de los insulares si se resistian á recibirle. Duraba entre aquellas gentes la animosidad antigua, y sobre ella fundaba el conquistador su plan, que, á pesar de las razones que tuviese para preferirle, no tuvo éxito correspondiente á sus esperanzas y deseos, pues no le excusó al fin la molestia y peligro de tener á unos y otros por enemigos, y dos guerras en lugar de una.

Pudo evitarse la de la isla, á proceder los españoles con mas confianza ó mas espera. Mas esto no era posible atendidas las sospechas que segun las relaciones antiguas infundieron los

intérpretes á Pizarro sobre la buena fe de los isleños. Los castellanos conducidos á Puna en balsas proporcionadas por los indios, asegurados por Tomalá, su principal cacique, que vino á tierra firme á disipar las dudas que Pizarro podia tener de su buena voluntad, fueron agasajados, regalados y divertidos con toda clase de demostracion amistosa. Mas nada bastaba para aquietar sus ánimos prevenidos, que tomaban aquellas pruebas de benevolencia por otras tantas celadas alevosas, con que los indios trataban de exterminarlos á su salvo. ¿Eran fundadas estas sospechas, ó no? La decision es difícil, cuando no tenemos á la vista mas que las relaciones de los vencedores, parciales por necesidad, y que han de propender siempre á justificar sus procedimientos. Y en este caso hay mas motivos de duda, puesto que los intérpretes que tanto enconaban á los castellanos eran tumbecinos, enemigos naturales de los insulares, y por consiguiente inclinados á procurarles todo el mal posible de parte de aquellos huéspedes poderosos. De cualquier modo que esto fuese, Pizarro informado un dia de que el principal cacique se avistaba con otros diez y seis, y recelando comprometida en esta conferencia la seguridad de los españoles, envió á buscarlos á todos, y traídos á su presencia los reconvinó ásperamente por el mal término que con él usaban. Mandó en seguida que se reservase á Tomalá, y se entregasen los otros á los indios tumbecinos, que habiendo entrado con él en la isla bajo el amparo y sombra de los castellanos, todo lo estragaban en ella con robos y devasta-

ciones. Ellos viendo en poder suyo á sus víctimas, se arrojaron á ellas como bestias feroces, y les cortaron las cabezas por detrás á manera de reses de matadero.

Los de Pana viéndose atropellados de este modo por los extraños, insultados por sus enemigos naturales, preso su señor, y descabezados sus caciques, acudieron á las armas, y en número de quinientos acometieron á los españoles, no solo en el real donde tenían hecho su asiento, sino hasta en los navíos, que por mas desamparados parecian mas fáciles de ofender: pero bien pronto conocieron la diferencia de armas á armas, y de brazos á brazos. ¿Qué podrían hacer aquellos infelices medio desnudos, con sus armas arrojadas hechas de palma, contra cuerpos de hierro, contra espadas de acero, contra la violencia de los caballos y el estruendo y estrago de los arcabuces? No perdieron el ánimo sin embargo aunque rechazados con pérdida por todas partes; y volvian una vez y otra al ataque con nueva furia, para desperdarse despues y esconderse en los pantanos y manglares del pais. Duró esta guerra, si tal puede llamarse, muchos dias, sin que los españoles, fuera de los cortos despojos que en los primeros encuentros recogieron, sacasen mas que sobresalto, cansancio, y algunas veces heridas. Pizarro conociendo que no le era ventajoso continuarla, hizo traer delante de sí á Tomalá, y le dijo que ya veía los males que sus indios habían traído sobre sí con su doblez y alevosía: á él como su cacique convenia atajarlos, y por lo mismo le amonestaba que les mandase dejar

las armas y recogerse pacíficamente á sus casas: cuando esto se realizase, los castellanos cesarian de hacerles guerra. A esto repuso el indio: "que él no habia dado motivo á ella, siendo falso cuanto se le habia imputado: que le era por cierto bien doloroso ver su tierra hollada de enemigos, su gente muerta, y todo asolado y destruido. Todavía por complacerle, era gustoso de mandar lo que queria, y daria orden á los indios para que dejasen las armas." Así lo hizo, y no una vez sola; pero ellos no quisieron obedecerle, y enconados y furiosos decian á gritos que nunca tendrian paz con gente que tanto mal les habia hecho.

En tal estado de cosas llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navíos, en que venian algunos infantes y caballos. Fué este capitán considerado desde entonces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por Hernando Pizarro el cargo de teniente general, que á él se le habia ofrecido en las conferencias tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto disimular este desaire con la templeanza y cordura que siempre le acompañaron; y su destreza, su capacidad y su valor manifestados en todas las ocasiones de importancia, le grangearon desde luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en la estimacion de indios y españoles. El socorro que trajo consigo pareció bastante á Pizarro para emprender cosas mayores, con tanta mas razon cuanto que los soldados estaban ya cansados de aquella guerra infructuosa, muchos de ellos enfermos aun del contagio de las berrugas, y todos deseosos de

establecerse en otra parte. Estas consideraciones le hicieron resolverse á dejar la isla y pasar á tierra firme.

Si la guerra de Puna pudo fácilmente excusarse, la de Tumbez por el contrario ni pudo esperarse ni prevenirse. Todo al parecer alejaba la idea de un rompimiento de parte de aquella gente: el trato antiguo desde el primer reconocimiento, el concepto favorable que los castellanos dejaron allí entonces, la buena acogida que hicieron á los que se unieron á ellos. Juntos habían pasado á Puna: allí los tumbecinos habían hollado y desolado á su placer la tierra enemiga, allí habían tenido la feroz satisfacción de sacrificar por su mano á los caciques; y seiscientos cautivos que los de Puna guardaban destinados parte al sacrificio y parte á las labores del campo, fueron puestos en libertad por Pizarro de resultas de su primera victoria, y enviados al continente con todo lo que les pertenecía. Beneficios eran estos que debían asegurar la buena voluntad y amistosa acogida de aquellos naturales: y sin embargo no la aseguraron, y los españoles fueron recibidos por los tumbecinos con toda la alevosía y la perfidia que pudieran temerse del enemigo mas encarnizado. Los españoles al verse asaltados así, debieron sentir tanta sorpresa como indignación, y acusar altamente la perversidad de aquellos bárbaros sin fe. Mas la causa no estaba en los indios, estaba en ellos mismos. Cuando la otra vez vinieron, se hacían interesantes por su novedad, y se presentaban comedidos en sus acciones, corteses en sus palabras, generosos en

dar, agradecidos al recibir, indiferentes á las riquezas, fieles observadores de la hospitalidad. Ahora armados y feroces, maltratando los pueblos pobres, saqueando los ricos, y llevándolo todo al rigor de la violencia, aparecían á los ojos de los indios, sabedores por fama de lo sucedido en Coaque, como bandoleros pérfidos y crueles, indignos de todo obsequio y respeto, y acreedores á toda doblez y alevosía. No tenían, pues, los castellanos por qué quejarse de los tumbecinos, á los cuales el instinto de su propia conservación debía necesariamente instigar á repeler de cuantos modos pudiesen á sus odiosos agresores.

El paso de la isla á la tierra firme se hizo parte en los navios y parte en las balsas, donde se pusieron los caballos y el bagaje. Llegaron primero los que iban en las balsas, y á tres que los indios pudieron coger por ir mas delanteros, despues de ayudarles cortesmente á salir á tierra, los llevaron al lugar como para aposentarlos, y al instante que llegaron se echaron sobre ellos, les sacaron los ojos, les cortaron los miembros, y aun vivos y palpitantes los echaron en grandes ollas que tenían puestas al fuego, donde tristemente perecieron. Las demas balsas iban llegando cual con mas cautela, cual con menos, y los indios las acometían y robaban el herraje y ropa que llevaban, perdiéndose en este despojo la mayor parte del equipaje del gobernador que iba en una de ellas. Los hombres que salían á tierra, como se vieron sin capitán y sin guía, mojados y cogidos de sobresalto, empezaron á dar voces pidiendo ayuda. A la

grita y al bullicio del desorden Hernando Pizarro, que con los caballos habia saltado en tierra algo distante de allí, se arrojó para socorrerlos por medio de un estero que habia entre unos y otros. Siguiéronle los que se hallaban con él, y á su vista y arremetida, los indios no tuvieron aliento para sostenerse y abandonaron el campo. De este modo pudo la gente de las balsas acabar de desembarcar y á poco llegó Pizarro con los navíos.

Hallóse el pueblo no solo yermo sino enteramente arruinado. La guerra con los de Puna, enconada nuevamente con las divisiones del imperio, le tenia en un estado harto diferente de aquel en que le vieron la primera vez los españoles. Desalentábanse ellos mucho con el aspecto de aquellas ruinas, y mas los de Nicaragua al comparar los trabajos que allí padecian, y la devastacion que miraban con las delicias de su paraiso, que este nombre daban á aquella bella provincia. Llegó en esto un indio, que rogó á Pizarro no se le saquease su casa, una de las pocas que se veían en pie, y prometió quedarse en su servicio. *Yo he estado en el Cuzco, añadia, yo conozco la guerra, y no dudo que toda la tierra va á ser vuestra.* Mandó el gobernador al instante señalar aquella habitacion con una cruz para que fuese respetada, y prosiguió oyendo al indio lo que contaba del Cuzco, de Vilcas, de Pachacamac y otras poblaciones de aquella region, de las grandezas de su rey, de la abundancia de oro y plata, empleados no solo en los utensilios y cosas mas comunes, sino tambien en chapear

las paredes de los palacios y de los templos.

Cuidaba Pizarro de que estas noticias cundiesen entre los españoles; pero ellos escarmetados é incrédulos no les daban acogida, teniéndolas por invenciones suyas para levantarles el ánimo con la esperanza y cebarlos en la empresa. Tal concepto habian hecho anteriormente en la isla de Puna de un papel encontrado en la ropa de un indio que habia servido al marino Bocanegra, escrito segun se decia por él, y donde habia estas palabras: *Los que á esta tierra viniereis, sabed, que hay mas oro y plata en ella que hierro en Vizcaya.* El artificio era á la verdad harto grosero, y no produjo mas efecto que cerrarles la fe y los oídos á las grandes cosas que aquel indio contaba despues, y que otros que iban llegando repetian.

Quiso tambien Pizarro saber de él cuál habia sido el paradero de los dos españoles que quedaron en Tumbez en su primer viaje: respondió que poco antes que llegase el ejército habian sido muertos los dos, uno en Tumbez y otro en Cinto. De la muerte no se dudó, porque jamás parecieron; pero del motivo de su desgracia y de los sitios en que sucedió variaban las noticias segun la pasion ó las miras de los que las daban. Quién decia que fueron muertos por su insolencia y libertades con las mujeres del pais; quién, que yendo con los de Tumbez á un combate con los de Puna, habian sido cogidos y alanceados por los insulares; quién, en fin, que llevados á que los viese el Inca Huayna-Capac, sabiendo sus conductores que era muerto, los mataron en el camino.

De cualquier modo que esta desgracia sucediese, y á pesar de la perfidia y crueldad usada por los tumbecinos con los castellanos en su travesía desde Puna, Pizarro creyó conveniente darles la paz que le pedian, y permitirles que volviesen á poblar su lugar desamparado. Revolvía ya en su pensamiento fundar en aquellos contornos un pueblo donde dejar los soldados enfermos y cansados; y que siendo cómoda entrada para los socorros que pudiesen venirle de las otras partes de América, fuese tambien refugio seguro para su retirada en caso de descalabro. Conveniale, pues, pacificar la comarca y no dejar enemigos á sus espaldas. Con este objeto no solo se reconcilió con los indios de Tumbes, sino que salió de allí para hacer por sí mismo un reconocimiento con el grueso del ejército en los llanos, y con una parte de él envió á Hernando de Soto á hacer otro por la sierra. Los indios de los valles se sometieron sin dificultad con la fama que ya habia entre ellos del poder y valor de los españoles, y mas todavía con los castigos que hicieron en los que con razon ó sin ella sospecharon que se les querian oponer. A Soto hicieron alguna resistencia los seranos, menospreciando su gente por tan pocas; mas luego que hicieron prueba de sus fuerzas con ella, se pusieron en huida, y los castellanos siguieron su marcha hasta descubrir parte del camino real que el Inca Huayna-Capac habia hecho construir en aquellas alturas. Los despojos que hubieron de la refriega con los indios, y las muestras de oro y plata que por todas partes les presentaba la tierra, acrecentaron la ale-

16 de  
mayo de  
1532.

gría y las esperanzas de sus compañeros cuando volvieron al real, de manera que el gobernador, viendo esta buena disposicion, determinó aprovecharse de ella para poner en ejecucion sus intentos.

Procedióse en seguida á la fundacion del nuevo asiento que se llamó la ciudad de San Miguel en los valles de Tangarala, á treinta leguas de Tumbes, veinte y cinco del puerto de Payta, y ciento y veinte de Quito. Fué la primera poblacion española en aquellas regiones, y despues por ser mal sano el sitio primero, se trasladó á las orillas del rio Piura, de donde le quedó el nombre. Pizarro arregló con todo esmero y segun las instrucciones que traía, su policía y regimiento, y le dió las reglas mas oportunas para su conservacion y defensa en medio de tanta gente enemiga, como que habia de ser en todo caso el fundamento y apoyo de sus operaciones. Al mismo tiempo hizo por via de depósito el repartimiento del territorio, segun tenían de costumbre los españoles en todas las demás partes de Indias. En esta distribucion cupo Tumbes á Hernando de Soto, sea que el gobernador quisiese indemnizarle así del cargo de su segundo que habia conferido á su hermano, sea que por este modo quisiese manifestarle el aprecio que le merecian su persona y sus servicios. Hizose tambien entonces repartimiento del oro habido en los últimos acontecimientos, y con el quinto del Rey despachó el general á Panamá los navíos que estaban en Payta, escribiendo á su compañero Almagro que se diese prisa á venir con toda la gente que pudiese. Sospechábase

de él que trataba de hacer armada y gente para salir á descubrir y poblar por sí mismo, y Pizarro le rogaba en sus cartas por todo cuanto habia mediado entre ellos, que no diese lugar ni á sospechar ni á enojos pasados, y se viniese para él. Dispuestas así las cosas, todavía se detuvo algun tanto en arrancar con su gente. Necesitaba tomar mas amplias noticias de las fuerzas, recursos y costumbres del pueblo que iba á someter, y por otra parte daba lugar con la dilacion á que le pudiesen llegar nuevos refuerzos, necesarios á la consecucion de su empresa, vista la poca gente que tenia consigo. Pero estos refuerzos no llegaban; y no queriendo perder reputacion con los indios si mas se detenía, ni tampoco la ocasion que le presentaban las divisiones de los dos Incas para sojuzgarlos á uno y otro, movióse al fin de los valles donde estaba, y con solos ciento setenta y siete hombres de guerra, de los cuales sesenta y siete iban á de 1532. caballo, tomó su camino por las cumbres, dirigiéndose á Caxamalca.

24 de septiembre

(1)

(1) Esta es la fecha que pone Jerez á la salida, y debe estarse á ella y no á la de Herrera que la señala en el 4 del mismo mes. La relacion de Jerez es propiamente un diario de la expedicion, y en esta diversidad de cómputos debe estarse mas bien á su dicho que al de otro ninguno. Tambien hay variedad sobre el número de los hombres que salieron con Pizarro de San Miguel, y esto aun en las relaciones de los testigos de vista: los unos dicen que 160, otros que los 177 expresados en el texto. ¿Pero á qué extrañarlo, cuando Jerez y Herrera no estan acordes ni aun consigo mismos? Las diferencias son cortas, ni el objeto á la verdad es de mucha importancia; pero esto sería una prueba de que aun los autores mas puntuales no estan libres de estas ligeras inexactitudes, y que cuando la historia desciende á tales menudencias

La monarquía que los españoles iban á destruir se extendia de norte á sur por aquella costa del nuevo continente sobre setecientas leguas, y su origen subia, segun la tradicion de los indios, á una época de cerca de cuatro siglos. Habitaron aquel pais desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvajes, cuya civilizacion comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran laguna de Titicaca, en la tierra del Collao. Estos indios probablemente eran mas activos, mas belicosos é inteligentes que los otros; y como apenas hay nacion alguna que por supersticion ó por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, tambien los peruanos contaban que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un dia un hombre y una mujer, cuyo aspecto, cuyo traje y cuyas palabras les infundieron veneracion y maravilla. Llamóse él Manco-Capac, ella Mama-Oello, y diéronse por hijos del Sol, cuyo culto y adoracion predicaban, amaestrados por él en todas las artes de buena policia y de virtud, y venidos por orden suya á enseñarlas en la tierra. Con este prestigio consiguieron reunir al rededor de sí algunas tribus errantes de la comarca, enseñando Manco á los hombres el cultivo de los campos, y Oello á las mugeres á hilar y á tejer, y demás labores propias de su sexo. La sumision y obediencia que por este camino se granjearon de

es muy fácil equivocarse en ellas. Hernando Pizarro en su carta á los oidores de Santo Domingo dice que eran sesenta de á caballo, y noventa peones.

ellos eran correspondientes á los beneficios que les proporcionaban, y cuando ya estuvieron seguros de su dominacion y de su influjo, los llevaron á fundar una ciudad en un valle montuoso, á ochenta leguas de la laguna. Esta ciudad fué el Cuzco, silla en adelante, y cabeza del imperio de los Incas. Allí hicieron su palacio, allí elevaron un templo al Sol, allí dieron á su culto mas pompa y aparato, mayor autoridad y magestad á sus leyes. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del Sol, casándose aquellos príncipes con sus hermanas, y heredando el trono los hijos que de ellas tenían.

Desde Manco hasta Huayna-Capac se conta- ba una sucesion de doce príncipes que, parte por la persuasion y parte por las armas, fueron extendiendo su culto, su dominacion y sus leyes, por la inmensa region que corre desde Chile hasta el ecuador; atrayendo ó sojuzgando las gentes que encontraron en las serranias de las cordilleras, y en los llanos de la marina. El monarca que mas dilató el imperio fué el Inca Topa-Yupangui que llevó sus conquistas por la parte del Sur hasta Chile, y por la del Norte hasta Quito; bien que, segun la mayor parte de los autores, no fué él quien conquistó esta última provincia, sino su hijo Huayna-Capac, el mas poderoso, el mas rico, y el mas hábil tambien de todos los príncipes peruanos. Él desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio despues de muerto su padre; contuvo y apagó la rebelion de algunas provincias, sujetó otras nuevas á su

imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen orden, dió leyes sábias, corrigió abusos en las costumbres, rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él; y se granjeó mas veneracion y respeto de sus pueblos, que otro monarca alguno de sus antepasados. Estableciéronse en su tiempo, ó se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de comunicacion, nesarios en provincias tan distantes y diversas: el uso de un dialecto general á todas ellas; el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que conducian del Cuzco al Quito en una extension de mas de quinientas leguas. De estos dos caminos uno iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos, á la distancia propia y conveniente, de estancias ó aposentamientos que llamaban *tambos*, donde el monarca, su corte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte á treinta mil hombres, tomaban descanso y refresco, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos. Obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los peruanos en gloria de su Inca, y que al principio tan útiles, despues les fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron á los movimientos y marcha de los españoles para la conquista del pais.

Huayna-Capac murió en Quito, dejando el imperio á Huascar, su hijo mayor, habido en la Coya ó Emperatriz, hermana suya. Pero como de su matrimonio con la hija del cacique principal de Quito le quedase un hijo á quien queria mucho, llamado Atahualpa, jóven de

grandes calidades y de no menores esperanzas, dejóle heredado en aquella provincia, que fué de sus abuelos maternos, no previendo los tristes efectos que de semejante particion se seguirian. Suponen otros que esta desmembracion no fué obra de Huayna-Capac; sino de Atahualpa que hallándose bien quisto del ejército de su padre, y ganando con promesas y lisonjas á los dos generales principales Quizquiz y Chalicuchima, quiso al amparo de ellos ser y quedar por señor del pais que habia pertenecido á sus mayores. Esta diferencia de tradiciones en hechos tan recientes, manifiesta lo mal informados que estaban los españoles, ó el influjo que sus pasiones tenian en lo que contaban, segun que cada uno queria disculpar ó acriminar la resistencia de Atahualpa á la voluntad de su hermano<sup>1</sup>; el cual queriendo absolutamente mantener la integridad del imperio, mandó que el ejército se volviese al Cuzco, y que Atahualpa, sopena de ser tratado como enemigo, viniese á rendirle la obediencia y le restituyese las mugeres, alhajas y tesoros del Inca difunto.

Las amenazas de que iba armado este mandamiento, en vez de intimidar á Atahualpa, le estimularon mas á sostener con la fuerza sus pretensiones ó sus derechos; y dando el primero la señal á la guerra civil, salió con su ejér-

<sup>1</sup> Véase la contradiccion que en esta parte se observa en Herrera cotejando el cap. XI, lib. VII, Década cuarta, con el cap. XVII, lib. III, Década quinta: en el primero la particion del estado suena hecha por Huayna-Capac; en el segundo es la ambicion de Atahualpa la que quiere poseer á Quito contra la voluntad de su hermano y de su padre.

cito de Quito dirigiéndose hácia la capital. Iba ocupando militarmente las provincias, ganando los naturales á su partido, y engrosando sus fuerzas al paso que marchaba. Llevaba esperanza de que su hermano mas jóven que él, y de índole mas mansa y mas pacífica, vista su resolucion, y temiendo su poderío, se allanase á dejarle en la posesion en que estaba, y se confederase con él. Mas Huascar envió á su encuentro un ejército, cuyos generales reforzados con la gente de algunos valles que desertaron de la causa de Atahualpa, le dieron batalla junto al tambo de Tomebamba, y despues de tres dias de un obstinado combate le vencieron y le hicieron prisionero. Llevado al tambo y guardado allí estrechamente, no por eso perdió el ánimo, pues aprovechándose del descuido en que los vencedores estaban, entregados á la algazara y borracheras de la victoria, con una barra de cobre que le dió una muger, rompió la pared de su prision y pudo escaparse á los suyos. Dicese que para darles aliento á seguirle y volver á la pelea, les hizo creer que el Sol su padre le habia libertado convirtiéndole en culebra para que pudiese salir por un pequeño agujero, y que le prometia la victoria sobre sus enemigos si renovaba el combate. Esta astucia, y mas que ella su diligencia y valor ayudados de su popularidad, le dieron fuerzas bastantes para volver sobre sus vencedores y trocar la fortuna de la guerra. El los atacó, les desbarató, y el estrago de una y otra parte fué tal, que largos años despues se veian con asombro en el campo de batalla las reliquias miserables

de la muchedumbre que pereció en ella.

Ya vencedor Atahualpa, se aprovechó de la ventaja que acababa de conseguir con la habilidad y denuedo propios de un gran corazón, y no puso límite alguno ni á sus pretensiones ni á sus deseos. La roja borla, insignia real de los Incas, con que se ceñó la frente en Tomebamba, anunció al agitado Perú que era ya capital la contienda entre los dos hermanos, y que la suerte toda del imperio estaba comprometida en sus odios. Atahualpa como bastardo no podía sentarse en aquel trono, herencia sagrada y exclusiva de los hijos legítimos del Sol. Pero la falta de título se suplía con su atrevimiento y arrogancia, y sus acciones y sus palabras eran menos de usurpador artificioso que de monarca ofendido é irritado. Desdoran con efecto su victoria y su fortuna las muestras de severidad y de rigor, ó, por mejor decir, de crueldad, que iba dando según adelantaba en su marcha. Asoló á Tomebamba, castigó á las tribus que habían abandonado su partido, y una de ellas, la de los Cañaris, de quien tenía mayores quejas, no pudo aplacar su enojo por más demostraciones de humillación y arrepentimiento que le hizo. Mandó matar de ellos hombres á millares, y que sus corazones fuesen esparcidos por las sembraderas, diciendo, *que quería ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores.* Con esto siguió su camino hácia el Cuzco, y se situó en Caxamalca, desde donde podía atender á los movimientos de su competidor, y á la marcha y miras de los castellanos, cuya entrada ya sabía, y empezaba á darle cuidado.

Fué, pues, indispensable á Huascar juntar nuevo ejército y salir personalmente á defender su trono. Las fuerzas de los dos hermanos eran casi iguales entonces, bien que ni por la experiencia, ni por la calidad, ni por la confianza, pudiesen las del Cuzco compararse con las del Quito. Atahualpa envió delante la mayor parte de los suyos al mando de los generales Quizquiz y Chalicuchima; y estos más hábiles ó más felices que los caudillos enemigos, sorprendieron un destacamento en el que por su mal iba Huascar, y le hicieron prisionero. Con esta desgracia su ejército se dispersó y se deshizo; los vencedores se adelantaron á ocupar la capital, y Atahualpa, noticioso de su fortuna, ordenó que su hermano fuese llevado vivo á su presencia.<sup>1</sup>

Entretanto Pizarro al frente de su pequeño escuadrón avanzaba para encontrarle. La marcha era lenta, parte por la dificultad de los caminos, parte por la circunspección necesaria para transitar por pueblos desconocidos, cuya voluntad era preciso ganar y asegurar imponiéndoles respeto y confianza. Así es que, aunque de San Miguel á Caxamalca no hay más que doce grandes jornadas, los españoles tardaron cerca de dos meses en recorrer aquella distancia, y no es exceso, atendidos los estorbos que tenían que superar. Mientras más avanzaban, más noticias tenían del poder y fuerzas del monarca

<sup>1</sup> En el modo de contar estos sucesos hay mucha variedad en los autores españoles. En el texto se ha seguido la narración de Zárate, que es la más clara, la más consistente y la más probable. Otros hacen preceder y seguir esta catástrofe de diferentes batallas y de muchas atrocidades.

que buscaban. Estas noticias, si en unos acrecentaban la ambicion y la esperanza, en otros ayudaban al recelo, considerando su corto número y sus pocas fuerzas. Pizarro quiso desde el principio atajar este desaliento, y con resolucion verdaderamente bizarra y propia de su carácter, hizo entender á sus soldados, que los que quisiesen volverse á avocindarse en San Miguel podian hacerlo en buen hora, y allí se les señalarian indios con quien sustentarse, como á los demas que habian quedado; pues él no queria que nadie le siguiese con flojedad y tibieza, confiando mas en el valor de los pocos que le acompañasen con buen ánimo, que en el número de muchos desalentados. Cinco de á caballo y cuatro infantes fueron los únicos que se aprovecharon de esta licencia; la cual parecerá por ventura mas temeridad que valentía á los que consideren bien cuánto valia cada hombre en aquellos descubrimientos y conquistas, y cuan difícil era poder suplir el vacío de cualquiera que faltaba.

Purgado así el ejército de aquellos pocos cobardes, los demas siguieron alegres y animosos á donde su capitan los llevaba. Por fortuna en todos los pueblos fueron recibidos de paz, y si noticias equivocadas, ó siniestras interpretaciones, les infundian tal vez recelo en algun paraje, este recelo se disipaba al punto que llegaban con la amistosa disposicion de los indios, y con el buen hospedaje que de ellos recibian. Díjose á Pizarro que en un pueblo llamado Caxas habia gente de guerra de Atahualpa esperando á los castellanos. El envió allá un capitan con

algunos soldados para que cautelosamente lo reconociese, y haciendo otro dia de marcha, sentó su real en el pueblo de Zaran, y allí esperó las resultas del reconocimiento mandado. El capitan encontró en Caxas un recaudador de tributos, el cual le recibió con franqueza y amistad, y le dió bastante noticia de la marcha que llevaba su rey, del modo que allí tenian de cobrar las contribuciones, y de otras costumbres del país. El capitan español, que no solo reconoció á Caxas sino á Guacabamba, otro pueblo cercano á él y mas grande, volvió maravillado de las grandes calzadas que iban por aquel distrito, de los puentes que vió sobre los rios, de las acequias, de las fortalezas que tenian construidas, de los almacenes de vestuario y provisiones para el ejército, en fin, de la fabrica de ropas que habia en Caxas, donde muchedumbre de mugeres hilaban y tejian vestidos para los soldados del Inca. Contaba tambien que á la entrada del pueblo vió ciertos indios ahorcados por los pies, en castigo de haber uno de ellos entrado en aquel retiro á gozar de una muger, y de habérselo consentido los porteros que las guardaban. Esta severidad de justicia, esta autoridad y poder, ejercidos á lo lejos con una obediencia tan puntual; estos preparativos de guerra hechos con tanta prevision é inteligencia; en fin, una policia y un orden tan bien observados, y tan fuera de lo que se conocia en las regiones que habian recorrido, debió dar á entender á los españoles que era muy diferente gente la que iban á experimentar, y bien digno de respeto y de recelo el poder del

del monarca á cuya presencia se dirigian.

Llegó al ejército al mismo tiempo un indio que se dijo enviado de Atahualpa, y traía de regalo al general español dos vasos de piedra para beber, artificiosamente labrados, y una carga de patos secos para que hechos polvo se sahumase con ellos, segun el uso de los principales del país. Añadió que el Inca le encargaba decirle que queria ser su amigo, y que le aguardaba de paz en Caxamalca. La calidad y corteza del presente de parte de un monarca tan poderoso pudieran dar que sospechar á cualquiera aun menos cauteloso que Pizarro. Él sin embargo aparentó recibir el regalo con estimacion y agrado, y dijo al indio que recibia agradecido aquella demostracion de amistad de parte de tan gran príncipe, y le encargó le manifestase de la suya que, noticioso de las guerras que sostenia contra sus enemigos, se habia movido para servirle en ellas con aquellos compañeros y hermanos suyos; y muy principalmente además para darle una embajada de parte del vicario de Dios en la tierra, y del rey de Castilla, un príncipe muy grande y poderoso. Mandó en seguida que el indio y los que le acompañaban fuesen bien tratados y agasajados, y añadió que si algunos días queria estar con ellos descansando, lo podia hacer en buen hora. Él se quiso volver al instante á su señor, y entonces le mandó dar una camisa de lino, un bonete colorado, cuchillos, tijeras y otras bujerías de Castilla, con las cuales aquel emisario se fué muy contento. Los vasos del presente, con mucha ropa de algodón y lana entretejida con oro

y plata, habida en los diferentes pueblos por donde habian transitado, se enviaron á San Miguel, á donde el gobernador escribió contando los términos en que se hallaba con el Inca, y encargando á aquellos españoles que conservasen á toda costa la paz con los indios de la comarca.

Siguiendo su camino por diferentes pueblos donde los recibieron de paz, los españoles se hallaron á orillas de un caudaloso rio muy poblado de la otra parte. Recelando algun impedimento, mandó Pizarro á su hermano Hernando que lo pasase á nado con algunos soldados para divertir á los indios, y pasar él entretanto con la demas gente. Los moradores de aquellos pueblos huyeron luego que vieron atravesar el rio á los españoles: solo pudieron alcanzarse algunos pocos á quienes Hernando Pizarro procuraba aquietar; y como ninguno de ellos respondiese á lo que se les preguntaba de Atahualpa, hizo dar tormento á uno, el cual declaró, que el Inca, mal enojado con los castellanos, y resuelto á acabar con ellos, los aguardaba de guerra, dispuesta su gente en tres puntos, uno al pie de la sierra, otro en la cima, y el último en Caxamalca. Dijo además, que así lo habia oido, y que tenia motivos de saberlo por ser hombre principal. Dióse noticia de esto al gobernador, que hizo al instante cortar árboles en las riberas, y en tres pontones pasó la gente y los equipajes, llevando los caballos á nado. Alojóse en la fortaleza de uno de aquellos lugares, y enviado á llamar un cacique de las cercanías, este vino, y de él entendió que Ata-

hualpa se hallaba mas adelante de Caxamalca en Guamachuco, con mas de cincuenta mil hombres de guerra. Esta era la verdad, y así el tormento dado al indio á quien antes se apremió, fué una crueldad bien supérflua, pues su declaracion era falsa.

Tal variedad de avisos y de noticias puso en perplejidad el ánimo del gobernador, que por lo mismo resolvió saber directamente la verdad enviando á un indio de su confianza que espíase la estacion, fuerzas y movimientos de Atahualpa. Escogió para el caso uno de la provincia de San Miguel, el cual no quiso ir por espía, sino por mensajero, pareciéndole que así podia hablar con el Inca y traer mejor relacion de todo. Túvolo á bien Pizarro, y le mandó que fuese y le saludase de su parte, haciéndole saber que iba caminando sin hacer á nadie violencia, con el objeto de besarle las manos y darle la embajada que llevaba, y ayudarle al mismo tiempo en las guerras que tenia, si queria aceptar su amistad y su servicio. El indio partió con su embajada, encargado tambien de avisarle con uno de los compañeros que llevaba, si habia en la tierra gente de guerra como se les habia dicho antes.

Despues de tres dias de camino por tierras fáciles y apacibles, llegaron ya cerca de las sierras intermedias entre Caxamalca y ellos. Eran ásperas y tajadas, de dificultosa subida, y acaso imposibles de vencer, si gente de guerra las defendiera. A la derecha tenian el gran camino llano y derecho que los llevaba hasta Chincha sin dificultades ni peligros. Por esta razon se in-

clinaban muchos á que se tomase esta direccion, y se abandonase la idea de subir por las alturas. Mas el general, altamente convencido de que todo el buen éxito de su expedicion consistia en avistarse cuanto antes con el Inca, les hizo entender cuan impropio era de españoles huir de las dificultades y perder reputacion. ¿Qué pensaria de ellos el Inca cuando supiese que torcian el camino, despues de haberle anunciado que iban derechos á buscarle? Diria que no osaban de miedo: así los despreciaria, y en este desprecio consistia el peligro, pues que no podian vivir tranquilos en medio de aquellas gentes, sino teniéndolas admiradas con su valor y atemorizadas con su audacia. Era preciso, pues, marchar por la sierra, una vez que lo mas árduo no solo era para ellos lo mas glorioso, sino tambien lo mas seguro. Todos á una voz respondieron que los llevase por el camino que quisiese, prometiéndole alegres y animosos seguirle á donde quiera, y hacer cumplidamente su deber cuando la ocasion se lo mandase.

Llegaron en esto al pie de la sierra. Pizarro, tomando consigo cuarenta caballos y sesenta infantes, comenzó á subirla el primero, dejando atrás el resto de los soldados con el bagaje, encargándoles que fuesen siguiendo poco á poco sus pasos, segun las órdenes y avisos que él les daria. La subida como se ha dicho era ágría y dificultosa; los caballos iban del diestro porque montados era imposible, y los pasos á veces tan escarpados, que iban subiéndolos como por escalones. Una fortaleza que habia en un cerro bien empinado le sirvió de punto de direccion,

y á ella llegaron al mediar el día. Era de piedra y puesta en un sitio todo de peña tajada, salvo el paso por donde habian subido. Maravilláronse mucho que Atahualpa hubiese dejado desamparado aquel punto, donde cien hombres resueltos podian desbaratar un ejército con solo arrojar piedras desde arriba. Mas no habia por qué admirarse de que el Inca, que segun todas las apariencias los esperaba de paz, no guardase aquel derrumbadero, ni les estorbase el camino.

Avisóse á la retaguardia desde allí que podia seguir su marcha sin recelo, y el gobernador avanzó por la tarde hasta otra fortaleza que estaba mas adelante, situada en un lugar casi enteramente desamparado. Allí pasó la noche; pero antes de que espirase el día, llegó á su presencia un indio enviado por el mensajero que habia despachado anteriormente para el Inca. Este iba á avisarle que en todo el camino que habia andado ninguna gente de guerra habia visto, ni otro estorbo ninguno; que él iba adelante á cumplir con su comision, y que tuviese entendido que al dia siguiente se presentarian á él dos enviados de Atahualpa. Pizarro, entendido esto, no quiso que los embajadores le hallasen con tan poca gente como allí tenia, y avisó á los que quedaban atrás que se apresurasen para juntarse con él. Entretanto siguió su camino, llegó á lo alto de la sierra y mandó plantar allí sus tiendas para esperar á sus compañeros.

Estos llegaron, y poco tiempo despues los mensajeros del Inca, que presentaron al capi-

tan diez reses de su parte, y le dijeron que iban á saber el dia en que pensaba llegar á Caxamalca, para enviarle bastimentos al camino. A este comedimiento respondió Pizarro no menos cortesmente, que iria con toda la brevedad posible. Mandó que se les agasajase y regalase bien, y preguntóles noticias del pais y de la guerra que el Inca sostenia. El Inca, segun ellos, quedaba en Caxamalca sin gente de guerra, porque la habia toda enviado contra el Cuzco: contaron largamente las diferencias de los dos hermanos, y las glorias de su rey, entre ellas la de haber vencido á Huascar y héchole prisionero por medio de sus capitanes, que ya se le traian con las grandes riquezas que le encontraron. A esto, por si acaso era dicho con intencion de espantarle, respondió arrogantemente el capitán castellano, que el rey su señor tenia criados mayores señores que Atahualpa, y tambien capitanes que le habian vencido grandes batallas y preso reyes mas poderosos. Este era quien le enviaba para dar al Inca y á sus vasallos noticia y conocimiento del verdadero Dios; y tal era el objeto que le llevaba á su presencia. Que deseaba ser su amigo y servirle en las guerras que tenia, si de ello era gustoso, y se quedaria en sus dominios, aun cuando sus intentos eran de ir con sus compañeros á buscar la otra mar. En fin, que él iba de paz, si de paz le recibian; y aunque no buscaba la guerra, no rehusaria hacerla, si se la declaraban.

Despedidos aquellos mensajeros, llegó á la noche siguiente el primero que habia buscado á Pizarro de parte del Inca en la estancia de Za-

ran, junto á Caxas y Guacabamba, y llevádole el presente de los vasos de piedra. Ahora venia con mayor autoridad: acompañabanle muchos criados, traía vasos de oro en que bebía su vino y con él brindaba á los castellanos, diciéndoles que se quería ir con ellos hasta Caxamalca. Presentó otras diez reses de regalo, hizo algunas preguntas, y hablaba mas desevueltamente que primero, ensalzando hasta el cielo el poder de su señor. A pocos dias de estar este indio con los castellanos, volvió el mensajero que Pizarro habia enviado al Inca antes de emprender la subida de la sierra, y no bien hubo entrado en el campamento, y avistado al otro indio, cuando se agarró furioso con él y empezó á maltratarle cruelmente. Separólos inmediatamente el gobernador, y preguntado el recién llegado por la causa de aquel atrevimiento: *¿Cómo quereis, contestó, que yo lleve con paciencia ver aquí honrado y regalado por vosotros á este perverso, que no ha venido sino á espiar y á mentiros, mientras que yo, embajador vuestro, ni he podido ver al Inca, ni me han dado de comer, y apenas he podido escapar con la vida, segun me han maltratado?* Refirió en seguida que él habia encontrado á Caxamalca sin gente, y á Atahualpa con su ejército en el campo: que no se le habian dejado ver bajo el pretexto de que estaba recogido ayunando y entregado á sus devociones: que habia hablado con un pariente del Inca, al cual habia referido toda la grandeza, valor y armas de los españoles; pero que aquel indio lo habia tenido todo

en poco, menospreciando por su corto número á los extranjeros. El otro indio replicó, que si en Caxamalca no habia gente, era por dejar sus casas desocupadas á los nuevos huéspedes; y si el Inca estaba en el campo, era porque lo acostumbraba hacer así desde que duraba la guerra. *Tú no has podido verle, añadió dirigiéndose á su adversario, porque ayunaba, y en tal tiempo nadie le ve ni le habla, y si te hubieras aguardado y dicho de parte de quien ibas, él te recibiera y oyera, y te mandara regalar, pues no hay duda en que son pacíficas sus intenciones.*

¿A quién creer? El gobernador segun la propension de su genio, mas cauteloso que confiado, y midiendo la disposicion del Inca por la suya, se inclinaba mas bien á lo que decia el indio amigo, que no al que se decia mensajero. Disimuló sin embargo, en lo que era gran maestro, reprimió y contuvo á su emisario, y siguió honrando y tratando bien al del monarca peruano <sup>1</sup>. Y sin detenerse mas tiempo dió cuanta priesa pudo á su viaje para llegar á Caxamalca, de donde ya no estaba distante. Vinieron á la sazón otros mensajeros de Atahualpa con bastimentos, que recibió con muestras de mucha gratitud, y con ellos envió á pedir al Inca su amistad, rogándole que procediese de buena fe, y asegurando que por su parte no

<sup>1</sup> El mensajero de Atahualpa venia á lo menos autorizado con los presentes que habia traído en sus dos embajadas. ¿Cuáles eran las credenciales del indio de San Miguel enviado al Inca por Pizarro? Ningunas á la verdad, y en tal caso no es mucho de extrañar que fuese mal recibido.

habría falta en corresponderle con la misma.

De allí á poco se descubrió Caxamalca con sus campos bien labrados y abundosos, los baños paciendo á trechos, y de lejos el ejército del Inca acampado á la falda de una sierra en toldos de algodón, y con un aparato no visto antes por los españoles. Como una legua antes de llegar, el gobernador hizo alto para reunir su gente, dividióla en tres trozos, y, señalando á cada uno su capitán, se puso en marcha otra vez y entró en Caxamalca á hora de visperas del 15 de noviembre de aquel año. No era ciertamente motivo de confianza hallarse con el pueblo sin gente alguna mas que unas pocas mugeres en la plaza, que, según se dice, daban demostraciones claras de la lástima que tenían de aquellos extranjeros por su manifiesta perdición. Pizarro en consecuencia, despues de reconocido el pueblo, y visto los diferentes puntos que ofrecia para la seguridad, halló que la mejor estacion militar era la plaza, que cercada toda de una pared bastante fuerte y alta, con solas dos puertas que caían á las calles de la ciudad, y aquellas casas para su alojamiento en medio, le ofrecia la mejor y mas oportuna posicion para resguardarse de cualquiera sorpresa, y sostenerse en caso de ataque contra aquella muchedumbre. Si Pizarro, como todo lo manifiesta, concibió al instante el plan de atraer allí al Inca para acorralarle, y apoderarse mas fácilmente de su persona; es preciso confesar que su talento militar era tan pronto en concebir, como su ánimo duro é inexorable en resolver.

Viendo, pues, desierta á Caxamalca, y que el Inca no daba muestras de venir, acordó enviarle á Hernando de Soto con quince caballos, y el intérprete Felipillo, á fin de que le hiciese acatamiento de su parte, y le pidiera que diese las disposiciones que estimase oportunas para que él le fuese á besar las manos, y declararle la comision que llevaba de parte de su señor el rey de Castilla. Soto partió, y el general, contemplando la multitud de indios que el Inca tenia consigo, envió tras él otros veinte caballos para que le hiciesen espaldas, al mando de su hermano Hernando, que fué el que le advirtió el peligro que corrian los primeros si no eran sanas las intenciones de Atahualpa. Uno y otro llevaban orden de conducirse con la mayor circunspeccion y respeto, sin inquietar ni molestar á nadie en su camino.

Acercóse Hernando de Soto al campamento á vista de los indios que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del caballo que montaba. Llegado allá y preguntado á qué iba, contestó que llevaba una embajada para el Inca, de su servidor y amigo el gobernador de los cristianos. Entonces el Inca salió grandemente acompañado y representando magestad y gravedad: sentóse en un rico asiento, y mandó se preguntase á aquel embajador lo que queria. Soto se apeó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo, que don Francisco Pizarro su capitán, deseaba mucho besarle las manos, conocerle personalmente, y darle cuenta de las causas por qué habia ido á aquella tierra, con otros negocios que holgaria saber:

que por eso le había enviado á saludarle y suplicarle que se sirviese de ir á cenar aquella noche con él á Caxamalca, ó á comer al otro día, pues aunque extrangero en la tierra, no dejaria de regalarle y obsequiarle con la reverencia y respeto debidos á tan gran príncipe. El Inca contestó, no por sí mismo, sino por medio de un indio principal que á su lado estaba, que agradecia la buena voluntad de su capitán, y que por ser ya tarde, otro día iria á verse con él en Caxamalca. Soto ofreció decir lo que se le mandaba, y preguntó si habia otras órdenes que llevar. — *Iré*, añadió el Inca, *con mi ejército en orden y armado, mas no tengais pena ni miedo por ello.* Habia ya en esto llegado Hernando Pizarro, y dijo á Atahualpa las mismas razones que Hernando de Soto. Advertido el Inca de que aquel que hablaba era hermano del gobernador, alzó los ojos que hasta entonces por representar gravedad los habia tenido bajos, y le dijo: *Que Mazabelica, un capitán suyo en el rio Turicara, le habia avisado de haber muerto á tres castellanos y un caballo, por haber tratado mal á los caciques del contorno*<sup>1</sup>. *Él sin embargo queria ser su amigo, y se iria á ver al otro día con su hermano el general.* A esto replicó arrogantemente el español, que Mazabelica mentia, porque todos los indios de aquel valle eran como mugeres, bastando un solo

<sup>1</sup> De este Mazabelica nada dice Herrera en su relacion anterior. Gomara le mienta como gefe de uno de los distritos por donde pasaron los españoles en su viaje, y como despreciador de ellos en las noticias que daba al Inca.

caballo para toda la tierra, como lo conoceria cuando los viese pelear: añadió que el gobernador era muy su amigo y le ofrecia su ayuda contra cualquiera á quien quisiese hacer guerra. *Cuatro jornadas de aquí*, repuso el Inca, *hay unos indios muy bravos, con quienes yo no puedo, y allí podeis ir á ayudar á los míos. Diez de á caballo enviará el gobernador*, contestó Hernando, *y estos bastarán: tus indios no son necesarios sino para buscar á los que se escondan.* Sonrióse Atahualpa, porque ignorante todavía de las fuerzas y armas castellanas, las razones que oía debieron parecerle baladronadas pueriles.

En esto se presentaron unas cuantas mugeres con vasos de oro en sus manos en que traían la chicha ó vino que ellos hacían del maiz, y por orden del Inca les ofrecieron de beber. Rehusábanlo los castellanos por su repugnancia á aquel brebaje; pero al fin importunados y por no parecer descorteses, lo aceptaron. Y como si quisiesen pagar un agasajo con otro, advirtiendo que el Inca no apartaba los ojos del caballo de Hernando de Soto, este capitán saltó en él, y empezó á escaramucear y á revolverle y corvetear de una parte á otra, haciéndole échar mucha espuma. Mirábalo Atahualpa con atención y maravilla; pero sin mostrar espanto ni recelo alguno, aun cuando Soto acercó alguna vez tanto el caballo que con el resuello le hizo mover los hilos de la borla: y aun se dice que reprendió y castigó á algunos de los suyos, porque se dejaron vencer del temor del animal y huyeron al acercarse á ellos. Despidiéronse, en fin, los

embajadores con el encargo de decir á su general que el Inca iria otro dia á visitarle, y que entretanto se aposentase con su gente en tres de los salones grandes que habia en la plaza, dejando el de en medio para él. Vueltos á Caxamalca dieron cuenta de su comision, ponderando la magestad y entereza del Inca y las fuerzas de su ejército, que á su parecer subiria á mas de treinta mil hombres de guerra. Esto empezó á amedrentar á muchos de los soldados, considerando que eran cerca de doscientos para cada castellano. Pero su general, menos receloso de aquella fuerza aparente, que contento de que el Inca se viniese tan incautamente á poner en sus manos, les dijo que no tuviesen recelo de aquella muchedumbre, la cual en vez de servir á los indios de provecho, iba á ser su perdicion, y que si ellos fuesen hombres como hasta allí lo habian sido, él les aseguraba una felicísima victoria.

Al dia siguiente Atahualpa, despues de avisar al general español que ya iba á verificar su visita, advirtiéndole que á ejemplo de los castellanos que habian ido armados á su real, él tambien llevaria armada su gente, dió la señal de marchar y el ejército se puso en movimiento con direccion á Caxamalca. Iba formado en tres cuerpos, segun las diferentes armas que cada uno de ellos traia. Uno como de doce mil hombres era el delantero, armados de ondas los unos, y otros de pequeñas mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas. Detrás de ellos otro como de cinco mil, que llevaban astas largas llamadas *aillos*, armadas de lazos corredizos, que

solian servirles para enredar y coger á los hombres y las fieras. El último á retaguardia era el cuerpo de los lanceros, con quienes iban los indios de servicio y el sin número de mugeres que seguian el campo. En el centro se veia al Inca sentado en sus andas tachonadas de oro y guarnecidas de vistosas plumas, y llevado en hombros de los indios mas principales. Su asiento era un tablon de oro, y encima de él un cojin de lana exquisita sembrada de piedras preciosas. Toda esta riqueza, sin embargo, y todo este aparato no daban tanta dignidad y decoro á su persona como la borla encarnada que le caia sobre la frente y le cubria las cejas y las sienas, insignia augusta de los sucesores del Sol, venerada y adorada de aquel inmenso gentío. Trecentos hombres marchaban delante de las andas limpiando el camino de piedras, pajas, y cualquiera estorbo que hubiese. Iban formados los orejones á los lados del monarca, y con ellos algunos indios principales llevados tambien en andas y en hamacas para ostentacion de grandeza. La marcha presentaba un orden concertado al son de las bocinas y atambores, como si fuera una procesion religiosa, y tan despacio andaba, que tardó cuatro horas en la legua que mediaba entre el real y Caxamalca.

Caía ya la tarde, y Pizarro viendo á los indios hacer alto á un cuarto de legua del pueblo, y que empezaban á plantar sus toldos como para acampar allí, temió perder el lance que ya tenia preparado, y envió á rogar al Inca que apresurase su marcha y le viniese á ver antes que llegase la noche. Condescendió Atahualpa

con su ruego, y le contestó que allá iba al instante, y tambien que iba sin armas. Con efecto, dejando en aquel punto todo el grueso de su gente, y tomando consigo como unos cinco á seis mil indios de los de la vanguardia, continuó su camino para entrar en el pueblo, siguiéndole tambien en gran parte los mismos señores principales que le habian acompañado hasta allí. Entretanto el caudillo español daba las últimas órdenes á sus capitanes, y acababa de tomar las disposiciones necesarias para conseguir sus intentos con el menor riesgo posible. Mandó que estuviesen escondidos infantes y caballos en los aposentamientos de en medio: colocó en una eminencia que habia á un lado los mosquetes, al mando de Pedro de Candia, y unos pocos arcabuceros en una torrecilla de una de las casas que dominaba el terreno. Los caballos guarnecidos con pretales de cascabeles para que hiciesen mas ruido, fueron divididos en tres bandas de á veinte cada una, al mando de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastian de Belalcazar. Pizarro tomó consigo veinte rodeleros, hombres robustos y valientes á toda prueba, los cuales debian seguirle y ayudarle donde quiera que se dirigiese. A todos se encargó silencio y sosiego hasta que él diese á la artillería la señal de disparar, y con sus veinte esforzados arremetió á las casas, y á la vista de la puerta, se puso á esperar á Atahualpa.

Empezan, en fin, á entrar los indios en la plaza, ordenanse en ella segun su costumbre, y en medio de ellos el Inca, se pone en pie sobre

sus andas, como registrando el sitio y buscando con la vista á los extrangeros á quienes venia á encontrar. En esto se le presenta con un intérprete el dominicano Valverde, enviado por el gobernador, á hacerle las intimaciones y requerimientos de estilo <sup>1</sup>. Llevaba en una mano una cruz, en la otra la Biblia. Puesto delante del monarca peruano le hizo reverencia, y le santiguó con la cruz, y despues le dijo: que él era sacerdote de Dios, cuyo oficio era predicar y enseñar las cosas que Dios habia puesto en aquel libro, y le mostró la Biblia que llevaba: añadió, segun se dice, alguna cosa de los misterios de la fe cristiana, de la donacion de aquellas regiones hecha por el papa á los reyes de Castilla, y de la obligacion en que el Inca estaba de ponerse á su obediencia; y concluyó diciendo que el gobernador era su amigo, que queria la paz con él y se la ofrecia con la misma voluntad que hasta allí lo habia hecho. Él

<sup>1</sup> El P. Remesal en su Historia de Chiapa dice que \*fué poco afortunado este fraile en escribirse sus sucesos por personas poco afectas á la religion dominicana y á la persona del mismo Valverde, para echarle la culpa, que no tuvo, de la prision del Inca, por las voces que suponen dió quando Atahualpa arrojó la Biblia en el suelo: como si, aunque hubiera dicho que creía en Dios como San Pedro y San Pablo, dejara de hacer lo que hizo quien antes de enviarle tenia apercibida la gente y á punto los arcabuces y mosquetes para lo que sucedió despues.\* — Es probable que la suerte del Inca no hubiera sido otra de la que fué, aunque el mismo Bartolomé de las Casas fuera de Capellan en la expedicion; pero Remesal debiera probar con documentos fidedignos la verdadera conducta de su fraile, el cual, aun por las relaciones antiguas que menos le cargan, y son las que se siguen en el texto, queda siempre con bastante culpa de lo que acaeció con el Inca. Vease la Historia de Chiapa, lib. IX, cap. 7.

como sacerdote se lo aconsejaba también, pues Dios se ofendía mucho de la guerra, y que entrase á ver al gobernador en su aposento, donde le esperaba para conferenciar con él sobre todos aquellos puntos. Dicho esto presentóle la Biblia, que el Inca tomó en sus manos y volvió algunas hojas, y la arrojó al fin al suelo con muestras de impaciencia y de enojo. Ni el libro, ni en gran parte las palabras del religioso podían en manera alguna ser inteligibles para él, por bien interpretadas que fuesen, lo cual es muy de dudar. Pero lo que sí entendió perfectamente bien, fué lo que se le decía de las intenciones pacíficas de aquellos extrangeros, pues al tiempo de arrojar el libro: *Bien sé, dijo, lo que habeis hecho por ese camino, y como habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohios.* Quiso disculpar el religioso á los suyos echando la culpa á los indios: pero él insistió en su reclamacion, afirmando en que habían de restituir cuanto habían tomado. Entonces Valverde, cobrado su libro, se fué para el gobernador á darle cuenta del mal suceso de su conferencia. Las antiguas memorias varían sobre las razones con que lo hizo; pero todas convienen en que no dejaban tregua al ataque, ni lugar al disimulo. Al mismo tiempo el Inca se volvió á poner en pie y habló á los suyos, de que resultó entre ellos ruido sordo y movimiento, que probablemente fué la causa inmediata de precipitarse la accion, tomando aquel aspecto atroz y espantoso con que ha pasado á los siglos posteriores.

Hace entonces Pizarro la señal, y al instan-

te Pedro de Candia dispara sus mosquetes, los arcabuces le responden, las cajas y trompetas comienzan á sonar, los caballos se arrojan furiosos y embisten por tres partes á aquel mullon de hombres desnudos, y los infantes los siguen haciendo todo cuanto estrago pueden con las lanzas, con las ballestas, con las espadas. Al estruendo tan espantoso y terrible como imprevisto y repentino de armas, hombres y caballos, parecia venirse abajo el cielo, la tierra temblaba, y no quedó entre los indios ni hombre seguro, ni valor en pie. Todos desparvoridos y atónitos, ó recibian pasmados la muerte sin osar moverse, ó buscaban azorados salida para huir, y no encontraban por donde. Tomadas las puertas, alta la muralla, y ellos confusos y perdidos, se estorbaban y se ahogaban, mientras que los castellanos los berian y mataban á su salvo. No puede en modo alguno darse el nombre de batalla á esta carnicería cruel. Ovejas alanceadas en redil quizá hicieran mas resistencia que la que aquellos infelices opusieron á sus encarnizados enemigos. Tal fué la agonía, en fin, tal la fuerza con que los unos se apiñaron sobre los otros, que la pared no pudo resistir al empuje, y reventó por un lado, abriéndose un portillo que concedió ancha puerta á su fuga. Por allí salieron, y tambien los castellanos que los fueron siguiendo, hasta que la noche y una lluvia que sobrevino puso fin al alcance. La confusion y el estrago fueron mayores hácia la parte donde estaba el Inca. Pizarro con sus veinte rodeleros acometió por aquel lado con intento de apoderarse á toda

costa de la persona del príncipe; bien persuadido de que en esto consistia todo el buen éxito de aquel lance. Allí no se pensó en huir sino en sostener al Inca en las andas á toda costa: herian y mataban, pero derribado uno, entraba otro al instante á suplirle, con un ánimo y un denuedo que admiraba á los españoles y los cansaba tambien. Es de maravillar ciertamente que aquellos infelices supiesen morir con tal brio, y no acertasen ni á defenderse ni á herir. Cuando Pizarro vió que algunos de sus compañeros dejándolo de herir en los indios se acercaban á las andas, dió voces diciendo que no le matasen, sino que le prendiesen: él mismo hizo entonces un esfuerzo para apoderarse de su presa, y llegado á las andas asió con mano vigorosa de la ropa del Inca y le hizo venir al suelo. Esto terminó la accion, porque los indios no teniendo ya á quien guardar ni respetar, se desparramaron y desaparecieron del todo: Dos mil de ellos fueron muertos, sin que de los castellanos pereciese ninguno, ni aun fuese herido tampoco, sino es Pizarro que recibió una ligera herida en la mano, que un castellano le hizo sin querer al tiempo de extender el brazo para coger á Atahualpa.

El príncipe prisionero fué tratado al prínci-

Para la narracion de esta jornada he tenido presente, además de las relaciones conocidas, una carta de Hernando Pizarro á los oidores de Santo Domingo, en que se cuentan todos los sucesos de esta época; y en todo lo que me parecia dudoso he seguido su testimonio como el mas sensato y el mas autorizado. Este monumento, precioso á todas luces, é inédito hasta ahora, va impreso al fin en el apéndice V.

pio por sus vencedores con todo el miramiento y respeto que á su dignidad se debía. A la fama de que estaba vivo y sin lesion, esparcida de propósito por los españoles, fueron acudiendo muchos indios, dícese que hasta en número de cinco mil, á consolarle y servirle. Y como en el reconocimiento que se hizo del campamento indio al dia siguiente de la accion, entre el riquísimo despojo de alhajas de oro y plata, y tejidos de lana y algodón finísimos, se hallasen tambien muchas mugeres principales, bastantes de la sangre real, y algunas Mamaconas, ó sean vírgenes consagradas al Sol; llevadas tambien á Caxamalca, y aplicadas al servicio y asistencia de su príncipe, le componian una especie de corte que, en cuanto podia conciliarse con su cautiverio, no desdecia absolutamente de su magestad y dignidad antigua. Ayudaba á ello tambien la cortesía y respeto con que el gobernador le trataba. Él le alentó y consoló, haciéndole las reflexiones propias de su desgracia y situacion; se ofreció á servirle conforme á su grandeza; le dijo que si sabia que alguna de sus mugeres estuviese en poder de algun español, se la mandaria buscar y restituir, y que le avisase de cuanto fuese su voluntad, pues en todo se cumpliría segun su deseo. El Inca se mostró agradecido á estos ofrecimientos de Pizarro, y con sus modales, semblante y procedimientos desde que se vió en poder de los españoles, no desmereció jamás aquel trato reverente y respetuoso, ni desdijo un punto de la gravedad y decoro que su carácter le prescribia, diciendo frecuentemente, cuando se trataba de su des-

gracia, y veía gemir y sollozar á los suyos, que no debían extrañar lo que le sucedía, pues era uso de guerra vencer y ser vencido.

La codicia, tan poco disimulada de los españoles en aquellas regiones, le dió al instante esperanzas de libertad, y á pocos dias de estar preso empezó á tratar de su rescate con sus vendedores. Ofrecióles al principio que les cubriría con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso; y como ellos lo tomasen á burla, y se riesen de la oferta como de cosa imposible, se levantó en pie, y alzando la mano cuanto pudo hizo una señal en la pared, y dijo resueltamente, que no solo cubriría el suelo, sino que le benchiría tambien hasta allí. Venía á tener el aposento veinte y dos pies de largo, y diez y seis de ancho, y la altura á que el Inca hizo su señal era de mas de tres varas. Entonces el gobernador, viendo que no era de despreciar el tesoro inmenso que se le ponía delante, y creyendo que era preciso contentar, aunque fuese solo en apariencia, las esperanzas del Inca para apoderarse de aquella riqueza, le dió su palabra con la firmeza que Atahualpa quiso, de que le dejaria libre en el momento que él cumpliese lo que acababa de ofrecer. Dada y tomada esta fe por los unos y por los otros<sup>1</sup>, echóse una raya roja en toda

<sup>1</sup> Herrera dice positivamente que Pizarro dió su palabra con propósito de no cumplirla. Pareceme que no sería esta una de las imputaciones menos negras con que ha sido manchada la memoria de aquel conquistador. Pero, sin hacer de sus prendas morales mas aprecio del que ellas merezcan, podría lavársele de este exceso de perfidia, y decirse que su

la pared del aposento á la altura que el Inca señaló; y al instante envió mensageros á los principales pueblos de sus estados mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y en sus palacios se enviase al instante á Caxamalca para el rescate de su principe. A este mandato añadió otro no menos esencial, que fué el de que no se tratase de mover guerra á los castellanos con los cuales no le convenia sino la paz, y que en todas partes fuesen obedecidos y respetados como él mismo.

Puede venirse en conocimiento del estado en que se hallaba la subordinacion y policía del país, y de la manera con que las órdenes de los Incas eran cumplidas, con el caso de los tres españoles, que á ruegos del Inca fueron enviados al Cuzco para ordenar y activar la remision de aquellos tesoros. Pizarro accedió á ello con el doble objeto de que aquel negocio particular se llevase adelante, y de ser exacta y cumplidamente informado de las cosas de la capital. Nombró con este fin tres soldados particulares, que fueron Pedro Moguer, Francisco Martinez de Zárate, y Martin Bueno; los cuales llevados en hombros de indios, reclinados en hamacas, anduvieron las doscientas leguas que hay de Caxamalca al Cuzco, no solo sin peligro, pero seguidos del respeto y reverencia de todo el país, y regalados y agasajados con todo lo mas rico y lisonjero de la tierra: ellos se dice que iban

codicia satisfecha con las ofertas del Inca, le hizo entonces ofrecer de buena fe, lo que despues ó no quiso, ó no pudo cumplir. Herrera quiere á toda costa hacer de Pizarro un gran político, aunque sea á costa de hacerle mas malo.

admirados de la buena razon de los indios, del buen orden que tenían puesto en sus casas, del aseó, comodidad y abundancia de sus caminos. Llegaron á la ciudad, y debió sin duda acrecentárseles la admiracion con el arreglo que hallaban en ella, con la riqueza de sus templos, y con la policia de sus artes. Los agasajos, los aplausos y los respetos fueron mayores allí: creíanlos seres superiores á ellos, hijos de la divinidad, venidos para remediar los males que sufría entonces el Estado. Las vírgenes del templo los servian, humillábanseles los sacerdotes, y todos los demás los adoraban. Y ¿cómo correspondieron estos insensatos á aquella buena fe, á aquella benevolencia, á tan alta estimacion? ¿De qué manera supieron conservar este concepto y buen nombre, en que tanto iba á su nacion y á ellos mismos? Mofándose con risa y escarnio de las reverencias que aquella simple gente les hacia, sacrificando á su desenfrenada lujuria el pudor de las vírgenes que los asistían, echando mano á cuanto su codicia anhelaba, cometiendo toda clase de sacrilegio en los templos, de indecencia y groseria delante de los hombres, dieron á entender fácilmente á los indios que, en vez de ser hijos de Dios, eran una nueva plaga que para su daño les enviaba el cielo. Dudaron si los matarian: el respeto de Atahualpa los detuvo; pero procuraron aligerar cuanto antes la remesa del oro que se les pedía, y con él los despacharon á Caxamalca, y así se libraron de ellos. A vista de tan insigne ejemplar, acaso singular en la historia, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la temeri-

dad, si la insolencia, ó si la groseria, se podría preguntar cuáles eran los bárbaros aquí, si los europeos ó los indios, y la respuesta no es dudosa. Cúlpase mucho á Pizarro por esta desatinada eleccion que comprometia en tanto grado los intereses y el honor de la nacion castellana en aquellas regiones; y á menos que lo hiciese ó por la confianza que tenia de estos hombres para la comision que llevaban, ó por estar mas diestros en el lenguaje del pais, ó en fin, por cualquier otra causa particular que ahora se nos oculta; la acusacion queda sin réplica, y es otro cargo que la posteridad tiene que hacer á su memoria <sup>1</sup>.

De cualquiera modo que fuese cometido aquel yerro, el resultado inmediato que tuvo fué el de ocultar los indios en el Cuzco cuanto oro pudieron en odio de los castellanos, y hacer lo mismo despues en Pachacamac. El templo de este nombre era el mas rico de todo el Perú, y la codicia de adquirirlo, y el rece-

<sup>1</sup> Debe tenerse presente que Gomara dice que fueron nombrados para esta comision, ó, por mejor decir, se ofrecieron á ella, Hernando de Soto y Pedro de Barco, y que estos se encontraron en el camino con el Inca Huascar, á quien traían preso los generales de Atahualpa, y que habiéndoles pedido que le tomasen ellos consigo, y le llevasen á Pizarro, ellos se excusaron con su comision &c. Con él conviene Zárate; pero Estéte habla de tres enviados al Cuzco, sin decir sus nombres: Hernando Pizarro en su carta está conforme con él; Pedro Sancho en su relacion supone á Hernando de Soto en Caxamalca, mientras los tres emisarios castellanos estan en el Cuzco. Es preciso, pues, seguir á Herrera, aunque con el sentimiento de tener que repetir los desórdenes que cuenta. La comision, por otra parte, encargada á Hernando de Soto fuera desempeñada mejor.

lo de que se dispase con las disensiones civiles que habia en el imperio, movieron á Pizarro á pedirsele á Atahualpa. Vino él en ello, pero con la condicion de que el tesoro que de allí se trajese debía entrar á llenar su cupo en la estancia del rescate. Tomado este asiento, el gobernador nombró á su hermano Hernando para que, acompañado de veinte hombres de á caballo y doce escopeteros, fuese á cogerlo, y al mismo tiempo á reconocer la tierra, y saber si eran ciertas las reuniones y asonadas de guerra que se contaban de los indios. Salió con efecto aquel capitán á principios del año de 1533, y en las cien leguas que anduvo desde Caxamalca á Pachacamac, no encontró mas que indios pacíficos y tranquilos, ó bien los que cumpliendo las órdenes del Inca iban cargados de oro y plata á Caxamalca. Mas antes de que estos españoles llegasen á Pachacamac, ya les habia precedido allí la noticia de las demasías y escándalos cometidos en el Cuzco; y los sacerdotes del templo, no queriendo dar lugar á semejantes desórdenes, ni á que se despojase de sus riquezas aquel antiguo y venerado santuario, sacaron de él y escondieron todo el oro y plata que les fué posible. No contentos con esto, apartaron tambien de allí las vírgenes del Sol para no exponerlas á la desenfrenada lujuria de aquellos insolentes extrangeros. Por manera que, cuando Hernando Pizarro llegó, ya el templo estaba despojado de sus mejores preseas. No fueron tan pocas, sin embargo, las que no pudieron alzarse, que con ellas y los presentes que le hicieron los caciques comarcanos, no trajese á Caxamal-

5 de  
Enero de  
1533

ca veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Tanta riqueza podia contentar á la codicia: pero todavía los castellanos pudieron complacerse mas de ver venir con él al guerrero Chaliquichiamá, el primero de los generales de Atahualpa, y por su valor, su capacidad, su crédito y sus servicios, la segunda persona del imperio. Hallábase en Xauxa al frente de unos veinte y cinco mil hombres de guerra, cuando Hernando Pizarro llegó á Pachacamac. Sus intenciones eran dudosas, y el capitán español conoció al instante la importancia de reducir á la obediencia á un hombre de tanta autoridad, y la necesidad de tenerle siempre á la vista para quitar toda ocasion de inquietudes y novedades. Fiado, pues, en las disposiciones pacíficas tomadas por el Inca, y todavía mas en su arrojo y su valor, avanzó con su pequeño escuadron otras cuarenta leguas mas para avistarse y conferenciar con él. El indio receló al principio y estuvo dando largas por algunos dias. Mas tales fueron las artes de Hernando Pizarro, tales las palabras y seguridades que le dió, que Chaliquichiamá al fin se vino á juntar con él, trayendo consigo algunas cargas de oro que habia juntado para venir á Caxamalca. Llevado en andas, seguido de indios principales, atentos á sus órdenes; en el séquito y cortejo que traía, y en la ostentacion y riqueza que llevaba, se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía. Pero este soberbio sátrapa luego que llegó á las puertas donde estaba preso el Inca, no entró por ellas sin des-

calzarse primero los pies, y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio, costumbre usada en el país en demostracion de sumision y respeto. Y cuando, en fin, estuvo en presencia de Atahualpa, alzó las manos al Sol como en accion de gracias de dejarle ver á su príncipe: llegóse á él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los pies, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, exclamaba, no aconteciera á su señor, á hallarse entonces él en Caxamalca. Notaban los españoles con extrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personage tan principal, y en situacion como aquella, y se admiraban todavía mas de ver á Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada, recibia magestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un Dios.

Antes de que Hernando llegase, vinieron dos sucesos á alterar considerablemente la situacion en que el Inca y los castellanos se hallaban, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino á terminar. La una fué la muerte del Inca Huascar á quien los generales de Atahualpa, despues de vencido, enviaron vivo á su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venia, á poco tiempo de su rota y prision en Caxamalca, y dícese que no pudo menos de reirse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo dia le hacia vencido y vencedor, prendedor y prisionero. Mas viniendo despues á considerar lo que debia hacer en

este caso, y temiendo que si Huascar era traído á los españoles, podia mejorar su partido haciéndoles todavía ofertas mas grandes que las suyas, y tal vez contribuir á completar su destruccion con la ventaja que le daban su legitimidad, su juventud y su misma inexperiencia, determinó quitar de enmedio este estorbo, y sacrificar la naturaleza á la política, mandando que le diesen muerte. Mas antes de ponerlo por obra quiso, segun se dice, experimentar con qué ánimo tomaria Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y afliccion, y preguntándole la causa respondió, que sus capitanes, despues de haber vencido y preso á su hermano, le habian muerto sin conocimiento suyo, luego que habian sabido que él estaba prisionero: lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulos en el imperio, siempre eran hermanos. El gobernador le consoló diciendo, que aquellos eran trances de fortuna á que estaban sujetos los acontecimientos de guerra; y no hizo mas demostracion de imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias á la suerte que le libraba así de uno de sus enemigos, por la mano misma del que tenia en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia, envió la órden cruel, y el desdichado Huascar implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose á gritos de la iniquidad de su hermano, y votándole á la venganza y castigo de los españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el rio de Andamarca, y echado la corriente abajo, para que su cada-

ver no fuese encontrado ni sepultado. Manera de muerte muy cruel, pues según la superstición de aquellas gentes, eran destinados á condenación y pena eterna los ahogados y quemados que no recibían sepultura. Este príncipe, que apenas tenía veinte y cinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal, y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin experiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerse contra su émulo, mas activo, mas valiente, mas capaz, y asistido de los mejores soldados y generales del estado. La victoria estuvo por Atahualpa: mas por quien estaba la razón y la justicia, no es fácil decidirlo ahora, si bien los españoles entonces, todos á boca llena, se la daban al príncipe del Cuzco. Así era natural que lo hiciesen los que poco despues pusieron esta muerte como cargo capital en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir mas en esta cuestión, ya por lo menos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron, y la ruina total del imperio y religion peruana, fueron el fruto amargo de sus funestas querellas, y del error cometido por su padre en la particion de la Monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fué la llegada del capitán Almagro al Perú, y su pronta venida á Caxamalca. Venia ya condecorado por el Rey con el título de mariscal, y traía cuatro navíos y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales excelentes que venian de Nicaragua con Francisco de Godoy á

servir en el Perú, y se pusieron á las órdenes de Almagro en el camino. Parecía ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apenas Almagro llegó á San Miguel y se puso en comunicacion con el gobernador, cuando á éste se dijo que su amigo con mas fuerza y poderío tenía á menos juntarse con él, y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por sí solo. A Almagro querían persuadir que el gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducian á que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez á lo menos supieron uno y otro corresponder á su dignidad y á sus mutuas obligaciones. Pizarro envió mensajeros á su amigo, dándole el parabien de su venida, y rogándole que se apresurase con los caballeros que le acompañaban á venir á juntarse con él, y á participar de su buena fortuna. Almagro, enterado de que el origen de aquellos schismes venia de una falsa relacion enviada por un Rodrigo Perez, escribano de oficio, y que le servia de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo, y le mandó ahorcar por su mala fe y alevosía. Dichosos los dos, si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolucion! Hecho esto, Almagro con sus soldados se puso en marcha para Caxamalca, á donde llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino, antes bien toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los indios. Salíó á recibirle el gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad antigua, entraron en la ciudad,

14 de  
Abril  
de 1533.

donde al instante el mariscal pasó á hacer reverencia al Inca, y como á ponerse á sus órdenes. Él aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que á los demas castellanos. Todo se presentaba allí entonces con aspecto tranquilo y agradable á los españoles y al príncipe prisionero: reinaba entre ellos la confianza, y reinaba también la alegría: él tenía la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderío y la opulencia.

25 de  
Mayo de  
1533.

Llegó de allí á poco Hernando Pizarro con las riquezas del templo de Pachacamac, y con el general peruano. Saliéronlos á recibir el gobernador y los principales capitanes del ejército, mas á la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda á su aversion antigua, llegando á tanto la demostracion de su disgusto, que ni le cumplimentó, ni le saludó tampoco. Pesó á todos de esta grosería, y mas al gobernador que le reprendió de ella cuando estuvieron solos; y en seguida pasaron á la estancia del mariscal, y excusándose el recién venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fé y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entonces desvanecido, á lo menos en apariencia. Incidentes pequeños á la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el carácter moral de los personajes históricos. En la narracion presente todavía son mas indispensables: pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman despues el grande incendio en

que vienen á ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Segun llegaban las cargas del rescate á Caxamalca, se iban poniendo en un sitio señalado á este fin, y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y por consiguiente hacia poco bulto á los ojos de los codiciosos castellanos. Impacientábanse ellos de ver que tanto tardaba la reunion del tesoro prometido; y temian que se les desvaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasía. Alguna vez echando al Inca la culpa de la tardanza, y sospechando que esto lo hacia para dar lugar á que se alborotasen las provincias y los castellanos fuesen destruidos antes de recibir su rescate, proponian que se le diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenia: peligro de que entonces salvaron á Atahualpa los respetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre á que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores á la parte de aquel rico botín; y tambien los oficiales reales, que dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro á Caxamalca, para entender en las atenciones de sus encargos respectivos, y hallarse presentes á la reparticion de los despojos. Mas cuando los castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados á los que allí habia, el monton se agrandó, haciéndose de repente mayor que su

codicia, entonces á la impaciencia que antes tenían porque se llegase á reunir, sucedió otra impaciencia mas viva, que fué la de disfrutar. Y aunque segun toda apariencia no estuviese lleno aun el cupo prometido por el Inca, empezaron á pedir á voces que se repartiase al instante <sup>1</sup>. Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en gefes y en soldados, y á todos estaria bien. Mas antes era preciso allanar la dificultad que ofrecian las pretensiones de los de Almagro, que querian entrar á la particion como los que habian venido primero, y desbaratado al Inca en Caxamalca. Para la igualdad no habia razon, mas dejarlos tambien sin nada era poco cortés y aun peligroso. Habido pues su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del monton cien mil ducados para los de Almagro, con lo cual se dieron por contentos, y se procedió sin estorbos á la distribucion.

17 de junio de 1533. Ejecutóse esta con la mayor solemnidad. Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenia por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen segun los servicios y merecimientos de cada uno, á juicio del mismo gobernador; y pidiendo for-

<sup>1</sup> Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se extendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: *Llegado el tesoro del rescate del Inca*, etc.: Gomara asegura mas positivamente que los españoles dieron priesa á que se repartiase antes de que se acabase de juntar, por temor de que los indios se lo quitasen, ó cargasen mas españoles antes de distribuirlo y hubiese que partir con ellos.

malmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio á la operacion. Pesóse el oro y la plata que resultaban despues de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quintos reales, el importe de un donativo que ademas se hizo al Rey, la joya que llamaban del escaño, con otras que por su hechura ó por su singularidad se querian presentar enteras en la corte, los cien mil ducados de los Almagristas, y los derechos del quilatador, fundidor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el general, capitanes y soldados, segun sus méritos y graduacion respectiva, ó segun las condiciones que cada cual habia ajustado en su contrata. Por lo mismo las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuando hacen esta regulacion, en la cual tambien difieren mucho entre sí. Pero de la acta judicial de repartimiento que va puesta á la letra en el apéndice <sup>1</sup>, se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de á caballo fué, generalmente hablando, de cerca de nueve mil pesos en oro y sobre trescientos marcos en plata, y la de cada infante con corta diferencia la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron á proporcion: la parte de Pizarro subió á cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata, sin contar el tablon de oro de las andas del Inca, que como general se adjudicó, valuado en veinte y cinco mil pesos. Botin pro-

<sup>1</sup> Véase el apéndice VI.

digioso, y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplos en la historia de estas correrías ó latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad y á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecian; porque de todo esto habian hecho muestra en el grado mas alto; no ciertamente contra los hombres que poca ó ninguna resistencia les podian oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas mas crueles. Pero la opinion humana justamente guiada por la razon y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia, cuando es hija de la aplicacion, del talento y de la industria; ha marcado con el sello de su reprobacion eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.

Pizarro habia cumplido á sus compañeros la palabra que les habia dado de hacerles mas ricos que lo que ellos acertasen á desear. Faltábale hacerlo ver en América, y hacerlo ver en España. Para esto determinó enviar á su hermano

I A la verdad, esta adquisicion de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho mas ricos, á lo menos á los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habian de satisfacer. Una mano de papel valia diez pesos: unos borcegnies treinta: una capa negra ciento: un caballo, tres, cuatro, y á veces cinco mil ducados. Los mercaderes solian comprar el oro de veinte quilates á catorce, el de catorce á siete: la plata valia tambien á este tenor: por manera que, los poseedores de riquezas tan grandes, apenas podian adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la mas mediana fortuna.

Hernando Pizarro para que llevase los quintos del Rey y el donativo que el ejército le habia hecho, con la relacion de todo lo sucedido, y del estado en que las cosas se hallaban. Iba tambien con el encargo de pedir para el gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió tambien al Rey representándole sus servicios, y pidiendo en merced que se le diese la gobernacion de la tierra que estuviese mas adelante de la del gobernador Pizarro, con el título de Adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuracion de este negocio á Hernando Pizarro: pero no confiando mucho ni en su buena voluntad, ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto á sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa que se venian á España, para que ayudasen á sus pretensiones, en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse á su patria á disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les habia proporcionado la fortuna. Llegaron á Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron á Sevilla, y como eran tan altos los quintos del Rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvian, y tan crecidas las remesas que enviaban á sus familias los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratacion de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo. Distribuidos los tesoros del Inca, parecia

llegado el caso de determinar acerca de su persona. Pedia él que se le pudiese en libertad, pues por su parte estaba cumplido lo que prometido había. Mas otros eran por cierto los pensamientos de su artificioso y duro vencedor. No hay duda que la situación en que estaban los españoles, y en el supuesto de estar decretada irrevocablemente la destrucción de aquel imperio, cualquiera partido que se tomase con Atahualpa, estaba expuesto á inconvenientes muy graves. Darle libertad era impolítico, mantenerle en prisión embarazoso, quitarle la vida cruel, y sobremanera injusto. Cuando por su culpa ó por la ajena los ambiciosos se ven metidos en estos atolladeros, siempre se abren camino á toda costa, aunque sea pasando por encima de la humanidad y de la justicia. Pizarro lo hizo así entonces; y si ya mucho antes no tenía en su corazón condeuado á muerte al Inca, sin duda lo determinó cuando, satisfecha la pasión primera que era la de adquirir, pudo dar oído solamente á las sugerencias de la ambición. Por desgracia el mismo Atahualpa le había dado el ejemplo, y allanado el camino, dejándole con el sacrificio de Huascar sola una víctima para llevar á su cima la empresa en que estaba empeñado. Esta resolución fué al principio secreta, y nadie llegó á entenderla hasta después. Entretanto, para dar alguna disculpa al hecho y hacerlo menos odioso, empezaron á correr noticias de sediciones, de movimientos de indios, de proyectos de sus generales para salvar al prisionero. Daban calor á estos rumores los indios de servicio ó yanacunas, los cuales, co-

mo la clase mas perjudicada en el Estado, tenían odio á las demas, y solo veían su restauración futura en el trastorno del imperio y destrucción de sus gerarquías. Dobláronse las guardias al Inca, y fué preso el general Chialiquichiana como fautor de estas inquietudes, y á pesar de la firmeza y sinceridad con que negaba los cargos y demostraba su falsedad, sin duda fuera quemado entonces por voluntad del gobernador, si no lo estorbára Hernando Pizarro, que aun no había partido para España. Crecían las sospechas de guerra y la fama de los alborotos: los soldados de Almagro activaban la pérdida del príncipe peruano, porque pensaban que mientras viviese no estaban con los de Pizarro en aquella igualdad que apetecían, y anhelaban por ir á buscar nuevas tierras y tesoros nuevos. Los oficiales reales la instaban tambien de puro miedo, en el concepto de que la muerte de Atahualpa llenaría de temor á los indios, y allanaría todas las cosas: entre ellos el mas caviloso, el mas inquieto, y el mas cruel de todos Alonso Riquelme el tesorero, que con sus continuas y vehementes gestiones, ayudadas de la autoridad de su oficio, no parecía que lo pedía, sino que lo mandaba.

No deseaba otra cosa el gobernador, como quien ponía todo su artificio entonces en suponerse forzado á lo mismo que estaba en su interés, y por consiguiente en su deseo. Y como los agresores quierán siempre tener una apariencia de justicia aun para los mismos á quienes ofenden; Pizarro, en medio de estos rumores y recelos, entró á ver al Inca, y le dijo que extra-

fiaba mucho que habiendo sido tan bien tratado, y estando bajo la buena fe y confianza en que le tenían los castellanos, él tratase de destruirlos con los ejércitos, que públicamente se decia mandaba venir á Caxamalca. Creyó al principio Atahualpa que se burlaba, y le rogó que no usase de aquellas chanzas con él. Mas viendo despues en el tono y semblante del gobernador la realidad y continuacion del enojo, viendo agravarse las prisiones y doblarse las guardias: *No sé, decia á los españoles, cómo me teneis por hombre de tan poco seso, que teniéndome en vuestro poder y cargado de cadenas, haya de haceros traicion, y mandar que se mueva mi gente contra vosotros, pues al instante que la veais venir, y sepais que viene, podeis cortarme la cabeza. Y estais por cierto bien mal informados del poder que tengo, si recelais que nadie se mueva y venga contra mi voluntad. Si yo no quiero, ni las aves vuelan, ni las hojas de los árboles se menean en mi tierra.* Mas estas reflexiones sacadas del sentido comun mas obvio, y de la razon mas sana, no bastaban á disculparle contra quien estaba resuelto á encontrarle delincuente; y despues de aquella trista conferencia, y de unas demostraciones de rigor tan desusadas antes con él, debió el miserable Inca presentir cuál iba á ser su destino. Así es que, quejándose de Pizarro y de los castellanos, decia que, despues que le habian tomado su tesoro bajo la fe jurada y prometida, trataban contra toda justicia darle la muerte.

Todavía el gobernador quiso dar otra prue-

ba de circunspeccion y detenimiento en negocio tan grave, enviando á Hernando de Soto y á otro capitán con algunos caballos para que reconociesen la parte en donde se decia que estaban los enemigos, y con su aviso proceder á lo que conviniese. Ellos salieron y no encontraron en todo el pais que atravesaron mas que indios de servicio que venian pacíficamente á Caxamalca. Quizá esta comision fué un medio de alejar de allí á Soto, que era el único valedor que quedaba al Inca despues de la ida de Hernando Pizarro; siendo estos dos capitanes los que mejor supieron ganarle la voluntad, y con quien él mas se complacia en sus conversaciones y en sus juegos.

Despues de la salida de Soto se levantó un grande alboroto entre los castellanos, como si los enemigos se acercasen y el peligro se aumentara. Entonces ya pareció todo maduro y dispuesto para procesar á aquel sobre quien no tenían mas jurisdiccion que la fuerza <sup>1</sup>. Imputó-

<sup>1</sup> Dícese que en este proceso el intérprete Felipillo de Poechos torcia las declaraciones de los indios, de modo que el Inca resultase culpable, con el fin de conseguir con su muerte á una de las concubinas del príncipe, de quien estaba perdidamente enamorado.

Algunos autores añaden tambien como motivo muy principal de la muerte del Inca, el odio que le juró Pizarro por el desprecio que le manifestó Atahualpa cuando llegó á entender que no sabia leer. Ni una ni otra especie se hallan en las primeras relaciones, ni tampoco se encuentran en Gomara ni en Herrera. Garcilaso es el primer autor que la refiere, lo hace como de oídas, y sin citar escritor ninguno ó testimonio autentico en que apoyarse. Por lo demas, este cuento y el de Felipillo, parecen inventados y conservados para dar razon de un acontecimiento, que presenta por sí

sele la muerte de Hoascar, y las supuestas tramas contra la seguridad de los españoles; y probados estos cargos á su modo, fué llevada la causa á Fray Vicente Valverde. Este religioso, todavía menos instruido en las formalidades de la justicia, que en las máximas sanas de la predicacion evangélica, aseguró que aquello era suficiente para condenar al Inca, y ofreció que si menester fuese, él firmaria este dictámen. Apoyados con su voto los dos generales, pronunciaron su sentencia, y por ella el desdichado Atahualpa debia ser quemado vivo. Al saberse en el ejército un fallo tan atroz muchos de los españoles protestaron noblemente contra él, y reclamaron los derechos de la justicia, de la equidad y de la gratitud en favor del príncipe prisionero. Indignábanse de que se desluciesen sus hazañas con aquel hecho tan inhumano, y no querian que se echase eternamente tal mancha sobre el nombre y honra española. Nombrron á este fin un protector al Inca, y apelaron formalmente de la sentencia para el Emperador, pidiendo que Atahualpa y su proceso fuesen enviados á España. Los de esta opinion eran muchos, y á su frente estaban los hombres mas distinguidos del ejército. Todo fué en vano; el nombre y la acusacion de traidores con que se les amenazó, los redujo al fin al silencio, la sentencia fué intimada al Inca, y él se dispuso á morir. Quejóse al principio altamente

mismo causas mas probables y positivas. Herrera en esta parte presenta bien el hecho, aunque en el modo de contarlo se advierta bien la circunspeccion penosa con que procede.

de la perfidia que con él se usaba, y acordándose de su familia preguntaba con lágrimas, *¿en qué habia delinquido él, sus mugeres ni sus hijos?* Dado este desahogo indispensable á la naturaleza, se resignó noble y esforzadamente á su fin, y se mandó enterrar en el Quito, donde estaban sepultados sus antepasados por línea materna. Dejaron los ejecutores fenecer el día como si temieran la luz para la consumacion de su crimen, y dos horas despues de anochecido, le sacaron al suplicio, consolándole el P. Valverde en el camino, que sin duda quiso piadosamente asistir por sí mismo al remate de aquella tragedia, á que en algun modo habia dado principio. Persuadiale que se hiciese cristiano y pidiese el bautismo, añadiendo, por ventura para persuadirle mejor, que de este modo no sería entregado al fuego. Entendió bien el pobre moribundo lo que le convenia, y pidió el bautismo, que le fué administrado segun el tiempo y lugar lo permitieron. Hecho esto, el sucesor de Manco-Capac fué entregado en manos de los verdugos, que atándole á un madero, inmediatamente le abogaron.

Tenia entonces treinta años; y segun dice Gomara, que como contemporáneo pudo saberlo de los mismos que le trataron, *era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traído.* La idea que de él han dejado las relaciones antiguas, le es en verdad bien

<sup>1</sup> Gomara pone duda en que le pidiese de buena fe; y Herrera con un *afirman* indica que el hecho debe ir por la fe de otros y no por la suya. Todos convienen en el género de muerte.

favorable, á pesar de los visos de artificio, crueldad, injusticia y tiranía que han querido dar á su carácter. Estas calidades odiosas se avienen mal con las prendas y virtudes que manifestó en el largo tiempo de su prision, y que le ganaron el interés y el afecto de tantos castellanos, que á boca llena, como ya se ha dicho arriba, apellidaban inicua é inhumana la sentencia dada contra él. Se avienen tambien mal con los elogios que en estas mismas relaciones se le dan, donde despues de su muerte apenas se le nombra con otros dictados que los del *gran monarca*, *el buen rey*, y otros de la misma dignidad. Es-

Los historiadores todos se ponen de parte de esta opinion, y son los ecos de los mismos sentimientos que animaban al ejército. Herrera manifiesta bien claro que si la muerte del Inca era disculpable en política, no lo era ni en justicia ni en moral. Gomara, despues de decir que no fué enviado al emperador, como muchos querian que se hiciese, y que fué muerto á instancia de los de Almagro; añade: *na hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus peccados los castigaron despues: ca todos ellos acabaron mal.* Oviedo es todavia mas positivo; en el cap. 14 del lib. 46 de su Historia general copia á la letra la relacion de este acontecimiento hecha por Francisco de Jerez; pero despues en el cap. 22 vuelve á tratar el asunto por sí mismo, y manifiesta á la larga la injusticia y escándalo de semejante proceso y de tan inicuo suplicio. Entre otras cosas dice: *Notorio es que el gobernador le aseguró la vida; y sin que le diese tal seguro, él se le tenía, pues ningún capitán puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe que tiene preso... Y mas adelante: Le levantaron que los queria matar, e todo aquello fué rodeado por malos, e por la inadvertencia e mal consejo del gobernador, e comenzaron á le hacer proceso mal compuesto e peor escrito; seyendo uno de los adalides un inquieto, desahosgado e deshonesto clevisgo, y un escribano falto de conciencia e de mala dabilidad, y otros tales que en la maldad concurren.*

tan finalmente en contradiccion con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nacion peruana; la cual, considerando por ventura reflejadas mas bien en él que en otro ninguno de sus príncipes las grandes prendas del Inca Huayna-Capac, lloraba cifrada en su deplorable muerte la catástrofe de su imperio.

Luego que se divulgó en Caxamalca, las esposas del Inca, las indias que le servian, y toda su familia en general, empezó á herir el aire con sus lamentos, y á invocar al cielo con sus gritos. Las mas queridas salieron desesperadas y frenéticas á enterrarse con él, y como los españoles no se lo permitiesen, se esparcieron por los contornos, y cuál con cordeles, cuál con sus propios cabellos se ahorcaban para seguirle. Satisficieron así algunas de ellas su cariño y su deseo, y otras muchas mas lo hicieran, si Pizarro no atajase aquel furor, mandando á sus soldados que las siguiesen y contuviesen.

El cadáver, enterrado con decencia entre otros cristianos, fué á pocos dias sacado secretamente por los indios, y llevado, segun unos al Quito, y segun otros al Cuzco. Jamás pudo despues saberse de él, aun cuando por codicia de los tesoros que se suponian en su sepulcro, muchos españoles hicieron en uno y otro paraje diligencias exquisitas para encontrarle. Viéronse en las otras provincias del Perú, cuando llegó á ellas la noticia, las mismas demostraciones de fidelidad y adhesion; dándose muerte hombres y mugeres para ir á servir en el otro mundo á su idolatrado Inca. El sentimiento fué general en todo el imperio, y como se sabia en todo él

la constancia y buena fe con que se había conducido en su prisión, y las órdenes positivas y eficaces que había dado prohibiendo tomar las armas en su favor y hacer guerra á los castellanos, comparaban con esta conducta el inicuo modo usado por ellos; y no solo sus amigos y parciales, mas tambien los que no lo eran, levantaban el grito contra los castellanos, y envidiaban la suerte de los Incas anteriores, que no habían alcanzado tiempos tan desastrosos y crueles.

Este fué el último acto con que se consumió la destruccion de aquella gran monarquía. Ya desde la prisión del Inca y dispersion de su ejército, los capitanes que le mandaban se fueron á diversas partes, y ejercieron, segun se dice, mil tiranías y violencias. Perdido el temor á la autoridad, y rota la armonía que reinaba en el Estado, los vínculos que le unían se desataron de golpe y todo se desconcertó, no encontrando los grandes freno á su ambicion, ni los pequeños á su licencia. Los almacenes y propiedades públicas comenzaron á saquearse, las posesiones privadas á invadirse, todo fué confusion y desórden, y la obra de la civilizacion que había costado siglos de sabiduría y perseverancia, se veía destruir por momentos. La religion se perturbó, las costumbres se corrompieron, y hasta las vírgenes del Sol, tan recogidas y veneradas, salieron libremente de sus clausuras, y abandonadas á su albedrío, se hicieron el despojo de los suyos y de los extraños, y la burla y el desprecio de unos y otros <sup>1</sup>. Una mu-

<sup>1</sup> Algunos españoles dicen, que ni eran vírgenes, ni aun

danza y turbacion tan fuerte en aquella arreglada policia y en aquel concierto de leyes divinas y humanas, llenaba entonces de tristeza el corazon de todos los hombres de bien, y de temor para en adelante, pues recelaban que sus males no habían de parar en aquello. Y con efecto, fué así, porque muerto el Inca, los desórdenes, escándalos y usurpaciones crecieron hasta el punto mas lastimoso; las clases, largo tiempo comprimidas, levantándose contra las superiores, ejercieron sus desquites y venganzas; ninguna provincia se entendió con otra, ni apenas hombre con hombre, y falseada la clave de la cúpula que mantenía el edificio, todo él con espantosa ruina vino al suelo.

Esta pronta disolucion del imperio era favorable á los designios del conquistador, que pudo ver en ella abierta mas fácil entrada á la nueva monarquía que se proponía fundar. Mas si la muerte de Atahualpa allanó las dificultades que podían oponer su capacidad, su valor y su poderio, tambien sobrevinieron otras de pronto que debieron poner á los castellanos en justo cuidado y grave pesadumbre. Detúvose al instante el raudal de plata y oro que venía á Caxamalca para el rescate del Inca; el servicio de los indios empezó á entorpecerse; los bastimentos á disminuirse, á eludirse las órdenes, y á amagar los levantamientos y las hostilidades. Si era grande el desprecio de los españoles hacia gentes que á tan poca costa y peligro suyo

castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas costumbres, ect. GOMARA.

habian desbaratado, prendiendo y dando muerte á su rey, el aborrecimiento de los naturales hácia ellos era infinitamente mayor. La tierra era grande, los indios muchos y los castellanos poquísimos. Pareció, pues, á Pizarro necesaria la creacion de un nuevo Inca que fuese su instrumento principal para la obediencia de los indios, y punto central de sus intereses y voluntades, y excusarse las disensiones y guerras que necesariamente de otro modo se habian de acrecentar. Llamó con este objeto á los orejones que allí estaban; hízoles entender que no era su ánimo deshacer su monarquía, y les pidió consejo sobre la persona que contemplaban mas digna de recibir la borla del imperio. Ellos, como hechuras que eran de Atahualpa, le propusieron á un hijo de este príncipe llamado Toparpa. Sus pocos años, y su inexperiencia le hacían muy á propósito para los fines del general español; el cual dió su aprobacion á ello, y el hijo de Atahualpa fué reconocido por rey y coronado con todas las ceremonias acostumbradas en el Cuzco, aunque no con la misma pompa y magestad. Así los bárbaros que ocupaban la Italia en los últimos tiempos del imperio romano solian crear estos Césares de farsa; y Toparpa al lado de Pizarro nos representa bien al vivo á Avito y Anthemio al lado de Ricimer, á Julio Nepos y Augustulo al de Orestes.

Resolvióse en seguida la marcha á la capital. Mas antes era preciso dejar asegurados á S. Miguel de Piura y su distrito, que podian considerarse como la llave del Perú. Para esto fué elegido el capitán Sebastian de Belalcazar, que

recibió sus instrucciones y partió al instante á su destino. Esta eleccion hace honor al discernimiento y penetracion del general castellano. Porque Belalcazar, ya se le considere empeñado en las guerras porfiadas y sangrientas que mantuvo contra los indios del Quito, ya emprendiendo nuevos descubrimientos y viajes atrevidos en las regiones equinociales, ya en fin tomando á veces parte en los acontecimientos del Perú, hizo prueba de una capacidad tan grande, y de un juicio tan seguro, y desplegó un genio tan audaz y belicoso, y una actividad tan incansable, que en gloria y en esfuerzo no reconoce ventaja en ninguno de los mas señalados descubridores.

Cumplidos, en fin, siete meses de su estacion en Caxamalca, salen de allí los españoles dirigiéndose al Cuzco por el camino real de los Incas. Eran ya en número cuatrocientos ochenta hombres, que para lo que se acostumbraba en Indias, podian considerarse como un mediano ejército. Con ellos iba el nuevo Inca llevado en andas, y seguido y cortejado de los orejones que se hallaban allí entonces. Señalábase en aquella comparsa el general Chialiquichiana, llevado tambien en andas para demostracion de su autoridad y grandeza. El gobernador, que no tenia motivos bastantes para mantenerle preso, le habia dado libertad, aconsejándole que se mantuviese quieto y sosegado. En esta buena armonía iban indios y españoles por los hermosos valles que forman allí las sierras, sin que en los primeros dias encontrasen nada que recelar en su camino. Todo estaba de paz; los in-

dios de las diversas poblaciones por donde pasaban los salían á recibir y agasajar con sumisión y respeto, y los castellanos marchaban ricos y contentos con lo pasado, alegres y animados con las esperanzas de mayor ventura que se les ofrecía en lo venidero.

Mas luego que pasaron la provincia de Guamachuco y llegaron á la de Andamarca, se recibió aviso de que habia mas adelante un grueso de indios con intenciones en la apariéncia hostiles. Creyó conveniente el general español que un hijo del Inca Huayna-Capac fuese á asegurarlos; pero los que fueron con él volvieron tristes, anunciando que sin respetar su nacimiento, los enemigos le habian dado muerte como traidor á su pais. Entonces no quedó duda á los castellanos de que se les aparejaba una guerra bien áspera, y que á pesar de sus precauciones les era preciso abrirse paso con las armas á la capital.

El primer efecto de esta novedad fué la prision del general Chialiquichiana, á quien Pizarro volvió á poner en la cadena, ó por seguridad, ó por venganza. Tambien empezó el ejército á marchar con mas cautela y en mejor orden, llevando Almagro con Hernando de Soto la vanguardia, y siguiendo Pizarro con el resto del ejército y el bagaje. Mas los indios no se dejaron percibir armados hasta que los castellanos entraron en el valle de Xauxa, sesenta leguas mas allá de Caxamalca. Allí creyéndose seguros á la otra orilla del rio que corre por medio del valle, empezaron á denostar y á provocar á sus enemigos: - *¿Qué quérián en tierra*

*ajena? ¿Por qué no se iban á la suya? Contentos debian estar con los males que habian hecho, y con la muerte de Atahualpa.* - El rio ya grande de suyo y crecido entonces con las nieves derretidas, al que ademas habian quitado el puente, les parecia un valladar seguro para decir injurias á su salvo. Pero al ver á los castellanos entrar denodadamente en el rio, despreciando igualmente el furor de su corriente que los clamores y amenazas que les enviaban, y no teniendo valor para esperar la arremetida de los caballos, se pusieron en fuga, unos hácia el norte y otros al poniente, quedando todavia bastantes en el campo para probar y aun causar las espadas castellanas.

Con este triste escarmiento y el éxito igual de algunos otros encuentros se allanaron los indios de aquel valle, cayendo en poder de los castellanos los tesoros del templo que allí habia, buen número de tejidos de lana y algodón, y muchas mujeres hermosas, entre ellas dos hijas de Huayna-Capac. Allí determinó Pizarro fundar un pueblo, movido de lo delicioso y feraz del terreno, de lo muy poblado que estaba, y de la proporcionada distancia que tenia á todas partes. Entre tanto que lo ponía por obra, envió á Hernando de Soto con sesenta caballos para que fuese despacio reconociendo el camino del Cuzco. Puesto en marcha, descubrió á lo lejos en Curibayo un grueso de indios fortificado para defender el paso, y dió aviso al gobernador, pidiéndole que enviase delante al nuevo Inca para ver si su presencia los aquietaba. Pero Toparpa enfermó á la sazón gravemente y falleció

luego, dejando á Pizarro con el sentimiento de su pérdida, y sin saber como repararla, conociendo cuan útil le habia sido la presencia de aquel rey, aunque de burla, para excusar tropiezos y dificultades en la marcha que llevaba.

No necesitó Soto del auxilio que pedia, porque llegando con sus caballos á donde estaban los indios, los dispersó fácilmente con solo acercarse al puesto en que se hallaban: tanto era el pavor que los ocupaba cuando sentían á los caballos. Mas no abatidos por eso, determinaron esperarle en un paso áspero y dificultoso que hay en la sierra de Vilcacongá, á siete leguas del Cuzco. Allí llamaron mas gente, se proveyeron de vitualla, se fortificaron á su modo, y añadiendo dificultades á la aspereza del terreno, hicieron hoyos ocultos con estacas puntiagudas para que se mancasen los caballos. Los castellanos creyéndolos de huida siguieron el alcance, pasaron á Curambo, atravesaron el rio de Abancay, y por el camino real de Chinchasuyo llegaron al punto ocupado por los indios. Al verlos empeñados en el paso peligroso, los bárbaros, creyéndolos ya destruidos, alzaron á su usanza la gritería de guerra, y fieros con las hondas, con las macanas, con sus dardos, y con los aillos, se mostraban por todas partes en la sierra con el propósito de morir ó vencer. Retrafanse de acometer los soldados españoles á vista de aquella gran muchedumbre, de la posición fuerte que habian sabido escoger, y sobre todo de su obstinacion. Viéndolos Soto así inciertos, *ni el parar aquí, les dijo, nos conviene, ni dejar de vencer tampoco. Mien-*

*tras mas nos detengamos, la dificultad y el peligro se van á hacer mayores, pues los enemigos se acrecentarán en número y atrevimiento. Al contrario, todo está llano si aquí vencemos; seguidme.* Y dicho esto arremetió el primero á los enemigos, que le recibieron á él y los suyos con ánimo igualmente resuelto y denodado. La refriega fué obstinadísima de parte de los indios. Quien los vió dejarse alcanzar y acuchillar como corderos en Caxamalca, y los viera aquí combatir como leones, no diria que pertenecian á la misma gente. Morian á la verdad muchos de ellos, pero tambien caían caballos y españoles; y en la desproporcion inmensa de número en que unos y otros se hallaban, cada gota de sangre castellana que se vertía era una pérdida irreparable. La noche los separó: los indios cansados se arremolinaron junto á una fuente, y los castellanos en un arroyo; pero estaban á tiro de bala unos de otros, y los peruanos en ademan de embestir luego que rompiese el dia. Hernando de Soto, que al hacer el recuento de su gente, se halló con cinco españoles muertos, otros once heridos, y de los caballos muertos dos, y heridos catorce; considerando ademas cuan poco bastimento traía consigo y la poca gente que le quedaba, y no sabiendo si á pesar de los avisos que habia enviado desde el camino, seria ó no socorrido á tiempo, empezó á padecer en su ánimo por la dificultad de su posición, y á arrepentirse de su temeridad. En medio de estos recelos, que se aumentaban mas con la oscuridad de la noche, la trompeta castellana se dejó oír al pie de la

sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, á cuyo son pudo encaminarse á toda priesa el socorro conducido por el mariscal Almagro, y reunirse al escuadron de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir, y esperaron á la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los indios al hallar con el día doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenían en las manos, fueron grandes; pero no perdieron el ánimo, y aguardaron el ataque de los castellanos, que siendo ya entonces mas en número y peleando con mas ardor y confianza, fácilmente los desbarataron y ahuyentaron. Ganado así el campo, los vencedores acordaron aguardar allí el resto del ejército, que á largos pasos venia á juntarse con ellos.

Entretanto Pizarro despues de haber dado en Xauxa las disposiciones para la nueva poblacion que allí proyectaba, dejó por su teniente al tesorero Riquelme, para desembarazarse así de aquel hombre discolo y bullicioso. Al mismo tiempo envió un destacamento á la costa de Pachacamac para ver si podia fundarse otro pueblo en la marina, y pasó á Vilcas, punto central del imperio de los Incas, puesto á igual distancia entre Quito y Chile. Allí pudo admirar la magnificencia de aquellos monarcas: pues Vilcas con el Cuzco y Pachacamac, era uno de los tres sitios en que ellos á porfia se habian esmerado en prodigar su grandeza y poderío, así en el templo y adoratorios, como en los aposen-

tos reales y sitios de recreo que tenían construidos en aquel delicioso paraje. Desde allí pasó sin tropiezo ninguno á encontrar á su vanguardia que le esperaba: mas él que desde Caxamalca podia decirse que habia marchado con el decoro y gravedad que correspondian á un conquistador civilizado, pacificando pueblos, proyectando fundaciones, y absteniéndose de toda accion bárbara é indigna, llegado á Vilcaconga dió segunda prueba de cuan pocos respetos le merecian la humanidad y la justicia, cuando estaban encontradas con su seguridad ó su resentimiento. Los movimientos hostiles de los indios en los diferentes encuentros que se habian tenido con ellos, llevaban una apariencia de orden y de concierto, y mostraban que eran dirigidos por alguna cabeza capaz y ejercitada en el arte de la guerra. Sabíase en el campo español que al frente de aquella muchedumbre levantada estaba Quizquiz, uno de los generales mas hábiles de Atahualpa, y compañero de Chialiquichama en las guerras contra Huascar. Empezóse á susurrar si habia comunicaciones entre los dos capitanes, y aun se dijo que Chialiquichama habia enviado avisos á su amigo de que los castellanos se dividian, y como debian aprovechar aquella buena ocasion. Estas inteligencias no estaban suficientemente probadas para el rigor que se usó despues con el general prisionero. Pero el aprieto en que acababan de hallarse los sesenta caballos de Hernando de Soto, habia llenado el ánimo de los españoles de tanta ira como cuidado. Añadiase á esto la fama de haber vencido cinco batallas en favor de su rey,

la seguridad con que los indios decían, que si él se hallara con Atahualpa cuando el suceso de Caxamalca, no acontecieran las cosas de aquel modo; en fin, su misma capacidad reconocida tal vez por sus opresores en el largo trato que con él habían tenido. Temíanse, pues, las dificultades que iba á traer sobre los españoles si llegaba á cobrar su libertad; y aun se decía, que para proporcionársela venían sobre ellos una gran muchedumbre de enemigos. Todo esto era mas de lo que se necesitaba para aparecer culpable á los ojos del conquistador receloso, y Pizarro para no tenerle que temer, le hizo inmediatamente quemar. Así terminó la triste serie de injusticias cometidas con este guerrero, que probablemente debió su deplorable fin á su misma reputación. Chialiquichiana desde la estaca en que fué puesto para ser quemado, podía triunfar de su verdugo echándole en cara su falta de fe, sus injusticias, y en fin su inhumanidad con un hombre que no le había dado motivo ninguno justo para ella, confesando por este mismo hecho que valía mas que él <sup>1</sup>.

Dado semejante ejemplo de rigor, el ejército se puso al instante en marcha para el Cuzco. Todavía los indios antes de ver perdida su capital, quisieron probar fortuna en un paso estrecho que hace el valle de Xaquivaguana por una sierra que le ciñe al oriente. Allí esperaron la vanguardia castellana, que mandada por Alma-

<sup>1</sup> *Y en esta suspensión de ánimo, dice Herrera, acordó quitarle de delante, y luego le mandó quemar; aunque pareció á algunos cosa fuerte: pero los que siguen las razones de estado á todo cierran los ojos.*

gro, Soto y Juan Pizarro, empezó á escaramuzar con ellos, y á embestirles y herirlos con las lanzas. Sosteníanse ellos con bastante firmeza, animados de su valor y protegidos del terreno, cuando Mango Inca, uno de los hijos de Huayna-Capac, que había salido de la ciudad con buen número de los suyos á juntarse con los combatientes, desesperando de la fortuna de su patria se pasó á los españoles, y se presentó al gobernador, que le recibió con toda clase de honor y de agasajo. Entonces los indios desalentados y furiosos, dejado el combate, corrieron al Cuzco á quemar aquel emporio y esconder los tesoros que en él había. Volaron á estorbarlo, por mandado del gobernador, Hernando de Soto y Juan Pizarro; pero no pudieron impedir que fuese casi enteramente saqueado el templo del Sol, escondidas sus riquezas, llevadas á otra parte las sagradas vírgenes que en él vivían, y puesto fuego en algunos puntos de la población: con la misma prisa salieron de allí llevándose todos los jóvenes de uno y otro sexo, y no dejando mas que los viejos y los inútiles. En tal estado encontraron los españoles la capital del imperio, entrando Pizarro en ella á fines de noviembre de 1533, y tomando posesion con las formalidades acostumbradas á nombre del rey de Castilla <sup>1</sup>.

Apoderados á tan poca costa los españoles

<sup>1</sup> Esta fecha está autorizada con el testimonio del analista Montesinos. La que fija Herrera en octubre de 1534 es evidentemente equivocada: sobre las faltas de cronología cometidas por este escritor en la narracion de los sucesos de Pizarro, véase el apéndice número 7.

de aquella opulenta ciudad, su primer anhelo, despues de haber contenido el fuego que los indios encendieron, fué buscar las riquezas que allí se atesoraban. Muchas habian distraido y ocultado los indios, pero todavía quedaban muchas. Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestian; metiéronse á saco la fortaleza y los palacios; revolvióse de arriba á bajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó despues el ansia á los sepulcros; y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habian enterrado. Lo que con mas anhelo se buscaba eran las sepulturas de Huayna-Capaz, Atahualpa y otros Incas, cuyas riquezas, exageradas por la fama, acrecentaban la impaciencia y los deseos. Preguntaban á los indios dónde estaban, y ellos ladinos y reservados, ó respondian con esquivos, ó se negaban á responder. De aquí los insultos y las amenazas, despues los golpes, y al fin el tormento. Pero ni la arrogancia ni la crueldad pudieron arrancar nada, á unos porque lo ignoraban, á otros porque fueron mas fuertes que sus verdugos; y así aquellos venerables monumentos se salvaron para siempre de la rapacidad de los vencedores. El producto de este saqueo unido á los despojos habidos en el camino, y puesto todo en comun, segun la costumbre de aquella tropa, fué todavía mayor que el botin de Caxamalca. Pero ya eran muchos mas á partir, y por esa razon no les tocó á tanto. Dicese que sacado el quinto del rey, se hicieron de lo demas cuatrocientas ochenta partes, y que cu-

pieron á cada una cuatro mil pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente, en un solo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, que fué el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa: la pedrería se abandonaba á quien la queria tomar: por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata, viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino á henchirle de pronto, debieron conocer fácilmente que aquel tesoro anhelado les servia mas de carga y pesadumbre que de satisfaccion y provecho.

No por atender á estos cuidados, propios del capitan y del aventurero, se olvidaba Pizarro de las obligaciones políticas y religiosas que le prescribia su oficio de gobernador. Dió al instante á la ciudad la forma de policia castellana, estableció ayuntamiento, nombró alcaldes; y derribados y destruidos los ídolos del pais, señaló el lugar en que debía erigirse templo donde se predicase el Evangelio y se celebrasen dignamente los oficios divinos. Pero en medio de la fácil prosperidad con que se sucedian estos acontecimientos, vino á acibarar su alegría la nueva del armamento que se preparaba en Guatemala para venir al Perú, y la sospecha amarga de que los mismos españoles eran los que venian á poner en contingencia lo que ya tenia en su poder.

Estaba entonces de Adelantado y gobernador en Guatemala aquel Pedro de Alvarado, uno de los principales conquistadores de Nueva Es-

paña, y quizá de todos sus compañeros el mas querido de Hernan Cortés. Muy pocos podian disputarle la palma del valor y del esfuerzo, ninguno el de la gentileza y bizarría. Los indios mejicanos le llamaban Tonatio, comparándole así por su hermosura con el sol, y entre los españoles era el que se llevaba la gala del donaire y apostura. Su trato y sus modales correspondian al atractivo que tenia su persona: hablaba á la verdad con algun exceso, pero sus palabras eran blandas y graciosas, su agasajo grande, sus lisonjas dulces, daba mucho, prometia mas. El corazon por desgracia no era semejante á esta apariencia seductora: vano, ingrato y aun falso, los españoles no podian sufrir su arrogancia, ni los indios sus vejaciones. La edad y los negocios fueron mostrando en él estos vicios, que al principio no se descubrian. Habia allanado y pacificado la provincia de Guatemala, á donde le envió Cortés, acabada la guerra de la capital; y célebre y poderoso con el nombre y las riquezas que habia granjeado en aquella conquista, vino á la corte en el año de 527 á hacer ostentacion de sus servicios, y demandar el galardón que se les debía. La buena fortuna que habia tenido en las Indias le acompañó tambien en España. Su buena gracia, quizá tambien sus presentes, le conciliaron el favor del comendador Cobos, secretario del emperador, y así cuando volvió á Nueva España, se presentó condecorado con el hábito de Santiago, hecho adelantado y capitán general de Guatemala, casado con una dama principal que se hizo célebre por la idolatría con que le amó,

y seguido de muchedumbre de caballeros y hombres distinguidos, que llevaban colgadas sus esperanzas en su favor y en su fortuna. De aquí una vanidad y uua arrogancia que no cabian en los ámbitos de aquel nuevo mundo. Sus pretensiones eran altas, sus proyectos magníficos, y sus preparativos y armamentos eclipsaban en ostentacion y en grandeza á los mismos de Hernan Cortés.

Habia prometido en España aprestar una armada para hacer descubrimientos en el mar del Sur y abrir nuevos rumbos en la navegacion de las islas de la Especería, proyecto á la sazón muy del gusto de la corte. Y con efecto, luego que llegó á su provincia por los años de 1530, empezó á buscar los medios de realizar aquella oferta con todo el calor que correspondia á su palabra empeñada, á las esperanzas de la corte, y á su vanidad y ambicion, ya exaltadas á lo sumo. No hubo gasto, ni empeño, ni vejacion que le detuviera para llevar su intento adelante; y en menos tiempo del que pudiera creerse, tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños: entre ellas un galcon de trescientas toneladas, que comparado con los demás buques que entonces se veían en aquellos mares, debía parecer colosal, y por lo mismo fué llamado el San Cristóbal. Las prevenciones de armas, caballos, bastimentos y demás efectos de guerra fueron correspondientes á la importancia de este armamento, el mayor que hasta entonces se habia construido y aportado en los puertos de las Indias. Ni era menor la porfía y ansia de gente de todas clases y oficios, para ser ocupada en él. El

gran Cortés, ya marqués del Valle, quiso entrar á la parte de la empresa; pero Alvarado se negó resueltamente á ello, y el que ya en España le habia desdeñado por pariente, no quiso tampoco en las Indias tenerle por compañero <sup>1</sup>.

Iban ya á completarse los preparativos, cuando empezó á esparcirse por la América la fama de las riquezas del Perú. Entonces el Adelantado viéndose dueño de unas fuerzas tan superiores, que con ellas podia, á su parecer, dar la ley en todas partes, mudó de miras y de propósito, y abandonando los descubrimientos inciertos del mar del Mediodía, publicó decididamente su jornada para el Perú. A esta declaración fué mayor la porfía de los aventureros que volaban á tomar parte en las ricas esperanzas que pregonaba. En vano los oficiales reales se oponian al intento, ponderando los inconvenientes que iban á seguirse de tan injusta demanda, contraria á las órdenes expresas del gobierno, y á las obligaciones que tenia contraídas con él; en vano la audiencia de Méjico le enviaba órdenes sobre órdenes para que se abstuviese de ir á perturbar á los descubridores del Perú en sus conquistas y pacificación; en vano en fin la ciudad de Guatemala le representaba el desamparo en que quedaba aquella provincia sin armas, sin soldados y sin él, abandonada á la

<sup>1</sup> Habíase comprometido Alvarado á casarse con Cecilia Vazquez, prima hermana de Cortés. Pero luego que vino á España y se vió con el favor del secretario Cobos, olvidó la promesa hecha á su general, y tomó por esposa á Doña Beatriz de la Cueva, dama que le propuso su protector.

merced de las tribus belicosas que de dentro y fuera le amenazaban. Sordo á todas estas reclamaciones y avisos, seguia sin detenerse poniendo á punto su armamento. A los oficiales respondía que su comision para la mar del Sur no le señalaba rumbo ni límite alguno, y podia ir á donde mejor le conviniese: á la audiencia, que Don Francisco Pizarro no tenia fuerzas suficientes para acabar la empresa que habia comenzado, y él iba á ayudarle con las suyas: al ayuntamiento de Guatemala, que para la seguridad de su provincia ya llevaba consigo los principales caciques y señores que con aquel fin tenia presos; y por último á los que podia hablar con mas franqueza y desahogo, que se iba á buscar otras tierras mas ricas y mayores, porque Guatemala era poco para él.

En esto llegó del Perú el piloto Juan Fernandez que se habia hallado en los acontecimientos de Caxamalca, y dió al Adelantado larga noticia de los enormes tesoros que allí se habian repartido, del viaje de Pizarro con el ejército por las sierras hácia el Cuzco, y de que el Quito, donde estaban los tesoros de Huayna-Capac y de Atahualpa, caía fuera de los límites señalados á aquel gobernador, y estaba aun por ocupar. Esto fué poner espuelas al deseo del Adelantado, que tomando en su servicio á aquel piloto, al instante se hizo á la vela con su armada, compuesta de doce buques de todos tamaños, en que se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veinte y siete caballos y una infinidad de indios, algunos en rehenes, otros como auxiliares, y los mas de ser-

vicio. Esto era expresamente contra las ordenanzas que prohibían semejantes traslaciones de naturales; pero al Adelantado entonces no contenían ni el respeto, ni la conveniencia, ni las leyes. Iban con él muchos caballeros y personas distinguidas, principalmente de aquellos que habían pasado con él desde España á probar fortuna en las Indias. Distinguíanse entre ellos sus dos hermanos Gomez y Diego de Alvarado, Juan de Rada, que fué quien tanto se señaló despues en las tragedias sangrientas que se siguieron, y Garcilaso de la Vega, padre del historiador. Mas de doscientos hombres quedaron sin embarcar por falta de navios. Llegado al puerto de la Posesion, le vino á encontrar allí el capitán Garcia Holguin, á quien de antemano habia enviado para que fuese á la costa del Perú, y le trajese completa informacion del estado de las cosas. Holguin confirmó las noticias que habia dado Juan Fernandez. La armada volvió á hacerse á la vela, y de paso entró en el puerto de Nicaragua, y allí el Adelantado para suplir la falta de buques, se apoderó á la fuerza de dos navios que se hallaban en el puerto. Teníalos apercebidos el capitán Gabriel de Rojas, antiguo amigo de Pizarro, para llevar doscientos soldados á aquel gobernador, que le enviaba á llamar con ahinco para que le acompañase y fuese á participar de su fortuna. Ni los respetos de Rojas, que sin duda merecia muchos, ni sus reclamaciones, fueron bastantes para excusarle aquel desabrimiento; y él no tuvo otro recurso que ponerse en camino al instante con unos pocos españoles

23 de  
Enero de  
1554

que le siguieron á buscar á su amigo en el Perú, y darle cuenta del indigno despojo y violencia usada con él.

Alvarado prosiguió su viaje, llegó á los Carraques, cerca de Puerto Viejo, y allí desembarcó su tropa. Dicese que en aquel punto, y aun antes de llegar á él, dió muestras de querer pasar adelante costeando, y no empezar sus descubrimientos hasta la otra parte de Chincha, <sup>Marzo</sup> de <sup>de</sup> 1534 donde él sabia que se acababa la gobernacion de Don Francisco Pizarro. Mas ya se hiciese esto con cautela y para salvar las apariencias, ya se hiciese de buena fe, el ejército, cansado ya de navegar y no soñando mas que las grandezas y la opulencia que en el Quito se prometia, pidió á voces á su general que le condujese allá, y la marcha se dirigió al Quito.

No tardaron mucho tiempo en arrepentirse. Los primeros dias, á la verdad, le salió todo segun su deseo, y en algunos pueblos de indios que encontraron al paso, pudieron adquirir alguna riqueza, bastante por ventura á contentar ánimos menos enfermos de ambicion y de codicia. Pero cuando se vieron despues enredados en aquellos desiertos inmensos, sin guia ni intérprete alguno, no hallando mas que sierras, ciénagas ó rios, y la parte mas llana erizada de malezas y espesuras, por donde solo podian abrirse paso á fuerza de hierro y de fatiga: cuando enflaquecidos con el hambre, abrasados de sed, fueron también acometidos de calenturas que les quitaban la vida al dia siguiente de sentir las, ó los dejaba sin seso y sin acuerdo por muchos dias, debieron maldecir la hora y

la ocasion en que su mal deseo los trajo á agonizar y perecer en tan horrible pais. El mismo general atacado de ellas estuvo diez dias luchando con el peligro, y pudo á fuerza de cuidado escapar con la vida. Salieron despues á parajes menos ásperos, donde encontraron algunas tribus y rancherías de indios, divididas y dispersas, sin relacion ni noticia alguna entre sí, diversas en lengua y costumbres, y diversas tambien en ritos, si ritos tenian. Algun oro hallaron y ese recogieron; pero al cabo de cinco meses que así andaban, la tierra, el clima y el cielo volvieron á encruelcerse de pronto, y á dar con un rigor implacable nuevo castigo á su temeridad. Volvió á cerrarse el pais, tuvieron que vencer ríos caudalosos, y dieron por último con unas sierras nevadas que les era forzoso atravesar. Iba el ejército en tres cuerpos: la vanguardia que llevaba delante Diego de Alvarado para reconocer, detrás el Adelantado con el segundo, y en fin el grueso del campo con el bagaje al cargo del licenciado Caldera, un letrado que tenía todo el aprecio y confianza del general. Cuando empezaron á internarse por las sierras venteaba reciamente, y la nieve caía á copos grandes y espesos. Los primeros castellanos que iban con Diego de Alvarado, como iban mas expeditos y ligeros, pudieron, aunque con inmensa fatiga, atravesar las seis leguas que tenían los puertos, y llegaron á un pueblo situado en los llanos, donde pudieron repararse algún tanto del trabajo del camino. Desde allí Diego de Alvarado envió á advertir á su hermano el general de los peligros que tenía aquel pa-

so, y de la necesidad que había de atravesarle para llegar al buen paraje en que ya se encontraba la vanguardia. Recibido este aviso, y no pudiendo excusar el peligro y rigor del tránsito, el Adelantado prosiguió su marcha. Continuaba la ventisca y su furor se acrecentaba: la mortandad de la gente, que ya antes era considerable por las descomodidades y fatigas pasadas, se empezó á hacer mayor con aquel frio cruel. Los españoles al fin mas robustos, mas bien vestidos, y habituados á la variedad de temperamentos, podian resistir mejor; pero los miserables indios, desnudos de abrigo, faltos de vigor, nacidos y acostumbrados al clima apacible y templado de Guatemala y Nicaragua, podian defenderse menos del rigor del temporal, y cual perdiendo la vista, cual los dedos, cual las manos y los pies, cual quedandose enteramente helado, todos en fin horriblemente padecian. Arrimábanse á los peñascos, llamaban á sus amos para que los socorriesen, durando aquellos clamores lastimeros hasta que se les helaba la voz, y se les helaba la vida. Cogiólos la noche así, y el tormento y el desmayo fueron mayores, porque, á excepcion de algunas pocas tiendas que los mas acomodados y ricos tendieron para su abrigo, los demas tuvieron que pasarla sin fuego, sin defensa, no oyéndose mas que alaridos, lástimas ó maldiciones. Oíalos congojosamente el Adelantado, y ya pesaroso de la temeraria empresa que su ambicion le había hecho intentar, temblaba de que llegase el dia, por no ver el triste estrago que su imaginacion le presentaba. Vino la luz, y al

aspecto de la muchedumbre de indios y negros que amanecieron helados, todos sin orden ni consejo, como gente rota en batalla, se volvian ciegameute al lugar de donde habian salido. Entonces Alvarado desalentado y confuso, viendo en este rumbo su perdicion, corria de unos á otros, diciéndoles que el pasar aquella sierra era forzoso; que el mismo frio habian de sufrir marchando adelante que volviéndose atrás; que no fuesen pusilanimes, y avanzasen hasta donde los esperaba la vanguardia. Para darles mas aliento, hizo pregonar que los que quisiesen oro, lo tomasen de las cargas públicas, con tal que se obligasen á pagar su quinto al Rey; pero los que habian arrojado ya los metales preciosos que llevaban para quedar mas expeditos, se mofaban del pregon, y estaban bien agenos de aprovecharse de aquella oferta, tan forzada como inoportuna<sup>1</sup>. Ya en esto era llegada la retaguardia con Caldera, que no habia sufrido menores trabajos en su tránsito. Todos en fin mas animados unos con otros, volvieron á tomar el camino que primero, y buscaron la salida de las sierras. Pero el dia era mas áspero que el pasado, y por consiguiente la agonía y los desastres tambien mayores. Llegó ya el frio á entorpecer los caballos: ya los españoles morian. Un soldado robusto se bajó á apretar las cinchas de su yegua, y ella y él quedaron helados. Gomez el ensayador murió con su caballo, embarazados uno y otro con el peso de las muchas

<sup>1</sup> Castellano hubo á quien presentándole su negro una carga de oro, *anda en mal hora*, le dijo; *el verdadero oro es comer.*

esmeraldas que habia recogido, y que su codicia no le consintió arrojar. Este, en fin, pagó la pena de su locura; pero la piedad de Huelmo merecia otro destino: ya bastante adelantado oyó los gritos de su muger y dos hijas doncellas que llevaba, y acudiendo á su socorro, quiso mas bien que salvarse quedarse en su compañía y perecer con ellas, como en efecto pereció. Entretanto la nieve y el viento arreciaban cada vez mas: el que se distraía ó se paraba era perdido, el que mas andaba libraba mejor, todo se arrojaba para quedar mas libres, oro, armas, ropa, preseas, quedaban esparcidas por la nieve. Lo que habia costado tantos sacrificios, y aun por ventura delitos; aquello por lo que se habian aventurado á los peligros y fatigas de aquel temerario viaje, se despreciaba y se aborrecia como cosa vil y aun perniciosa. Tan imperiosas influyen sobre el hombre la ocasion y necesidad del momento. Flacos en fin, abatidos, y casi difuntos, pudieron salir de aquellas nieves, y llegaron al pueblo de Pasipe, cerca de Riobamba, dejándose en el camino muertos ochenta y cinco castellanos, seis mugeres españolas, muchos negros, dos mil indios, el resto casi todo fuera de servicio, sin los caballos muertos, las armas arrojadas, los tesoros abandonados. Pérdida iumensa, de que solo podian consolar las esperanzas de encontrarse con un pais rico y desembarazado. Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto: porque apenas se habian reparado algun tanto, y puesto otra vez en marcha, cuando al llegar al camino grande de los Incas que atravesaba el pais, las

frescas huellas de caballos que encontraron de improviso, les dieron á entender que ya andaban por allí otros españoles. Ultimo golpe para el ambicioso Alvarado, que tras desastre tan grande empezó ya á temer con fundamento que, descubierto antes y recorrido el pais por otros castellanos, le era forzoso abandonarle ó conquistarle á la fuerza.

No se engañaba, por cierto, en su siniestra conjetura. El Mariscal Almagro, que habia sabido en Vilcas por Gabriel de Rojas los intentos y marcha de Alvarado, partió tan ligero como el rayo á contenerle; y reforzando la poca tropa que llevaba con alguna gente de San Miguel de Piura, y con el destacamento que tenia Belalcázar, á quien hizo al instante venir cerca de sí, se situó en Riobamba y envió ocho caballos á reconocer la comarca. Dieron estos corretores con Diego de Alvarado, que para tomar tambien lengua y conocer la tierra, habia sido enviado con buen golpe de gente, y acertó á tomar el mismo camino. Eran pocos los de Almagro, y tuvieron que rendirse prisioneros. Mas tratados con la mayor urbanidad y cortesía por Diego de Alvarado, fueron conducidos á su hermano que los acogió igualmente bien, diciéndoles que su intencion no era buscar escándalos sino descubrir nuevas tierras, y servir en ello al Rey, á lo cual todos estaban obligados. Esto dicho, los agasajó y regaló noblemente, y los envió al Mariscal con una carta en que manifestando los mismos sentimientos moderados, le avisaba que iba á acercarse á Riobamba, donde lo arreglarían todo amistosamente y á su satisfaccion.

A esta carta contestó Almagro con tres comisionados que le envió, encargados de darle de su parte la bienvenida, de manifestarle el sentimiento que tenia por los trabajos padecidos en los puertos nevados; añadiendo que no dudando de su buena voluntad, como tan leal caballero, le aseguraba que la mayor parte de aquellos reinos caía bajo la jurisdiccion de Don Francisco Pizarro, y que él mismo estaba aguardando de un dia á otro los despachos para gobernar al oriente, todo lo que caía fuera de los límites señalados á su amigo. Con esta insinuacion, dejada caer como al descuido, cerraba á Alvarado las puertas de allá al mismo tiempo que las de acá, y le daba á entender, que así como defendia la gobernacion de su compañero, defenderia tambien la que esperaba obtener para sí propio. Alvarado, incierto y dudoso del partido que le convenia, respondió que cuando estuviese cerca de Riobamba enviaria propios mensajeros con la contestacion, y prosiguió su camino hácia allá.

Hasta aquí las comunicaciones eran mas cortesés que hostiles. Mas no por eso, cuando ya los campos comenzaron á acercarse, dejaron los dos partidos de hacerse la guerra de intriga, frecuente siempre en las discordias civiles, cuando los ánimos no estan enconados. Los recién venidos ponderaban su fuerza: los de Almagro con mas cautela y mejor efecto, les insinuaban que las ricas provincias de aquella gobernacion estaban aun por repartir, y que mas cuenta les tenia entrar con ellos pacíficamente á la distribucion, que ir con su general á buscar tierras

inciertas, y acaso otros puertos de nieve donde acabar de perecer <sup>1</sup>. Empezó tambien la desercion: de la parte de Almagro se pasó á la de Alvarado el intérprete Felipillo, y al Mariscal se pasó Antonio Picado, secretario del general de Guatemala. No pudo este llevarlo en paciencia, pues al instante mandó salir el grueso de su gente, tendidas las banderas, y en son y aparato de guerra se acercó á Riobamba, con ánimo de no guardar miramiento ninguno, y romper las hostilidades si no le entregaban su secretario. Almagro, que no tenia mas que ciento y ochenta hombres contra cuatrocientos que venian sobre él, no desmayó por eso, y fiado en el valor y resolucion de su gente y en los manejos secretos que tenia en el campo enemigo, aguardaba á su adversario sin temor, y animaba á los suyos con palabras de esfuerzo y confianza.

Todavía para excusar en lo posible el escándalo que amenazaba, con la autorizad y entereza de un hombre que manda en el país, envió á decir á Diego de Alvarado que se acercaba con la vanguardia, que hiciese alto, y así lo hizo. Entonces el Adelantado volvió á pedir que se le entregase su secretario Picado, pues era criado suyo. *Picado es libre*, contestó Almagro, *y puede irse ó quedarse, sin que nadie le haga fuerza para ello*. Y para acabar de poner las formalidades de su parte, así co-

<sup>1</sup> El mismo Alvarado en la carta que escribió al Emperador desde Guatemala en mayo del año siguiente, dándole cuenta de su expedicion, confiesa que las dádivas y ofertas de Almagro pudieron tanto entre los suyos, que si yo, dice, quisiera partirme á mi conquista, no ballara treinta hombres que me siguieran.

mo estaba la justicia, envió en seguida al alcalde y escribano de la nueva poblacion de Riobamba, que en aquellos mismos dias quiso fundar allí, para alegar en todo caso la primacia de posesion. Estos comisionados intimaron judicialmente al Adelantado que se fuese á su gobernacion de Guatemala, que no usurpase la agena, y que de lo contrario le protestaban todos los daños y perjuicios que de la contienda se siguiesen. *Yo soy gobernador y capitán general por el Rey*, replicó vivamente Alvarado, *y puedo entrar y andar en el Perú por donde quiera que no se haya dado á otro en gobernacion. Si el Mariscal tiene poblado en Riobamba, yo no entiendo de hacerle perjuicio, ni pretendo otra cosa, que tomar por mi dinero lo que hubiere menester para mi ejército*.

Blandeaba Alvarado: ni su orgullo, ni su vanidad, ni su pujanza le podian defender del desaliento que le inspiraba su propia sinrazon. Contra el parecer de todos habia salido de Guatemala, contra el parecer de todos estaba en el Perú. Veía á los suyos inciertos, divididos en opinion, y muy poco ganosos de pelear: mientras que los contrarios se mostraban animosos, inflexibles, sin dar la mas mínima señal de flaqueza. Cedió pues, y con los comisionados de Almagro envió dos capitanes suyos, para que conferenciasen con él, y tratasen de concierto. De aquí resultó la vista entre los dos generales que se apalabró para el dia siguiente, y se verificó en Riobamba, á donde pasó el Adelantado acompañado de unos pocos caballos.

Recibióle el Mariscal con toda especie de honor y cortesía; y luego que estuvieron en presencia uno de otro, habló primero Alvarado: *“Públicos, dijo, son en las Indias los grandes servicios que tengo hechos á la corona, y públicas también las mercedes y honores que he recibido del Rey. Gobernador y capitán general de un pueblo tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto, y reposar en tan gran dignidad y confianza; pero el ocio dice mal con la profesion de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida, y se halla todavía en edad de trabajar. He querido, pues, merecer mas honra de mi Rey, y mas celebridad en el mundo. Habilitado por S. M. para descubrir por mar, dejé el designio que tenía de tomar mi rumbo á las islas del poniente, llevado de la fama que corria de las riquezas de estas tierras del sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen bajo los límites del gobernador Don Francisco Pizarro. Mas pues Dios lo ha dispuesto de otro modo, y la tierra, según veo, está ya ocupada, por mi parte, señor Mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella, ni el Rey será deservido.”* Almagro en pocas razones, según su índole y su costumbre, alabó mucho su propósito diciendo, *que no había creído jamás otra resolución en tan honrado caballero.* En esto llegaron Belalcázar y otros principales capitanes de Almagro, y besaron las manos al Adelantado; lo mismo hicieron los de este con Almagro, y todo se volvió cortesías, amistades y ofrecimien-

tos urbanos y caballerosos. Pareció también allí Antonio Picado, y su general le perdonó; del mismo modo que el intérprete Felipillo, que fué restablecido en la gracia del Mariscal.

Tratóse luego del concierto que debía tomarse para que todo quedase allanado, y mediando el licenciado Caldera, Lope Idiaquez, y otros caballeros principales de uno y otro bando, se acordó que el Adelantado se apartase de aquel descubrimiento y conquista, y dejada la gente y los navíos en el Perú, se volviese á Guatemala, abonándole cien mil pesos de oro por los gastos que había hecho, y en precio y paga de la armada <sup>1</sup>. De todo se hizo pública y formal escritura; y aunque de semejante transacción pudiese pesar á algunos de los gefes del ejército de Alvarado, que perdían por el mismo hecho el grado que llevaban en él, la mayor parte de los soldados se alegraron, porque de aquel modo se evitaba una guerra civil y quedaban en tierra rica. Así se lo manifestó su general cuando se despidió de ellos, añadiendo con tanta gracia como cortesanía, que nada perdían sino sola su persona, y que pues ganaban tanto en la del señor Mariscal, les rogaba que le reconociesen gustosamente por su caudillo,

26 de  
Agosto de  
1534.

<sup>1</sup> Herrera dice que fueron ciento veinte mil pesos el precio en que se ajustó la armada; pero la escritura de venta que he tenido presente solo reza los cien mil. Este documento se otorgó en Santiago de Quito (nombre puesto á la población proyectada en Riobamba) en 26 de agosto de 1534, y fué autorizado por el escribano Diego de la Presa. Por aquí se ve que el tránsito de Alvarado desde Puerto Viejo hasta Quito duró desde fines de marzo hasta muy entrado agosto.

de cuyo valor y liberalidad estaba seguro que siempre se hallarian muy satisfechos. Esta noble confianza fué realizada y aun excedida por el generoso carácter de Almagro. Los oficiales del Adelantado se fueron presentando á él á ofrecerle sus respetos y á darle su obediencia. Él los recibia con tanta afabilidad y agasajo, y los metió despues tan dentro de su estimacion y confianza, que verdaderamente los hizo suyos, no solo durante la vida, sino hasta despues de la muerte: pudiéndose tal vez asegurar que este gran séquito y corte de tantos caballeros con que se vió de allí en adelante Almagro, fué por las pretensiones desmentidas que en él produjo, y por la envidia que causó en sus rivales, ocasion muy principal de los males que despues sobrevinieron, y en que al fin se perdieron caudillo y capitanes <sup>1</sup>.

Los dos generales enviaron aviso de este concierto al gobernador, que recibió á los mensajeros con grandes demostraciones de alegría, y les dió ricas preseas en albricias. Almagro, antes de volver á las provincias de arriba, dejó de gobernador en su lugar para las de abajo á Sebastian de Belalcazar, con quien se quedó buena parte de la gente de Alvarado, y le dió orden de que la poblacion comenzada en Riobamba se trasladase á los aposentos que tenian

<sup>1</sup> Alvarado lo presentia así cuando en su carta al Emperador decia, hablando de la gente que él dejaba al Mariscal: con la cual se ha mudado la condicion de Almagro de tal manera, que temo que la llegada de Hernando Pizarro con los despachos que dix que trae de V. M., no sea parte para que entre ellos baya alguna gran discordia por donde se pierda todo.

los Incas en el Quito. Envió un capitan para que poblase en Puerto Viejo, á fin de evitar los males que solian hacer en la tierra los recién llegados al Perú, y vuelto á San Miguel de Piura con Alvarado, pasaron de allí al valle de Chimo, donde dejó á Miguel Estete para que procediese á fundar la poblacion que despues se llamó Trujillo. Ordenadas estas cosas, el Mariscal y el Adelantado prosiguieron su camino hasta Pachacamac, donde á la sazón se hallaba Pizarro. Fueron grandes los comedimientos y cortesías que pasaron entre los tres; si bien no faltaron males que quisieron inducir sospechas en el ánimo del gobernador, avisándole que mirase por sí, porque Almagro y Alvarado venian muy conformes en trabajar para quitarle el gobierno y desautorizarle. Supo él entonces dar la acogida que merecia tan absurda suggestion, recibió con dignidad y honradez las excusas que le dió Alvarado; y á la recomendacion que le hizo de sus oficiales y soldados, prometió hacer tanto en su favor, que así él como ellos tuviesen lugar de quedar enteramente satisfechos. Juntos fueron despues á ver el gran templo de aquel valle, donde Alvarado pudo por los clavos y vestigios que aun quedaban en las paredes, considerar la riqueza que le adornó en otro tiempo. De allí á poco llegó Hernando de Soto, encargado de traer los cien mil pesos para Alvarado, el cual se dispidió del Perú, rico á la verdad con aquel oro, y con los magníficos presentes que el gobernador y Mariscal le hicieron; pero solo, sin ejército, sin armada, y puede tambien decirse que sin hon-

ra. La expedición, á la verdad, no tuvo el éxito tan desastrado como su desacuerdo y temeridad prometían; pero él había salido de Guatemala con el atuendo y arrogancia de un gran conquistador, y volvía cargado de cajones de oro y plata, á manera de mercader <sup>1</sup>.

Esto pasaba á fines del año de 1534 y principios del siguiente, en que Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Linnac ó de Rimac (que estos dos nombres le dan los escritores) le ofrecía todas las comodidades que podía desear para este fin: posición central en las provincias, proximidad á la mar, suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de un buen puerto. Resolvió, pues, fijar allí el grande establecimiento que proyectaba, y eligió un sitio á dos leguas cortas del mar, y cuatro de Pachacamac, junto á un río, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí á los pobladores de Xauxa, repartió los solares, y celebró la solemnidad de la fundación con todas las ceremonias acostumbradas en 18 de enero de 1535 <sup>2</sup>. Púsole el nom-

18 de  
Enero de  
1535

<sup>1</sup> Esta relación de la expedición de Alvarado está sacada principalmente de Herrera: las fechas y algunas circunstancias se han tomado de las cartas inéditas de Alvarado; que es lo único para que puede ser útil su imperfecta y parcial narración, en donde no tira á otra cosa que á disculparse á sí mismo á costa de los dos descubridores del Perú. Copia de estas cartas existe en la copiosa y exquisita colección del Señor Don Antonio Uguina.

<sup>2</sup> A los mas ha engañado el nombre de los reyes puesto á la nueva ciudad, para deducir de ello que fué fundada el 6

bre de los Reyes, acaso porque en su festividad andaba buscando y encontró al fin el punto en que había de fundarla. Pero el nombre que tenían el valle y río que se sentó, ha prevalecido sobre el primero; y la capital del Perú español no tiene ya otro dictado que el de Lima.

Marchó en seguida al valle de Chimo á examinar la población que allí había proyectado el Mariscal Almagro á la vuelta de su última expedición, y de que quedó encargado Miguel Estete, y como hallase muy de su gusto el sitio elegido, aprobó y confirmó cuanto se había hecho, y en obsequio y honor de su patria le dió el nombre de Trujillo. Allí se ocupó también en arreglar el estado de aquellas provincias: confirmó en su cargo á Sebastian de Belalcazar, repartió la tierra, se ganó la afición de todos los vecinos de ella, y procuró con medios suaves atraer de paz á los indios. Bien sabía él usar estas artes cuando quería, y mas entonces que, viejo y cascado, menos á propósito para los trabajos activos é impetuosos, gustaba con preferencia de entender en fundar pueblos, hacer repartimientos, dar leyes, distribuir mercedes, en suma, hacer vida de príncipe, objeto á que se habían dirigido todos sus trabajos y sus esfuerzos desde que su ambición se despertó. Así puede llamarse esta época una de las mas afortunadas de su vida, si se ha de medir la fortuna por

de enero. En el texto se sigue al P. Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundación de Lima* fija la fecha en el día 18 de enero: la autoridad de este escritor en esta y otras cosas del nuevo mundo es irrecusable.

la ambicion satisfecha : puede llamarse tambien quizá la mas gloriosa en realidad , siendo cierto que vale mas la fama que se gana en conservar y edificar , que la que se adquiere en destruir. Pero este período duró poco , y ya las semillas de la discordia civil se iban á sembrar en los ánimos , para producir la ponzoña que causó despues tantos estragos.

Hallábase aun en Trujillo , cuando apareció allí un mozo desconocido que dijo traer las provisiones reales para que Don Diego de Almagro fuese gobernador desde Chíncha en adelante. Oida que fué esta noticia por Diego de Agüero , uno de los capitanes que habian servido con Almagro en la expedicion del Quito , voló al instante á ganarse las albricias de la noticia , y alcanzó á Almagro junto á la puente de Abancay , cerca del Cuzco ; y sin tener ni orden ni comision para ello , le dió la noticia y el parabien de parte de Don Francisco Pizarro. A esto contestó Almagro con su buena se acostumbra , *que le agradecia el trabajo que se habia tomado , y tenia en mucho la merced que el Rey le hacia , y se holgaba de ella , porque así nadie se entrase en la tierra que él y su compañero habian ganado : pero que en lo demas tan gobernador era él como Don Francisco Pizarro , pues mandaban lo que queria.* Dió en seguida á Agüero en albricias por valor de siete mil pesos , y continuó su viaje al Cuzco. Iba á residir allá con poderes amplios de su compañero , para tomar á su nombre el mando de aquellas partes , y facultad de descubrir por sí ó por otros hácia lo que llamaban

Chiriguana , al mediodia , corriendo los gastos por mitad. Acompañábanle los dos hermanos de Alvarado y demas principales oficiales de aquel ejército que se habian puesto en sus manos , cifrando toda su fortuna en su amistad y en sus ofertas. Para ellos , por consiguiente , era tan grata como para él aquella noticia , pues le veían ya con poder y autoridad para realizar sus promesas. Llegó al Cuzco , fué recibido con todo honor y respeto por Hernando de Soto , los dos Pizarros Juan y Gonzalo , y demas gente principal que allí habia. Y como á poco tiempo se le presentó aquel mozo con un solo traslado de las provisiones , pues las originales las traía Hernando Pizarro , el mal aconsejado Mariscal se desvaneció de modo , que no quiso usar de los poderes que llevaba de su compañero , porque no estando el Cuzco dentro de la primera gobernacion , y sí de la segunda que se le conferia á él , fuera menoscabar su autoridad , cuando ya sus poderes emanaban del Rey mismo.

No dudaba entonces el gobernador que el Cuzco caía fuera de los límites de su mando. Dolióle sin embargo perder de aquel modo la mas rica joya de su conquista , y mucho mas no haber repartido la tierra , y ver que otro habia de llevar la gloria y las ventajas de tal beneficio. Aconsejado , pues , de amigos mas interesados por él que por el Mariscal , y todavía mas impelido de su propia ambicion y anhelo de mando , revocó los poderes que habia dado á su compañero , poniendo por pretexto en las cartas que escribió , así á él como á la ciudad , que lo hacia con el fin de que así quedase el Mariscal

mas desembarazado para sus descubrimientos, y tambien porque en el caso de que llegasen las provisiones del rey en la forma que sonaban, no era bien que le encontrasen gobernando con poderes suyos. Los poderes para gobernar se enviaron á Juan Pizarro, pero con expresa orden de que era para el solo caso en que Almagro quisiese usar de los que llevaba suyos; porque si no se aprovechaba de ellos debia seguir con el mando Hernando de Soto, que á la sazón le ejercia. Con este despacho envió á toda priesa á un Melchor Verdugo, y él se puso en camino para Lima. Verdugo llegó al Cuzco mucho despues que el Mariscal, á quien no hubo que notificar nada, porque no hacia caso de los poderes que el gobernador le habia dado; y se trataba ya en particular, y hablaba, disponia y prometia, como si lo fuera en realidad de aquella tierra. Ofendieronse los dos Pizarros de ello, la ciudad se dividió en bandos, el mayor número seguia á los dos hermanos, pero los principales y mejores, cansados de su orgullo y su soberbia, se inclinaban al Mariscal. Fueron y vinieron quejas y chismes de una parte á otra, las pasiones se inflamaron, y hubo día en que salieron los dos bandos á la plaza, ya casi echando mano á las armas y dispuestos á verter la sangre española. La prudencia y entereza de Soto, unidas á la moderación de Almagro, pudieron entonces contener el escándalo, aquietándose con la providencia que Soto tomó de que los Pizarros y sus principales amigos tuviesen sus casas por cárcel, y el Mariscal guardase la suya, para que los otros obedeciesen mejor.

Llegó la noticia de estos alborotos á Lima, y llegó con la exageracion que las malas nuevas llevan desde lejos cuando van contadas por la voz de las pasiones. Pizarro, juzgando en peligro la vida de sus hermanos, determinó ir al Cuzco al instante, y se llevó consigo al licenciado Caldera, y á Antonio Picado, á quien habia hecho su secretario. En el camino tuvo diferentes avisos: porque recibió el mensage que le llevaba Luis Moscoso de parte de Almagro, en que le daba cuenta de lo que habia pasado, y despues una carta de un Carrasco en que le decia que se diese priesa si queria ver á sus hermanos vivos. Él se alteró, llamó á Moscoso y le reconvinó por su falta de verdad: mas insistiendo el otro en que la carta mentía, envió con él á Antonio Picado, para que le informasen con certeza del estado de las cosas; y sabiendo por ellos que todo estaba quieto, prosiguió su camino y llegó al Cuzco. No consintió que se le hiciese recibimiento ninguno, y se fué derecho á la iglesia, donde al instante le fué á ver el Mariscal. Abrazáronse con lágrimas, y luego prorumpió Pizarro: *Mirad como me hacéis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo solo maiz. ¿Dónde estaba vuestro juicio, que, habiendo lo que hay de por medio, os poneis en tales reyertas con mis hermanos? ¿No les tengo yo mandado que os respeten como á mi mismo? - No era necesaria esa priesa, contestó Almagro, pues que yo os he informado al instante de todo lo que ha pasado: á tiempo estais y lo sabreis. Vuestros hermanos han mirado mal en este caso, y no han*

*podido disimular el pesar que les causan las honras que el rey me ha hecho.* Llegó en aquel punto Hernando de Soto acompañado de muchos caballeros á darle la bienvenida; y luego que estuvo en su posada, reprendió mucho á sus hermanos, y ellos se disculpaban diciendo, que ya el Mariscal se tenia por gobernador del Cuzco, y trataba de repartir la tierra entre sus amigos, y que ellos en tal caso no habian hecho mas que lo que convenia á su honra y servicio.

El porte del gobernador en este paso no desdecia de la amistad antigua, ni del decoro que se debia á sí mismo y á su antiguo compañero: no así el del Mariscal, á quien verdaderamente no se puede excusar de inconsideracion y ligereza, y sobre todo de falta de miramiento á los respetos que debia á su gobernador y su amigo. Sin embargo, como los ánimos no estaban todavía enconados con ningun agravio positivo, y acaso mas bien por creer cada uno que la presa que se disputaban vendria á su poder sin nuevos escándalos ni dificultades, dieron fácilmente oídos á las gestiones de conciliacion que el licenciado Caldera y otros mediadores interpusieron; y la amistad y compañía de los dos capitanes se

21 de  
junio de  
1535.  
(1)

I Así está la fecha en Montesinos, que pone en la relacion de este año la ceremonia y la concordia á la letra: Herrera pone tambien los artículos de ella: son cinco, y ninguno dice relacion expresa á la causa inmediata de aquella primera disension, que era la pertenencia del Cuzco. Es verdad que las provisiones reales no habian llegado todavía; pero ¿no parecia natural prever y precaver el caso para cuando llegase? Los dos anhelaban por tener en su gobernacion la capital del Perú, y esto se olvida enteramente en la concordia, la cual parece mas una renovacion de compañía mercantil, que un arreglo político de mando y de gobierno.

volvió á renovar y confirmar en los altares. Celebróse, pues, la misa delante de ellos, partióse la hostia entre los dos, y se añadieron todos los juramentos y solemnidades que al religioso acto convenian. Votáronse uno y otro, si faltaban á la sinceridad y buena fe en el trato, á la conservacion y mantenimiento de su amistad y compañía, y á la reparticion igual de los provechos, á todos los males que deben sobrevenir en este mundo y en el otro á los perjuros; esto es, perdicion de hacienda y de honra, perdicion de vida, y perdicion de alma. Por honor á la religion de los dos me inclinaria yo á creer; á pesar de las sospechas que en esta ocasion manifiestan los historiadores, que uno y otro procedian de buena fe, y que tenian ánimo de cumplir lo que entonces ofrecian. Es cosa deplorable por cierto que promesas tan santas, y amistad tantas veces confirmada y jurada, se rompiese despues de un modo tan sangriento y cruel. Pero estos actos religiosos si infunden respeto y veneracion en el momento en que se celebran, no acaban por eso con los intereses ni con las pasiones: el corazon queda el mismo, y á la menor ocasion se escapa otra vez como primero, sin que pueda acusársele de falso y de sacrilego, aunque con razon se le tache de perjurio.

Publicóse despues la jornada del Mariscal para Chile: prefirió él para su viaje esta direccion, así por las riquezas que le decian habia en aquellas provincias, como por caer en los términos de la gobernacion que aguardaba. Alistáronse para seguirle todos los aventureros que no habian hecho todavía su fortuna, y aun algu-

nos que la tenían, en la confianza de mejorarla con él. Su amable trato, y su liberalidad sin límites, le ganaban todos los corazones, de manera que apenas había quien no le quisiese seguir. Ciento y ochenta cargas de plata y veinte de oro salieron de su casa para repartirla entre los capitanes que no tenían con que equiparse, sin recibir por ello mas obligaciones que la de pagarlo de lo que ganasen en la tierra á donde iban; y eso los que quisieron de su voluntad hacerlas, que muchos ni aun de aquel modo se obligaron <sup>1</sup>. Esta profusion mas que real con que se preparaba á su viaje, le quitó los medios que necesitaba para sus proyectos en Castilla. Trataba de casar á su hijo don Diego con una hija de un consejero de Indias, y tambien de comprar alguna renta en España. Pidió para esto á su compañero que le mandase dar cien mil pesos de su recámara, y Pizarro se los ofreció gustoso. Desembarazado de este cuidado, dió prisa á la expedicion, nombró por su teniente general á Rodrigo Orgoñez, hizo marchar muy delante de sí á Paullo Topa, un indio principal, de quien se hablará despues, hermano del Inca Mango, y al Vilehoma ó sumo sacerdote, acompañados de tres castellanos para que le prepara-

<sup>1</sup> Cuéntanse muchos ejemplares de esta generosidad: tenía un día junto á sí una carga de anillos, y un Juan de Lepo le pidió uno: Toma, le respondió Almagro, *los que te quedan en las dos manos*; y sabiendo despues que era casado, le mandó dar 400 pesos para que se fuese con su muger. A otro que le presentó una adarga, le agasajó con 400 pesos y con una olla de plata y asas de oro que valia mil ducados: al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes, le regaló 600 pesos, etc. etc.

sen y allanasen los ánimos de los naturales, y dando las instrucciones oportunas á los capitanes que dejaba en el Cuzco y en Lima, para que acabasen de reunir la gente y se la condujesen, se puso en marcha para sus descubrimientos.

Al despedirse los dos compañeros, Almagro dijo á Pizarro: que amándole como á verdadero hermano, y no deseando otra cosa sino que su amistad y buena armonía se conservase, y no hubiese nunca impedimentos y estorbos que la perturbasen y rompiesen, le pedia como hermano, como amigo, y como compañero, que enviase sus hermanos á Castilla, dándoles de la hacienda que á él pertenecia todo el tesoro que quisiese. *En esto, le decia, dareis á la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella á quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos.* A esto respondió el gobernador, que le tenían amor de padre, y no darian jamás ocasion á escándalo ninguno. Consejo áspero sin duda para los oídos de un hermano, difícil de seguirse, atendido el carácter del gobernador; pero honrado, seguro, é inspirado como por instinto, previendo ya las desgracias que á toda prisa venian sobre ellos <sup>1</sup>.

No bien partió Almagro para su expedicion, cuando el gobernador hizo el repartimiento de las tierras del Cuzco, y dejando á su hermano

<sup>1</sup> Pizarro, dice Herrera, *aunque era astuto y recatado, pero en la mayor parte fué de ánimo suspenso, y no muy resuelto.* Década quinta, lib. 7, cap. 13. Acaso no podia el ya con sus hermanos lo que debia, á pesar del respeto que suponía en ellos.

Juan por su teniente en la ciudad, se volvió á Lima á dar calor á las obras que allí se construían; lo cual era entonces su pensamiento favorito y al parecer el primero de sus cuidados. Como en aquellos días todo estaba tranquilo en el Perú, los indios en paz, los españoles contentos, la voluntad del general respetada y obedecida como suprema ley; y no siendo esta voluntad, como le sucedía siempre en tiempos serenos, ni dura ni enojosa, se puede decir que esta fué otra época de su vida, honorífica y afortunada, en que disfrutó sin pesadumbre y sinsabores de la alta fortuna que se había sabido granjear. Era espectáculo por cierto bien curioso, ver á aquel hombre de una educación tan descuidada, y tan falto de noticias, disputar con los artifices sobre la dimension de las calles, altura de los edificios, situacion de los templos, edificios y casas públicas; defender con razones tomadas de la política, del comercio, y de la salubridad, la posicion que había elegido para el emporio que levantaba, y enseñar á sus compañeros y recién llegados á apreciar y disfrutar aquel paraíso en donde los ponía. Ejercitábase tambien en repartir dádivas que le ganasen concepto y amigos: y si á la verdad su compañero le llevaba en esta parte ventaja, no por eso Pizarro era considerado como escaso, y sabia dar con gracia y con magnificencia cuanto era menester. Al licenciado Caldera, al clérigo Loaisa, á los dos hermanos Henriquez, á Tello y Luis de Guzman, á Hernando de Soto cuando se despidió de él para venirse á España; en fin, á otros muchos caballeros y soldados dió presentes de

príncipe, sin ostentacion y sin violencia, como convenia á un gran conquistador <sup>1</sup>.

En Lima encontró esperándole al obispo de Panamá, que venia con comision del rey para arreglar los límites de las dos gobernaciones, la suya y la de Almagro. Pero como las provisiones originales que debian servir de base á la operacion las traía Hernando Pizarro, y este no acababa de llegar, nada pudo hacerse en negocio tan necesario. Insinuóse tambien al obispo que su comision era ya supérflua, hallándose tan conformes las voluntades de los dos gobernadores por la última concordia que habían hecho. La verdad era que ninguna de las dos partes lo queria; y el prelado, muy poco satisfecho de la sinceridad y buena fe con que en

o x Sabia dar tambien como particular con discrecion y silencio, de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos á quienes socorria. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solia jugar con menesterosos, y se dejaba ganar para que se socorriesen de este modo, y saliesen honrados con el lauro de jugar mejor que él. El pasaje del tejuelo de oro llevado al juego de pelota para socorrer á un soldado es citado por todos los Historiadores: el tejuelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para dárselo al soldado sin que nadie lo viese; mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso á jugarle sin desnudarse el sayo, ni sacar el peso que llevaba, hasta que vino el soldado, que tardó mas de tres horas, y llamándole á parte, le dió el oro, diciéndole que mas quisiera haberle dado tres tantos mas, que el trabajo que había padecido con su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afabilidad, su buen trato y su llaneza, nada le honra mas que aquel paso de arrojarle al rio de la Barranca á sacar por los cabellos á un indio yanacona cuyo que, caído impensadamente al agua, se le llevaba la corriento: reñianle sus capitanes aquella temeridad, y él les contestó, que no sabian ellos qué cosa era querer bien á un criado.

aquel país se procedia en este y otros negocios, se valió de este pretexto para volverse á su iglesia, rehusando el gran presente que el gobernador quiso hacerle, y admitiendo solo la limosna de mil pesos de oro que le dió para los hospitales de Panamá y Nicaragua.

En este tiempo fué tambien cuando Pizarro dió al capitan Alonso de Alvarado la comision de ir á pacificar los Chiachapoyas, nacion situada al oriente, para ensanchar por allí la dominacion española y la propagacion del Evangelio. Los diferentes sucesos de Alvarado en su expedicion no son de este lugar; pero él hizo prueba en ella de la prudencia, templanza y honradez de carácter que siempre le distinguieron, y supo conservar aun en medio del furor de las guerras civiles, sin embargo de que en estas no fuese tan afortunado como solia serlo en las de los indios.

Llegó en fin á Lima Hernando Pizarro de vuelta de Castilla. Allí habia sido admirado y atendido como correspondia á las grandes riquezas que trajo á la metrópoli, y á los descubrimientos y conquistas que se habian hecho. España toda se conmovió á su llegada, casi como lo habia hecho al tiempo en que Colon vino á presentar el Nuevo Mundo á los Reyes Católicos. Ahora se cumplian las esperanzas de entonces, y por ventura excedia la realidad á la esperanza. El mensajero que tanta parte habia tenido en aquellos acontecimientos, fué altamente honrado y favorecido, y se le despachó por la corte á medida de su deseo. Las prerogativas de criado de la casa real, el hábito de

Santiago, la facultad de llevar ciento y cincuenta soldados de Castilla, la preeminencia de general de la armada en que volviese á las Indias, en fin, la recomendacion de su persona, y el encargo expreso de toda diligencia y buen despacho á todos los gobernadores, comandantes y demás empleados públicos, por quienes hubiesen de correr los negocios y los preparativos de su vuelta, no parecieron gracias superiores á su mérito y á su opinion. A su hermano el gobernador se le dió el título de Marqués, y setenta leguas mas de gobernacion, por luenago de costa y cuenta de meridiano. Al Mariscal, por quien tambien pidió, estimulado de las diligencias que empezaron á hacer en su favor los capitanes Mena y Sosa, se le concedió, con el título de Adelantado, la gobernacion de doscientas leguas de costa, línea recta de Este, Oeste, Norte y Sur, desde donde se acabasen los límites de la jurisdiccion de Don Francisco Pizarro; con la facultad de nombrar por sucesor de ella despues de sus dias á la persona que quisiese. Llamóse en los despachos Nueva Castilla á las tierras sujetas á Pizarro, y Nueva Toledo á las de Almagro; pero estos nombres no han subsistido. Las cartas con que el Rey contestó á los dos descubridores fueron graciosas, muy apreciadoras de sus servicios, y prometiendo honrarlos y hacerlos siempre merced. Al padre Valverde se le recompensó con el obispado del Cuzco, para el cual fué presentado á su Santidad. En fin, como Hernando Pizarro prometia montes de oro, y la corte tenia tanta necesidad de él, se le encargó que volviese pronto con todo lo

que hubiese recogido de quintos, y con el producto de un servicio extraordinario que se obligó á sacar de los conquistadores. Con esto se volvió al Perú, seguido de un número considerable de caballeros y soldados que quisieron ir con él á adquirir honores y riquezas en Indias; y llegó á Lima poco tiempo despues que su hermano habia vuelto del Cuzco, y Almagro partido á Chile.

Dícese que á vista de las provisiones que enviaba la corte se renovó en el gobernador el sentimiento de emulacion y de envidia contra su compañero; y que receloso de que el Cuzco saliese de su poder, reconvino á su hermano por haber consentido que se diese á Almagro la gobernacion de Nueva Toledo. A esto Hernando Pizarro contestó que los servicios del Mariscal eran tan notorios en la corte, que aun aquel galardón parecia corto al Rey y al consejo; que por lo demás, en las setenta leguas que le traia añadidas á su gobernacion, debia estar comprendido el Cuzco, y tambien mas allá, con lo cual debia desechar aquel cuidado. No omitieron sin embargo los dos hermanos las diligencias oportunas para asegurarse mas y mas de aquella gran posesion. En primer lugar dilataron entregar á Juan de Rada, capitán de Almagro, los despachos originales en favor de su general, que sin cesar les pedia para llevarse los con el refuerzo de gente que estaba reuniendo en Lima para seguirle. Hernando Pizarro se los negó bajo diferentes pretextos, y al fin le dijo que en el Cuzco se los entregaria: todo para dar lugar á que el Adelantado se alejase mas y

mas cada vez, y las provisiones le encontrasen á tanta distancia, y acaso envuelto en dificultades y negocios, que no le permitiesen dar la vuelta. Tambien juzgó el gobernador oportuno que su hermano fuese allá á tomar el gobierno de la ciudad, que á la sazón estaba encargado á Juan Pizarro: pues en el caso de contradiccion de parte de Almagro, y suponiéndole con miras hostiles á su vuelta, queria que el mando y la direccion de aquellas cosas estuviesen en manos mas firmes y mas capaces.

Entretanto que se disponia esta jornada, Hernando Pizarro ansioso de cumplir las promesas que habia hecho en la corte, ostigaba á los conquistadores para que hiciesen al rey un servicio extraordinario, y le ayudasen á hacer frente á los enemigos y guerras que tenia en Europa. No daban ellos fácil oído á estas persuasiones: decian que hastante hacian por el rey en enviarle aquellos grandes quintos que de ellos recibia, ganados á fuerza de sudor, de trabajos y de sangre, sin que el rey de su parte les hubiese ayudado con nada para ello: que no querian contribuir mas con sus haciendas para que él y su hermano solos fuesen los agraciados por el rey. De tantas mercedes y honores como les habia prometido al partir, ¿qué habia traído sino el hábito de Santiago para sí, y el título de Marques para su hermano? Amagábalos él con que les haria restituir el rescate de Atahualpa, el cual por ser de rey pertenecia al rey; y abandonándose á su genio arrogante y orgulloso, los tachaba de ingratos y hombres viles, que no merecian la fortuna que tenian. La cuer-

da era delicada, y el gobernador tomó la mano en la contienda, volviendo por sus compañeros. El los defendió de los insultos de su hermano, les dijo que merecian tanto como los que asistieron á Don Pelayo en la restauracion de España, y añadiendo que la lealtad castellana no se ponía nunca á controvertir servicios con su príncipe, les pedía que se la mostrasen con generosidad en la ocasion presente, dándoles de paso la esperanza de que tal vez les concedería á perpetuidad los indios, que hasta entonces no tenian mas que en depósito. Estas palabras, dichas con la afabilidad que solia cuando trataba de ganar los ánimos, dispusieron á la generosidad á los conquistadores ricos que á la sazón se hallaban en Lima: de modo que, reunida gran cantidad de dinero para el servicio ofrecido, Hernando Pizarro apresuró su partida al Cuzco, á ver si podía conseguir de sus vecinos un donativo igual, y estar entretanto á la mira de los acontecimientos.

Bien era menester que tomase el mando allí entonces un hombre de su esfuerzo y de su resolución. Agolpáronse al instante con celeridad espantosa las dificultades, los peligros, y aun los desastres. Creíase que solo habria que defender el Cuzco contra las pretensiones aun inciertas del Adelantado Almagro: pero el Cuzco y todo el Perú empezaron á titubear en las manos españolas; y el alzamiento general de la tierra, y la discordia civil, que casi á un tiempo estallaron, vinieron á poner en mortal peligro lo que tanto trabajo habia costado adquirir. Mas para dar al estado de las cosas la claridad que corresponde, es preciso tomar la narracion des-

de mas arriba, y llevar la vista y atencion á los indios, de quienes mucho tiempo ha que no hablamos.

No por ver al Inca desbaratado y prisionero en Caxamalca, desmayaron sus generales, ni faltaron á lo que debian á su rey y á su pais. Si no pudieron inspirar mas despecho y fuerza á la muchedumbre que dirigian, y si no acertaron á prevalecer contra la disciplina y armas tan superiores de sus enemigos, á lo menos mantuvieron en cuanto estuvo de su parte la libertad de su patria: combatian cuantas veces tuvieron soldados con que guerrear, y al fin murieron todos libres é independientes, sin reconocer ni sufrir el ageno señorío. Irruminavi, que estaba en el ejército de Atahualpa cuando aquella sorpresa, se escapó al Quito con los cinco mil indios que mandaba, y allí puso la provincia en un estado de defensa tal, que vencedor unas veces, vencido otras, haciendo siempre frente á Belalcazar, sucumbió á la verdad bajo la superior destreza y esfuerzo de su contrario; pero quitándole del todo el fruto de su victoria, frustándole para siempre de los tesoros á que aspiraba, y pereciendo en medio de los tormentos sin dar ninguna muestra de flaqueza<sup>1</sup>. Ya hemos visto como pereció Chialiquichiana en poder de Pizarro, y su suplicio acredita menos su

<sup>1</sup> Belalcazar le sorprendió por la traición de algunos indios que avisaron donde estaba; hizole dar tormento á él y á sus compañeros de prision para que descubriesen los tesoros del Quito; pero ellos, dice Herrera, se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia y él inhumanamente los hizo matar.

culpa, que el temor que infundia con su crédito, y con su valor, y la poca esperanza que se tenía de ganarle en favor de los invasores.

En fin, Quizquiz cubrió y defendió las provincias de arriba; llevó sus indios muchas veces al combate, y luego que vió perdido el Cuzco se hizo recibir por capitán de los mas valientes mitimaes de las provincias comarcanas del Cuzco, que eran los Guamanconas oriundos de las provincias del Quito, y probó otra vez la fortuna de la guerra: primero en el puente de Apurimac, cerca del Cuzco, contra el gobernador, y luego contra los castellanos de Xauxa acaudillados por Gabriel de Rojas, que se hallaba á la sazón en aquel valle. Allí se peleó mas obstinadamente: los castellanos vencieron, pero no hubo ninguno de ellos que no quedase herido, uno fué muerto y tambien tres caballos, y ademas prendieron á sesenta yanacónas, que Quizquiz hizo matar luego, como sus mas implacables enemigos. Él prosiguió su camino al Quito, á donde habia ofrecido llevar sus mitimaes. Allí tuvieron un encuentro con Belaleazar en que tambien fueron vencidos. Entonces los capitanes aconsejaron á Quizquiz que hiciese paz con los españoles, pues ya veía que eran invencibles. Él los llamó cobardes, y acalorándose la disputa sobre si habian de rendirse ó no, uno de los principales le dió un bote de lanza, y los demas le acabaron á golpes de maza y de hacha.

Estos ejemplares sangrientos y terribles debían poner escarmiento en cualquiera que quisiese hacerse campeón de la independencia peruana. Mucho mas cuando los españoles, despues

de la muerte de Toparpa, continuaban la farsa de tener un Inca con representacion de rey, para que fuese su primer esclavo, y mandar y aun castigar en su nombre á la gente del país. Pero el daño les vino, como frecuentemente sucede, de la misma precaucion. Habia Don Francisco Pizarro, á poco tiempo de estar en el Cuzco, hecho poner la borla de rey, con todas las ceremonias acostumbradas en el país, á aquel Mango Inca, que se pasó tan oportunamente á él en los encuentros anteriores á la entrada de la capital. Como todos decian que á la ley de hijo de Huayna-Capac era á quien con mejor título pertenecía el reino, se recibió general contento de esta eleccion, los indios permanecieron tranquilos bajo su mando, y el Inca en sus principios no desmereció por su conducta reverente y oficiosa el puesto á que el gobernador le habia elevado. Duró este sosiego hasta que empezaron á romper las pasiones de los dos capitanes españoles en el Cuzco: los indios se dividieron tambien, unos siguiendo un partido, otros otro, siendo lo extraño en este caso, que el Inca Mango siguiese mas bien el bando de Almagro que el de su bienhechor. En vano procuraron ellos despues de estar conformes entre sí, conciliar tambien á los naturales; pues aunque en una junta que tuvieron con los mas distinguidos, persuadieron, rogaron, y aun interpusieron su autoridad para que cesasen en sus divisiones, nada pudieron conseguir, y el Inca y sus parientes quedaron enemistados <sup>1</sup>. Despues,

<sup>1</sup> Sucedió en esta junta que un hermano del Inca, mancebo de poca edad, viendo que algunos señores que allí se ha-

cuando Almagro partió á su jornada de Chile, pidió á Mango que le diese dos señores para que se fuesen con él, y le dió, segun ya dijimos antes, á su hermano Paullo Topa, y al Vilehoma, dando á entender que alejaba al uno por celos políticos de mando, y al otro porque le tenia por inquieto y peligroso en razon de su poder. Esto, á lo menos en cuanto al sacerdote, no era mas que pura apariencia: pues antes de partir, dejó concertado con Mango el plan del levantamiento, y apenas supo que estaba empezado, cuando volvió apresuradamente á tomar parte en él y á dirigirle.

Luego que llegó el tiempo oportuno para el intento, el Inca convocó secretamente á los principales señores de las tres provincias convecinas, y hechos muchos sacrificios y ceremonias á su usanza, les propuso el estado de las cosas, y les pidió consejo sobre lo que se debía hacer, para salir de la sujecion en que aquellos extranjeros los tenian: recordóles la mansedumbre y justicia con que los habian gobernado los Incas sus antepasados, y la prosperidad con que iban entonces todas sus cosas: manifestó el desorden y trastorno que todo habia padecido con la llegada de los castellanos, el sacrilego robo de los templos, la corrupcion de las costumbres por el desenfreno de su lujuria, tenidas por

llaban no hablaban con su rey de rodillas, segun la antigua costumbre, los reprendió con tanta vehemencia, y sus palabras tenian un espíritu tan brioso y resuelto, que el gobernador español se alteró oyendole, le amenazó, y le dijo malas razones; cosa que desagradó á muchos, por parecer un despique que no le hacia honor.

mancebas sus hijas y sus hermanas, y por esclavos los hombres, sin mas ocupacion que la de buscarles metales y servir á sus caprichos. Ellos habian hecho alianza con los Yanaconas, la clase mas vil de aquella tierra, y les habian dado alas y soberbia para insultar á sus señores, y aun vilipendiarle á él: lo mismo sucedia con muchos mitimaes, de modo que ya no faltaba sino que le despojasen de la borla. ¿Qué habia hecho el Perú á aquellos hombres insolentes para haber entrado en él á mano armada y dar muerte á Atahualpa, á Chialiquichama, y demas personajes, la flor y el esplendor de aquel reino? Advirtióles del aumento progresivo y espantoso que iban tomando, y que si se descuidaban en el remedio, ya despues sería tarde para conseguirlo. La ocasion presente no podia ser mas oportuna: los mas valientes y mejores se habian alejado con Almagro, y era probable que no volviesen de Chile: los demas, divididos y situados á grandes distancias, podrian ser atacados y oprimidos á un tiempo, sin que pudiesen valerse unos á otros. Era preciso pues aprovechar la conjuntura inmediatamente, y aventurarle todo para conseguir la ruina y destruccion de hombres tan injustos y crueles. Respondiéronle primero con llantos y gemidos, y despues á una le dijeron que hijo era de Huayna-Capac, y todos darian la vida por él: que los sacase de aquella dura servidumbre, y el Sol y los dioses estarían en su favor. Y pasando despues á consultar las disposiciones que deberian tomarse, la primera en que convinieron, como base principal de todas, fué en que procurase el

Inca salir del Cuzco con la mayor cautela que pudiese, y se volviesen á reunir todos en paraje seguro.

No estuvieron estos tratos tan secretos que al fin los Yanaconas no los rastreasen y avisasen de ello á los españoles. Así es que aun cuando Mango logró escaparse dos veces del Cuzco, dos veces fué vuelto á él, y la última puesto preso con buena guarda, para que no lo intentase la tercera. Temieron los indios segunda catástrofe como la de Atahualpa, pero por fortuna los castellanos ni le estimaban ni le temian; y ademas Juan Pizarro estaba muy lejos de tener la autoridad de su hermano para atreverse á tanto, ni tampoco su resolucíon. En esto llegó Hernando, y, sea compasión ó desprecio, sea política ó codicia, como lo suponian sus enemigos, lo primero que hizo fué poner á Mango en libertad. Él usó de ella al principio con discrecion y con recato. Supo ganar los oídos del nuevo comandante con su artificio y sus lisonjas, su compasión con sus lástimas, y su confianza con su porte obsequioso á un tiempo y desahogado. Mas nada le movió tanto para ello como la oferta que hizo de alhajas y tesoros. Sobre todo le hablaba de una estatua de oro de su padre del tamaño del natural, cuyo paradero era conocido de él. La codicia es tan crédula como ciega: dióle fe Hernando Pizarro, y pidiéndole el Inca licencia para ir á buscarla, se la concedió gustoso. Mango pues salió del Cuzco á ciencia y presencia de todos, acompañándole, ademas de los indios que llevaba, dos castellanos y el intérprete del comandante. Este á los ocho dias

conoció el yerro que habia cometido, y salió con ochenta caballos á buscar al Inca en Calca, lugar poco distante de la capital. Al acercarse allá encontró á los dos castellanos que le dijeron como iban despedidos, habiéndoles mandado Mango que se fuesen, pues no necesitaba de ellos. Quiso sin embargo dar vista á Calca, y fué acometido de los indios, que le dieron en que entender toda la noche, y al fin tuvo que volverse al Cuzco á la mañana siguiente, cargándole ellos, y molestándole hasta que le cerraron en la ciudad.

Ya entonces la guerra estaba abiertamente declarada, y los indios la hicieron con tanta resolucíon como porfía. La lucha, aunque desigual, no lo era tanto como al principio: porque mas habituados á la vista de los caballos y al estrépito de los arcabuces, no llevaban tanta disposicíon al terror ni á la sorpresa, y sabian suplir la desigualdad de sus armas con la muchedumbre de gente, y la falta de robustez con la impetuosidad y el teson. Inundaron pues como diluvio las avenidas del Cuzco, tomaron de sorpresa y rebato la gran fortaleza exterior, ganaron tambien una casa fuerte inmediata á la plaza en que los castellanos querian atrincherarse, ocuparon las casas, barrearón las calles, y haciendo en las tapias sus agujeros y troneras, se comunicaban á su placer por todas partes, pareciendo todavia mas de los que eran. Los españoles reducidos á doscientos, y á mil Yanaconas que peleaban en su compañía, no tuvieron otro recurso que recogerse á la plaza, y allí acuartelados en dos casas y en sus toldos, se de-

fendian como podían de las piedras, flechas y armas arrojadas, que á manera de espeso gránizo venían disparadas contra ellos. Hacían á veces salidas de aquellos reparos, y entonces llevaban de vencida á los indios por las calles, deshaciéndoles sus trincheras, y alanceando y derribando á los que alcanzaban; pero luego tenían que volverse á sus guaridas, y los indios rehechos repetían sus ataques y sus insultos. Pudieron en fin los castellanos ganar la casa fuerte de la plaza, y aun echar á sus enemigos de la ciudad: mas no por eso los pudieron alejar mucho de allí, y mientras los indios tuvieron en su poder la gran fortaleza exterior, les molestaban con ventaja. Tratóse de ganársela también y con efecto se consiguió; pero fué á costa de la vida de Juan Pizarro, que recibió una pedrada mortal en la cabeza al tiempo en que, por la fatiga del día, se acababa de quitar la celada. Era de los cuatros hermanos el de menos orgullosa y arrogante condición, y por eso su pérdida fué sentida generalmente de todos sus compañeros de armas. Mientras se combatía la fortaleza, se combatía también en la ciudad, y los indios añadiendo golpe á golpe la pusieron fuego por diferentes partes. Las casas cubiertas de paja, según el uso general del país, ardiéron en un momento; los españoles veían quemarse sus moradas y sus efectos, al paso que el humo dándoles en los ojos, los imposibilitaba de pelear. Pasábanse los días y aun los meses; socorro, por mas que lo esperaban, no venía; los bárbaros les arrojaban las cabezas de los cristianos que mataban en diferentes puntos del país según los

encontraban, y la imaginación ya aterrada, se figuraba en todas partes el mismo peligro con mayor estrago. Defenderse allí era heroico, pero aguardar insensato; y no una vez sola estuvieron á punto de abandonar la ciudad y volverse por los llanos á Lima. El ayuntamiento se inclinaba á ello y aun lo pedía; pero Juan Pizarro antes de su desgracia, su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernando Ponce, sujetos todos de carácter indómito, lo contradijeron siempre, diciendo que era bajeza, y que antes se debería perecer. Este dictámen prevaleció, como era regular que sucediese, entre hombres tan valientes; y la conservación del Cuzco se debió entonces sin duda á la resolución verdaderamente heroica de aquellos capitanes.

En tal estado de cosas, Hernando Pizarro pensó que sería conveniente ir á atacar al Inca en el Tambo del valle de Yucay, punto situado como á seis leguas del Cuzco, en donde por la fuerza del sitio había fijado Mango su residencia<sup>1</sup>. Tomó á su cargo la expedición, y con setenta caballos, algunos infantes y buen golpe de indios amigos, llegó cerca del Tambo y abuyentó los diferentes cuerpos enemigos que le sa-

<sup>1</sup> *Por todas partes del, se habla del valle Yucay, se ven pedazos de muchos edificios y muy grandes que habia: especialmente los que ovo en Tambo, que está el valle abajo tres leguas entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo.... En este lugar tuvieron los Incas una gran fuerza de las mas fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunas peñas tajadas que hacian inexpugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de grandes andenes que parecen murallas, unas encima de otras.* Pádro CIEZA DE LEÓN: Parte primera, cap. 34.

lieron al encuentro. Mas llegado junto al muro del Tambo, la espesa nube de piedras que empezaron á lanzar sobre él, le desordenó los caballos, y fué preciso retirarse á un llano frontero de la puerta del lugar para rehacerse. Entonces los indios cobrando ánimo, salieron á él con tal gritaría y tal intrepidez, y en tan excesivo número, que los castellanos empezaron á temer, y mucho mas cuando vieron, que en un momento sacaron de madre el rio que pasaba por el lugar, y se lo echaron encima, y los caballos se atollaban. Añadíase á su confusion que oian y sentian disparar mosquetes contra ellos, señal de que ya los indios estaban apoderados de armas castellanas y sabian usarlas á propósito. Llegada la noche, trató el general español de retirarse, lo que hizo con grandísima dificultad y fatiga: los enemigos á cada paso le cargaban y le detenian, y el suelo erizado de espinos y de puas agudísimas y fuertes, embarazaba la marcha de los caballos, que apenas podian caminar. Los indios lo habian previsto todo, y el general español se volvió al Cuzco, no solo con la mengua de que le fallase su empresa, sino con el triste convencimiento de lo aguerridos y terribles que se iban haciendo sus enemigos. Experimentólo todavía mas en otra salida que hizo despues con ochenta caballos y algunos infantes. Habian alojado los indios en el sitio, y retirándose á sus asientos una gran parte de la muchedumbre; creyendo Hernando Pizarro por lo mismo, que le sería fácil sorprender al Inca en el Tambo á donde antes fué á buscarle. La fuerza que llevaba, el secreto con que salió, la ra-

pidez de su marcha, no fueron bastantes á salvarle de otro desabrimiento tan triste como el primero. Hallóse de repente sorprendido con el estruendo de las bocinas y atambores, y con el alarido de guerra de mas de treinta mil indios que le aguardaban apostados junto á las tapias del Tambo, defendidos en unas partes con fosos, en otras con terraplenes y trincheras, y entorpecido tambien con una represa el vado del rio. Veíase á lo lejos á Mango montado á caballo con su pica en la mano, gobernar y contener su gente en aquel punto inaccesible, mientras que algunos de los suyos armados de espadas, rodelas y morriones quitados á los nuestros, salian de sus reparos, arrostraban los caballos, y se entraban furiosos por las lanzas castellanas. Fué pues forzoso á Pizarro, con pérdida de bastantes indios auxiliares, retirarse á la capital, á donde de allí á pocos dias dieron los indios de improviso, por disposición de su Inca, un rebato tan fuerte, que á duras penas se les estorbó la entrada, y muchos españoles quedaron heridos en la refriega. Este teson, esta audacia, esta pericia militar, aunque imperfecta y grosera, mostraban cuanto pudieran hacer los indios en su defensa, si tuvieran caudillos dignos del espíritu que ya los animaba. Pero entonces faltaban capitanes al ejército, así como al principio de la conquista faltó ejército á los capitanes.

Al mismo tiempo que fué atacado el Cuzco fué embestida tambien Lima. Allí á la verdad no con tanto efecto, ni con tanto daño y peligro de los españoles, porque la tierra mas

llana dejaba toda su fuerza y su pujanza á los caballos, siempre temidos de aquella muchedumbre, y la proximidad del puerto ayudaba á reforzarse con gente y provisiones. Pero la angustia y congoja que el gobernador no sentia allí ni por sí mismo, ni por la poblacion, la tenia por el Cuzco y por sus hermanos. Nadie venia de aquella parte: los indios tenian interceptado el camino y aun la tierra: todos los castellanos dispersos eran muertos: los diferentes destacamentos enviados, ó por noticias, ó en socorro, tuvieron la misma suerte, menos los pocos que habian podido volver fugitivos y espantados á Lima, y otros pocos tambien reservados por el Inca, para servirse de ellos como esclavos. Por manera que llegaban ya á setecientos los españoles que en unos parajes ó en otros habian sido sacrificados por los indios á su defensa ó á su venganza. El fiero conquistador conoció entonces la temeridad de haberse extendido tanto en aquel inmenso país, y temió que la rica presa adquirida con tantos esfuerzos se le iba á escapar de las manos. Almagro estaba lejos; los demás establecimientos españoles de América lo estaban tambien, y él no osaba abandonar el punto central y necesario en que se hallaba para ir al socorro del Cuzco. Dispuso pues que Alonso de Alvarado, á quien hizo venir de los Chiachapoyas, fuese con quinientos hombres de á pie y de á caballo á sacar de peligro á la capital, y escribió además á Panamá, Nicaragua, Guatemala, Nueva España y Santo Domingo, encareciendo el riesgo en que estaban las cosas del Perú, y pidiendo á toda prisa so-

corros. Por la eficacia de las expresiones que usaba en estas cartas, podia conocerse la fuerza de los recelos que tenia. En la que escribió á Alvarado á Guatemala le decia: *que si le socorria le dejaria la tierra y se iria á Panamá ó á España*<sup>1</sup>. De todas partes le acudieron á su tiempo los refuerzos que pidió. Hernan Cortés le envió dos navios con armas, gente, caballos, y añadiendo á estos efectos regalos de amigo, le envió doseles, colgaduras, ornatos de casa, ropa blanca, vestidos, y entre ellos una ropa de martas, con la cual Pizarro se engalanó toda su vida en los dias solemnes. De Panamá le llevó el licenciado Gaspar de Espinosa bastante número de españoles, entre ellos una manga de arcabuceros; asimismo de las demas partes le vinieron refuerzos iguales ó mayores. Es verdad que todo esto llegó al Perú cuando ya sus conquistadores por sí solos habian sabido sacudir de sí el peligro, y aun el gobernador fué notado de pusilánime por haberse creído tan sin fuerzas. Pero no era de hombre pusilánime, por cierto, la resolucion tomada en el momento del mayor apuro de alejar todos los navios del puerto, quebrantando así á los indios la soberbia y la confianza, y quitando á los suyos el recurso de la mar. Era obligacion suya mantener y asegurar el país que habia conquistado y goberna-

<sup>1</sup> Es mucho de dudar que en el caso de haberse verificado el socorro, y por él se cobrase la tierra, cumpliese Pizarro su palabra. Estas expresiones, además del desaliento que manifiestan, son prueba bien clara de la persuasion en que así los Pizarros, como los demas conquistadores del Perú, estaban de que el país era suyo.

ba; y miradas sus precauciones por este lado no desdecían de su posición y atribuciones, aun cuando por ventura sus palabras fuesen sobradamente desalentadas. De cualquier modo que se considere, Pizarro debió á esta diligencia hallarse en pocos días con un ejército numeroso, compuesto en gran parte de veteranos, y al tiempo en que más lo había menester, no contra los indios, sino contra los españoles que iban inmediatamente á disputarle el imperio.

Nueve meses hacía que duraba este áspero conflicto entre indios y españoles, cuando empezó á oírse en el Cuzco que el Adelantado volvía. Los diferentes sucesos de su jornada á Chile no tienen inmediata conexión con esta vida, aun cuando por sus resultados no dejen de tener relación con ella. Vendriase por otra parte á coincidir en su narración con la serie uniforme, y por lo mismo cansada, de los trabajos y fatigas que siempre tenían que sufrir los castellanos en sus descubrimientos y correrías por aquellas desconocidas regiones. Al ir, caminos fragosos, sierras nevadas, ventiscas crueles en que padeció Almagro iguales angustias que su émulo Alvarado en las serranías del Quito, y se dejó allí helada la quinta parte de la gente. Al llegar, indios robustos y feroces con quienes tenía que estar continuamente combatiendo, y que si á veces se podían vencer, no por eso eran fáciles de subyugar. Hacia acá, arenales desiertos, falta absoluta de agua, y todas las molestias consiguientes, como si caminaran por los yermos abrasados de la Arabia. Por otra parte, ningún descubrimiento importante, ningún estableci-

miento útil, ningún hecho curioso: Chile quedó intacto para el valor de Valdivia y para la musa de Ercilla. Aquel bizarro y florido ejército que salió del Cuzco con tan grandes esperanzas, después de haber corrido más de trescientas leguas al Mediodía, viendo que la tierra era más pobre mientras más se internaba en ella, y no hallando más que despoblados, sierras heladas, pocos alimentos, menos oro, y muchos desengaños, se fatigó de marcha tan trabajosa y estéril, y pidió ansiosamente volver atrás. Los cabos que le mandaban estaban mal acostumbrados; y la fácil adquisición de tesoros, de poder y gloria que habían hecho ya tantos otros, y aun ellos mismos, en los campos de Méjico, de Guatemala y del Perú, les hacía mirar con ceño y desden todo lo que no fuese un imperio que rendir, y templos y palacios que saquear y que robar. Estaban ya en poder del Adelantado las provisiones originales de su gobernación que Juan de Rada le había traído, entregadas al fin en el Cuzco por Hernando Pizarro. Este era muy poderoso estímulo para tomar la resolución de volver, en la impaciencia que él tenía de mandar y gobernar, y ellos á su sombra de disfrutar y adquirir. Uno le decía que si le aconteciese morir allí, no quedaría á su hijo más que el nombre de Don Diego. Otros le aconsejaban que pues ya era gobernador efectivo de la Nueva Toledo, fuese allá al instante, y advirtiese que el Cuzco entraba en sus límites, y que ellos tenían voluntad de vivir en aquella ciudad y gozar de su abundancia y sus delicias. Con tales dichos y otros semejan-

tes, la cabeza de aquel hombre, ya desvanecida con los honores y mercedes que la corte le hacia, y que por otra parte era padre idólatra de su hijo, y general tan condescendiente y fácil como liberal con sus oficiales, no podia mantenerse firme contra las sugestiones de la ambicion, y era difícil que no se decidiese á contentar la suya y la agena á toda costa. Dióse pues la órden de retroceder, y el ejército se puso en marcha para el Cuzco.

Pasado el desierto que divide el Perú del reino de Chile, supo el levantamiento general de los indios, y el peligro y trabajos de los españoles. Esto le pareció que daba á su vuelta los visos de necesaria, y mas satisfecho de sí mismo, aceleró su viaje para dar por su parte el remedio y socorro que las cosas necesitasen. Como antes de salir á su expedicion eran tan estrechas las conexiones entre él y el Inca, desde Arequipa donde descansó algunos dias, le envió un mensaje para manifestarle la extrañeza que le causaban aquellas novedades; el deseo que tenia de saber las causas que habian tenido, y la buena voluntad con que venia á él para favorecerle en todo lo que pudiese. Respondióle Mango que holgaba de su vuelta: echó la culpa de su alzamiento á la avaricia de Hernando de Pizarro, y en obsequio de Almagro prometió suspender las hostilidades hasta verse con él, y efectivamente así lo hizo.

Esta negociacion, que duró algunos dias, fué entendida por los castellanos del Cuzco, que casi á un mismo tiempo supieron la llegada de Almagro al Perú, y que un ejército de españo-

les estaba en el valle de Xauxa. Era el de Alvarado, enviado, como ya se dijo arriba, por el gobernador en socorro del Cuzco, y que por motivos que despues se expresarán, se habia detenido allí como cinco meses. Hernando Pizarro entonces lo primero á que atendió fué á romper las inteligencias de Almagro con el Inca, sin duda para quitar al Adelantado el mérito y la gloria de haberle sosegado y reducido. Envio pues con un muchacho mulato una carta á Mango, en que le decia que no hiciese paz con Don Diego de Almagro, porque no era el señor, sino Don Francisco Pizarro. Mango dió la carta á dos castellanos de Almagro que á la sazón estaban con él, añadiendo, que bien sabia que los del Cuzco mentian, porque el verdadero señor era Don Diego de Almagro, y por tanto queria que á aquel mensajero se le cortase la mano por mentiroso. Rogaron mucho por él los dos castellanos, y al fin se contentó con solo cortarles un dedo, y con este escarmiento y respuesta, le dejó volver á los que le enviaron.

La segunda diligencia del comandante del Cuzco fué tratar de inquirir el designio del Adelantado, el cual ya se habia acercado á Urcos, lugar distante seis leguas de la ciudad. Decia él, y no sin alguna apariencia de razon, que si las intenciones de Don Diego fuesen sanas, al entrar en Urcos habria avisado de su llegada, ó se hubiera ido á la ciudad amigablemente á poner en seguridad á la capital y á los españoles que en ella habia, y tratar allí de conformidad lo que á todos conviniese; pero que no era buena señal estar tan cerca y ponerse en comunicacion

con los enemigos antes que con sus compatriotas. Acordaron, pues, que saliese Hernando Pizarro con su hermano Gonzalo y otros capitanes acompañados de la mayor parte de la gente, y caminasen hácia Urcos á ver si podian averiguar la intencion de Almagro; la cual se les hacia cada vez mas sospechosa, viendo la insolencia, y oyendo la griteria de los indios de guerra que les entorpecian y dificultaban el camino, y á voces les decian que ya era llegado Almagro que habia de matar á todos los castellanos del Cuzco.

Los indios, con efecto, habian creido de buena fe que el Adelantado se iba á juntar con el Inca en daño de la gente de la capital. Habia el general español, por medio de los frecuentes mensajes que él y Mango se enviaban, aplazado vistas entre los dos en el valle de Yuçay. Para ello salió Almagro de Urcos con la mitad de su gente, dejando la otra mitad á cargo de Juan de Saavedra, con orden de que allí le esperase sin hacer novedad ninguna. Mas las vistas aplazadas no pudieron verificarse: porque como los indios que andaban en las dos divisiones del ejército de Chile viesan que alguna vez hablaban y conferenciaban entre sí los castellanos del Cuzco y los recién venidos sin hacerse mal ninguno, antes bien con demostraciones de urbanidad y de benevolencia, tuvieron por trato doble el del Adelantado, y avisando de ello á Mango, el Inca en lugar de acceder á la conferencia, mandó tratar hostilmente á unos y á otros, empezando tambien la guerra entre los naturales y los españoles de Chile.

Entonces Almagro considerándose en mayor apuro que antes, pues en lugar de uno, tenia ya sobre sí dos enemigos, dió la vuelta hácia el Cuzco, y mandó á Juan de Saavedra que viniese á juntarse con él. Habia tenido entretanto este capitán una conferencia con Hernando Pizarro cuando éste salió al reconocimiento, de que ya se habló arriba, sin resultar nada positivo de las propuestas que uno á otro se hicieron, ni atreverse todavía á decidir el negocio con las armas, á pesar del deseo que ambos partidos tenian. Saavedra se contuvo por no faltar á las órdenes de su general: Pizarro por no dar lugar á que se dijese que ellos eran los agresores. Tambien por su parte el Adelantado habia enviado un mensaje á Hernando Pizarro, en que le avisaba de su venida con el objeto de socorrer á los españoles del Perú, y á su amigo el gobernador en el aprieto en que estaba: que era su intento tambien tomar posesion de la gobernacion que el Rey le habia dado, pues que esto podia hacerlo sin perjuicio de los pactos y capitulaciones hechas entre él y su hermano, pues no entendia separarse de ellas ni de la amistad y compañía que habia entre los dos. A Lorenzo de Aldana y Vasco de Guevara, que llevaron este mensaje, preguntó en particular Hernando Pizarro, rogándoles por su paisanaje y por su amistad antigua, que le dijesen cuál era en realidad la intencion del Adelantado: ellos le declararon que la de no separarse de la compañía y amistad de su hermano, ni de dar ocasion á escándalos y á sediciones. *Como tal sea su intencion*, dijo Hernando entonces, *suyo será*

*el homenaje, y hará de todos á su voluntad.* Acordóse en suma por los Pizarros que se contestase al Adelantado, que fuese su señoría bien venido, que no creían que hubiese cosa que impidiese la buena armonía que había entre él y el gobernador; que le suplicaban entrase en la ciudad, donde sería muy bien recibido, y que para su alojamiento se le desocuparía la mitad de ella.

Esta respuesta lo concertaba todo al parecer, y no dejaba lugar á dudas ni á contiendas. Mas no fué así: porque el concepto de falso y doble que Hernando Pizarro tenía, y el desprecio y mofa con que á la sazón hablaba de la persona del Adelantado, como siempre lo hacía, agriaban cuantas buenas palabras podía dar, y quitaban toda confianza á sus promesas. Por eso Almagro ordenó á Saavedra que se viniese á juntar con él, y para mas facilitar esta operacion, puso en marcha su gente para el campo de las Salinas, donde Saavedra vino á encontrarle. Reunidas allí las dos divisiones marcharon al Cuzco en órden de guerra, con las picas altas y las banderas tendidas: y haciendo alto antes de entrar, aunque sin dejar la formacion que llevaban, envió el Adelantado al regimiento de la ciudad las provisiones reales, con la intimacion expresa de que en virtud de ellas le recibiesen por gobernador.

Eran quinientos soldados los que llevaba consigo, hombres á toda prueba, regidos por capitanes experimentados y valientes, todos ganosos de honra y de riquezas, fieles á los intereses de su caudillo, y prestos y determinados

á perder la vida por él. En la ciudad, al contrario, no había mas que doscientos hombres de guerra divididos en opinion, muchos de ellos aficionados á Almagro por su buen carácter y liberalidad, y casi todos los principales cansados y ofendidos de la insolencia y orgullo de los Pizarros, y por consiguiente poco dispuestos á sufrir una guerra civil por los intereses de hombres tan odiosos. Mas no por eso los dos hermanos decayeron de ánimo, antes bien con toda diligencia y esfuerzo alababan á los valientes de su bando, animaban á los tibios, confirmaban á los dudosos; ponian de por medio los respetos de su hermano, ofrecian á unos, daban á otros, no omitian nada de cuanto con la diligencia, con el ingenio, con el trabajo, podía contribuir á la defensa y seguridad de la plaza que se les disputaba.

Llegados á Hernando Pizarro los comisarios con las provisiones, les envió al ayuntamiento diciendo que este vería lo que había de hacer. Los pobres regidores no sabian á qué atenerse, ni qué decidir: dentro tenían una especie de tiranos á quienes no querian ofender, y fuera una fuerza superior á la que en su concepto no era posible resistir. Declararon, pues, que las provisiones eran claras, respecto de la gobernacion del Adelantado, pero no de la ciudad, de la cual no se hacía mencion ninguna: que ellos no eran letrados ni geógrafos, para decidir si el Cuzco entraba en aquellos límites ó no: pero que siendo el caso grave convenia mirarlo bien, y para tratarlo con mas quietud, convendría que se hiciese suspension de armas por algunos dias.

El Adelantado, á quien se comunicó esta declaración por medio de Gabriel de Rojas y del licenciado Prado, que la ciudad diputó para hablarle, no venia al principio en la suspensión de armas que se le proponía, ni quiso admitir el alojamiento que se le tenía preparado en la ciudad; mas al fin, por honor y respeto á los comisionados, accedió á la tregua, con la condición de que él permanecería en el sitio en que se hallaba, y Hernando Pizarro no pasaria adelante en las fortificaciones que hacia. Es de creer que él viniese en este concierto de buena fe: no así sus capitanes, cuyas pasiones desenfrenadas le arrastraban al precipicio, así como las propias suyas despeñaban á los Pizarros. Juzgaban los confidentes de Almagro, y tal vez no se engañaban, que aquello no era mas que ganar tiempo, para dar lugar á que llegase Alonso de Alvarado, que ya según fama se hallaba en el puente de Abancay; y por lo mismo decian que era preciso ganarlos por la mano, y valiéndose de la oscuridad de la noche acometer la ciudad y prender á los dos hermanos. Esto no era á la verdad proceder según las reglas mas estrechas del pundonor militar; pero trataban con un enemigo cauteloso y arrojado, que no se paraba en ellas cuando no se ajustaban á su conveniencia ó á su orgullo. Arrastraron, pues, en este dictámen á su general, que dió por ventura, contra su inclinacion, la orden de embestir, encargando con toda eficacia que se abstuviesen de muertes, de robos, y de toda violencia que pudiese causar pesadumbre al vecindario.

La sorpresa se hizo con la mayor facilidad, por ser la noche oscura y lluviosa y haber abandonado sus puestos casi todos los soldados de la guarnicion, fatigados de las velas de las noches anteriores, y descontentos de aquellas diferencias. Solo en la casa de los dos Pizarros habia veinte hombres de guerra, y unos mosquetes montados á la puerta. El Adelantado con la mayor parte de sus capitanes y gente se dirigió á la iglesia: Rodrigo Orgoñez con tropa suficiente se encaminó á casa de los Pizarros, y Juan de Saavedra y Vasco de Guevara ocuparon las calles que iban á parar allí, para que no les fuese socorro. Los dos hermanos, oido el rumor, se arrojaron á sus armas, y partiendo entre sí los pocos soldados que tenían, se pusieron á defender las puertas y ventanas de la casa con un arrojo y una entereza digna de mejor causa y de mejor fortuna. Decia Orgoñez á Hernando Pizarro, que se diese, y le ofrecia todo buen tratamiento. *Yo no me doy á tales soldados*, contestó él, y seguia combatiendo. *Vos no sois mas que un teniente de gobernador en una ciudad*, replicó Orgoñez, *y yo soy general del nuevo reino de Toledo; el caso no es para entrar en esos puntos, y es preciso entregarse, ó aparejar las manos y pelear*. Peleábase en efecto con todo el furor que cabe en ánimos desesperados; y Orgoñez juzgando á mengua que aquello durase tanto, y queriendo tambien evitar la efusion de sangre, mandó que se pusiese fuego á la casa, cuya techo de paja al instante empezó á arder. Afligió esto á los cercados; pero no á Hernando Pizarro, en cuyo semblante

feroz se veía el contento de morir así, y no por la mano y superioridad de sus enemigos. Él insistía en combatir; pero el fuego cundía á toda prisa, el humo los ahogaba, dos grandes maderos quemados caían sobre ellos, la casa toda amenazaba por momentos desplomarse, y socorro no había que esperar. En aquel conflicto todos de tropel, así el que quiso como el que no quiso, cubiertos con sus adargas, se arrojaron entre sus enemigos, que inmediatamente los desarmaron y prendieron, mientras que la casa, no bien habían salido de ella, cuando con espantoso estruendo vino al suelo.

Si hubo algo de inconsiderado y cauteloso en la conducta de Almagro desde que entró en el Perú á su vuelta de Chile, no se puede negar que lo hizo desaparecer todo con el modo noble y moderado que tuvo en el uso de su primera ventaja. Excusó á los dos prisioneros la humillación de verse en su presencia; los hizo guardar con decoro y hasta con holgura, y cumplidas que fueron por el ayuntamiento las provisiones reales que llevaba, y el recibido y publicado por gobernador, anunció que no trataba de hacer novedad ni de alterar el estado de las cosas; y nombrando por su teniente en la ciudad á Gabriel de Rojas, caballero y capitán, que no era de su bando, pero muy estimado y de grande autoridad con todos, dió á entender que no iba á mandar como cabeza de partido, sino como un magistrado público amante del bien comun.

A la toma y posesion del Cuzco se siguió la derrota y prision de Alonso de Alvarado en el puente de Abancaj. Este general, que cinco me-

18 de  
Abril  
de 1537

ses antes había sido enviado por el gobernador para socorrer la capital amenazada de los indios, se detuvo todo aquel tiempo en Xauva, pacificando aquellos naturales. Decía para justificar su tardanza, que así se lo había mandado el gobernador; pero sus enemigos, para acriminarle, le imputaban que se había detenido allí por los intereses particulares de su amigo Antonio Picado. Lo cierto es que su socorro llegó tarde, y que el Cuzco se libertó sin él de los indios, y no pudo libertarse por su falta de caer en manos de sus adversarios. A la noticia de su venida el Adelantado le envió comisionados de toda su confianza para que le intimasen que pues se hallaba en los límites de una gobernacion agena, ó diese la obediencia al que la tenia, ó se volviese al distrito de la gobernacion de Don Francisco Pizarro. Iban por cabezas de esta embajada los dos Alvarados, hermanos del gobernador de Guatemala, amigos entonces y principales confidentes de Almagro, con los cuales escribió una carta amistosa á Alonso de Alvarado, convidándole á seguir su opinion y haciéndole toda clase de ofertas. Mas estos embajadores nada hicieron, sin embargo de ser al principio recibidos con mucha urbanidad y cortesía por el general adversario. Sea que sus importunaciones le enojasen, ó que temiese sus intrigas, ó acaso mas bien que resolviese guardarlos en rehenes de la seguridad de los dos Pizarros, Alonso de Alvarado no permitió que se le hiciese requerimiento ninguno, y luego los hizo desarmar á todos y poner en prision, contra la fe pública y el carácter de que iban re-

vestidos: con esto las cosas se pusieron en hostilidad manifiesta, y no podian menos de venir segunda vez á rompimiento.

Quando Almagro, pasados ocho dias, vió que no volvian sus amigos, sospechó al instante lo que era, y llamó á consejo á sus capitanes para determinar lo que debia hacerse en semejante coyuntura. Todos opinaron por la guerra siguiendo el dictámen del general Orgoñez, el qual resueltamente opinó que empezasen dando muerte á los dos Pizarros presos, y luego fuesen á encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenian ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas se pasarian de su parte, y así se pondrian en libertad aquellos caballeros, á quienes el Adelantado tenia tanta obligacion, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento de sangre, y le detenian todavía los respetos de su amistad antigua con el gobernador, aunque aborrecia á los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no quiso que se tratase mas de aquellas muertes, diciendo que la grandeza se conservaba mejor con los consejos cuerdos y moderados que con los vehementes y violentos. *Mostraos en buen hora piadoso, replicó Orgoñez, ahora que podeis: mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre, se vengará de vos á toda su voluntad, sin misericordia ni respeto alguno: palabras que anunciaban al pobre Almagro la suerte que le aguardaba, si al fin venia á caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel.* Resueltos á combatir, salen los castellanos

del Cuzco y van á encontrarse con Alvarado en el puente de Abancay. Los dos ejércitos eran iguales en gente, pero muy desiguales en fuerza: los de Alvarado estaban desunidos en opinion y poco deseosos de pelear. Pedro de Lerma, el capitan de mas reputacion entre ellos, mantenía inteligencias con Orgoñez<sup>1</sup>. Alvarado sospechándolo le habia mandado prender, pero él pudo escaparse, atravesar el río, y pasarse al Adelantado. Acrecentóse con esto la confianza á aquel ejército, que ya la tenia tan grande en el crédito de valor que gozaba, y en lo bien pertrechado que se veía. Alvarado dispuso juiciosamente su tropa segun la naturaleza del puesto que ocupaba: tenia delante el río, colocó en el puente y en los dos vados conocidos la gente que le pareció suficiente para su defensa, dando el encargo del puente á Gomez de Tordoya, el del vado fronterizo á Juan Perez de Guevara, y el de arriba á Garcilaso. Él con otro cuerpo quedó para acudir á donde conyiniese. Llegado Almagro al río, todavía quiso enviar un mensaje de paz á Alvarado pidiéndole sus amigos. Mas Orgoñez su general no lo consintió, diciendo que aquellas eran dilaciones dañosas, en que se perdian el crédito y el ánimo del mismo modo que el tiempo. Dió en seguida las disposiciones para pasar el río: amonestó á los soldados en pocas palabras que allí era preciso ó vencer ó morir, porque la guerra no queria corazones muertos; recordóles que iban á pelear, no con

<sup>1</sup> Lerma iba descontento, porque el gobernador habiéndole dado al principio el mando del ejército que iba en socorro del Cuzco, se le quitó y despues se le dió á Alvarado.

indios, sino con españoles tan esforzados y valientes como ellos, y que por lo mismo era preciso redoblar el esfuerzo para vencerlos. Esto dicho, se arrojó al río al frente de ochenta caballos los mejores, y seguido de los capitanes de mayor reputacion. Era de noche, el río hondo y crecido, el paso peligroso, y en medio de la oscuridad y del rumor se oían las voces de aquel hombre denodado: *Caballeros, ánimo, aprieta, que ahora es tiempo*, con las cuales se guiaban y alentaban los soldados que le seguían. Tiraban los contrarios á donde oían el rumor, mas los tiros se perdían y no hacían efecto alguno. Los caballeros, según iban pasando el río y llegando á la orilla, se apeaban, y terciando las lanzas como picas y formándose en batalla, cerraban con sus contrarios y los comenzaban á herir. No hubo allí mucha resistencia, porque desde el principio fué herido en un muslo y puesto fuera de combate el capitán Guavara que mandaba en aquel punto. El Adelantado, que con sesenta caballos y alguna infantería se había quedado para embestir el puente á su tiempo, luego que por el ruido y el estruendo de los mosquetes conoció que Orgoñez estaba en la otra orilla, arremetió con su impetuosidad acostumbrada, y arrollando cuanto se le puso delante, ganó el puente y se junto á los suyos. Pasábasele ya algunos de sus contrarios: mas Alonso de Alvarado con el cuerpo que se había reservado y alguna gente que pudo recoger, restableciendo el combate junto al puente, hacía con el mayor valor rostro á las picas y á las ballestas. Era de noche todavía: mez-

clábase el nombre del rey con el de Almagro en los gritos de los unos, y en los de los otros con el de Pizarro; y estos ecos, que al parecer debieran ser de paz, servían entonces para aumentar su desesperacion y su furia. Allí acudió Orgoñez, allí fué herido de una pedrada en la boca; pero aunque el golpe fué crudo, y le hizo saltar los dientes y arrojar á borbotones la sangre, él cada vez mas feroz alzando la espada y exclamando *aquí me han de enterrar ó he de vencer*, se entró por los enemigos, mandando á los suyos que sin piedad ni remision hiriesen y matasen, pues era ya una vergüenza que aquellos insolentes Pizarros se defendiesen de soldados tan valientes. Inflamados con estas palabras peleaban ellos como leones, y ya sus adversarios no los podían resistir. Alvarado, que al romper el día vió su desorden y mezclados ya muchos de los suyos con los de Almagro, desmayó de todo punto, y desenredándose de la refriega, pudo con unos pocos subirse á un cerro, donde se detuvo dudoso de lo que haría. Al fin determinó juntarse con Garcilaso, que estaba en el vado de arriba, y no había entrado en combate. Pero el incansable Orgoñez, que á todo atendía, se abalanzó con una banda de caballos por aquel camino, cortóle el paso, desbarató su gente, y le hizo rendirse prisionero. En este tiempo los cuarteles de los vencidos se ganaban sin resistencia alguna por el capitán enviado á tomarlos, y Garcilaso sabido el suceso, se vino también para el Adelantado, de modo que al salir el sol el campo era todo suyo, y fuera de duda la victoria.

Esta fué la primera batalla que se dió entre aquellos dos bandos tan encarnizados despues. Por fortuna no se derramó en ella mucha sangre ni de vencedores ni de vencidos: ni despues de la accion se afligió el ánimo con aquellas ejecuciones funestas, que en semejantes casos suele prescribir la inexorable razon de estado, ó permitirse la venganza. Almagro, tan humano como generoso, no quiso consentir en el decreto de muerte que ya el fiero Orgoñez tenia fulminado contra el general prisionero, cuando le llevaban al Cuzco<sup>1</sup>; mandó que se volviese á los vencidos lo que era suyo, y lo que no se encontraba que se pagase de su hacienda propia; en fin, se condujo con tal humanidad y cortesía, que los hizo suyos en gran parte, y si bien muchos le faltaron despues ó por flaqueza ó por inconstancia, no por eso perdieron jamás el interés que inspiraba su hidalga y benigna condicion. Cuando Diego de Alvarado, ya libre de sus prisiones, llegando á abrazarle y á darle el parabien de su victoria, le pidió, con generosidad, también harto noble de su parte, la suspension de la terrible orden de Orgoñez, *ya eso está hecho*, respondia él con una satisfaccion y una alegría, que daba á entender bien claro la bondad de su corazon, y cuan poco habia nacido para aquella terrible crisis en que la ambicion propia y age-

<sup>1</sup> La máxima de Ordoñez era que de los enemigos los menos, especialmente siendo cabezas; *porque, decia él, que perro muerto ni muerdo ni ladra*. Cuando le llegó la orden de Almagro para que no se procediese á la rigurosa ejecucion de Alvarado, contestó con ceño y desabrimiento: *pues así lo quiere, así sea, y á él le pesará*.

na le tenia puesto. En la conferencia que tuvo con Alonso de Alvarado, su conversacion era mas propia de hombre que justifica sus procedimientos y manifiesta la razon que le asiste, que de vencedor envanecido y enojado que acusa y acrimina. Quejóse, sí, con discrecion y templanza del agravio hecho á sus embajadores, y concluyó asegurándole que su tratamiento seria conforme á su persona; y en lo que tocaba á disponer de sí, viese él lo que le convenia, y cualquiera que fuese su resolucion, siempre le tendria por amigo.

Sin embargo de estas palabras de benevolencia y blandas disposiciones del Adelantado, el fiero y resuelto Orgoñez opinaba en el consejo de guerra que se tuvo despues de la batalla, que lo que convenia era cortar al instante las cabezas á los dos Pizarros, al general Alvarado y al capitán Gomez de Tordoya, y marchar inmediatamente sobre Lima para deshacerse del gobernador, y acabar así á un tiempo con las principales cabezas del bando contrario. Providencias, decia él, duras á la verdad, pero las únicas en que podian cifrar su seguridad, pues la experiencia tenia acreditado mil veces en América que quedaba encima el que se adelantaba primero y ganaba por la mano: y que si ellos no lo hacian así con los Pizarros ahora que los tenían en su poder, ellos lo harian con Almagro y sus amigos cuando los tuviesen en el suyo. Corrieron entonces gran peligro los prisioneros: la autoridad de Orgoñez, la energía de su carácter, daban sobrada fuerza á sus palabras, que ademas de lisonjear el orgullo de

aquellos capitanes embravecidos con su victoria, eran ayudadas poderosamente tambien del odio concepto que justamente se habian adquirido los objetos de su proscripcion y de su ira. Así es que llegó ya á tomarse un acuerdo conforme con aquella opinion rigorosa; pero en fuerza de los ruegos y consideraciones de Diego de Alvarado y otros mediadores, Almagro no quiso ponerlo en ejecucion, y el ejército se volvió al Cuzco quince dias despues de la batalla, sin coger fruto alguno de la victoria.

Hernando Pizarro entretanto se quejaba desesperado de la fortuna, considerando en aquella derrota de su bando cerradas por mucho tiempo las puertas á su libertad y á sus proyectos vengativos. Ibale á consolar y á divertir Diego de Alvarado con aquella atencion cortesana y amable simpatía que eran tan geniales en él. Jugaban para entretener el tiempo, y jugaban largo, como se ha acostumbrado siempre en América, y todavía mas entonces. Perdió Alvarado en diferentes veces hasta ochenta mil pesos, que enviándoselos á Hernando Pizarro, este se los devolvió rogándole que se sirviese de ellos. Desde entonces Alvarado hizo por gratitud y con mucha mas eficacia lo que antes habia hecho por mera compasion y conveniencia. Él fué el principal defensor que tuvo el prisionero contra las fieras y continuas sugestiones de Orgoñez, y se tuvo siempre por cierto que, á no estar él de por medio, acaso el Adelantado, á pesar de su blanda condicion, diera acogida al fin á los consejos de su general, y sacrificara los presos. Mas ya es tiempo de volver la vista

al Marqués gobernador: él á la verdad no habia intervenido ni directa ni personalmente en los acontecimientos que se acaban de referir; pero su nombre, su grandeza y su fortuna estan siempre en medio de ellos, como blanco principal á que se dirigian los esfuerzos de los que peleaban en el Cuzco y en Abancay.

La primera noticia que tuvo de la sorpresa del Cuzco y prision de sus hermanos fué la que le envió Alonso de Alvarado, de resultados de sus primeras comunicaciones con Almagro, pidiéndole al mismo tiempo sus órdenes sobre lo que debia hacer. Halláronle las cartas de Alvarado en Guarco, al frente de cuatrocientos españoles que habia reunido con los refuerzos llegados de diferentes partes de las Indias. Turbóse en gran manera con aquella inesperada novedad, y no pudo disimular su pesadumbre á los ojos de los que le observaban. Mas cobrado algun tanto despues, y considerando que por su parte no habia habido culpa en el rompimiento, *siento, dijo, como es razon, los trabajos de mis hermanos; pero mucho mas me duele que dos tan grandes amigos hayamos á la vejez de entender en guerras civiles, con tanto deservicio de Dios y del Rey, y tanta miseria y desventura como ellas ocasionan.* Dichas estas palabras de desahogo ó de disimulo, y dado cuenta al ejército de lo que pasaba, contestó á Alvarado que agradecia su aviso, y que aunque las cosas habian venido á un estado tan áspero, esperaba que Dios pondria paz entre su amigo y él, y encargaba que mientras iba á unirse con la gente que tenia, no se avistase con el Ade-

lantado, ni viniese á rompimiento. Llamó despues á los principales de su campo; y ponderando el deservicio que al Rey se hacia en aquel atropellamiento cometido por su adversario, y diciendo que á él como á su lugar-teniente y gobernador le tocaba contener y castigar á los que andaban alborotando la tierra y desasosegando las ciudades, les pidió que le ayudasen en aquella demanda, ofreciendo servirles y aventajarlos como lo tenia de costumbre y ellos experimentarían. Despues de este preámbulo artificioso les dijo, que como caballeros de honor y leales servidores del Rey le diesen su parecer, en la inteligencia de que él estaba dispuesto á seguirlo. La posicion de la mayor parte de aquellos militares era á la verdad bien delicada: habian sido enviados para defender el país contra el levantamiento de los indios, y apenas llegaban, cuando se encontraban con una guerra civil, y convidados á mover sus armas contra españoles. Ignorantes de los sucesos y de las pasiones que agitaban á los castellanos del Perú, no podian saber con certeza á quién darian la razon. Lo regular era que viesen las cosas como se las pintaban aquellos con quienes estaban entonces: hablábales el primer descubridor del país, su principal conquistador, gobernador por el Rey, y que, lejos del sitio en que se habian verificado los sucesos, no tenia al parecer parte ninguna en la malicia de ellos: veían un pueblo de castellanos sorprendido y entrado á la fuerza por un capitán castellano; dos personas tan principales como los dos Pizarros puestos en prision, ningún mensaje, ninguna pro-

puesta, ninguna disculpa por parte de los ejecutores de aquel atentado: no era fácil, atendido todo, que dejasen de tomar parte en los pesares del general que tenian presente, y era muy natural que se ofreciesen á servirle. Sin embargo, al manifestar sus opiniones, tuvieron mas cuenta con lo que la razon dictaba, que con esta inclinacion: y pareció á todos que el mejor camino era enviar mensajeros al Adelantado para reducir las cosas á paz y á concordia, escribiéndosele con todo comedimiento y amor, y que entretanto se enviase por gente y armas á Lima, por si acaso hubiese de venirse á rompimiento. Y no faltó quien propuso que lo primero que debia hacerse, era averiguar si el Cuzco caía en la gobernacion de Don Diego de Almagro, pues en tal caso todo lo demás era excusado. Este dictámen heria la dificultad de lleno; pero tambien heria las pasiones, y no se hizo caso de él.

El gobernador, queriendo á un mismo tiempo dar muestra de seguir la opinion ajena, y contentar tambien la suya, envió delante á Nicolás de Ribera con un mensaje pacífico al Adelantado, pidiéndole que soltase sus hermanos, y se pusiese término á las dos gobernaciones sin ofensa de ninguno; y él se preparó á seguir su camino por la sierra para juntarse con Alvarado <sup>1</sup>. Pero en esto llegó la nueva de la rota de

<sup>1</sup> Aquí fué donde puso guarda para su persona. compuesta de doce hombres, mitad con arcabuces y mitad con alabardas. Ya sin duda el que nada habia temido antes empezó á recelar por sí, á menos que lo hiciese por darse autoridad; pero en tal caso no hubiera aguardado hasta entonces.

Abancay, de la prision de su general, y de la disolucion total de su ejército; y desconcertado con este suceso tan impensado para él, se vió precisado á mudar de plan, y á esperar del tiempo y del artificio lo que no podia esperar de la fuerza. Temiase á cada instante ver venir el ejército victorioso sobre sí, y cortar de una vez con un golpe decisivo todas sus esperanzas y sus designios. Estos recelos suyos acreditaban el acierto de la opinion del general Orgoñez, cuando queria que desde Abancay se marchase derechamente á Lima, y se oprimiese á su adversario con celeridad y con sorpresa. Pizarro, pues, resuelto á negociar para rehacerse entretanto, y romper con esperanzas aparentes el ímpetu y pujanza de su contrario para despues combatirle de poder á poder, envió al Cuzco una embajada compuesta de las personas mas distinguidas de su campo, y él se volvió á toda prisa á Lima á levantar gente y formar un ejército igual al de sus enemigos.

Iba por principal negociador en aquella embajada el licenciado Gaspar de Espinosa, uno de los principales y mas antiguos pobladores y conquistadores de Tierra-firme, personaje muy respetado en Panamá, amigo antiguo de los dos gobernadores rivales, y segun las noticias adquiridas despues, compañero tambien de las ganancias de aquella empresa. Creyóse que sus respetos y las atenciones que uno y otro le tenian, conducirian las cosas á un término favorable; con tanta mayor razon, quanto era público que él y los demas comisionados llevaban poderes bastantes para fijar interinamente los términos

de las dos gobernaciones, y conseguir, sobre todo, la libertad de los presos. Llegados al Cuzco, donde fueron afable y honoríficamente recibidos, se empezó á ventilar el asunto, haciéndose recíprocamente las propuestas que á cada parte convenian. Consultábalas el Adelantado con los suyos, y los comisionados, permitiéndolo él, con Hernando Pizarro; el cual convino de pronto en las primeras propuestas de Almagro, por la necesidad, decia, que él tenia de salir prestamente de allí, y partir á Castilla á llevar al Rey sus quintos. No engañó á Espinosa este aparente celo y súbita conformidad, pues al instante le contestó, que si como hombre oprimido se allanaba entonces á todo por cobrar su libertad, y encender despues la guerra para vengar sus resentimientos, sería mejor buscar otros medios de concordia, aunque fuesen mas tardíos; una vez que lo que menos convenia era dar lugar y pábulo á aquellas pasiones tan perniciosas á todos, y á nadie mas que á los gobernadores mismos. Sintióse herido en lo vivo el prisionero; pero como era artero y disimulado cuando le convenia, mostróse agradecido á la buena voluntad del mediador, y poniendo el negocio en sus manos, aseguró y protestó que por parte suya no habria nunca alteracion en lo que se concertase.

Todavía estuvo Espinosa mas ingénuo y enterero con el Adelantado. Añadia Almagro propuestas á propuestas, segun se le iban concediendo las que proponia primero. Entonces Espinosa le llamó la atencion á lo que diria el mundo que los habia visto á los dos en tan per-

fecta conformidad por tantos años, y acabando tan grandes cosas por ella, cuando los viese ahora enemigos entre sí, causadores de sediciones y guerras civiles, manchando y escureciendo con su ciega ambicion la honra que por tan laudable amistad tenia adquirida: *Mas, dejado aparte, añadió, el vituperio que inevitablemente se os sigue, ¿dónde está vuestro juicio cuando aventuráis de este modo vuestra autoridad y vuestra existencia? ¿Pensáis que el rey ha de mirar con indiferencia el peligro y los males que ha de producir vuestra discordia, y que no pondrá en el momento que la sepa la orden que conviene para estorbarlos? No os engaños: presto ó tarde ha de venir quien os ponga en paz y os juzgue, y por ventura os castigue: entonces, aun cuando el que venga carezca de la ambicion, de la soberbia y de la codicia, tan comunes en los jueces comisionados que á estos parajes se envian, siempre os habeis de ver pesquisados, perseguidos y afligidos por hombres de agena profesion, que, segun su costumbre, ponderarán vuestros yerros y los desastres públicos, para acrecentar su crédito y encarecer sus servicios. No permita Dios que yo os vea en tan miserable estado, sujetos al alvedrio y voluntad agena, y expuestos á sufrir en vuestra autoridad, en vuestra hacienda, y por desgracia acaso en vuestra vida, la decision rigorosa de la justicia, ó la ciega y violenta determinacion de las pasiones. Consideradlo bien, os repito. ¿No son á la verdad harto anchas estas regiones*

*para que extendais vuestra autoridad y mando en ellas, sin que por unas pocas leguas mas ó menos, vayais ahora á enojar al cielo, á ofender al Rey, y á llenar el mundo de escándalos y desastres?* A estas palabras, dignas de notarse, por ser cabalmente un letrado quien las proferia, se contentó el Adelantado con responder que quisiera que aquellas mismas razones las hubiese dicho primeramente á Don Francisco Pizarro, cuya gobernacion era muy dudosa, segun los límites señalados por las provisiones reales, que pudiese llegar hasta Lima, cuanto menos al Cuzco, objeto de la presente diferencia, y que indubitavelmente caía en la suya; sobre lo cual, como cosa justa y autorizada, estaba dispuesto á perder la vida, si menester fuese. - *Segun eso, señor Adelantado, replicó Espinosa, vendrá á suceder aqui lo que dice el refran antiguo castellano, el vencido vencido, y el vencedor perdido.*

Podia Almagro haber añadido para justificar su poca inclinacion á convenirse, que aunque el gobernador habia dado á Espinosa y sus compañeros poderes amplios para negociar, un Hernan Gonzalez que venia con ellos le traía tambien secreto para revocar cuanto hiciesen. Esta cautela, tan fuera de sazón como poco conforme á la honradez y franqueza con que hombres que se precian de grandes y valientes deben tratar entre sí, llegó á rastrearse por los amigos y consejeros de Almagro; y no es extraño por cierto que sabida por él, agrase y alterase todas las benévolas disposiciones que pudiese tener para la paz.

La diligencia, sin embargo, y buenos respetos de Espinosa, pudieran por ventura arreglar el asunto de modo que no estallase en rompimiento; pero cuando ya se trataba de formar ciertos artículos en que unos y otros se habían convenido, adoleció gravemente y falleció de allí á poco. Sintieronlo mucho todos los que deseaban sinceramente la paz, porque cifraban en él las esperanzas de conseguirla: sintieronlo también los que le apreciaban por sus prendas personales, que sin duda eran estimables. Mas no así los soldados que habían militado con Balboa: acordábanse aun de haberle visto instrumento de la iniquidad de Pedrarias; y veinte años de servicios, de fatigas y descubrimientos en Tierra firme, de prudencia y moderación en su conducta, no habían lavado, ni lavarán ya jamás la mancha puesta á su nombre con aquella injusta sentencia.

Muerto Espinosa, el Adelantado despidió á los embajadores, con encargo de que dijese al gobernador que, para excusar revueltas y disensiones, lo mejor sería nombrar personas de buena conciencia que, oyendo á peritos, declarasen lo que á cada uno tocaba, con obligación de restituirse recíprocamente lo que cada cual tuviese sin pertenecerle; y le avisasen al mismo tiempo que él iba á ponerse en camino para las provincias de abajo, con el objeto de enviar al rey el oro de sus quintos, y de paso iría pacificando la tierra. Movió en seguida su ejército á la marina, llevando consigo en prisiones á Hernando Pizarro, y dejando en el Cuzco á su hermano Gonzalo y al general Alvarado, encar-

gados á Gabriel de Rojas que quedaba de gobernador en la ciudad. Este movimiento debía ya parecer nueva hostilidad á su contrario, y la arrogancia y soberbia de sus capitanes y soldados lo manifestaban mejor. Ufanos con la sorpresa del Cuzco, y la victoria de Abancay, lo menos que decían era que iban á arrojar al gobernador á mandar á sus anchos en las tierras de los manglares, y no había de quedar en el Perú ni una *pizarra* en que tropezar. Con estos fieros y esperanzas bajaron á los llanos, plantaron su real en Chíncha, y trataron de fundar allí una ciudad que les asegurase la costa, y fuese punto de abrigo para recibir los refuerzos de gente y armas que pudiesen venir, los despachos reales, y demas efectos que faltaban en las provincias de arriba. Este pensamiento se puso al instante en ejecución; poblóse la ciudad que llamaron Almagro, y que por su localidad, por su nombre, y por la ocasion, parecia destinada á servir de padron á la de Lima, de insulto y mengua á Pizarro, y de orgullo y riqueza á sus fundadores.

Entretanto Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado tuvieron modo de sobornar á sus guardas, y escaparse del Cuzco con otros pocos españoles que les quisieron seguir. Tomaron su camino por las sierras, y atropellando peligros y dificultades harto trabajosas, lograron llegar á Lima y abrazar al Gobernador, que se holgó en extremo de su libertad. Esta noticia, llevada al real de Chíncha, alteró los ánimos de modo que Almagro, arrepentido de no haber seguido los consejos rigurosos de Orgóñez, iba ya inclinán-

dose á ponerlos en ejecucion respecto de Hernando Pizarro. Jamás estuvo en mayor peligro este capitán; pero Diego Alvarado, constante en protegerle, templó la irritacion del Adelantado, y contradijo las razones que para despacharle daba siempre su general. Hizo mas aun, que fué salvarle de las funestas resultas á que su genio áspero y altivo le arrastraba frecuentemente. Tal debió estar un dia, que el alferrez general de Almagro, que casualmente altercaba con él, no pudiendo sufrirle, y perdiendo toda consideracion y respeto, le puso una daga á los pechos para pasarle el corazon, á tiempo que Alvarado pudo venir á detener el golpe y apaciguar la contienda.

Dió el gobernador oido á la proposicion de poner el negocio en tercería, y los dos contendientes se convinieron al fin en poner sus diferencias al juicio del Padre Francisco Bobadilla, provincial y comendador de la Merced, á quien uno y otro respetaban como sugeto de letras, probidad y pundonor. El primero que por su desgracia pensó en él fué el Adelantado, con mucha contradiccion de Orgoñez, que viendo claro en esto como en todo, decia abiertamente que el Padre Bobadilla era mas aficionado á Don Francisco Pizarro que no á él: que este juicio en caso de fiarse á alguno, debía ser, no á un hombre exento como lo era aquel religioso, sino á personas que temiesen á Dios, y tambien temiesen á los hombres; bien que, insistiendo siempre en su modo de pensar resuelto y desengañado, añadía, que la verdadera seguridad no consistia en frívolas convenciones, sino

en prepararse de modo que el enemigo no pudiese dañar ni ofender. A esto Almagro respondia que si no podia esperarse justicia de un hombre de las prendas que acompañaban al Padre Bobadilla, no habia en el mundo de quien poder fiar. Pero el suceso manifestó que Orgoñez no se engañaba, y el buen religioso correspondió bien mal á las esperanzas del Adelantado.

Es verdad que al principio mostró una grande imparcialidad, y su primera diligencia fué procurar que los dos competidores se viesen y hablasen á presencia suya. Esto era sin duda ir á cortar el mal de raiz, si todavia quedaba en ellos algun rastro de la amistad y confianza antigua: pues viéndose, hablándose y abrazándose, podian disiparse las sospechas y los efectos funestos de los chismes traídos y llevados por terceros. Concertáronse pues estas vistas para Mala, donde el provincial habia fijado su residencia y establecido su juzgado; y se hicieron todos los juramentos y pleitos homenages que se contemplaron necesarios para la seguridad de unos y otros, obligándose con ellos no solo los gobernadores, sino tambien sus respectivos generales, para que las tropas no se moviesen de los puntos que ocupaban, mientras la conferencia durase. Prestóle Rodrigo Orgoñez; pero sospechando siempre, segun su costumbre, la mala fe de sus contrarios, dijo á Almagro, levantando su mano derecha: *Señor Adelantado, no me contentan estas vistas: ruego á Dios que se hagan mejor de lo que yo lo adivino.* El adivinaba en esta coyuntura tan bien como en las demas, y solo como por milagro se escapó el

Adelantado de la celada que le tenían prevenida.

El primero que se presentó en Mala fué Pizarro, seguido, según el convenio hecho, de solos doce á caballo que eran sus principales amigos y confidentes. Poco tiempo despues marchó el Adelantado, acompañado de otros tantos caballeros, y luego que se supo su llegada, el Padre Bobadilla, el Gobernador y demas capitanes se pusieron á aguardarle á la puerta de la casa. Apeóse y fuese para el gobernador con el sombrero en la mano y le hizo reverencia, á la cual Pizarro correspondió tocándose con la mano la celada que tenía puesta, y saludándole fríamente. En otros tiempos se abrazaban cuando se veían, y lloraban ó de placer ó de sentimiento; pero la amistad traspiraba siempre en sus agasajos ó en sus quejas. Aquí ya la falsedad, el resentimiento y la desconfianza tenían endurecidos los corazones, y nada se pudieron decir que pudiese satisfacerlos y aplacarlos. Con alguna mas atencion recibió á los caballeros que le acompañaban, y como viese que no llevaban armas, les dijo que iban de rúa; á lo que ellos cortesmente respondieron, que para servirle. El provincial rogó á los gobernadores que subiesen á su casa, lo cual hecho, y hallándose algo apartados uno de otro, el primero que prorumpió á hablar fué Pizarro, que preguntó al Adelantado: *¿Por qué causa le había tomado la ciudad del Cuzco, que él había ganado y descubierto con tanto trabajo? ¿Por qué le había llevado su India y sus Yanacunas? ¿Por qué, en fin, no contento con estas tropelías le había hecho la grande injuria de*

*prender á sus hermanos? — Mirad lo que decís, contestó el Adelantado, en eso de afirmar que ganasteis el Cuzco por vuestra persona: bien sabeis vos quién la ganó. Yo he ocupado el Cuzco, porque era ciudad de mi gobernacion según las reales provisiones expedidas en mi favor; mi intencion era entrar con ellas sobre mi cabeza y no por armas: vuestros hermanos me la defendieron, y ellos me dieron justicia para prenderlos. — Si mis hermanos, interrumpió el gobernador, siendo mandados os la defendieron, mejor os la defenderé yo. — Por estas causas, continuó Almagro, he entrado en el Cuzco y me hice recibir por gobernador. — No eran esas causas bastantes para el desacato de prenderlos, ni para romper á Alonso de Alvarado en Abancay. Así, pues, volved el Cuzco y dad libertad á mi hermano, ó de lo contrario debéis considerar que va á resultar gran daño. — El Cuzco está en mi gobernacion, y no le devolveré, si el Rey no me lo manda. En cuanto á la libertad de vuestro hermano, letrados hay aquí, y ellos podrán determinar lo que sea justicia, y yo le soltaré si así lo declaran, con tal que se presente ante el Rey con el proceso. — Soy contento de ello, contestó Pizarro.*

Así altercaban los dos, cuando los amigos de Almagro llegaron á rastrear que Gonzalo Pizarro se había acercado con tropas á Mala, y aun se decia que tenía dispuesta una emboscada de arcabuceros en un cañaveral, aguardando á que las trompetas hiciesen señal para em-

prender su mal hecho. En un punto pues arriaron un caballo á la casa, entró Juan de Guzman, uno de los capitanes, en la sala, y le avisó como pudo de ello; y Almagro sin detenerse bajó, subió á caballo y con él sus amigos, y á todo galope desaparecieron. El Gobernador envió tras de él á Francisco de Godoy á saber la causa de aquella improvisa retirada, y á convidarle á que viniese á Mala á otro dia para terminar su conferencia. Pero el juego estaba ya descubierto, y el Adelantado, que por las razones mismas de Francisco de Godoy llegó á entender mejor la mala fe de su adversario, le contestó secamente que para presentar las escrituras y oír la determinación, bastaban los procuradores, y no era necesaria su presencia.

A este desabrimiento sucedió el fallo del juez compromisario, que le encontró todavía mas. El Provincial, vistas las escrituras, y oídos como perfitos los pilotos que las dos partes presentaron, pronunció su sentencia, que fué tal como si el mismo Pizarro se la dictára; porque dejando para el resultado de observaciones mejor hechas la division de las distancias y de los términos de una y otra gobernación, se mandaba

I Dicese tambien que Francisco de Godoy, uno de los capitanes de los Pizarros, descontento del maltrato y doblez con que se recibia á Almagro, no teniendo otro modo de avisarle, y viéndole subir á la casa del provincial, empezó á cantar un romancillo que decia:

*Tiempo es, el caballero,  
Tiempo es ya de andar de aquí.*

El Adelantado lo entreoyó, y por eso estuvo tan pronto á salir de la sala cuando Juan de Guzman subió á advertirle.

Don Diego de Almagro que volviese la ciudad del Cuzco á Don Francisco Pizarro que la poseía pacíficamente cuando él la tomó á fuerza de armas, y manifiestamente contra la voluntad del rey, sin ser juez allí ni gobernador; que diese además el oro y la plata perteneciente á los quintos del rey, y que dentro de seis dias entregase los presos con sus causas, para que vistos por él hiciese justicia y enviase el oro y la plata á la corte. Este era el artículo principal ó mas bien esencial de aquel fallo, que publicado y comunicado á las partes, fué alabado y consentido por el Gobernador. Por el contrario el procurador del Adelantado interpuso apelación para el rey y su Consejo de Indias, á lo que repuso el juez, como era de esperar, que de su sentencia no habia apelación, porque era de consentimiento de ambas partes interesadas.

Mas cuando el aviso de aquella decision tan parcial llegó al ejército, era de ver cómo en él se expresaban las pasiones de aquellos soldados, que de un golpe se creían despojados de lo que con tanto afán, tantos trabajos y peligros habian adquirido. Turbóles la nueva, y la melancolía y el silencio manifestaban bien su amargura y desaliento: mas luego se acordaron de que tenian en sus manos las armas mismas con que se lo habian adquirido, y entonces furiosos, decian que no debia sufrirse tamaña injusticia como la que aquel religioso habia hecho: y volviendo despues su cólera contra su general, á voces y en corrillos clamaban contra su ignorancia, contra su vejez y flojedad. *Por ellas, decian, triunfarán los Pizarros y ocuparán*

*las ricas provincias del Perú, mientras que nosotros habremos de ir entre los Charcas y Collas, que ni aun leña alcanzan para quemar. ¿No hubiera sido mejor, si habíamos de perder el Cuzco, pasar el río Maule, y entrar en las provincias del Estrecho de Magallanes? Esas á lo menos nadie nos las disputaría.*—El alboroto y la agitación eran tales, que el Adelantado, aunque lo intentára, no los pudiera apaciguar; pero era preciso sosegarle primero á él, que confundido y irritado con aquel desengaño, estaba fuera de sí, y prorumpia en expresiones que desdecían de su carácter y ajaban su dignidad. *¿Por ventura se ignora en parte alguna lo que yo he hecho para descubrir este nuevo mundo, y los trabajos, fatigas y dispendios que treinta años hace estoy gastando en servicio del rey y en esta empresa? Llámanme por desprecio tuerto y viejo: pues deben saber que si este viejo, este tuerto no se hubiera arriscado á ella con la eficacia y teson de que todo el mundo es testigo, Pizarro la hubiera dejado y vuéltose sin fruto alguno á Tierra firme: y ahora un fraile cauteloso y fementido ha venido á engañarme con sus mañas, para dejar en sus manos un juicio, que solo competía á letrados y juristas, y que él ha corrompido con tan inicua sentencia.*

Esta ira y exaltacion del Adelantado no eran de extrañar: Bobadilla espontáneamente habia dicho, que si él fuera juez de aquellas diferencias, partiria los límites de las gobernaciones de modo que la de Almagro empezase en la nueva

ciudad de este nombre, con la mitad de la tierra que habia desde ella hasta Lima. Juraba el fraile hacerlo por el hábito que traía; y el buen Almagro creyéndole, quiso que fuese él solo quien fallase en el negocio. Es probable que estuviese adestrado por Pizarro para este caso; y el Adelantado cayó simplemente en el lazo que le tenia armado su rival Orgoñez, viendo á su gobernador tan afligido, le consolaba á su modo y le decia: que no tomase pena por lo hecho, pues él mismo tenia la culpa por no haber querido dar crédito á sus verdades. El último remedio de este asunto era cortar la cabeza á Hernando Pizarro, retirarse al Cuzco y hacerse fuertes allí: *de este modo conocerá nuestro enemigo que no se quiere ni paz ni concordia alguna con él. El podrá seguirnos con su ejército; pero por poderoso que sea, los caminos no son tan fáciles, ni tan bien provistos, que en cualquiera punto no se le pueda desbaratar.* Repugnaba á Almagro aquel partido desesperado, y no se avenia bien con el derramamiento de sangre; y respondió á su general, que se viese si Bobadilla queria otorgar la apelacion, para evitar en cuanto fuese posible las guerras y los alborotos.

Entretanto lo que mas peligro corria era la vida de Hernando Pizarro, amenazada continuamente por los fieros de los soldados, y no segura de un instante de enojo en el corazón de Almagro. Su hermano lo veía bien, y así, prescindiendo ya de la declaracion de Bobadilla, quiso y propuso que se tratase de otros medios de concordia, y se diese libertad al prisionero.

Queríala conseguir á todo precio, y con tanto mas abinco, quanto en su corazon tenia propuesto no cumplir nada de lo que concertase por ella. Y como el Adelantado, aunque pronto á enojarse y tenaz en su ambicion, procedia de buena fe y repugnaba todo partido violento, dió por fin oidos á la negociacion que se entabló de nuevo, y en la cual no dejó de haber altercaciones y dificultades que serian prolijas de referirse. Pero todo vino á terminar en unos capítulos de concordia en que se convinieron, por los cuales el Cuzco quedaba en poder de Almagro interinamente hasta que el rey otra cosa mandase, y Hernando Pizarro era puesto en libertad, haciendo primero pleito homenaje de partir al instante á Castilla, en cumplimiento de los encargos que de allá habia traído.

A las deliberaciones que se tuvieron sobre esto no fué llamado Orgoñez; pero lo fué quando ya en virtud de los artículos concertados se trató de realizar la soltura de Hernando Pizarro. Disculpóse el Adelantado del recato que se habia tenido con él, y justificó su resolucion con su deseo de la paz. Mas aquel hombre, tan ingénuo como leal, no pudo menos de exponer, que el que en Castilla no habia cumplido con su palabra, tampoco la cumpliria en las Indias; que donde no habia confianza no podia haber amistad: que una y otra fundadas en verdad y en virtud, no podian existir en compañía del fraude y la malicia, antes juzgaba que no eran muy necesarias las armas; mas ya le afirmaba que le convenia apercibir las para en adelante, pues nunca faltaban excusas á los pérfidos para

faltar á sus promesas. Y haciendo énérgicamente con sus manos la demostracion de cortarse la cabeza, ¡Orgoñez! ¡Orgoñez! exclamó, *por la amistad de Don Diego de Almagro te han de cortar esta.* Otro soldado valiente dijo á voces: *Señor Adelantado, hasta ahora no truje pica, pero de aquí adelante la traeré de dos hierros.* Todo el campo alborotado, sabiendo lo que se trataba, y convencido del carácter pérfido, implacable y vengativo de Hernando Pizarro, manifestaba los mismos recelos que Orgoñez; y con cédulas, motes, y escritos sin autor, se daba á entender que si se deseaba paz no convenia descuidarse.

Pero la suerte estaba echada, Almagro resuelto, y todos en espectacion. El mismo fué al lugar en que se custodiaba el preso, mandó al alcaide que le sacase, y los dos se abrazaron. El Adelantado le dijo que olvidase las cosas pasadas, y tuviese por bien que en adelante hubiese paz y tranquilidad entre todos; á lo que respondió Hernando Pizarro que ninguna cosa mas deseaba, y que por su parte no faltaria á ello. Hizo luego el juramento y pleito homenaje acordado en las capitulaciones. Almagro le llevó á su casa y le regaló espléndidamente: allí le visitaron y hablaron los capitanes y caballeros del ejército, y saliendo todos á despedirle como una media legua, acompañado de Don Diego, hijo del Adelantado, de los dos Alvarados y otros caballeros, llegó por fin al campo de su hermano. De él fueron recibidos con las demostraciones de alegría y agasajo propias de la ocasion: los regaló, les dió dádivas y joyas, principal-

mente al joven Don Diego, y los despidió con todo agrado y cortesía. Vuelto al campo, aunque la mayor parte del ejército sospechaba que la paz no duraría mucho tiempo, Almagro no obstante seguía en su confianza, y mas sabiendo el buen recibimiento que Pizarro había hecho á su hijo. Con estos pensamientos lisonjeros pasó su campo al valle de Zangalla, donde trasladó el pueblo que había empezado á fundar en Chincha, y no se ocupó entonces de otra cosa que de enviar los quintos del rey á Castilla.

Diversas por cierto eran las disposiciones del campo contrario. Luego que los dos hermanos pudieron hablarse á solas, Hernando pidió al gobernador venganza de las injurias que se habían hecho á los dos con la toma del Cuzco, despojo de su hacienda, larga prision, y demas violencias de Almagro: deciale que no era honor suyo dejarlas de castigar, y que para eso se debía seguir y prender al Adelantado. Convenia el gobernador en la razon del enojo y en la justicia del castigo, pero vacilaba en tomarla por su mano. *Temo, decia, la ira del rey. — ¿Y la temia él cuando se atrevió á entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme á mí en prision?* No era, pues, posible contener el deseo de sangre y de venganza que ardia en aquel ánimo soberbio, aun cuando las intenciones del gobernador estuviesen mejor dispuestas; que no lo estaban sin duda, visto el encadenamiento de fraudes y de artificios con que había conducido la negociacion hasta llevar las cosas al punto en que se hallaban. Juntó sus capitanes, y en presencia de ellos pronunció auto en que, califican-

do de delitos todas las operaciones del Adelantado desde su vuelta de Chile, se constituía vengador y castigador de aquellos males; y mandaba que su hermano Hernando Pizarro no saliese del reino hasta pacificarlo, por la necesidad que allí de su persona había, pudiendose enviar los quintos al rey con otro sugeto de confianza. Resistió Hernando el cumplimiento de esta parte del auto, alegando el encargo especial que había traído de la corte, y para completar esta farsa indecente que á nadie podia enganar, se hizo repetir aquel mandato dos y tres veces, y aun amenazar con castigo si no le obedecia.

Hizose en seguida al Adelantado la intimacion de estilo, para que, en cumplimiento de una provision real que había venido algunos dias antes sobre limites de las dos gobernaciones, se saliese de lo poblado y conquistado por el gobernador; y de no hacerlo, fuesen de su cuenta los daños y males que se siguiesen de su resistencia. Aunque turbado con un golpe tan imprevisto para él, respondió que, en cumplimiento de aquel real despacho, no saldria del lugar donde se le notificaba, que hiciese lo mismo el gobernador, y que los daños corriesen de su parte, si otra cosa hacia. Esta diligencia era en realidad la declaracion de la guerra, y los dos partidos se prepararon á hacérsela con toda la animosidad de sus recíprocos agravios y de sus pasiones exaltadas.

Las fuerzas no eran ya iguales, ni la confianza la misma. Los Pizarros tenían doble gente que Almagro, bien pertrechada, dirigida por capitanes experimentados, y todos adictos y

fieles á la causa que defendian, los unos por creerla mas legitima, los otros seducidos y fascinados por las magnificas promesas del gobernador; y este, mas firme y mas recio mientras mas años tenia, redoblaba sus esfuerzos y su tison para vindicar su autoridad desairada, de la cual cada vez era mas celoso. Almagro al contrario, debilitado por la edad y por los achaques que ya empezaba á padecer, con un carácter infinitamente menos firme, aunque mas bueno, cansado de negociar inútilmente, y gastado con el tiempo, no podia comunicar á su gente la confianza y el ánimo que él no tenia. Orgoñez poseía las calidades de alma que faltaban á su gefe, y las poseía en alto grado: pero carecia de la autoridad y del influjo, propios de un caudillo principal, centro de las operaciones y de los intereses de todos; y por una fatalidad singular sus dictámenes, que eran los mas seguros, fueran siempre combatidos por Diego de Alvarado, que mas blando, mas comedido, y por lo mismo mas acepto á Almagro, conseguia siempre al fin que los suyos prevaleciesen. Los demas capitanes, bizarros sin duda y valientes á toda prueba, tenian menos subordinacion y menos unidad de intereses y de miras que los del Marqués. Los soldados, en fin, inferiores en número, intimidados unos con el superior poder de sus enemigos, y otros ganados con sus artificios para que abandonasen sus banderas cuando llegase la ocasion, no componian un cuerpo tan dispuesto á moverse con igualdad como el ejército contrario.

Así no es de extrañar, que todas las opera-

ciones de las tropas de Almagro desde que volvió á estallar la guerra hasta que finalizó con la batalla de las Salinas, fuesen una serie no interrumpida de yerros y de desastres. Perdieron las alturas de la sierra de Guaytara, donde con poquísima gente pudieron deshacer á sus contrarios, y se dejaron sorprender por ellos. Perdieron tambien la ocasion de desbaratarlos, cuando empeñados en el paso de la sierra se hallaron los Pizarros atacados del frio intenso y cruel que allí reina, y transidos, pasmados, luchando con vértigos y bascas de muerte, presentaban fácil victoria á sus poco advertidos enemigos. No se atrevieron á seguir el dictámen de Orgoñez, que viendo á los Pizarros determinados á seguir su camino al Cuzco, propuso revolver impetuosamente sobre Lima, entonces desamparada de fuerzas, rehacerse allí de gente, escribir á España el verdadero estado de las cosas, y equilibrar la reputacion ocupando la nueva capital del imperio, ya que el enemigo se apoderase de la antigua. Este parecer, en el cual Orgoñez daba la mejor prueba de su pericia y denuedo militar, era acaso el único camino de salvacion que les quedaba. Pero aunque algunos capitanes le aprobaron, fué contradicho por otros, que aparentando no querer perder el fruto de sus fatigas en la posesion del Cuzco, no querian en realidad abandonar á sus contrarios las riquezas que en él tenian, ni alejarse de las delicias y regalos que allí disfrutaban. Siguióse por su mal el parecer de los últimos, y ni cortaron los puentes de los rios que habian de hallar sus contrarios en su marcha, ni los moles-

taron en ninguno de los pasos difíciles del camino. Vueltos en fin al Cuzco, en vez de atrincherarse y fortificarse allí para defenderse los pocos de los muchos, confiados en su valor, ó mas bien arrastrados de su mala fortuna, presentan en campo raso la batalla á sus enemigos, que si bien eran menos fuertes en caballería, les eran muy superiores en arcabucería y ordenanza militar.

Pizarro luego que los suyos arrojaron á los contrarios de las alturas de Guaytara, los llevó al valle de Ica para que se repusiesen de las fatigas y trabajos pasados en la sierra. Allí determinó entregar el ejército á sus hermanos, para que persiguiesen á Almagro, que habia ya tomado la vuelta del Cuzco. Hernando iba de superintendente gobernador y cabeza de la expedición: Gonzalo con título de capitán general. Recomendólos el gobernador á los capitanes y soldados, excusándose él de no mandarlos con sus enfermedades y su vejez: animó á todos con la esperanza de una segura victoria sobre sus contrarios, vencidos ya y fugitivos, la cual no sería batalla, sino un justo castigo de hombres enemigos de su rey. Todos respondieron á voces que estaban prontos á ello, y con esta alegre disposición se dió la señal de marchar, tomando el ejército el camino del Cuzco, y el gobernador el de Lima.

No faltó quien aun en el extremo á que ya eran llevadas las cosas, y entre gente tan olvidada al parecer de todas sus obligaciones, tuviese osadía para representar á los dos hermanos, que bastaba ya la sangre española vertida en el

levantamiento del país y en la prosecución de tantos desvarios: que se acordasen de lo que debian á Dios, al rey y á la patria, y suspendiesen los aparatos de guerra, ofreciéndose ellos á que por términos pacíficos se arreglase todo á su voluntad. Mas era ya tarde para que este último y generoso esfuerzo de la humanidad y de la razón fuese oído de aquellos hombres soberbios y vengativos. Hernando Pizarro respondia que Don Diego de Almagro era el que habia roto la guerra: bien seguro y tranquilo se hallaba él en el Cuzco, sin tener pensamiento de enemistad con ninguno, cuando el Adelantado con las banderas tendidas y al son de los atambores se habia declarado enemigo de los Pizarros: bien era menester que entendiése á qué hombres habia ofendido; y así no habia que pensar en mas que en ir á buscar al enemigo, y que las armas decidiesen cuál era el partido que debia prevalecer. El gobernador, aunque con menos violencia, resistia con igual dureza las sugerencias de paz: el que se atrevió á afirmar *que su jurisdicción llegaba hasta el estrecho de Magallanes*<sup>1</sup>, devoraba ya en el deseo la inmensidad de su mando, y anhelaba el momento de arruinar sin recurso á su adversario, para verse único y solo gobernador de aquellas dilatadas regiones. Los temores que pudiera darle el desagrado de la corte obraban como inciertos y lejanos, y seiscientos mil pesos de oro que tenia recogidos para enviar al rey, le parecían suficiente justificación ó disculpa de

<sup>1</sup> Para esta expresión ambiciosa y temeraria véase Herrera, Década 6, lib. IV, cap. 2.

cualquiera atentado. No habia por consiguiente respeto que le enfrenase, ni consideracion que le moviese, siendo su ambicion hidrópica mas insaciable en él todavía que en su hermano la venganza. A esta disposicion tan enconada en los gefes se añadía la que animaba á oficiales y soldados, los unos ganosos de lavar la afrenta recibida en Abancay, los otros anhelando ir á apoderarse de las riquezas, y gozar de las delicias que los de Almagro disfrutaban, prometidas á ellos en premio de los trabajos y peligros que sufrían en aquella contienda. Cerróse, pues, el paso á todo buen consejo, y unos y otros se despeñaron en los horrores de la guerra civil.

26 de  
Abril de  
1538.

Decidióse esta en el campo de las Salinas, á media legua del Cuzco, donde los dos bandos se encontraron. Estas batallas de América, que en Europa apenas pasarian por medianas escaramuzas, llevan consigo el interés de los grandes resultados que tenían, y el del espectáculo de las pasiones, manifestadas en ellas frecuentemente con mas energía que en nuestras sábias maniobras y grandes operaciones. Dijose la misma muy de mañana en el campo de los Pizarros, como si con esta muestra de devocion legitimasen y santificasen su causa. En seguida Hernando armado de todas piezas, con una rica sobrevesta de damasco naranjado, y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, con que amigos y enemigos le distinguiesen de lejos, sacó su gente al combate, y atravesando un rio y una ciénaga que habia delante, se fué á encontrar con el ejército contrario. Las fuerzas no eran iguales: prevalecian á la verdad los de Alma-

gro en caballería y en indios auxiliares; pero era doble el número de los españoles en el campo de los Pizarros, y una manga de arcabuceros que acababa de llegar de Europa les daba gran ventaja en esta parte esencial, y decidió la fortuna del dia. Porque luego que vencieron los malos pasos que tenían que atravesar, y estuvieron al alcance de su arma, aquellos diestros tiradores, animados por Hernando Pizarro que les gritaba *¡á las astas arboladas!* pusieron fuera de combate á mas de cincuenta de los caballeros contrarios. No ayudaba tampoco el terreno á la arremetida é impetuosidad de los caballos, que era en lo que podían llevar ventaja los de Almagro: Orgoñez receloso de ser envuelto por la superioridad de su adversario, habia elegido una posicion mas propia para resistir que para atacar. En esto quizá lo erró, y proporcionó al temor y á la fuga la ocasion que habia quitado á la audacia. Su gente ostigada con aquel fuego certero y sostenido empezó á flaquear muy pronto: unos dejaban la formacion por irse á guarecer detrás de unos paredones arruinados que habia en el campo, otros huían á la ciudad, otros en fin sin sacar la espada se pasaron vilmente al campo contrario, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, alférez general de Almagro. Ya entonces, perdido el orden de batalla, empezaban á mezclarse unos con otros, y á campear solamente el esfuerzo personal de los hombres señalados. Pedro de Lerma conociendo de lejos á Hernando Pizarro, se arrojó á él llamándole á voces *traidor y perjuro*, y le encontró tan poderosamente, que le

hizo arrodillar el caballo, y allí le matára, si no fuera tan bien armado. Otros hacian por su parte iguales hechos con los contrarios que se les ponian delante. Orgoñez, que no habia olvidado ninguno de los deberes y atenciones de general, hizo con su persona todo lo que podia esperarse de su arrojo y resolucion. Dos soldados enemigos atravesó con su lanza, y oyendo á otro cantar victoria, cerró al instante con él y le pasó el pecho de una estocada. En esto viendo que algunos de los suyos se retiraban de la batalla, voló á ellos con su caballo para hacerlos volver á ella. Herido en la frente de un arcabuzazo, muerto el caballo y caido debajo de él, todavía pudo desembarazarse y defenderse peleando de la muchedumbre de enemigos que le tenian cercado y le decian que se rindiese. Preguntó si habia allí algun caballero á quien se pudiese entregar. Un Fuentes, criado de Hernando Pizarro, respondió que sí, y que se diese á él. Así lo hizo, y luego que entregó la espada y le cogieron entre todos, el Fuentes arremetió á él y le degolló con una daga. Así murió este hombre, digno por su valor y su marcial franqueza de mejor guerra y de mejor fortuna. Matáronle á la verdad bajo el seguro de rendido, y esto hace mas fea y vil la accion de su matador: pero á pensar con equidad, no tuvo peor suerte que la que él mismo destinaba á sus vencedores, si hubiesen caido en sus manos. Era natural de Oropesa, habia servido en las guerras de Italia, y se halló de alferes en el saco de Roma. Poco antes de su muerte le habia dado el rey el título de Mariscal de la Nueva Toledo.

Ya en esto los capitanes Salinas, Lerma, Guevara y otros habian caido, ó heridos gravemente, ó muertos; y la gente de Almagro, enflaquecida y desalentada con tales desastres, acabó de desmayar de todo punto con la prision y muerte de su general. Declaróse la victoria en favor de los Pizarros, el campo quedó por ellos, y la ciudad fué al instante ocupada por el vencedor. Lleno de ira y de soberbia, y respirando venganza, era por demas esperar de él ni generosidad ni clemencia. Al tiempo que ponian la cabeza de Orgoñez en un garfio en la plaza, cargaban de prisiones á todos los capitanes y caballeros distinguidos del bando contrario, los soldados saqueaban las casas, y algunos saciaban su enojo á sangre fria en los infelices prisioneros que no se les podian defender. Así mataron traidoramente al capitan Rui Diaz llevándole un amigo á las aucas de su caballo; así pereció tambien Pedro de Lerma, que cubierto de heridas y casi exánime, fué sacado del campo por otro amigo suyo y llevado á su casa, donde no pudo defenderle de un bárbaro alevoso que le pasó á estocadas en la cama, donde yacía moribundo. Aumentábase el disgusto y horror de estos desastres escandalosos con la licencia y el gozo que se notaba en los indios. Vióseles acudir de todos aquellos contornos y tenderse por los cerros circunvecinos para gozar del espectáculo sangriento que sus opresores les daban: oyóseles al comenzar la batalla herir los vientos con alaridos de sorpresa y de alegría; y despues cuando terminado el combate, el campo quedó abandonado y solo, bajaron como aves carniceras á

despojar los muertos, rematar los heridos, y creciéndoles la insolencia con la impunidad, entrar y robar el real de los vencedores.

Y ¿qué era entretanto del sin ventura Adelantado? El día antes de la batalla, como si anteviera ya su acerba suerte, despues de la revista de su tropa, á que estuvo presente en andas, porque no podia tenerse en pie, propuso á su general que se buscasen medios de paz, y se excusase la sangre. Desechadó esto fieramente por Orgoñez, animó noblemente á sus soldados antes de la pelea, y entregó el estandarte real á Gomez de Alvarado, recordándole su amistad y sus obligaciones. Despues no pudiendo por su indisposición y flaqueza asistir al combate, se puso á mirarle desde lejos en un reuuesto, y vió con la congoja y agonía que son de imaginar, sus amigos rotos y vencidos, y á él despojo de la fortuna y de las iras de un enemigo implacable é irritado. Recogióse huyendo á la fortaleza del Cuzco, á donde despues de la batalla le fué á buscar Alonso de Alvarado y le trajo á la ciudad, para ponerle en el mismo encierro y con las mismas prisiones que habian sufrido él y los dos hermanos Pizarros. Hubo allí un capitán que viéndole por primera vez, y considerando su mala presencia y desagradable catadura, alzó el arcabuz para matarle, diciendo: *Mirad por quién han muerto á tantos caballeros.* Esta indignacion soldadesca no dejaba de llevar consigo una especie de generosidad; porque de cuántos sin sabores, de cuántas congojas y humillaciones le libertára aquel golpe, si Alonso de Alvarado, que le contuvo, le hubiera dejado descargar!

Al principio le fué á ver Hernando Pizarro por ruego suyo, le consoló, le dió esperanza de vida, y le aseguró que esperaba á su hermano y que se conformarian los dos, y si se tardase en venir, daria lugar á que se fuese donde estuviere. Enviábale regalos á la prision, le aconsejaba que estuviere alegre; y hubo vez en que envió á preguntarle que de qué modo iria mejor á ver á su hermano, si en silla ó en andas: el prisionero agradecido respondió que iria mejor en silla, y con estas buenas palabras de día en día esperaba verse puesto en disposicion de tratar sus cosas con su antiguo amigo y compañero. Mas entretanto se le estaba formando un proceso capital; se admitian para hacerle cargos todas las delaciones y acriminaciones que pudieran agravar su causa, y fueron tantos los que acudieron á declarar contra él en obsequio de su perseguidor, que los secretarios no se daban manos á escribir, y el proceso llegó á tener mas de dos mil fojas. Entregado así á las pesquisas y cavilaciones judiciales, que cuando se llevan por semejante estilo, son una degradacion todavía peor que el suplicio, el miserable prisionero estaba á orillas del sepulcro, y no conocia ni su daño ni su peligro. Habian ya pasado dos meses y medio desde el día de la batalla, cuando pareció al vencedor que era ya tiempo de con-

Herrera dice que cuatro; pero en una carta inédita que he tenido á la vista del tesorero Manuel de Espinal al emperador, se fija el día de la pronunciacion de la sentencia en 8 de Julio de 1538, y por consiguiente no era tanto el tiempo. Espinal era testigo de vista, y su carta contiene una relacion bastante menuda de todo el suceso, aunque se muestra muy parcial en favor de Almagro.

cluir aquella comedia tan grosera como cruel. Cerró el proceso, condenóle á muerte, y mandó que se le intimase la sentencia.

La tribulacion y congoja que recibió el triste Almagro con aquella terrible nueva, fueron iguales á la seguridad y confianza en que á la sazón se hallaba; y aquel hombre que con tanta intrepidez y denuedo habia arrostrado la muerte en el mar, en los rios, en los desiertos y en las batallas, no tuvo ánimo para considerarla en las manos de un verdugo. Dese todo lo que se quiera á la edad, á los achaques, al abatimiento que infunden los infortunios, al desaliento y soledad de una prision prolija y rigorosa; pero no puede menos de considerarse con menos lástima todavía que indignacion y vergüenza, á aquel miserable anciano postrado delante de su inexorable enemigo, y pedirle por amor de Dios que no le matase, que atendiese á que no lo habia hecho con él pudiendo hacerlo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los habia tenido en su poder: que mirase como él habia sido la mayor parte para que su hermano Francisco Pizarro subiese á la cumbre de honra y riqueza que tenia: díjole que considerase cuán flaco, viejo y gotoso estaba, cuán pocos podian ser los tristes dias de vida que le quedaban, y pidióle que se los dejase vivir en la cárcel para llorar sus pecados. El lastimero tono en que estas cosas decia, podrian ablandar las piedras; mas no aquel corazon de bronce que con un desabrimiento y dureza, digna de sus malas entrañas, le respondió que se maravillaba de que hombre de tal ánimo temie-

se tanto la muerte: que no era ni el primero ni el último que así acabaria, y supuesto que presumia de caballero y de ilustre, la sufriese con entereza, y dispusiese su alma, porque era una cosa que no tenia remedio.

Pero el que tan pusilánime se habia mostrado delante de su contrario pidiéndole la vida, luego que se desengañó de la inutilidad de sus ruegos, y vió que era forzoso morir, se dispuso á este acto con decencia y gravedad, harto mas propias de su carácter que su flaqueza anterior. Ordenó su alma y dispuso su testamento dejando por herederos al rey y á su hijo, declarando que tenia gran suma de dinero en la compañía con Don Francisco Pizarro: pidió al rey que hiciese merced á su hijo; y en virtud de la facultad real que tenia, nombróle por gobernador de la Nueva Toledo, dejando por administrador de este encargo, hasta que tuviese edad, á su caro y fiel amigo Diego de Alvarado, que hizo por él entonces todas cuantas gestiones y oficios correspondian á su lealtad y á su cariño. Y cuando el desdichado hubo cumplido con estos tristes y solemnes deberes, volvióse al capitán Alonso de Toro, que sin duda debia de ser uno de los mas encarnizados contra él, y le dijo: *Ahora, Toro, os vereis harto de mis carnes.* La muerte se ejecutó en la prision, dándole gar-

I Pensar que Hernando Pizarro se habia de ablandar con lástimas y razones era pensar un delirio. Cuando antes de la batalla los tráfugas de Almagro le decian para congratularse con él, que el Adelantado quedaba tan enfermo que ya seria muerto: *No me querrá Dios tan mal*, exclamaba él, *que le deje morir sin que yo le tenga en mis manos.*

rote en ella, y sacándole despues á la plaza donde públicamente le cortaron la cabeza. Despues le llevaron á las casas de un amigo suyo, el capitán Hernan Ponce de Leon, donde estuvo de cuerpo presente, y luego le enterraron en la iglesia, acompañándole Hernando Pizarro y todos los capitanes y caballeros del Cuzco.

Era manchego <sup>1</sup>, hijo de padres humildes y desconocidos, y tenia sesenta y tres años cuando le mataron. Fué á las Indias con Pedrarias Dávila, y en el Darien se amistó y asoció con Francisco Pizarro, viviendo siempre los dos en comunidad de granjerías y de intereses, tal vez por conformarse tambien los hábitos y los caracteres. Su persona y sus costumbres fueron tales cual resultan de la serie de los sucesos referidos. Indios y españoles todos le lloraron á porfia: los primeros decian que nunca recibieron de él pesadumbre ni mal tratamiento: los segundos perdian un caudillo generoso, á quien seguian y servian mas por inclinacion que por interés. Hubo de ellos algunos que á voces llamaron *tirano* á su matador, y le amenazaron con venganza. Hasta los del bando contrario juzgaron aquella ejecucion no solo rigurosa sino injusta, y la tuvieron por muestra bien cruel de ánimo tan inicuo como desgraciado. Olvidábanse entonces la poca dignidad de su trato, su vanidad pueril, su inconsideracion y su imprudencia, para no recordar mas que la amable dulzura, incansable

<sup>1</sup> Herrera le hace natural de Aldea del Rey, y esto es lo mas probable: Zárate, de Malagon: Gomara y Garcilaso, de Almagro: todos pues convienen en que era de la Mancha, aunque difieren en el pueblo.

generosidad, fácil clemencia y afectuoso corazón con sus capitanes y soldados. Nosotros simpatizamos fácilmente con el justo dolor y sentimiento de aquella agradecida muchedumbre: pero la aficion que inspiran las amables prendas del Adelantado, y la compasion debida á su infortunio, no deben cegar los ojos de la razon y de la equidad; y dando lágrimas á su desastrosa muerte, confesaremos sin embargo, que él fué sin duda el agresor en aquella guerra civil. Aun cuando el Cuzco cayese en los términos de su gobernacion, lo cual estaba muy lejos de ser cierto <sup>1</sup>, no debia dar el escándalo de tomarse por sí mismo la justicia con las armas en la mano. Puso imprudentemente este debate al arbitrio y decision de la fuerza, porque á la sazón era mas fuerte: él fué flaco á su vez, y entonces la fuerza le arrolló.

La odiosidad de esta ejecucion recayó al principio toda sobre Hernando Pizarro, como instrumento inmediato y visible de ella: mas despues se fijó con mas encono en el gobernador como principal autor de aquel desastre, hecho á su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle. Luego que recibió la noticia de la victoria de las Salinas, determinó ponerse en marcha hácia el Cuzco, para gozar allí de su triunfo y ostentar su poderío. Al salir de Lima prometió á cuantos le aconsejaron la mo-

<sup>1</sup> El término del paralelo de Chincha pasaba por cerca de la ciudad del Cuzco; pero con el aumento de las setenta leguas que se había dado á la gobernacion de Pizarro, quedaba indudablemente dentro de ella la capital del Perú.

deracion y clemencia, que no tuviesen cuidado, que Almagro viviria y volveria con él á la amistad antigua. Lo mismo ofreció al jóven Don Diego, que le pidió humildemente la vida de su padre, cuando se le presentaron en Xauxa los capitanes que se le llevaban de orden de su hermano: y á las graciosas palabras con que le hizo esta promesa, añadió otras de consuelo, dando orden, cuando le despidió, de que se le proveyese de todo lo necesario, y se le tratase en su casa con el mismo regalo y respeto que á su hijo Don Gonzalo. Buenas y loables demostraciones, si el efecto y la verdad correspondiesen á ellas, y si entretanto no se prosiguiera el proceso, y no tuviera las funestas resultas que ya se han contado. Detúvose en Xauxa cuanto le pareció necesario para ser desembarazado de su competidor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto á poner en camino y cerca de la puente de Abancay. Sus amigos contaban, que al oirla estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas: otros aseguraron que cerrado el proceso, su hermano le envió á preguntar lo que habia de hacerse; y que la respuesta fué que hiciese de modo que el Adelantado no los pusiese en mas alborotos. No se opone lo uno á lo otro, y estos grandes comediantes que se llaman políticos, tienen á su mandado las lágrimas cuando ven que les convienen.

Llegado al Cuzco le recibieron con los aplausos y el fausto que convenia á su poder. Conocióse allí cuánto se habia alterado su condicion con la mudanza y favores de la fortuna. Los in-

dios, que antes eran acogidos por él con indulgencia y agrado, los recibia entonces con aspereza y desabrimiento; y á las quejas que le daban por los ultrajes que padecian de los castellanos, les respondia que mentian. El mismo semblante mostraba, y aun peor voluntad, á los soldados de Chile como partidarios de Almagro, olvidándose de los grandes servicios que habian hecho al rey, y no teniendo respeto alguno á sus necesidades. Presentósele Diego de Alvarado como testamentario del Adelantado su amigo, y le pidió que mandase desembarazar la provincia de la Nueva Toledo, para que se cumpliera el nombramiento hecho por el Adelantado en su hijo. Usó Alvarado en esta demanda de aquel comedimiento y urbanidad que usaba en todas sus cosas, y tuvo el cuidado de advertir, que dejaba á parte el debate de la ciudad del Cuzco, hasta que el rey determinase sobre ella. Ni esta circunspeccion, ni el justo y amable proceder de Alvarado le defendieron de ser recibido con aspereza y soberbia. La respuesta fué, *que su gobernacion no tenia término, y llegaba desde el estrecho de Magallanes hasta Flandes*; dando á entender así, que su ambicion no tenia límites, y que con la felicidad excesiva habia perdido enteramente aquella prudencia y compostura de ánimo en que antes sobresalía.

Era tan celoso de mando y tan irritable en su orgullo, que porque le dijeron que Sebastian de Belalcazar solicitaba de la corte el gobierno en propiedad de todas las provincias de abajo, le declaró al instante una ojeriza que no se le

acabó sino con la muerte. Ni los servicios de Belalcazar, ni el respeto y reverencia que siempre le tuvo, ni la sumision con que se envió á disculpar de la imputacion que se le hacia, bastaron á sacudir de su ánimo las sospechas y el ansia de perturbarle de allí. Ejercito no podia mandar contra él, porque el que tenia iba entonces persiguiendo al Adelantado Almagro; pero dió comision á Lorenzo de Aldana, uno de sus capitanes, para que fuese al Quito y despojase cautelosamente á Belalcazar de la autoridad que tenia delegada en él para gobernar aquel pais, y procurase sobre todo prenderle y enviarle bien custodiado á Lima. Su anhelo entonces era que el rey diese en gobernacion las provincias de abajo á Gonzalo su hermano, y en esto consistia el delito de Belalcazar. Por fortuna este hombre infatigable y belicoso se hallaba entonces engolfado en sus aventuras y descubrimientos de la otra parte del ecuador, y no podia atender al desaire que su antiguo general le hacia en el Quito. Aldana por consiguiente se estableció allí sin oposicion ninguna, y mantuvo la provincia bajo la obediencia de su primer descubridor.

Cuando Pizarro llegó al Cuzco no encontró allí á sus hermanos, que se hallaban en la provincia del Collao pacificando indios y buscando minas. Mas como Hernando tuviese ya necesidad de volver á Castilla para cumplir sus promesas y el encargo que la corte le habia hecho, apresuró su viaje recogiendo cuanto oro y plata pudo para sí y para el rey por todos los medios buenos y malos que se le vinieron á las manos

Sabia él harto bien, que un buen tesoro seria la mejor justificacion de sus hechos en la corte. Al despedirse del gobernador le dió por consejo que enviase á Castilla al hijo de Almagro, para quitar la ocasion de que el bando de Chile le tomase por cabeza y pretexto para cometer algun atentado contra su persona: que no consintiese que aquellos hombres fieros y belicosos anduviesen juntos, ni que viviesen en ninguna parte de diez arriba: sobre todo que mirase por sí, y anduviese siempre bien acompañado. El Marqués se burló de estos avisos, y le respondió, *que se fuese su camino adelante, y se dejase de semejantes recelos, pues las cabezas de aquellas gentes guardarian la suya.* El tiempo manifestó cuan fundados eran los temores de Hernando Pizarro, y que el consejo de enviar al jóven don Diego á Castilla era de hombre que sabia ver las cosas de muy lejos. Fuese Hernando, y el cúmulo de oro que llevaba consigo no le podia asegurar contra la inquietud que le infundian sus procedimientos en la guerra civil. No se atrevió á tocar en Panamá temiendo que allí la audiencia le pidiese razon de su conducta y le prendiese, como efectivamente así estaba dispuesto. Navegó hácia nueva España, y desembarcando en Guatulco, le prendieron cerca de Guaxaca y le llevaron á Méjico. Mas el virey don Antonio de Mendoza, que no tenia órdenes ningunas sobre su persona, y de sus culpas nada le constaba, le dejó proseguir su camino á Castilla, donde podrian hacerse los cargos que se estimasen justos. Embarcado en Vera Cruz y llegado á las islas de los Azores, no se atre-

vió á pasar adelante, hasta saber por sus amigos si podia hacerlo con seguridad. Ellos le respondieron que sí, y con esta confianza se atrevió á entrar en España, y á presentarse en la corte.

No halló en ella de pronto ni el castigo que merecia, ni la buena acogida que sus amigos le anunciaron. Hábiale precedido la fama de sus violencias, y estaba ya pidiendo justicia contra él aquel Diego de Alvarado, tan encarnizado ahora en su daño, como constante otro tiempo en defenderle. Amigo el más querido del desdichado Almagro, él habia recibido en su seno los pensamientos y últimos suspiros del anciano moribundo: á él encomendó su hijo, á él las esperanzas de su suerte, á él acaso tambien los intereses de su venganza. La desesperacion de Alvarado al ver inútiles los esfuerzos y súplicas empleadas en favor de Almagro, fué igual á la confianza que por sus oficios anteriores con el vencedor habia concebido de salvarle. Considerábase homicida de su amigo por la contradiccion que habia hecho á los rigurosos consejos de Orgoñez: lloraba su ceguedad, y llamaba á voces ingrato y tirano á Hernando Pizarro, diciendo que por haberle él dado la vida se la quitaba á su amigo. Jamás se le conoció consuelo desde aquel trance cruel; y despues de haber probado en vano si el gobernador reconocia los derechos del jóven Almagro, vino á España á hacerlos valer ante el rey, dejando sembrada en el camino la odiosidad debida á las iniquidades de hombres tan injustos y crueles. Llegado Hernando á la corte, se hicieron los dos la guerra al principio con demandas, con recusaciones, con

cavilaciones de foro. Aveniase esto mal con la impaciente vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo á medios tan inciertos y prolijos, apeló á las armas de caballero. Envió, pues, á Hernando Pizarro un cartel de desafío, en que le provocó á salir al campo, obligándose á probarle allí con su espada, que en su proceder con el Adelantado Almagro habia sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del rey y fementido caballero. No se sabe lo que contestó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí á cinco dias, y muerte tan oportuna, atendiéndose al carácter perverso que se conocia en su adversario, no se creyó exento de malicia. Así acabó víctima de su amistad y de sus bellos sentimientos este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en sus cariños, tan franco y noble en sus odios; y cuyo carácter en medio de las atrocidades y alevosías que al rededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo afligido con ellas, y vuelve por el honor de la especie humana envilecida.

1540.

Su fiero y arrogante rival no disfrutó mucho tiempo la seguridad y sosiego que le proporcionaba esta muerte. Los jueces del proceso acordaron muy pronto que se le prendiese, y fué puesto en el alcázar de Madrid. Despues, al trasladarse la corte á Valladolid, fué llevado al castillo de la Mota de Medina, donde hasta el año de 560<sup>1</sup> permaneció sepultado y

<sup>1</sup> Así viene á deducirse de la informacion hecha hácia los años de 1625 por un nieto suyo para la vindicacion del

olvidado de los hombres el que tanto ruido habia hecho en ambos mundos por sus riquezas y por sus pasiones.

Mas la víctima principal, debida á los manes de Almagro y de Atahualpa, estaba por sacrificar todavía, y la confianza imprudente de Pizarro, nacida de su soberbia y de su orgullo, le iban ya arrastrando por momentos al cuchillo de la venganza. Despues de la muerte de su competidor todo reía al parecer á la ambicion que le dominaba; y en las novecientas leguas que hay desde los Charcas hasta Popayan, no habia otra voluntad que la suya. La corte le trataba siempre con la mayor deferencia, y le habia hecho Marqués de los Charcas, dándole tambien facultad de agregar diez y seis mil vasallos á su mayorazgo. Sus hermanos, uno en España le defendia de los tiros del odio y de la malevolencia; otro, enviado por él al Quito de gobernador, le aseguraba por aquella parte, y aun se preparaba á extender su dominacion y su nombre por las tierras ricas, segun la opinion de entonces, de los Quixos y de la Canela. Él roto y cansado por la edad, se entregaba á su gusto favorito de fundar y de poblar, y á estos últimos cuidados de su vida se deben las fundaciones de La Plata, de Arequipa, de Pasto y de Leon de Guanuco. La guerra del Inca Manco, si bien daba algun disgusto por no estar ya terminada y pacificado el pais, no causaba tampoco cuidado por las pocas fuerzas de aquel prin-

título de Marqués, que se halla entre los documentos reunidos por Muñoz. Garcilaso dice que su libertad no fué hasta el año de 62.

eipe y los escarmientos que habia recibido en sus diferentes encuentros anteriores con los castellanos. En fin, aun cuando ya se tenia noticia de que venia al Perú un ministro del rey á tomar informaciones sobre los acontecimientos pasados, sus amigos le escribian que en los despachos que aquel comisionado llevaba, se guardaba la mayor consideracion con su persona; y que así no tuviese pena ninguna por ello, pues iba mas para favorecerle que para darle pesadumbre.

Estas noticias, propaladas por él ó por sus parciales con mas vanidad que prudencia, fueron tal vez lo que precipitó su desgracia: porque con ella se acabaron de enconar los ánimos ya irritados de los soldados y capitanes de Chile. Da lástima y enojo ver la miseria y abandono en que desde la muerte de su gefe se hallaban constituidos. Andaban los soldados hambrientos y desnudos vagando por los pueblos de los indios y solicitando de ellos su sustento. Muchos de los capitanes habian hajado á Lima atraídos de su amor al jóven Almagro, y cifrando en él sus esperanzas y su remedio. Pero esto mancebo privado de su herencia, echado de la casa del Marqués, arrojado de otras por adulacion al poder dominante, acogido en fin por dos amigos viejos de su padre que se aventuraron á todo por acudirle, aun cuando por las liberalidades ajenas pudiese subsistir con alguna decencia, no tenia medios para pagar á aquellos caballeros la buena voluntad que le tenian y aliviar sus necesidades. Estas eran tales que no se pueden bastante encarecer: sin casa, sin hogar, manteniéndose de la caridad ajena, y

no teniendo entre doce, y eran los mas principales, sino una capa, de que alternativamente se servian. Tal era el estado en que se hallaban aquellos fieros conquistadores, dueños un tiempo de los tesoros del Cuzco, y que en la opulencia que entonces los hinchaba, tenían á menos las ricas tierras de los Charcas y de Chile. La amarga comparacion que hacian con las riquezas y delicias en que nadaban otros, que en valor y en servicios les eran tan inferiores, irritaba mas y mas el sentimiento de sus males, y los ponía á punto de no poderlos sufrir. Solo el furor de las pasiones y la ceguedad de la arrogancia pueden explicar esta falta de cordura y de cautela en hombre tan sagaz como el Marqués. Cuando en las discordias civiles cae un partido, su gefe es muerto, y faltan las cabezas, es interés del vencedor que los ánimos se calmen, las pasiones se olviden, y se quite toda ocasion á desabrimientos y quejas parciales. La persecucion, prolongada despues de la victoria, no hace mas que prolongar las pasiones y eternizar el espíritu de partido. Hubiera enviado á España á Don Diego, y separado aquella gente descontenta, dándoles comisiones en que entretenerse y sustentarse, como le aconsejaba su hermano, y él acabára sus dias en paz, y en todo el lustre de la gloria y poderío á que le subió la fortuna. No lo hizo así, y se perdió y perdió aquel desgraciado pais, que siguió ardiendo en guerras civiles por espacio de trece años, y solo por culpa suya.

Alguna vez sin embargo trató de enmendar este mal, y acudía á los trabajos que aquella

gente padecía. Con este fin proyectó la poblacion de Leon de Guanuco, y dió el cargo de hacer el establecimiento á Gomez de Alvarado pensando en dar allí repartimientos á los de Almagro: pero los celos de los vecinos de Lima frustraron casi del todo aquel buen pensamiento. En otra ocasion envió á decir á Juan de Saavedra, á Cristobal de Sotelo y á Francisco de Chaves, que les queria dar indios de repartimiento para que se sustentasen; pero ellos, rabiosos con la necesidad que habian padecido, querian antes perecer, que recibir nada de su mano. Sonábase ya la llegada de Vaca de Castro, el ministro que el rey enviaba, á quien pensaban ir dos de ellos á recibir en San Miguel de Piura, y presentarse á él vestidos de luto, pidiéndole justicia de las crueldades usadas por los Pizarros contra ellos y contra su antiguo capitán. A esta comision enviaron despues un buen caballero de entre ellos, llamado Don Alonso de Montemayor, y parecia que con tales disposiciones todo debia permanecer tranquilo hasta la llegada de Vaca de Castro. Pero la animosidad imprudente de unos y otros no se podia refrenar: y si no con amagos y amenazas descubiertas, se hacian la guerra á lo menos con insultos y escarnios mal disimulados. Un dia amanecieron en la picota tres sogas tendidas con direccion la una á casa del Marqués, y las otras dos á las de su secretario Picado y su alcalde mayor el doctor Velazquez. Atribuyóse esta insolencia á los de Chile. El Marqués incitado por sus amigos á que buscasse y castigase á sus autores, respondia que harta mala ventura tenían aquellos cuitados

viéndose pobres, vencidos y corridos. Pero el secretario Antonio Picado no tuvo tanto sufrimiento. Viósele de allí á pocos dias pasar á caballo por la calle donde vivia Don Diego de Almagro, vestido de una ropa francesa bordada y sembradas en ella muchas higas de plata: paseóla gallardeándose y dando arremetidas al caballo; cosas todas de mofa y menosprecio, y mucho mas enojosas de parte de un hombre, que era en su concepto el que mas fomentaba la pasion del gobernador contra ellos. Por esta demostracion y otras tales vinieron á sospechar, que despues de los trabajos y miseria que habian padecido, se trataba de matarlos ó desterrarlos. Y como hacía este mismo tiempo se empezó á propagar por Lima la inclinacion que el juez comisionado traía á las cosas del Marqués, y el contento verdadero ó aparente de Pizarro y los suyos lo acreditaba, ellos se contemplaron perdidos del todo si no miraban por sí, y apelaron á lo único que les quedaba, esto es, á su desesperacion y á su valor.

Empezaron á proveerse de armas cada cual segun podia, y á andar atropados: veíase á Don Diego y á Juan de Rada, su principal maestro y consejero, salir siempre seguidos de hombres determinados y valientes. Juan de Rada era uno de los antiguos capitanes del Adelantado, natural de Navarra, y hombre, que así por las distinguidas calidades de valor y capacidad que ya se han dicho de él, como por la confianza que en él ponía el jóven Almagro, obtenia la primera autoridad entre aquellos hombres de hierro. Sabíase que habia comprado una

cota, y que la traía siempre consigo, y esto se notaba mas en él, y daba mas que sospechar. Vino esto, como era natural, á noticia de los amigos del Marqués, y se lo avisaron, aconsejándole que se guardase y llevase siempre compañía consigo. El se contentó por entonces con llamar á Juan de Rada, el cual si bien se turbó algun tanto con aquel imprevisto llamamiento, se fué á presentar á él, sin consentir que nadie le acompañase, aunque muchos se ofrecian á hacerlo. Llegó delante del Marqués, que á la sazón se hallaba en su huerta mirando unos naranjos; y luego que supo quién era, por que al principio por su cortedad de vista no pudo conocerle: *¿Qué es esto, Juan de Rada, le dijo, que me dicen que andais comprando armas para matarme?—Así es verdad, señor, contextó Rada, he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.—¿Pues qué causa os mueve ahora á proveeros de armas mas que en otro tiempo?—Porque nos dicen, y es público, que V. S. recoge lanzas para matarnos á todos. Acábenos ya V. S. y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto á los pies. Tambien se dice que V. S. piensa matar al juez que viene enviado por el rey: y si su ánimo es tal, y determina dar muerte á los de Chile, no lo haga con todos; destierre V. S. á Don Diego en un navío, pues es inocente, que yo me iré con él á donde la ventura nos quisiere llevar.—* Conmovido y enojado el Marques de lo que oía, respondió con grande alteracion:

*¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traicion como es esa? Nunca tal pensé yo, y mas deseo tengo que vos de que acabe de llegar ese juez: que ya estuviera aquí, si se hubiera embarcado en el galeon que le envié. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí á caza, y entre cuantos ibamos no habia quien llevase una tanza; mandé á mis criados que comprasen una, y ellos han comprado cuatro. Plegue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez, y estas cosas hayan fin, y Dios ayude á la verdad. — Por Dios, señor, repuso Rada ya mas mitigado, que he invertido mas de quinientos pesos en comprar armas, y por esto traigo una cota, para defenderme del que quisiere matarme. — No plegue á Dios, Juan de Rada, que yo haga tal. Ibase ya el capitán, cuando un loco, que para su diversion tenia el Marqués y estaba presente, le dijo: ¿Por qué no le das de esas naranjas? Eran entonces muy apreciadas por ser las primeras que se conocian. Dices bien, respondió el Marqués, y cortando por su mano seis del árbol que tenia delante, se las dió, añadiéndole al oído que le dijese si necesitaba de algo para franqueárselo. Besóle por ello las manos Juan de Rada, y se fué á encontrar con sus amigos, que viéndole salieron del cuidado en que su llamada los habia puesto.*

Esta escena, en que los dos al parecer se explicaban con ingenuidad, y que acabó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del gobernador, y animar á los conjurados á precipitar su

designio. Temian ellos ser destruidos si el Marqués volvía á sus rencores ó á sus sospechas; mientras que él juzgando que ellos no trataban mas que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creía por esto solo tenerlos seguros. Llovian sobre él avisos de lo que los conjurados trataban, principalmente en los dos dias que precedieron á la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo, á quien uno de los de Chile se lo habia descubierto; una de ellas cenando en casa de Francisco Martínez, su hermano: él respondió que aquello no tenia fundamento, y que le parecia dicho de indios, ó deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió á la mesa, sin hacer mas diligencia, aunque á la verdad no volvió á probar bocado. Aquella misma noche al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al dia siguiente le habian de matar los de Chile; y muy enojado le envió en mal hora diciéndole: *Esas cosas no son para tí, rapaz.* A la mañana siguiente, último dia que habia de vivir, le anunciaron lo mismo que le tenia dicho el paje, y se contentó con decir tibiamente á su alcalde mayor el doctor Juan Velazquez, que prendiese á los principales de Chile. Habíasele mandado otra vez, y con igual tibieza, como si no se tratase de peligro suyo personal. El doctor, que ya le tenia dicho que mientras él regentase la vara que llevaba en la mano no tuviese temor ninguno, le volvió á dar la misma seguridad, y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tan-

ta indiferencia, ni su hermano Martinez de Alcántara, ni su secretario Picado, á quienes tanto iba en ello, ni sus demas amigos, noticiosos como debían ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia al rededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba se comunicaba á los otros, y prosiguió cerrando los oídos á todos los avisos de la prudencia; como si fuera mengua del valor, ó desdoro de la grandeza suponer que alguno se les atreva. Así en tales casos los hombres valientes se pierden por el exceso de su arrogancia, á la manera que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el exceso de sus temores.

Entretanto los conjurados, si bien ya resueltos á matarle, no estaban ciertos aun ni del modo ni del día. Hallábanse aquella mañana los principales en casa de don Diego, y Juan de Rada todavía reposando, cuando un Pedro de San Millan entra y le dice: *¿Qué haceis? De aquí á dos horas nos van á hacer cuartos á todos: así lo acaba de decir el tesorero Riquelme.* Salta Juan de Rada al instante de su lecho y toma sus armas, los demas se arman tambien, él los anima en pocas palabras, manifestándoles que la accion á que estaban resueltos, antes conveniente á su ambicion y á su venganza, es ya absolutamente precisa para su salvacion en el peligro en que se ven; todos le responden segun su deseo, y se precipitan desesperados á la calle. Ondeaba ya en el aire á una de las ventanas de la casa el paño blanco, á cu-

Domingo  
26 de ju-  
nio de  
1541.

ya señal debían de armarse y venir á acudirles los cómplices que estaban lejos. Entraron en la plaza, y uno de ellos, Gomez Perez, por no mojarse los pies en un charco de agua, que acaso allí habia derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Repara en ello Juan de Rada, y entrándose por el agua, se va á él mal enojado, y le dice: — *¿Con que vamos á mancharnos en sangre humana, y rehusais mojaros los pies con agua? Vos no sois para el caso, ea, volveos;* y sin consentirle pasar adelante, le hizo al punto retirar, y Gomez no asistió al hecho <sup>1</sup>. Este hecho sin duda era atroz y criminal, pero no alevoso ni vil. A la mitad del día, y gritando furiosos *¡viva el rey! ¡mueran tiranos!* atraviesan la plaza y se abalanzan á las casas de su enemigo, como quien á banderas desplegadas y al eco de la guerra y de los atambores asaltan una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio á la dominacion presente, de cuantos á aquella hora estaban en la plaza, y quizá pasaban de mil, ninguno se opuso á su intento, y los veían y dejaban ir, diciéndose friamente unos á otros: *Estos van á matar á Picado, ó al Marqués.*

Estaban con él á la sazón un crecido número de sus amigos y dependientes, haciéndole la corte. Uno de los pajes, que estaba en la plaza, viendo á los conjurados en ella y conociendo á Juan de Rada, corrió al momento y se entró

<sup>1</sup> Este incidente, que pinta tan al vivo la penetracion y denuedo de Juan de Rada, se halla en Montesinos: año de 1541.

por la casa del Marqués gritando: *Al arma, al arma, que los de Chile vienen á matar al Marqués mi señor.* Con estas voces se levantaron todos alterados, y bajaron hasta el primer descanso de la escalera á ver lo que sería; cuando ya estaban por el segundo patio los conjurados repitiendo sus temerosos clamores. El Marqués intrépido y resuelto se entró á su recámara para armarse, y desnudándose la ropa talar de grana que tenia vestida, se puso una coracina y tomó una arma enastada. Asistian á su lado su hermano Francisco Martinez de Alcántara, un caballero llamado don Gomez de Luna, y dos pajes. Los otros circunstantes cuál por un lado, cuál por otro, habian desaparecido, quedando en la sala solo el capitán Francisco de Chaves con dos criados suyos. La puerta de la sala estaba cerrada, y si así permaneciera, como lo habia mandado el Marqués, el hecho hubiera sido mas difícil. Subian ya por la escalera los matadores guiándolos Juan de Rada, que exaltado hasta el entusiasmo por verse en aquel día y en aquel paso, tan deseado de su amistad y de su rencor, repetia el nombre del muerto Almagro en ecos de feroz alegría. Empezaron á combatir la puerta, que Chaves por aturdimiento ó por miedo mandó abrir: entonces ellos entraron por la sala buscando con los ojos á la víctima. Chaves les decia: *¿Qué es esto, señores? No se entienda conmigo el enojo del Marqués; yo fui siempre amigo: mirad que os perdeis.* Una estocada mortal puso término á sus voces, y sus dos criados perecieron con él allí. Pasan adelante y llegan á las puertas de la cámara del

Marqués, ya preparado á defenderla con los pocos que le quedaban. Lucha por cierto bien desigual: de una parte un viejo de mas de sesenta años, dos hombres y dos muchachos; y de la otra diez y nueve soldados robustos y valientes, á quienes la misma atrocidad y desesperacion aumentaba la fuerza y la osadía. Peleó sin embargo con ellos el Marqués, y les resistió la entrada con una destreza y un esfuerzo digno de sus mejores tiempos y de sus antiguas proezas. *¿Qué desvergüenza es esta? ¿Por qué me queréis matar? A ellos, que traidores son.* Así clamaba él, mientras que ellos gritaban: *Ea, muera; que se nos pasa el tiempo;* y diciéndose injurias, y dándose cuchilladas, continuaban la mortal refriega, sin conocerse ventaja de una parte ni de otra, en tal manera que los conjurados pedian á toda prisa armas enastadas para mejorarse. Al fin Juan de Rada, dando un empujón á su compañero Narvaez, que estaba delantero, le echó encima de Pizarro, para que él y los suyos embarazados en herirle, no estorbasen tanto la entrada á los demas. Así pudieron ganar la puerta, y ya entonces la suerte del combate no podia permanecer incierta mucho tiempo. Cayó muerto Martinez de Alcántara, muertos fueron tambien los dos pajes, y derribado en tierra gravemente herido don Gomez. El Marqués, aunque solo y teniendo que hacer rostro á todas partes, pudo defenderse algunos momentos mas: pero desangrado, fatiga-

I Los historiadores no estan acordes en la edad que entonces tenia: Herrera le da sesenta y tres años: otros sesenta y cinco.

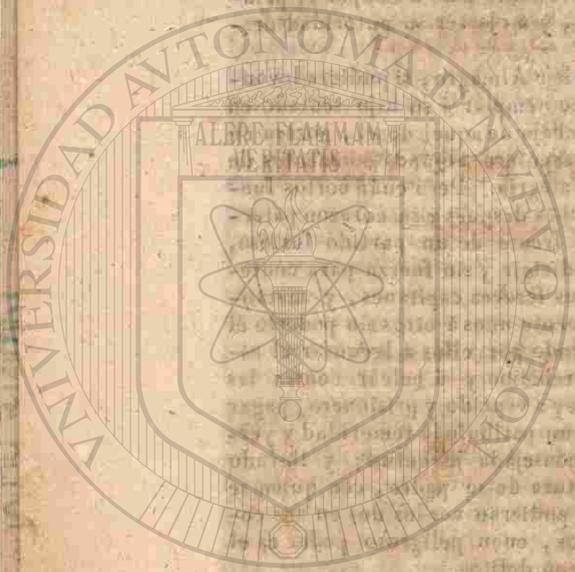
do y sin aliento, apenas podía ya revolver la espada, y una grande herida que recibió en la garganta le hizo en fin venir al suelo. Respiraba aun, y pedia confesion, cuando uno de ellos, que á la sazón tenia una alcarraza de agua en las manos, le dió con ella fuertemente en la cara, y á la violencia de aquel golpe inhonesto acabó de rendir el alma el conquistador del Perú.

No contentos con verle muerto de este modo deplorable, algunos de los conjurados empezaban ya á tratar de arrastrarle á la plaza, y hacerle allí pasar por la afrenta del patíbulo. Los ruegos del obispo le salvaron de este último ultraje, y el cadáver envuelto en un paño blanco fué llevado á toda prisa y como á escondidas por sus criados á la iglesia. Allí hicieron un hoyo de pronto, y sin pompa ni ceremonia alguna le enterraron, temiéndose á cada instante que le viniesen á cortar la cabeza para ponerla en el garfio de los malhechores. Saqueábanse entretanto sus casas y su recámara, donde habia por valor de mas de cien mil pesos. Sus dos hijos, niños aun, fugitivos y descarriados mientras sucedia la catástrofe, fueron buscados y puestos en seguro por los mismos fieles criados que hicieron los últimos honores al cadáver del padre. Su muerte no fué sentida, ni vengada tampoco al pronto, porque unos capitanes, que al rumor y al alboroto se armaron y acudieron á socorrerle, ya cuando llegaron á la plaza supieron que era muerto y se retiraron á sus ca-

1 Véase el apéndice VIII.

sas. Todo, pues, quedó allanado; y sumergida Lima en silencio y en terror, Juan de Rada proclamó solemnemente por gobernador á su jóven alumno, que al instante pasó á ocupar el palacio del Marqués, y á ejercer su autoridad desde allí.

Entonces el viejo Almagro, si pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozára en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. ¡Pero cuán cortos fueran, y cuán acerbos despues á su corazon paternal! Veríale, al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener: divididos sus feroces capitanes, y matándose desastadamente unos á otros sin poderlo él estorbar: arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey: vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios, cuan peligroso poder es el que se adquiere con delitos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

---

## APENDICES

### LA VIDA DE BALBOA

---

I.

#### *Sobre el perro Leoncico.*



simismo quiero hacer men-  
cion de un perro que te-  
nia Vasco Nuñez, que se  
llamaba *Leoncico*, y que  
era hijo del perro *Becerrico*  
de la isla de S. Juan I,  
y no fué menos famoso que  
el padre. Este perro ganó  
á Vasco Nuñez en esta y  
otras entradas mas de dos  
mil pesos de oro, porque

se le daba tanta parte como á un compañero en el  
oro y en los esclavos cuando se partian. Y el perro

I. Sobre el perro *Becerrico* véase á Herrera, Década pri-  
mera, Lib. VII, cap. 13.

era tal que lo merecia mejor que muchos compañeros soñolientos. Era aqueste perro de un instinto maravilloso, y así conocia al indio bravo y al manso, como le conociera yo e otros que en esta guerra anduvieran e tuvieran razon. E despues que se tomaban e rancheaban algunos indios e indias, si se soltaban de día ó de noche, en diciendo al perro: *ido es, búscate*, así lo hacia, y era tan gran ventor que por maravilla se le escapaba ninguno que se les fuese á los cristianos. Y como lo alcanzaba, si el indio estaba quedado asfale por la muñeca, ó la mano, e traíale tan ceñidamente sin le morder ni apretar, como le pudiera traer un hombre; pero si se ponía en defensa hacíale pedazos. Y era tan temido de los indios, que si diez cristianos iban con el perro, iban mas seguros que veinte sin él. Yo ví este perro, porque cuando llegó Pedrarias á la tierra al año siguiente de 1514, era vivo, y le prestó Vasco Nuñez en algunas entradas que se hicieron despues, y ganaba sus partes como he dicho: y era un perro bermejo, y el hocico negro, y mediano, y no aliudado, pero era recio y doblado, y tenia muchas heridas y señales de las que habia habido en la continuacion de la guerra, peleando con los indios. Despues por envidia, quien quiera que fué, le dió al perro á comer con qué murió. Algunos perros quedaron hijos suyos, pero ninguno tal como él se ha visto despues en estas partes.<sup>o</sup> — OVIEDO: *Historia general*, lib. 29, cap. III.

## II.

*Testimonio sobre el descubrimiento y toma de posesion del mar del Sur.*

Son tres los que existen incorporados á la letra en el texto de la *Historia general* de Oviedo, como lo hacia frecuentemente con otros muchos documentos que le venian á la mano. Estos se hallan en los capitulos 3.<sup>o</sup> y 4.<sup>o</sup> del libro 29, uno respectivo al descubrimiento de aquel mar, y los otros dos á la toma de posesion primera y segunda. Pondremos aquí el primero, y extractaremos el segundo para contentar la curiosidad de los lectores, y poner algun documento auténtico y original de aquel célebre acontecimiento.

»Diré aquí quiénes fueron los que se hallaron en este descubrimiento con el capitan Vasco Nuñez, porque fué servicio muy señalado, y es paso muy notable para estas historias, pues que fueron los cristianos que primero vieron aquella mar; segun daba fé de ello Andrés de Valderrábano, que allí se halló, escribano real, e natural de San Martin de Val-de-Iglesias; el cual testimonio yo ví allí, y el mismo escribano me le enseñó, y despues cuando murió Vasco Nuñez, murió aqueste con él, y tambien vinieron sus escrituras á mi poder, y aquesta decia de esta manera: =

Los caballeros y hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento de la mar del Sur con el magnifico y muy noble señor capitan Vasco Nuñez de Balboa, gobernador por sus Altezas en la Tierra firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Nuñez, y él fué el prime-

ro de todos que vió aquella mar e la enseñó á los infrascriptos—Andres de Vera, clérigo.—Francisco Pizarro.—Diego Albitez.—Fabian Perez.—Bernardino de Morales.—Diego de Tejerina.—Cristobal de Valdebuso.—Bernardino de Cienfuegos.—Sebastian de Grijalva.—Francisco de Avila.—Juan de Espinosa.—Juan de Velasco.—Benito Buran.—Andres de Molina.—Antonio de Baracaldo.—Pedro de Escobar.—Cristobal Daza.—Francisco Pesado.—Alonso de Guadalupe.—Hernando Muñoz.—Hernando Hidalgo.—Juan Rubio, de Malpartida.—Alvaro de Bolaños.—Alonso Ruiz.—Francisco de Lucena.—Martin Ruiz.—Pascual Rubio, de Malpartida.—Francisco Gonzalez de Guadalcama.—Francisco Martin.—Pedro Martin, de Palos.—Hernando Diaz.—Andres Garcia, de Jaen.—Luis Gutierrez.—Alonso Sebastian.—Juan Vegines.—Rodrigo Velazquez.—Juan Camacho.—Diego de Montehermoso.—Juan Mateos.—Maestre Alonso, de Santiago.—Gregorio Ponce.—Francisco de la Tova.—Miguel Crespo.—Miguel Sanchez.—Martin Garcia.—Cristobal de Robledo.—Cristobal de Leon, platero.—Juan Martinez.—Francisco de Valdenebro.—Juan de Beas Loro.—Juan Ferrol.—Juan Gutierrez, de Toledo.—Juan de Portillo.—Juan Garcia, de Jaen.—Mateo Lozano.—Juan de Medellin.—Alonso Martin, esturiano.—Juan Garcia, marinero.—Juan Gallego.—Francisco de Lentin, siliciano.—Juan del Puerto.—Francisco de Arias.—Pedro de Orduña.—Nuño de Olano, de color negro.—Pedro Fernandez de Aroche.—Andres de Valderrábano, escribano de sus Altezas en la su corte y en todos sus reinos e señoríos, que estuve presente e doy fe ello; y digo que son por todos sesenta y siete hombres estos primeros cristianos que vieron la mar del Sur,

con los cuales yo me hallé e cuento por uno de ellos.

*Extracto del segundo testimonio.*

«E fechos sus autos e protestaciones convenientes, obligándose á lo defender en el dicho nombre con la espada en la mano, así en la mar como en la tierra contra todas e cualesquiera personas, pidiólo por testimonio. E todos los que allí se hallaron respondieron al Capitan Vasco Nuñez, que ellos eran como el servidores de los reyes de Castilla e de Leon, y eran sus naturales vasallos, y estaban prestos e aparejados para defender lo mismo que su capitan decia, e morir, si conviniese sobre ello contra todos los reyes e principes e personas del mundo, e pidieronlo por testimonio: e los que allí se hallaron son los siguientes.—El capitan Vasco Nuñez de Balboa.—Andres de Vera, clérigo.—Francisco Pizarro.—Bernardino de Morales.—Diego Albitez.—Rodrigo Velazquez.—Fabian Perez.—Francisco de Valdenebro.—Francisco Gonzalez de Guadalcama.—Sebastian de Grijalva.—Hernando Muñoz.—Hernando Hidalgo.—Alvaro de Bolaños.—Ortuño de Baracaldo, vizcaino.—Francisco de Lucena.—Bernardino de Cienfuegos, esturiano.—Martin Ruiz.—Diego de Tejerina.—Cristobal Daza.—Juan de Espinosa.—Pascual Rubio, de Malpartida.—Francisco Pesado, de Malpartida.—Juan de Portillo.—Juan Gutierrez, de Toledo.—Francisco Martin.—Juan de Beas.—Estos 26 y el escribano Andres de Valderrábano fueron los primeros cristianos que los pies pusieron en la mar del Sur, y con sus manos todos ellos probaron el agua e la metieron en sus bocas como cosa nueva, para

ver si era salada como la de esotra mar del Norte: e viendo que era salada, e considerando e teniendo respeto á donde estaban, dieron infinitas gracias á Dios por ello, &c.

## III.

*Itinerario y diario de la expedición de Balboa á descubrir el mar del Sur, segun resulta de la narracion de Oviedo.*

Salió del Darien en jueves 1.<sup>o</sup> de setiembre de 1513, y llegó al puerto y tierra de Careta de allí á cuatro dias: descansó dos, y salió el 6 á internarse en la tierra, y á los dos dias arribó á la Ponca por camino áspero y de sierras: estuvo allí hasta el 20 en que continuó su viaje, y llegó el 24 á Quarequa, donde mandaba Torecha, habiendo andado en aquellos cuatro dias diez leguas: era mal camino y habia rios. Salió de allí el 25 y llegó en el mismo dia á los bohios de parque, en donde no se detuvo, y siguiendo adelante, descubrió la mar que buscaba, á las diez de la mañana. Llegó, no se dice el dia, á la tierra de Chiapes, y el 29 bajó de allí al golfo de san Miguel, y tomó posesion del mar y costas.

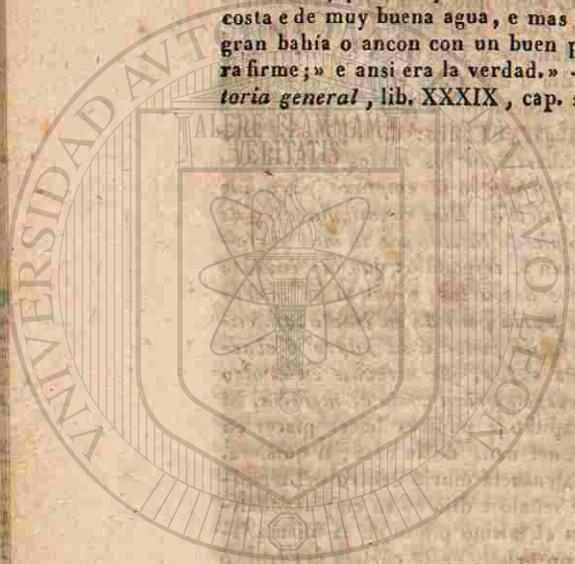
## IV.

*Sobre el astrólogo Micer Codro.*

• E dentro del dicho ancon e de las dichas puntas (el golfo llamado de Paris, y las puntas de Quera y de Santa María) estan las islas del Cebaco á tiro de escopeta, e poco mas la una de la otra que son dos, e de buenas fuentes e torrentes ó ar-

royos; e en la que está mas á el leste está enterrado aquel docto filósofo veneciano llamado Codro, que con deseo de saber los secretos de estas partes pasó acá, e murió allí, e el piloto Juan Cabezas lo enterró en aquella isla, donde á su ruego le sacó á morir, e acabó encomendandose á Dios como católico; non obstante que un dia ó dos antes emplazó al capitan Gerónimo de Valenzuela que le habia maltratado, e le dijo estas palabras el Codro: *Capitan, tú eres la causa de mi muerte por los malos tratamientos que me has hecho; yo te emplazo para que vayas á estar á juicio de Dios conmigo dentro de un año, pues yo pierdo la vida por tu mal portamento.* E el capitan le respondió: *que no cuidase de hablar aquellos desvarios, e que si se queria morir, á él se le daría poco de su emplazamiento; que él enviaria un poder á su padre ó abuelos e otros deudos suyos, que estaban en el otro mundo, que le responderían como él merecia.* El caso es, que el capitan le pudiera hacer placer en contestarle sin poner nada de su casa, si quisiera. Finalmente el Valenzuela murió dentro del término que el otro le señaló e dijo en su emplazamiento. Yo estuve con el mismo piloto en la misma isla, e me enseñó un árbol, en la corteza del tronco del qual estaba hecha una cruz cortada, e me dijo que al pie de aquel árbol habia enterrado al dicho Codro, de forma que este murió en su oficio, como Plinio en el suyo, escudriñando e andando á ver secretos de natura por el mundo. A este piloto le pesaba mucho de la muerte de Codro, e le loaba de buena persona, e á otros que le trataron he oido decir lo mismo, y me dijo que estando apartados de tierra en la mar, le rogó que por amor de Dios le sacase á morir fuera de la carabela en una de

aquellas islas. E el piloto le dijo: «Micer Códoro, aquellas que decís que son islas, no lo son, sino tierra doblada, e no hay islas allí:» e él le replicó: «Llévame, que si hay dos buenas islas junto á la costa e de muy buena agua, e mas adentro está una gran bahía o ancon con un buen puerto en la tierra firme;» e ansi era la verdad.» — OVIEDO: *Historia general*, lib. XXXIX, cap. 2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID  
DIRECCIÓN GENERAL DE

---



---

## APÉNDICES

A

### LA VIDA DE FRANCISCO PIZARRO.

---

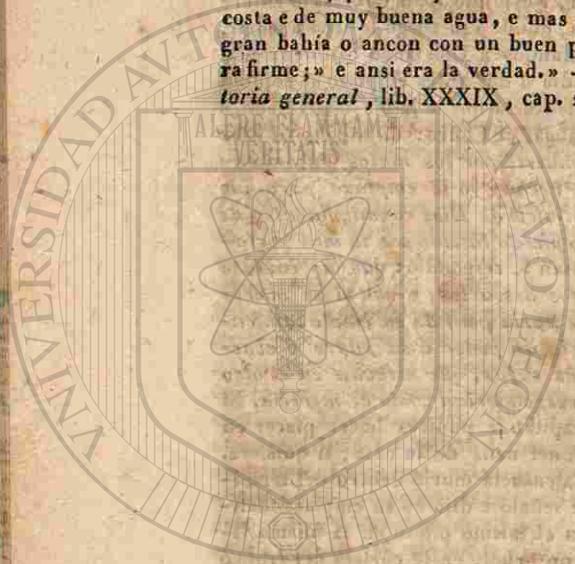
I.

*Sobre si sabia, ó no, firmar.*



unque la mayor parte de los escritores antiguos y modernos han afirmado que Pizarro no sabia escribir ni leer, algunos han dudado del hecho, y aun se han inclinado á lo contrario, entre ellos don Juan Bautista Muñoz, que de la inspeccion de algunos documentos, que aparecen firmados y escritos á nombre de aquel conquistador, ha deducido que sabia escribir, y escribia bien. Véanse los diferentes apuntes que dejó escritos para su historia, en donde no una vez sola manifiesta esta opinion. Si se atendie-

aquellas islas. E el piloto le dijo: «Micer Códoro, aquellas que decís que son islas, no lo son, sino tierra doblada, e no hay islas allí:» e él le replicó: «Llévame, que si hay dos buenas islas junto á la costa e de muy buena agua, e mas adentro está una gran bahía o ancon con un buen puerto en la tierra firme;» e ansi era la verdad.» — OVIEDO: *Historia general*, lib. XXXIX, cap. 2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID  
DIRECCIÓN GENERAL DE

---



---

## APÉNDICES

A

### LA VIDA DE FRANCISCO PIZARRO.

---

I.

*Sobre si sabia, ó no, firmar.*



unque la mayor parte de los escritores antiguos y modernos han afirmado que Pizarro no sabia escribir ni leer, algunos han dudado del hecho, y aun se han inclinado á lo contrario, entre ellos don Juan Bautista Muñoz, que de la inspeccion de algunos documentos, que aparecen firmados y escritos á nombre de aquel conquistador, ha deducido que sabia escribir, y escribia bien. Véanse los diferentes apuntes que dejó escritos para su historia, en donde no una vez sola manifiesta esta opinion. Si se atendie-

se á la autoridad de Montesinos, escritor casi contemporáneo, podria creerse que por lo menos sabia firmar: pues se explica así en sus *Anales*, año de 1525: "En este viaje trató Pizarro de aprender á leer; no le dió su viveza lugar á ello: contentóse solo con firmar, de lo que se reía Almagro, y decia, que *firmar sin saber leer, era lo mismo que recibir herida sin poder darla*. En adelante firmó siempre Pizarro por sí; y por Almagro su secretario." Aun esta noticia está dada tan ligeramente por Montesinos, que no advirtió la contradicción que decia con ella lo que se expresa en la escritura de compañía entre Fernando de Luque, Pizarro y Almagro, celebrado en el año siguiente de 526; donde se dice que, por no saber firmar ni Pizarro ni Almagro, lo hacen por ellos los testigos Juan de Panés y Alvaro del Quiro.

Mas seguro y positivo está Zárate, cuando en el cap. 9 del lib. 4.º de su *Historia del Perú*, dice *«que de todo punto no sabian Pizarro ni Almagro leer ni firmar, y que Pizarro en todos los despachos que hacia, así de gobernacion como de repartimiento de indios, libraba haciendo dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro.»* Esto está plenamente confirmado con los muchos documentos, que aun existen, en que se ve al conquistador firmar del modo expresado. En una de las contratas que hizo con la corte por agosto de 1529, se dice al fin: *Señalólo con una señal propia suya por no saber firmar*. Esta señal, segun yo lo observé en 1813 mediante el favor de mi difunto amigo don Manuel de Valbuena, encargado á la sazón del archivo de Indias, eran las dos rúbricas de que habla Zárate, entre las cuales despues

sus secretarios ponian ó *Francisco Pizarro, ó el Marques Pizarro*. Hay muchas de estas firmas, y de diferentes letras, segun mudaba de secretarios: las unas son de letra constantemente igual, menuda y clara, y parecen ser indubitavelmente de la misma mano que lo demás del documento: pero luego que tomó por secretario á Antonio Picado, ya el nombre de Francisco Pizarro que está entre aquellas dos rúbricas ó garabatos, es de una letra enteramente diversa de la anterior, alta, estrecha y rasgueada, probablemente del mismo Picado. Aun en el uso de las rúbricas hubo alguna novedad; porque á lo último ya no ponía mas que una, la de la mano izquierda: y la de la derecha fué substituida por una rúbrica de la misma mano que el nombre, esto es, de Picado.

Con esta investigacion, menuda á la verdad, pero no absolutamente importuna en la vida de un personage tan célebre, queda desvanecida la duda sobre el hecho controvertido; y se explica cómo aun cuando se encuentran documentos escritos y firmados, al parecer, por Francisco Pizarro, él sin embargo ni los escribió, ni los firmó.

## II.

*Escritura de compañía entre Pizarro, Almagro y Luque; segun se halla en los Anales de don Fernando Montesinos, año de 1526.*

En el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la santísima Virgen nuestra Señora, hacemos esta compañía. =

Sepan cuantos esta carta de compañía vieren como yo don Fernando de Luque, clérigo presbítero, vicario de la santa iglesia de Panamá, de la una parte, y de la otra el capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos en esta ciudad de Panamá, decimos: que somos concertados y convenidos, de hacer y formar compañía, la cual sea firme y valedera para siempre jamás en esta manera:— Que por cuanto nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, tenemos licencia del señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Perú, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gente, y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad tanta cuanta es menester; y vos el dicho don Fernando de Luque nos los dais porque esta compañía la hagamos por iguales partes: somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja ninguna mas el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare y poblar en los dichos reinos y provincias del Perú. Y por cuanto vos el dicho D. Fernando de Luque nos disteis, y poneis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reino del Perú, veinte mil pesos en barras de oro y de á cuatrocientos y cincuenta maravedís el peso, los cuales los recibimos luego en las dichas barras de oro que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Her-

nando del Castillo doy fe que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro, y lo recibieron en mi presencia los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y se dieron por contentos y pagados de ella. Y nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de nuestra parte en esta dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor gobernador, y que la dicha conquista y reino que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de S. M. nos ha hecho, y las demas mercedes que nos hiciere y acrescentare S. M., y los de su consejo de las Indias de aquí adelante, para que de todo goceis y hayais vuestra tercera parte, sin que en cosa alguna hayamos de tener mas parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. Y mas ponemos en esta dicha compañía nuestras personas y el haber de hacer la dicha conquista y descubrimiento con asistir con ellas en la guerra todo el tiempo que se tardare en conquistar y ganar y poblar el dicho reino del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ninguna ventaja y parte mas de la que vos el dicho don Fernando de Luque llevaredes, que ha de ser por iguales partes todos tres, así de los aprovechamientos que con nuestras personas tuviéremos, y ventajas de las partes que nos cupieron en la guerra y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubiéremos y gozaremos, y nos cupiere por cualquier vía y forma que sea, así á mí el dicho capitán Francisco Pizarro como á mí Diego de Almagro, habeis de haber de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin defraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte, porque desde ahora en lo que Dios nuestro Señor nos diere, de-

cimos y confesamos que es vuestro y de vuestros herederos y sucesores, de quien en esta dicha compañía sucediere y lo hubiere de haber, en vuestro nombre se lo daremos, y le daremos cuenta de todo ello á vos, y á vuestros sucesores, quieta y pacíficamente, sin llevar mas parte cada uno de nos, que vos el dicho don Fernando de Luque, y quien vuestro poder hubiere y le perteneciere; y así de cualquier dictado y estado de señorío perpétuo, ó por tiempo señalado que S. M. nos hiciere merced en el dicho reino del Perú, así á mí el dicho capitán Francisco Pizarro, ó á mí el dicho Diego de Almagro, ó á cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y vasallos que á cada uno de nos se nos diere e hiciere merced en cualquiera manera ó forma que sea en el dicho reino del Perú por vía de estado, ó renta, repartimiento de indios, situaciones, vasallos, seáis señor y goceis de la tercia parte de ello como nosotros mismos, sin adición ni condición ninguna, y si la hubiere y alegáremos, yo el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos, que no seamos oídos en juicio ni fuera del, y nos damos por condenados en todo y por todo como en esta escritura se contiene para lo pagar y que haya efecto; y yo el dicho Don Fernando de Luque hago la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doy los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista del dicho reino del Perú, á pérdida ó ganancia, como Dios nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernación y tierra, he yo de gozar y haber la tercera parte, y la otra tercera para el capitán Francisco Pizarro, y la otra tercera

para Diego de Almagro, sin que el uno lleve mas que el otro así de estado de señor, como de repartimiento de indios perpétuos, como de tierras y solares, y heredades como de tesoros, y escondijos encubiertos, como de cualquier riqueza ó aprovechamiento de oro, plata, perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes, y de cualquier estado y condición que sea, que los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayais y tengais en el dicho reino del Perú, me habeis de dar la tercera parte. Y nos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho don Fernando de Luque de la forma y manera que lo pide él, y lo declara para que todos por iguales partes hayamos en todo y por todo, así de estados perpétuos que S. M. nos hiciese mercedes en vasallos ó indios, ó en otras cualesquiera rentas, goce el derecho don Fernando de Luque, y haya la dicha tercia parte de todo ello enteramente, y goce de ello como cosa suya desde el día que S. M. nos hiciere cualesquiera mercedes como dicho es. Y para mayor verdad y seguridad de esta escritura de compañía, y de todo lo en ella contenido, y que os acudiremos y pagarémos nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro á vos el dicho Fernando de Luque con la tercia parte de todo lo que se hubiere y descubriere, y nosotros hubiéremos por cualquiera vía y forma que sea: para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escritura se contiene, juramos á Dios nuestro Señor y á los Santos Evangelios donde mas largamente son escritos y estan en este libro Misal, donde pusieron sus manos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la cruz en semejanza de esta † con sus dedos de la mano en presencia de

mi el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplirán esta dicha compañía y escritura en todo y por todo, como en ella se contiene, sopena de infames y malos cristianos, y caer en caso de menos valer, y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amen; y así lo juramos y le daremos el tercio de todo lo que descubriéremos y conquistáremos y pobláremos en el dicho reino y tierra del Perú; y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuvieremos parte, como dicho es en esta dicha escritura, y nos obligamos de acudir con ello á vos el dicho don Fernando de Luque, y á quien en vuestro nombre le pertenciere y hubiere de haber, y les daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y poblacion del dicho reino y tierra del Perú: y prometemos que en la dicha conquista y descubrimiento nos ocuparemos y trabajaremos con nuestras personas sin ocuparnos en otra cosa hasta que se conquiste la tierra y se ganare, y si no lo hiciéremos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros; seamos obligados á volver á vos el dicho don Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. Y para lo cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escritura contenido, cada uno por lo que le toca, renunciaron todas y cualesquier leyes y ordenamientos, y pragmáticas, y otras cualesquier constituciones, ordenanzas que esten fechas en su favor, y cualesquiera de ellos para que aunque las pidan y aleguen, que no les valga. Y valga esta escritura dicha, y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecucion así en

sus personas como en sus bienes, muebles y raíces habidos y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidos y por haber segun dicho es, y dieron poder cumplido á cualesquier justicias y jueces de S. M. para que por todo rigor, y mas breve remedio de derecho les compelan y apremien á lo así cumplir y pagar, como si lo que dicho es fuese sentencia definitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derechos que en su favor hablan, especialmente la ley que dice: Que general renunciacion de leyes no vala. Que es fecha en la ciudad de Panamá á diez días del mes de marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos, veinte y seis años: testigos que fueron presentes á lo que dicho es Juan de Panés, y Alvaro del Quiro, y Juan de Vallejo, vecinos de la ciudad de Panamá, y firmó el dicho D. Fernando de Luque, y porque no saben firmar el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, á los cuales otorgantes yo el presente escribano doy fe que conozco. D. Fernando de Luque—A su ruego de Francisco Pizarro—Juan de Panés; y á su ruego de Diego de Almagro—Alvaro del Quiro: E yo Hernando del Castillo, escribano de S. M. y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fui al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aquí este mi signo á tal en este testimonio de verdad. Hernando del Castillo, escribano público. 

NOTA. Lo mas particular que hay en este convenio, y que no se ha apuntado por ninguno de los historiadores, á lo me-

## III.

*Conferencia que tuvo Almagro con Pedrarias para separarle de la asociacion en la empresa del descubrimiento del Perú; según la cuenta Oviedo en el cap. 23, parte segunda de su Historia general.*

«En el cual tiempo (febrero de 1527) yo tuve ciertas cuentas con Pedrarias, y haciendo la averiguacion de ellas en su casa, donde nos juntábamos á cuentas, entró el capitan Diego de Almagro un día, e le dijo: Señor, ya vmd. sabe que en esta armada e descubrimiento del Perú tenéis parte con el

nos que yo sepa, es que Hernando de Luque no era mas que lo que comunmente se dice una testa de ferro en este caso, y que el verdadero contratista y asociado era el licenciado Gaspar de Espinosa; que se valió de su nombre para entrar á la parte de la empresa, y dió los veinte mil pesos de oro. Esto consta de una escritura otorgada en Panamá á 6 de Agosto de 1531 ante el mismo escribano, por la cual Hernando de Luque, refiriendose á la antecedente de 1526 «cede y traspasa la tercera parte, que por su virtud le toca, en el licenciado Gaspar de Espinosa (que está presente y acepta) porque así es verdad que hizo y efectuó la dicha compañía y contrato por mandado y comision del señor licenciado Gaspar de Espinosa que presente está; y los veinte mil pesos de oro de ley perfecta los recibió del dicho señor licenciado y son suyos, y hice la dicha compañía con ellos á su ruego para él y por su mandado. Testigos Alonso de Quiros, Juan Diaz Guerrero, Juan de Vallejos, vecinos de Panamá.»

Noticia sacada de la obra inédita intitulada *Noticia general del Perú, Tierra firme y Chile*, por Francisco Lopez de Caravantes, contador de cuentas en el Tribunal de la contaduría mayor de las mismas provincias. Esta obra estuvo antes en la librería del colegio mayor de Cuenca de Salamanca, y ahora existe en la particular de S. M.

capitan Francisco Pizarro, y con el maestre escuela Don Fernando de Luque, mis compañeros, y conmigo, y que no habeis puesto en ella cosa alguna; y que nosotros estamos perdidos, e habemos gastado nuestras haciendas y las de otros nuestros amigos, y nos cuesta hasta el presente sobre quince mil castellanos de oro, e agora el capitan Francisco Pizarro e los cristianos que con él están tienen mucha necesidad de socorro, e gente, e caballos, e otras muchas cosas para proveerlos, porque no nos acabemos de perder, ni se pierda tan buen principio como el que tenemos en esta empresa, de que tanto bien se espera. Suplico á V. S. que nos socorrais con algunas vacas para hacer carnes, y con algunos dineros para comprar caballos y otras cosas de que hay necesidad, como jarcias y lonas, e pez para los navios, que en todo se terná buena cuenta y la hay de lo que hasta aquí se ha gastado, para que así goce cada uno e contribuya por rata según la parte que tuviere; e pues sois participe en este descubrimiento por la capitulacion que tenemos, no seais, señor, causa que el tiempo se haya perdido y nosotros con él; ó si no quereis atender el fin de este negocio, pagad lo que hasta aquí os cabe por rata, y dejémoslo todo. A lo cual Pedrarias, despues que hobo dicho Almagro, respondió muy enojado, e dijo: Bien parece que dejo yo la gobernacion, pues vos decís eso que lo que yo pagára si no me hobieran quitado el oficio, fuera que me diérades muy estrecha cuenta de los cristianos que son muertos por culpa de Pizarro e vuestra, e que habeis destruido la tierra al rey, e de todos esos desórdenes e muertos habeis de dar razon, como presto lo vereis antes que salgáis de Panamá. A lo cual replicó el capitan Almagro, e le dijo: Señor

dejaos deso, que pues hay justicia e juez que nos tenga en ella, muy bien es que todos den cuenta de los vivos e de los muertos, e no faltará á vos, señor, de que deis cuenta, e yo la daré á Pizarro de manera que el Emperador N. S. nos haga muchas mercedes por nuestros servicios; pagad si quereis gozar de esta empresa, pues que no sudais ni trabajais en ella, ni habeis puesto en ello sino una ternera que nos distes al tiempo de la partida, que podrá valer dos ó tres pesos de oro; ó alzad la mano del negocio, y soltaros hemos la mitad de lo que nos debeis en lo que se ha gastado. A esto replicó Pedrarias, riéndose de mala gana, e dijo: No lo perdéredes todo, e me dareis cuatro mil pesos; e Almagro dijo: Todo lo que nos debeis os soltamos, e dejadnos con Dios acabar de perder ó ganar. Como Pedrarias vido que ya le soltaban lo que él debía en el armada, que á buena cuenta eran mas de cuatro ó cinco mil pesos, dijo: ¿Qué me dareis de mas deso? Almagro dijo: Daros he trescientos pesos, muy enojado, y juraba á Dios que no los tenía; pero que él los buscaria por se apartar del e no le pedir nada. Pedrarias replicó e dijo, y aun dos mil me dareis; entonces Almagro dijo, daros he quinientos; mas de mil me dareis, dijo Pedrarias; e continuando su enojo Almagro dijo: mil pesos os doy y no los tengo, pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligáre, e Pedrarias dijo que era contento; e así se hizo cierta escritura de concierto en que quedó de le pagar mil pesos de oro con que se saliese, como se salió, de la compañía Pedrarias, e alzó la mano de todo aquello, e yo fui uno de los testigos que firmamos el asiento e conveniencia, e Pedrarias se desistió e renunció todo su derecho en Almagro e su compa-

ña, y de esta forma salió del negocio, y por su poquedad dejó de atender para gozar de tan gran tesoro, como es notorio que se ha habido en aquellas partes. »

## IV.

*Capitulacion hecha por Francisco Pizarro con la reina en Toledo á 26 de julio de 1529 para la conquista y poblacion de la costa de la mar del Sur, que con licencia y parecer de Pedrarias Dávila, gobernador y capitan general de las provincias de Tierra firme, descubrió cinco años antes á una con el capitan Diego de Almagro.*

LA REINA:— Por cuanto vos el capitan Francisco Pizarro, vecino de Tierra firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre Don Fernando de Luque, maestro escuela y provisor de la iglesia de Darien, *sede vacante*, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitan Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicisteis relacion, que vos e los dichos vuestros compañeros con deseo de nos servir e del bien e acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años, poco mas ó menos, que con licencia e parecer de Pedrarias Dávila, nuestro gobernador e capitan general que fué de la dicha Tierra firme, tomastes cargo de ir a conquistar, descubrir e pacificar e poblar por la costa del mar del Sur, de la dicha tierra a la parte de Levante, a vuestra costa e de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudiéredes, e hicisteis para ello dos navios e un bergantin en la

dicha costa, en que así en esto por se haber de pasar la jarcia e aparejos necesarios al dicho viaje e armada desde el Nombre de Dios, que es la costa del Norte, á la otra costa del Sur, como con la gente e otras cosas necesarias al dicho viaje, e tornar a rehacer la dicha armada, gastásteis mucha suma de pesos de oro, e fuistes a hacer e hicisteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros e trabajo, a causa de lo qual os dejó toda la gente que con vos iba en una isla despoblada con solos trece hombres que no vos quisieron dejar, y que con ellos y con el socorro que de navíos e gente vos hizo el dicho capitán Diego de Almagro, pasastes de la dicha isla e descubristes las tierras e provincias del Pirú e ciudad de Tumbes, en que habeis gastado vos e los dichos vuestros compañeros mas de treinta mil pesos de oro, e que con el deseo que tenéis de nos servir querriades continuar la dicha conquista e poblacion a vuestra costa e mision, sin que en ningun tiempo seamos obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiciéredes, mas de lo que en esta capitulacion vos fuese otorgado, e me suplicásteis e pedistes por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, e vos concediese e otorgase las mercedes, e con las condiciones que de suso serán contenidas; sobre lo qual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulacion siguiente.

Primeramente doy licencia y facultad a vos el dicho capitán Francisco Pizarro, para que por nos, y en nuestro nombre e de la corona real de Castilla, podáis continuar el dicho descubrimiento, conquista y poblacion de la dicha provincia del Perú, fasta ducientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas ducientas leguas comienzan

desde el pueblo que en lengua de indios se dice Tenumpela, e despues le llamásteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chíncha, que puede haber las dichas ducientas leguas de costa, poco mas ó menos.

ITEM: Entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra persona, e por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador e capitán general de toda la dicha provincia del Pirú, e tierras y pueblos que al presente hay e adelante hubiere en todas las dichas ducientas leguas, por todos los dias de vuestra vida, con salario de setecientos e veinte y cinco mil maravedís cada año, contados desde el dia que vos hiciédeses a la vela destos nuestros reinos para continuar la dicha poblacion e conquista, los cuales vos han de ser pagados de las rentas y derechos a nos pertenecientes en la dicha tierra que así habeis de poblar; del qual salario habeis de pagar en cada un año un alcalde mayor, diez escuderos, e treinta peones, e un médico, e un boticario, el qual salario vos ha de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

OTROS: Vos hacemos merced de título de nuestro Adelantado de la dicha provincia del Perú e ansimismo del oficio de alguacil mayor della, todo ello por los dias de vuestra vida.

OTROS: Vos doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podáis hacer en las dichas tierras e provincias del Perú, hasta cuatro fortalezas, en las partes y lugares que mas convengan, pareciendo a vos e a los dichos nuestros oficiales ser necesarias para guarda e pacificacion de la dicha tierra, e vos haré merced de

las tenencias dellas, para vos, e para dos herederos, e subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mil maravedís en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que así estuvieron hechas, las cuales habeis de hacer a vuestra costa, sin que nos, ni los reyes que despues de nos vinieren, seamos obligados a vos lo pagar al tiempo que así lo gastáredes, salvo dende en cinco años despues de acabada la fortaleza, pagandoos en cada un año de los dichos cinco años, la quinta parte de lo que se montare el dicho gasto, de los frutos de la dicha tierra.

OTROSÍ: Vos hacemos merced para ayuda a vuestra costa de mil ducados en cada un año por los días de vuestra vida de las rentas de las dichas tierras.

OTROSÍ: Es nuestra merced, acatando la buena vida e doctrina de la persona del dicho Don Fernando de Luque de le presentar a nuestro muy Sancto Padre por obispo de la ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia y gobernacion del Perú, con límites e diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados: y entretanto que vienen las bulas del dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los indios de dicha provincia, con salario de mil ducados en cada un año pagado de nuestras rentas de la dicha tierra, entretanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

OTROSÍ: Por quanto nos habedes suplicado por vos en el dicho nombre vos hiciese merced de algunos vasallos en las dichas tierras, e al presente lo dejamos de hacer por no tener entera relacion de ellas, es nuestra merced que, entretanto que informados proveamos en ello lo que a nuestro ser-

vicio e a la enmienda e satisfacción de nuestros trabajos e servicios conviene, tengais la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año en la dicha tierra, con tanto que no exceda de mill y quinientos ducados, los mill para vos el dicho capitán Pizarro, e los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

OTROSÍ: Hacemos merced al dicho capitán Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hay u obiere en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mill maravedís cada un año, con mas ducientos mil maravedís cada un año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar desde el día que vos el dicho Francisco Pizarro llegáredes a la dicha tierra, aunque el dicho capitán Almagro se quede en Panamá, e en otra parte que le convenga; e le haremos home hijodalgo, para que goce de las honras e preminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas e tierra firme del mar Océano.

OTROSÍ: Mandamos que las dichas haciendas, e tierras, e solares que teneis en tierra firme, llamada Castilla del Oro, e vos estan dadas como a vecino de ella, las tengais e goceis, e hagais de ello lo que quisiéredes e por bien tuviéredes, conforme a lo que tenemos concedido y otorgado a los vecinos de la dicha tierra firme; e en lo que toca a los indios e naborias que teneis e vos estan encomendados, es nuestra merced e voluntad e mandamos que los tengais e goceis e sirvais de ellos, e que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

OTROSÍ: Concedemos a los que fueren a poblar

la dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el día de la data de esta en adelante, que del oro que se cogiere de las minas nos paguen el diezmo, y cumplidos los dichos seis años paguen el noveno, e así decendiendo en cada un año hasta llegar al quinto: pero del oro e otras cosas que se obieren de rescatar, o cabalgadas, o en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

OTROSI: Franqueamos a los vecinos de la dicha tierra por los dichos seis años, y mas, y cuanto fuere nuestra voluntad, de almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento e provision de sus casas, con tanto que no sea para lo vender; e de lo que vendieren ellos, e otras cualesquier personas, mercaderes e tratantes, ansimismo los franqueamos por dos años tan solamente.

ITEM: Prometemos que por término de diez años e mas adelante hasta que otra cosa mandemos en contrario, no impornemos a los vecinos de las dichas tierras alcabalas ni otro tributo alguno.

ITEM: Concedemos a los dichos vecinos e pobladores que le sean dados por vos los solares y tierras convenientes a sus personas, conforme á lo que se ha hecho e hace en la dicha Isla Española; e ansimismo os daremos poder para que en nuestro nombre, durante el tiempo de vuestra gobernacion, hagais la encomienda de los indios de la dicha tierra, guardando en ella las instrucciones e ordenanzas que vos serán dadas.

ITEM: A suplicacion vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur a Bartolomé Ruiz, con setenta y cinco mil maravedís de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra, de los cuales ha de gozar desde el día que le fuere

entregado el título que de ello le mandaremos dar, e en las espaldas se asentará el juramento e solemnidad que ha de hacer ante vos, e otorgado ante escribano. Asimismo daremos título de escribano de número e del consejo de la dicha ciudad de Tumbes, a un hijo de dicho Bartolomé Ruiz, siendo hábil e suficiente para ello.

OTROSI: Somos contentos e nos placé que vos el dicho capitán Pizarro, quanto nuestra merced e voluntad fuere, tengais la gobernacion e administracion de los indios de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá, e goceis para vos e para quien vos quisieredes, de todos los aprovechamientos que hobiere en la dicha isla, así de tierras como de solares, e montes, e arboles, e mineros, e pesquería de perlas, con tanto que seais obligado por razon de ello a dar a nos e a los nuestros oficiales de Castilla del Oro en cada un año de los que así fuere nuestra voluntad que vos la tengais, ducientos mill maravedís, e mas el quinto de todo el oro e perlas que en cualquier manera e por cualesquier personas se sacare en la dicha isla de Flores sin descuento alguno, con tanto que los dichos indios de la dicha isla de Flores no los podáis ocupar en la pesquería de las perlas, ni en las minas del oro, ni en otros metales, sino en las otras granjerías e aprovechamientos de la dicha tierra, para provision e mantenimiento de la dicha vuestra armada, e de las que adelante obiereis de hacer para la dicha tierra; e permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro llegado á Castilla del Oro, dentro de dos meses luego siguientes, declarades ante el dicho nuestro gobernador e juez de residencia que allí estuviere, que no vos querais encargar de la dicha isla de

Flores, que en tal caso no seais tenido e obligado a nos pagar por razon de ello las dichas ducientas mill maravedis, e que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

ITEM: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viaje e descubrimiento Bartolomé Ruiz, Cristoval de Peralta, e Pedro de Cándia, e Domingo de Soria Luce, e Nicolas de Ribera, e Francisco de Cuellar, e Alonso de Molina, e Pedro Alcon, e García de Jerez, e Anton de Carrion, e Alonso Briceño, e Martin de Paz, e Joan de la Torre, e porque vos me lo suplicasteis e pedistes por merced, es nuestra merced de voluntad de les hacer merced, como por la presente vos la hacemos a los que de ellos no son idalgos, que sean idalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, e que en ellas e en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano, gocen de las preeminencias e libertades, e otras cosas de que gozan, y deben ser guardadas á los hijosdalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, e a los que de los susodichos son idalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la informacion que en tal caso se requiere.

ITEM: Vos hacemos merced de veinte y cinco yeguas e otros tantos caballos de los que nos tenemos en la isla de Jamaica, e no las abiendo quando las pidiéredes, no seamos tenudos el precio de ellas, ni de otra cosa por razon de ellas.

OTROSÍ: Os hacemos merced de trescientos mill maravedis pagados en Castilla del Oro para el artillería e municion que habeis de llevar á la dicha provincia del Perú, llevando fe de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que ansi comprastes e de lo que vos costó, contando el inte-

rese e cambio de ello, e mas os haré merced de otros ducientos ducados pagados en Castilla del Oro para ayuda al acarreto de la dicha artillería e municiones e otras cosas vuestras desde el Nombre de Dios so la dicha mar del Sur.

OTROSÍ: Vos daremos licencia como por la presente vos la damos para que destos nuestros reinos, e del reino de Portugal e islas de Cabo Verde, e dende, vos, e quien vuestro poder hubiere, quisiéredes e por bien tuviéredes, podais pasar e paseis á la dicha tierra de vuestra gobernacion cincuenta esclavos negros en que haya á lo menos el tercio de hembras, libres de todos derechos á nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes e parte de ellos en la isla Española, San Joan, Cuba, Santiago e en Castilla del Oro, e en otra parte alguna los que de ellos ansi dejáredes, sean perdidos e aplicados, e por la presente los aplicamos á nuestra cámara e fisco.

OTROSÍ: Que hacemos merced y limosna al hospital que se hiciese en la dicha tierra, para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren, de cien mill maravedis librados en las penas aplicadas de la cámara de la dicha tierra. Ansimismo á vuestro pedimento e consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decimos que haremos merced, como por la presente la hacemos, á los hospitales de la dicha tierra de los derechos de la escubilla e relaves que hubiere en las fundiciones que en ellas se hicieren, e de ello mandaremos dar nuestra provision en forma.

OTROSÍ: Decimos que mandaremos, e por la presente mandamos que hayan e residan en la ciudad de Panamá, e donde vos fuere mandado un carpintero e un calafate, e cada uno de ellos tenga

de salario treinta mill maravedis en cada un año dende que comenzaren á residir en la dicha ciudad, o donde, como dicho es, vos les mandáredes; á los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernacion quando nuestra merced y voluntad fuere.

ITEM: Que vos mandaremos dar nuestra provision en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podais tomar cualesquier navíos que hubiéredes menester, de consentimiento de sus dueños para los viajes que hobiéredes de hacer á la dicha tierra, pagando á los dueños de los tales navíos el flete que justo sea, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Ansimismo que mandaremos, e por la presente mandamos e defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen á las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no puedan pasar a aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes e ordenanzas e cartas nuestras, que cerca de esto por nos e por los reyes católicos estan dadas; ni letrados ni procuradores para usar de sus oficios.

Lo cual que dicho es, e cada cosa e parte de ello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitán Pizarro seais tenido e obligado de salir destos nuestros reinos con los navíos e aparejos e mantenimientos e otras cosas que fueren menester para el dicho viaje y poblacion, con ducientos e cincuenta hombres, los ciento y cincuenta destos nuestros reinos e otras partes no prohibidas, e los ciento restantes podais llevar de las islas e tierra firme del mar Océano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saqueis mas de veinte hombres, sino fuere de los que en el

primero e segundo viaje que vos hicisteis a la dicha tierra del Perú se hallaron con vos, porque a estos damos licencia que puedan ir con vos libremente; lo cual hayais de cumplir desde el dia de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes: allegado a la dicha Castilla del Oro, e allegado a Panamá, seais tenido de proseguir el dicho viaje, e hacer el dicho descubrimiento e poblacion dentro de otros seis meses luego siguientes.

ITEM: Con condicion que quando saliéredes destos nuestros reinos e llegáredes a las dichas provincias del Perú hayais de llevar y tener con vos a los oficiales de nuestra hacienda, que por nos estan e fueren nombrados, e asimismo las personas religiosas o eclesiásticas que por nos serán señaladas para instruccion de los indios e naturales de aquella provincia a nuestra santa fé católica, con cuyo parecer e no sin ellos habeis de hacer la conquista, descubrimiento e poblacion de la dicha tierra; a los cuales religiosos habeis de dar e pagar el flete e matalotaje, e los otros mantenimientos necesarios conforme á sus personas, todo á vuestra coste, sin por ello les llevar cosa alguna durante la dicha navegacion, lo cual mucho vos lo encargamos que asi hagais e cumplais, como cosa de servicio de Dios e nuestro, porque de lo contrario nos ternamos de vos por deservidos.

OTROSI: Con condicion que en la dicha pacificacion, conquista y poblacion e tratamiento de dichos indios en sus personas y bienes seais tenudos e obligados de guardaren todo e por todo lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas, e se hicieren, e vos seran dadas en la nuestra carta e provision que vos mandaremos dar para la encomienda de los dichos indios. E cum-

pliendo vos el dicho capitán Francisco Pizarro lo contenido en este asiento, en todo lo que a vos toca e incumbe de guardar e cumplir, prometemos, e vos aseguramos por nuestra palabra real que agora e de aquí adelante vos mandaremos guardar e vos será guardado todo lo que así vos concedemos, e hacemos merced, a vos e a los pobladores e trahantes en la dicha tierra: e para ejecución y cumplimiento dello, vos mandaremos dar nuestras cartas e provisiones particulares que convengan e menester sean, obligándoos vos el dicho capitán Pizarro primeramente ante escribano público de guardar e cumplir lo contenido en este asiento que a vos toca como dicho es. Fecha en Toledo a 26 de julio de 1529 años. = YO LA REINA. = Por mandado de S. M. = Juan Vazquez.

*Copiada literalmente del traslado que existe en el tomo 15 de la Colección de manuscritos pertenecientes á marina y viajes, formada por mi amigo el Señor Don Martín Fernández Navarrete.*

## V.

*Carta de Hernando Pizarro.*

A los magníficos señores, los señores oidores de la audiencia real de S. M. que reside en la ciudad de Santo Domingo.

Magníficos señores: Yo llegué á este puerto de la Yaguana de camino para pasar á España por mandado del gobernador Francisco Pizarro á informar á S. M. de lo sucedido en aquella gobernación del Perú, y la manera de la tierra, y estado en que queda: y porque creo que los que á esa ciudad van darán á vuesas mercedes variables nuevas, me ha

parecido escribir en suma lo sucedido en la tierra para que sean informados de la verdad, despues que de aquella tierra vino Ysasaga, de quien vuesas mercedes se informarian de lo hasta allí acaecido.

El gobernador fundó en nombre de S. M. un pueblo cerca de la costa que se llama S. Miguel, veinte y cinco leguas de aquel cabo de Tumbez: dejados allí los vecinos é repartidos los indios que habia en la comarca del pueblo, se partió con sesenta de caballo é noventa peones en demanda del pueblo de Caxamalca, que tuvo noticia que estaba allí Atabaliva, hijo del Cuzco Viejo, é hermano del que al presente era señor de la tierra: entre los dos hermanos habia muy cruda guerra, é aquel Atabaliva le habia venido ganando la tierra hasta allí, que hay desde donde partió ciento é cincuenta leguas: pasadas siete ó ocho jornadas vino al gobernador un capitán de Atabaliva, é dijole que su señor habia sabido de su venida, é holgaba mucho de ello é tenia deseo de conocer á los cristianos; é así como obo estado dos dias con el gobernador, dijo que queria adelantarse y decir á su señor como iba; y que el otro venía al camino con presente en señal de paz. El gobernador fué de camino adelante hasta llegar á un pueblo que se dice la Ramada, que hasta allí era toda tierra llana, é desde allí era sierra muy áspera, é de muy malos pasos: y visto que no volvía el mensajero de Atabaliva, quiso informarse de algunos indios que habian venido de Caxamalca, é atormentáronse é dijeron que habian oido que Atabaliva esperaba al gobernador en la sierra para darle guerra; é así mandó apercebir la gente dejando la rezaga en el llano, é subió; é el camino era tan malo que á la verdad, si así fuera que allí nos esperaban, ó en otro paso que halla-

mos desde allí á Caxamalca, muy ligeramente nos llevarán, porque aun del diestro no podíamos llevar los caballos por los caminos; é fuera de camino ni caballos ni peones pasan esta sierra: hasta llegar á Caxamalca hay veinte leguas.

A la mitad del camino vinieron mensajeros de Atabaliva, é trajeron al gobernador comida, é le dijeron que Atabaliva le esperaba en Caxamalca, que queria ser su amigo, é que le hacia saber que sus capitanes que habia enviado á la guerra del Cuzco su hermano le traian preso, é que serian en Caxamalca dende en dos dias, é que toda la tierra de su padre estaba por él. El gobernador le envió á decir que holgaba mucho de ello, é que si algun señor habia que no le queria dar la obediencia, que le ayudaria á sojuzgarle: desde á dos dias llegó el gobernador á vista de Caxamalca é halló allí indios con comida; é puesta la gente en orden caminó al pueblo, é halló que Atabaliva no estaba en él, que estaba una legua de allí en el campo con toda su gente en toldos. Visto que Atabaliva no venia á verle envió un capitan con quince de caballo á hablar á Atabaliva, diciendo que no se aposentaba hasta saber donde era su voluntad que se aposentasen los cristianos: é que le rogaba que viniese, porque queria holgarse con él: en esto yo vine á hablar al gobernador que habia ido á mirar la manera para si de noche diesen en nosotros los indios, é díjome como habia enviado á hablar á Atabaliva: yo le dije que me parecia que en sesenta de caballo que tenia habia algunas personas que no eran diestros á caballo, é otros caballos mancos, é que sacar quince caballos de los mejores era yerro, porque si Atabaliva algo quisiere hacer no podian defenderse; é que acaeciéndoles

algun reves, que le harian mucha falta; é asi mandó que yo fuese con otros veinte de caballo que habia para poder ir, é que allá hiciese como me pareciese que convenia.

Quando yo llegué á este paso de Atabaliva hallé los de caballo junto con el real: el capitan habia ido á hablar con Atabaliva: yo dejé allí la gente que llevaba, é con dos de caballo pasé al aposento de Atabaliva, é el capitan le dijo como iba é quien yo era: é yo dije al Atabaliva que el gobernador me enviaba á visitarle, é que le rogaba que le viniese á ver porque le estaba esperando para holgarse con él, é que le tenia por amigo. Díjome que un cacique del pueblo de san Miguel le habia enviado á decir que éramos mala gente é no buena para la guerra, é que aquel cacique nos habia muerto caballos é gente: yo le dije que aquella gente de san Miguel eran como mugeres, é que un caballo bastaba para toda aquella tierra, é que cuando nos viesse pelear veria quien éramos, que el gobernador le queria mucho, é que si tenia algun enemigo que se lo dijese, que él lo enviaria á conquistar: díjome que cuatro jornadas de allí estaban unos indios muy recios que no podia con ellos, que allí irian cristianos á ayudar á su gente: díjele que el gobernador enviaria diez de caballo que bastaban para toda la tierra, que sus indios no eran menester sino para buscar los que se escondiesen. Sonrióse como hombre que no nos tenia en tanto: díjome el capitan que hasta que yo llegué nunca pudo acabar con él que le hablase, sino un principal suyo hablaba por él; y él siempre la cabeza baja: estaba sentado en un doho con toda la magestad del mundo, cercado de todas sus mugeres é muchos principales cerca dél: antes de llegar allí estaba otro gol-

pe de principales, é asi por orden cada uno del estado que eran. Ya puesto el sol yo le dije que me queria ir, que viese lo que queria que dijese al gobernador: dijome que le dijese que otro dia por la mañana le iria á ver: y que se aposentase en tres salones grandes que estaban en aquella plaza; é uno que estaba en medio le dejasen para él.

Aquella noche se hizo buena guarda: á la mañana envió sus mensajeros dilatando la venida hasta que era ya tarde; y de aquellos mensajeros que venian hablando con algunas indias que tenian los cristianos parientas suyas, les dijeron que se huyesen porque Atabaliva venia sobre tarde para dar aquella noche en los cristianos é matarlos: entre los mensajeros que envió vino aquel capitan que primero habia venido al gobernador al camino, é dijo al gobernador que su señor Atabaliva decia que pues los cristianos habian ido con armas á su real, que él queria venir con sus armas. El gobernador le dijo que viniese como él quisiese; y Atabaliva partió de su real á medio dia, y en llegar hasta un campo que estaba medio cuarto de legua de Caxamalca tardó hasta que el sol iba muy bajo. Allí asentó sus toldos é hizo tres escuadrones de gente; é á todo esto venia el camino lleno é no habia acabado de salir del real. El gobernador habia mandado repartir la gente en los tres Galpones que estaban en la plaza en triángulo, é que estuviesen á caballo é armados hasta ver qué determinacion traía Atabaliva: asentados sus toldos envió á decir al gobernador que ya era tarde, que él queria dormir allí, que por la mañana vernía: el gobernador le envió á decir que le rogaba que viniese luego, porque le esperaba á cenar, é que no habia de cenar hasta que fuese. Tornaron los mensajeros á decir al gobernador

que le enviase allá un cristiano, que él queria venir luego, é que venia sin armas. El gobernador envió un cristiano, é luego Atabaliva se movió para venir é dejó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetas traian unas porras pequeñas, é hondas, é bolsas con piedras.

Venia en unas andas, é delante dél hasta trescientos ó cuatrocientos indios con camisetas de librea limpiando las pajas del camino; é cantando, é él en medio de la otra gente que eran caciques é principales, é los mas principales caciques le traian en los hombros, é entrando en la plaza subieron doce ó quince indios en una fortalecilla que allí está, é tomaronla á manera de posesion con bandera puesta en una lanza. Entrado hasta la mitad de la plaza reparó allí; é salió un fraile dominico que estaba con el gobernador á hablarle de su parte que el gobernador le esperaba en su aposento, que le fuese á hablar, é dijole como era sacerdote, é que era enviado por el emperador para que le enseñase las cosas de la fé, si quisiesen ser cristianos, é mostróle un libro que llevaba en las manos, é dijole que aquel libro era de las cosas de Dios, é el Atabaliva pidió el libro, é arrojóle en el suelo, é dijo: yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra, que yo bien sé quien sois vosotros, y en lo que andáis: é levantóse en las andas, é habló á su gente é obo murmullo entre ellos llamando á la gente que tenian las armas: é el fraile fué al gobernador é dijole que qué hacia, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar mas; el gobernador me lo envió á decir; yo tenia concertado con el capitan de la artillería que haciéndole una seña disparasen los tiros, é con

la gente, que oyéndolos saliesen todos á un tiempo, é así se hizo, é como los indios estaban sin armas fueron desbaratados sin peligro de ningun cristiano. Los que traían las armas é los caciques que venian al rededor dél, nunca lo desampararon hasta que todos murieron al rededor dél; el gobernador salió é tomó á Atabaliva, é por defenderle le dió un cristiano una cuchillada en una mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna porque ya era noche; recogieronse todos al pueblo donde el gobernador quedaba.

Otro día de mañana mandó el gobernador que fuésemos al real de Atabaliva, hallóse en él hasta cuarenta mil castellanos, é cuatro ó cinco mil marcos de plata, é el real tan lleno de gente como si nunca hubiera faltado ninguna: recogióse toda la gente é el gobernador les habló que se fuesen á sus casas, que él no venia á hacerles mal; que lo que se habia fecho habia seido por la soberbia de Atabaliva, y él asimismo se lo mandó. Preguntando á Atabaliva por qué habia echado el libro é mostrado tanta soberbia, dijo: que aquel capitan suyo que habia venido á hablar al gobernador le habia dicho que los cristianos no eran hombres de guerra; é que los caballos se desensillaban de noche, é que con docientos indios que le diese se los ataria á todos, é que este capitan é el cacique que arriba he dicho de san Miguel le engañaron. Preguntóle el gobernador por su hermano el Cuzco; dijo que otro día llegaría allí, que le traían preso, é que sus capitanes quedaban con la gente en el pueblo del Cuzco; é segun despues pareció, dijo verdad en todo, salvo que su hermano lo envió á matar con temor que el gobernador le restituyese en su señorío. El gobernador le

dijo que él no venia á hacer guerra á los indios, sino que el emperador nuestro señor, que era señor de todo el mundo, le mandó venir para que les viesse, é les hiciese saber las cosas de nuestra fe para si quisiese ser cristiano, é que aquellas tierras é todas las demas eran del emperador, é que le habia de tener por señor. El dijo que era contento; é visto que los cristianos recogian algun oro, dijo Atabaliva al gobernador que no se curase de aquel oro que era poco, que él les daria diez mil tejuelos, é le henchiria de piezas de oro aquel buhío en que estaba hasta una raya blanca, que sería estado é medio de alta, é el buhío tenia de ancho diez y siete ó diez y ocho pies, é de largo treinta é cinco, é que cumpliria dentro de dos meses.

Pasados los dos meses que el oro no venia, antes el gobernador tenia nuevas cada dia que venia gente de guerra sobre él; así por eso como por dar prisa al oro que viniese, el gobernador me mandó que saliese con veinte de caballo é diez ó doce peones hasta un pueblo que se dice Guamachuco, que está veinte leguas de Caxamalca, que es á donde se decia que estaban los indios de guerra; é así fui hasta aquel pueblo, á donde hallamos cantidad de oro é plata, é desde allí la envié á Caxamalca. Unos indios que se atormentaron nos dijeron que los capitanes é gente de guerra estaban seis leguas de aquel pueblo; é aunque yo no llevaba comision del gobernador para pasar de allí, porque los indios no cobrasen ánimo de pensar que volviámos huyendo, acordé de llegar á aquel pueblo con catorce de caballo é nueve peones, porque los demas se enviaron en guarda del oro porque tenían los caballos cojos. Otro dia de mañana llegué sobre el pueblo, é no hallé gente ninguna en él, porque segun pareció habia seido

mentira lo que los indios habian dicho, salvo que pensaron meternos temor para que nos volviésemos.

A este pueblo me llegó licencia del gobernador para que fuese á una mezquita de que teniamos noticia que estaba cien leguas en la costa de la mar, en un pueblo que se dice Pachacamá. Tardamos en llegar á ella veinte y dos dias; los quince dias fomos por las sierras, é los otros por la costa de la mar: el camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa en la cristianidad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada: todos los arroyos tienen puentes de piedra ó de madera: en un rio grande, que era muy caudaloso é muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver: pasamos por ellas los caballos; tienen en cada pasaje dos puentes, la una por donde pasa la gente comun, la otra por donde pasa el señor de la tierra ó sus capitanes; esta tienen siempre cerrada é indios que la guardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan. Estos caciques de la sierra é gente tienen mas arte que no los de los llanos; es la tierra bien poblada; tiene muchas minas en mucha parte de ella; es tierra fria, nieva en ella, é llueve mucho, no hay ciénagas, es pobre de leña: en todos los pueblos principales tiene Atabaliva puestos gobernadores, é así mismo los tenían los señores antecesores suyos; en todos estos pueblos hay casas de mugeres encerradas, tienen guardas á las puertas, guardan castidad; si algun indio tiene parte en alguna de ellas, muere por ello; estas casas son unas para el sacrificio del Sol, otras del Cuzco Viejo, padre de Atabaliva; el sacrificio que hacen es de ovejas, é hacen chicha para verter por el suelo: hay otra casa de mugeres en cada pueblo

de estos principales asimismo guardadas que estan recogidas de los caciques comarcanos, para cuando pasa el señor de la tierra sacan de allí las mejores para presentárselas, é sacadas aquellas meten otras tantas: tambien tienen cargo de hacer chicha para cuando pasa la gente de guerra; de estas casas sacaban indias que nos presentaban: á estos pueblos del camino vienen á servir todos los caciques comarcanos cuando pasa la gente de guerra: tienen depósito de leña ó maiz, é de todo lo demas; é cuentan por unos ñudos en unas cuerdas de lo que cada cacique ha traído. Cuando nos habian de traer algunas cargas de leña, ó ovejas, ó maiz, ó chicha, quitaban de los ñudos de los que lo tenían á cargo, ó añudábanlo en otra parte, de manera que en todo tienen muy grande cuenta é razon; é todos estos pueblos nos hicieron muy grandes fiestas de danzas é bailes.

Llegados á los llanos, que es en la costa, es otra manera de gente mas bruta, no tan bien tratados, mas de mucha gente: asimismo tienen casas de mugeres, é todo lo demas como en los pueblos de la sierra. Nunca nos quisieron decir de la mezquita, que tenían en sí ordenado que todos los que nos los dijesen habian de morir; pero como teniamos noticia que era en la costa, seguimos el camino real hasta ir á dar en ella; el camino va muy ancho, tapiado de una banda é de otra, á trechos casas de aposento fechas en él, que quedaron de cuando el Cuzco pasó por aquella tierra. Hay poblaciones muy grandes, las casas de los indios de cañizos, las de los caciques de tapias, é ramadas por cobertura, porque en aquella tierra no llueve: desde el pueblo de San Miguel hasta aquella mezquita habrá ciento é sesenta, ó ciento é ochenta leguas; por la costa de la tierra muy poblada; toda esta tierra atraviesa el

camino tapiado; en toda ella, ni en docientas leguas que se tiene noticia en costa adelante no llueve; viven de riego; porque es tanto lo que llueve en la sierra, que salen de ella muchos rios, que en toda la tierra no hay tres leguas que no haya rio: desde la mar á las sierras hay en partes diez leguas, en partes doce, é toda la costa va así; no hace frio. En toda esta tierra de los llanos, é mucho mas adelante, no tributa al Cuzco, sino á la mezquita; el obispo de ella estaba con el gobernador en Caxamalca; habíale mandado otro buhio de oro como el que Atabaliva mandó; á este propósito el gobernador me envió á ir á dar priesa para que se llevase: llegado á la mezquita é aposentados, pregunté por el oro, é negáronmelo, que no lo habia: hizose alguna diligencia, é no se pudo hallar; los caciques comarcanos me vinieron á ver, é trujeron presente; é allí en la mezquita se halló algun oro podrido que dejaron cuando escondieron lo demas: de todo se juntó ochenta é cinco mil castellanos é tres mil marcos de plata.

Este pueblo de la mezquita es muy grande é de grandes edificios: la mezquita es grande é de grandes cercados é corrales: fuera de ella está otro cercado grande que por una puerta se sirve la mezquita: en este cercado estan las casas de las mugeres que dicen ser mugeres del Diablo; é aqui estan los silos donde estan guardados los depósitos del oro; aquí no está nadie donde estas mugeres están; hacen su sacrificio como las que están en las otras casas del Sol, que arriba he dicho. Para entrar al primero patio de la mezquita han de ayunar veinte dias: para subir al patio de arriba han de haber ayunado un año: en este patio de arriba suele estar el obispo; cuando suben algunos

mensajeros de caciques, que han ya ayunado su año, á pedir al Dios que les dé maiz é buenos temporales, hallan al obispo cubierta la cabeza é asentado: hay otros indios que llaman pajes del Dios; así como estos mensajeros de los caciques dicen al obispo su embajada, entran aquellos pajes del Diablo dentro á una camarilla, donde dicen que hablan con él, é aquel diablo les dice de qué está enojado de los caciques, é los sacrificios que se han de hacer é los presentes que quiere que le traigan. Yo creo que no hablan con el diablo, sino que aquellos servidores suyos engañan á los caciques por servirse de ellos, porque yo hice diligencia para saberlo, é un paje viejo de los mas principales é privados de su Dios, que me dijo un cacique que habia dicho que le dijo el diablo que no hobiese miedo á los caballos que espantaban é no hacian mal: hícele atormentar, é estuvo tan rebelde en su mala secta, que nunca dél se pudo saber nada mas de que realmente le tienen por dios. Esta mezquita es tan temida de todos los indios, que piensan que si alguno de aquellos servidores del Diablo le pidiese cuanto toviere, é no lo diese, habia de morir luego; é segun parece, los indios no adoran á este Diablo por devocion sino por temor; que á mí me decian los caciques que hasta entonces habia servido aquella mezquita porque le habian miedo; que ya no habian miedo sino á nosotros, que á nosotros querian servir; la cueva donde estaba el Diablo era muy obscura, que no se podia entrar en ella sin candelá, é dentro muy sucia. Hice á todos los caciques que me vinieron á ver entrar dentro para que perdiesen el miedo, é á falta de predicador les hice mi sermón, diciendo el engaño en que vivian.

En este pueblo supe que un capitán, el princi-

pal de Atabaliva, estaba veinte leguas de nosotros en un pueblo que se decia Jauja; envié á llamar que me viniese á ver; é respondiome que yo me fuese camino de Caxamalca, que él saldria por otro camino á juntarse conmigo. Sabiendo el gobernador que el capitan estaba de paz é que queria ir conmigo, escribiome que me volviese; é envié tres cristianos al Cuzco, que es cincuenta leguas mas adelante de Jauja, á tomar la posesion é ver la tierra. Yo me volví camino de Caxamalca por otro camino que él habia ido, é á donde el capitan de Atabaliva quedó de salir á mí; no habia salido, antes supe de aquellos caciques que se estaba quedo é me habia burlado porque me viniese; desde allí volvimos ácia donde él estaba, é el camino fué tan fragoso é de tanta nieve que se pasó harto trabajo en llegar allá; llegado al camino real á un pueblo que se dice Bombon, topé un capitan de Atabaliva con cinco mil indios de guerra que Atabaliva llevaba en achaque de conquistar un cacique rebelde; é segun despues ha parecido eran para hacer junta para matar á los cristianos. Allí hallamos hasta quinientos mil pesos de oro que llevaban á Caxamalca. Este capitan me dijo que el capitan general quedaba en Janja é sabia de nuestra ida é tenia mucho miedo; yo le envié mensajeros para que estoviese quedo, é no toviese temor; é hallé allí un negro que habia ido con los cristianos que iban al Cuzco, é dijome que aquellos temores eran fingidos, porque el capitan tenia mucha gente é muy buena; é que en presencia de los cristianos la habia contado por sus ñudos, é que habia hallado treinta y cinco mil indios. Asi fuimos á Jauja: Llegado á media legua del pueblo, é visto que el capitan no salia á recibirnos, un principal de Atabali-

va que llevaba conmigo, á quien yo habia hecho buen tratamiento, me dijo que hiciese ir á los cristianos en orden, porque creía que el capitan estaba de guerra: subiendo á un cerrillo que estaba cerca de Jauja, vimos en la plaza un gran bulto negro que pensamos ser cosa quemada; preguntado qué era aquello, dijéronnos que eran indios; la plaza es grande é tiene un cuarto de legua; llegados al pueblo como nadie salia á recibirnos, iba la gente toda con pensamiento de pelear con los indios; al entrar de la plaza salieron unos principales á recibirnos de paz, é dijéronnos que el capitan no estaba allí, que habia ido á pacificar ciertos caciques; é segun pareció, de temor se habia ido con la gente de guerra, é habia pasado un rio que estaba cabe el pueblo por una puente de red; envié á decir que viniese de paz, si no que irian los cristianos á le destruir. Otro dia de mañana vino la gente que estaba en la plaza, que eran indios de servicio; y es verdad que habria sobre cien mil ánimas: allí estuvimos cinco dias; en todo este tiempo no hicieron sino bailar é cantar, é grandes fiestas de borracheras; púsose en no venir conmigo; al cabo desde que vido la determinacion de traerle, vino de su voluntad; dejé allí por capitan al principal que llevé conmigo; este pueblo de Jauja es muy bueno é vistoso, é de muy buenas salidas llanas; tiene muy buena ribera; en todo lo que anduve no me pareció mejor disposicion para asentar pueblo los cristianos, é asi creo que el gobernador asentará allí pueblo, aunque algunos que piensan ser allí aprovechados del trato de la mar, son de contraria opinion; toda la tierra desde Jauja á Caxamalca, donde volvimos, es de la calidad que tengo dicho.

Venidos á Caxamalca é dicho al gobernador lo

que se habia fecho, me mandó ir á España á hacer relacion á S. M. de esto y de otras cosas que convienen á su servicio. Sacóse del monton del oro cien mil castellanos para S. M. en cuenta de sus quintos. Otro dia de como parti de Caxamalca llegaron los cristianos que habian ido al Cuzco, é trajeron millon é medio de oro. Despues de yo venido á Panamá vino otro navío en que vinieron algunos hidalgos: dicen que se hizo repartimiento del oro. Cupo á S. M. demas de los cien mil pesos que yo llevo é cinco mil marcos de plata, otros ciento é sesenta y cinco mil castellanos, é siete ó ocho mil marcos de plata: é á todos los que adelante venimos nos han enviado mas socorro de oro. = Despues de yo venido, segun el gobernador me escribe, supo que Atabaliva hacia junta de gente para dar guerra á los cristianos, y diz que hicieron justicia dél. Hizo señor á otro hermano suyo que era su enemigo. Molina va á esa ciudad; dél podrán vuestas mercedes ser informados de todo lo que mas quisieren saber: á la gente cupo de parte, á los de caballo 9000 castellanos; al gobernador 60000; á mí 30000. Otro provecho en esta tierra el gobernador no le ha habido, ni en las cuentas obo fraude ni engaño: dígolo á vuestas mercedes porque si otra cosa se dijere, esta es la verdad. Nuestro Señor las magníficas personas de vuestas mercedes por largos tiempos guarde é prospere; hecha en esta villa, noviembre de 1533 años. = A servicio de vuestas mercedes. = Hernando Pizarro. =

*Sacada de Oviedo, que la inserta en el cap. 15 de su parte tercera, ó lib. 43 de su Historia General.*

## VI.

*Testimonio de la Acta de reparticion del rescate de Atahualpa, otorgada por el escribano Pedro Sancho.*

En el pueblo de Caxamalca de estos reinos de la Nueva Castilla, á diez y siete dias del mes de junio año del nacimiento de nuestro señor Jesucristo de 1533, el muy magnífico señor el comendador Francisco Pizarro, adelantado, lugar teniente, capitán general y gobernador por S. M. en estos dichos reinos, por presencia de mí Pedro Sancho, teniente de escribano general en ellos por el señor Juan de Sámano, dijo: que por cuanto en la prision y desbarate que del cacique Atahualpa y de su gente se hizo en este dicho pueblo, se obo algun oro, y despues que el dicho cacique prometió y mandó á los cristianos españoles que se hallaron en su prision cierta cantidad de oro, la cual cantidad se halló y dijo seria un buhío lleno y diez mil tejuelos, y mucha plata que él tenia y poseía, y sus capitanes en su nombre que habian tomado en la guerra y entrada del Cuzco, y en la conquista de las tierras, por muchas causas que declaró como mas largo se contiene en el Auto que de ello se hizo que pasó ante escribano, y dello el dicho cacique ha dado y traído y mandado dar y traer parte dello, de lo cual conviene hacer reparticion y repartimiento, así del oro y plata, como de las perlas y piedras y esmeraldas que ha dado, y de su valor entre las personas que se hallaron en la prision del dicho cacique que ganaron y tomaron el dicho oro y plata á quien el dicho cacique le mandó y prometió, y ha

dado y entregado, porque cada una persona aya y tenga y posea lo que dello le perteneciere, para que con brevedad su señoría con los españoles se despache y parta de este pueblo para ir á poblar y pacificar la tierra adelante, y por otras muchas causas que aquí no van expresadas, por ende el dicho señor gobernador dijo: que S. M., por sus provisiones é instrucciones reales que le dió para la gobernacion de estos reinos y administracion que le fué dada, le manda que todos los provechos y frutos y otras cosas que en las tierras se hallasen y ganasen, lo dé y reparta entre las personas conquistadores que lo ganasen segun y como le pareciese, y que cada uno mereciese por su persona y trabajo; y que mirando lo susodicho y otras cosas que es razon y se deben mirar para hacer el repartimiento, y cada uno haya lo que de la dicha plata que el dicho cacique ha dado y havido, y ha de ver y se le ha de dar como S. M. lo manda, él queria señalar y nombrar por ante mí el dicho escribano la plata que cada una persona ha de haber y llevar, segun Dios nuestro Señor le diere á entender teniendo conciencia; y para lo mejor hacer pedía el ayuda de Dios nuestro Señor, é invocó el auxilio divino.

E luego el dicho señor gobernador, atento á lo que es dicho y va declarado en el Auto antes de este, poniendo á Dios ante su ojos, señaló á cada una persona los marcos de plata que le parece que merece y ha de haber de lo que el dicho cacique ha dado, y en esta manera lo señaló.

Y luego en 18 de Junio del mismo año de 1533 proveyó otro auto el dicho gobernador para que el oro se fundiese y repartiase; el cual se fundió y repartió en esta manera, como parece por los autos originales de donde lo he sacado, y pongo con dis-

Á LA VIDA DE PIZARRO. 389

tincion el oro y plata que cada uno recibió en las dos columnas siguientes, por no haber mas de una vez la lista de la gente, aunque allí está en dos.

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A la iglesia noventa marcos de plata, 2220 pesos de oro.	90	2220
Al señor Gobernador por su persona y á los lenguas y caballo. . . . .	2350	57220
A Hernando Pizarro. . . . .	1267	31080
A Hernando de Soto. . . . .	724	17740
Al padre Juan de Sosa, vi- cario del ejército. . . . .	310 6	7770
A Juan Pizarro. . . . .	407 2	11100
A Pedro de Candia. . . . .	407 2	9909
A Gonzalo Pizarro. . . . .	384 5	9909
A Juan Cortés. . . . .	362	9430
A Sebastian de Benalcazar. .	407 2	9909
A Cristobal Mena, ó Medina.	366	8380
A Luis Hernandez Brueno. . .	384 5	9435
A Juan de Salazar. . . . .	362	9435
A Miguel Estéte. . . . .	362	8980
A Francisco de Jerez. . . . .	362	8880
Mas al dicho Jerez y Pedro Sancho por la escritura de compañía. . . . .	94	2220
A Gonzalo de Pineda. . . . .	384	9909
A Alonso Briceño. . . . .	362	8380
A Alonso de Medina. . . . .	362	8480
A Juan Pizarro de Orellana.	362	8980
A Luis Marca. . . . .	362	8880

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Gerónimo de Aliaga. . . . .	339 4	8880
A Gonzalo Perez. . . . .	362	8880
A Pedro de Barrientos. . . . .	362	8880
A Rodrigo Nuñez. . . . .	362	8880
A Pedro Anades. . . . .	362	8880
A Francisco Maraver. . . . .	362	7770
A Diego Maldonado. . . . .	362	7770
A Ramiro ó Francisco de } Chastes. . . . .	362	8880
A Diego Ojuelos. . . . .	362	8880
A Ginés de Carranca. . . . .	362	8880
A Juan de Quincoces. . . . .	362	8880
A Alonso de Morales. . . . .	362	8880
A Lope Velez. . . . .	362	8880
A Juan de Barbaian. . . . .	362	8880
A Pedro de Aguirre. . . . .	362	8880
A Pedro de Leon. . . . .	362	8880
A Diego Mejía. . . . .	362	8880
A Martin Alonso. . . . .	362	8880
A Juan de Rosas. . . . .	362	8880
A Pedro Cataño. . . . .	362	8880
A Pedro Ortiz. . . . .	362	8880
A Juan Morquejo. . . . .	362	8880
A Hernando de Toro. . . . .	316	8880
A Diego de Agüero. . . . .	362	8880
A Alonso Perez. . . . .	362	8880
A Hernando Beltran. . . . .	362	8880
A Pedro de Barrera. . . . .	362	8880
A Francisco Baena. . . . .	362	8880
A Francisco Lopez. . . . .	371 4	6660
A Sebastian de Torres. . . . .	362	8880

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Juan Ruiz. . . . .	339 3	8880
A Francisco de Fuentes. . . . .	362	8880
A Gonzalo del Castillo. . . . .	362	8880
A Nicolás de Azpitia. . . . .	339 3	8880
A Diego de Molina. . . . .	316 6	7770
A Alonso Peto. . . . .	316 6	7770
A Miguel Ruiz. . . . .	362	8880
A Juan de Salinas Herrador.	362	8880
A Juan Olz, ó Loz. . . . .	248 7	6110
A Cristobal Gallego, no está } en la reparticion del oro. }	316 6	
A Rodrigo de Cantillana, } tampoco. . . . . }	294 1	
A Gabriel Telor, tampoco.	371 4	
A Hernan Sanchez. . . . .	262	8880
A Pedro Sa Páramo. . . . .	271 4	6115

## INFANTERIA.

A Juan de Porras. . . . .	181	4540
A Gregorio Sotelo. . . . .	181	4540
A Pedro Sancho. . . . .	181	4440
A García de Paredes. . . . .	181	4440
A Juan de Baldivieso. . . . .	181	4440
A Gonzalo Maldonado. . . . .	181	4440
A Pedro Navarro. . . . .	181	4440
A Juan Ronquillo. . . . .	181	4440
A Antonio de Bergara. . . . .	181	4440
A Alonso de la Carrera. . . . .	181	4440
A Alonso Romero. . . . .	181	4440
A Melchor Berdugo. . . . .	135 6	3330

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Martín Bueno. . . . .	135 6	4440
A Juan Perez Tudela. . . . .	181	4440
A Inigo Tabureo. . . . .	181	4440
A Nuño Gonzalo, no está en la reparticion del oro. . . . }	181	
A Juan de Herrera. . . . .	158	3385
A Francisco Dávalos. . . . .	181	4440
A Hernando de Aldana. . . . .	181	4440
A Martín de Marquina. . . . .	135 6	3330
A Antonio de Herrera. . . . .	136 6	3330
A Sandoval, no tiene nom- bre propio. . . . . }	135 6	3330
A Miguel Estete de Santiago. . . . .	135 6	3330
A Juan Bonallo. . . . .	181	4440
A Pedro Moguer. . . . .	181	4440
A Francisco Perez. . . . .	158 3	3880
A Melchor Palomino. . . . .	135 6	3330
A Pedro de Alconchel. . . . .	181	4440
A Juan de Segovia. . . . .	135 6	3330
A Crisóstomo de Ontiveros. . . . .	135 6	3330
A Hernan Muñoz. . . . .	135 6	3330
A Alonso de Mesa. . . . .	135 6	3330
A Juan Perez de Oma. . . . .	135 6	3885
A Diego de Trojillo. . . . .	158 3	3330
A Palomino, tonelero. . . . .	181	4440
A Alonso Jimenez. . . . .	181	4440
A Pedro de Torres. . . . .	135 6	3330
A Alonso de Toro. . . . .	135 6	3330
A Diego Lopez. . . . .	135 6	3330
A Francisco Gallegos. . . . .	135 6	3330
A Bonilla. . . . .	181	4440
A Francisco de Almendras. . . . .	181	4440

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Escalante . . . . .	181	3330
A Andres Jimenez. . . . .	181	4440
A Juan Jimenez. . . . .	181	3330
A García Martín. . . . .	181	4440
A Alonso Ruiz. . . . .	135 6	3330
A Lucas Martínez. . . . .	135 6	3330
A Gomez Gonzalez. . . . .	135 6	3330
A Alonso de Albuquerque. . . . .	94	2220
A Francisco de Vargas. . . . .	181	4440
A Diego Gavilan. . . . .	181	3884
A Contreras, difunto. . . . .	133	2770
A Rodrigo de Herrera, es- copetero. . . . . }	135 3	3330
A Martín de Florencia. . . . .	135 6	3330
A Anton de Oviedo. . . . .	135 6	3330
A Jorge Griego. . . . .	181	4440
A Pedro de San Millan. . . . .	135 6	3330
A Pedro Catalan. . . . .	93	3330
A Pedro Roman. . . . .	93	2220
A Francisco de la Torre. . . . .	131 r	2775
A Francisco Gorducho. . . . .	135 6	3330
A Juan Perez de Gamora. . . . .	181	4440
A Diego de Narvaez. . . . .	113 r	2775
A Gabriel de Olivares. . . . .	181	4440
A Juan García de Santa Ola- lla. . . . . }	135 6	3330
A Pedro de Mendoza. . . . .	135 6	3330
A Juan García, escopetero. . . . .	135 6	3330
A Juan Perez. . . . .	135 6	3330
A Francisco Martín. . . . .	135 6	3330

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Bartolomé Sanchez, ma- rinero. . . . .	135 6	3330
A Martin Pizarro. . . . .	135 6	2330
A Hernando de Montalvo. . . . .	181	3330
A Pedro Pinelo. . . . .	135 6	3330
A Lázaro Sanchez. . . . .	94	2330
A Miguel Cornejo. . . . .	135 6	3330
A Francisco Gonzalez. . . . .	94	2220
A Francisco Martinez, está en la lista del oro por Fran- cisco Cozalla. . . . .	135 6	2220
A Carate, no dice nombre propio en ninguna lista. . . . .	182	4440
A Hernando de Loja. . . . .	135 6	3330
A Juan de Niza. . . . .	195 6	3330
A Francisco de Solar. . . . .	94	3330
A Hernando de Jemendo. . . . .	67 7	2220
A Juan Sanchez. . . . .	94	1665
A Sancho de Villegas. . . . .	135 6	3330
A Pedro de Velva, no está en la lista del oro. . . . .	94	
A Juan Chico. . . . .	135 6	3330
A Rodas, sastre. . . . .	94	2220
A Pedro Salinas de la Hoz. . . . .	125 5	3330
A Anton Esteban Garcia. . . . .	186	2000
A Juan Delgado Menzon. . . . .	139	3330
A Pedro de Valencia. . . . .	94	2220
A Alonso Sanchez Talavera. . . . .	94	2220
A Miguel Sanchez. . . . .	135 6	3330
A Juan Garcia, pregonero. . . . .	103	2775
A Lozano. . . . .	94	2220

	Marcos de plata.	Pesos de oro.
A Garci Lopez. . . . .	135 6	3330
A Juan Muñoz. . . . .	135 6	3330
A Juan de Berlanga. . . . .	180	4440
A Esteban Garcia. . . . .	94	4440
A Juan de Salvatierra. . . . .	135 6	3330
A Pedro Calderon, no está en la reparticion del oro. } A Gaspar de Marquina, no está en el repartimiento de la plata. . . . . } A Diego Escudero, no está en la lista de la plata. . . . . }	135 ... ...	3330 4440
A Cristobal de Sosa. . . . .	135 6	3330

Asimismo el señor Gobernador dijo que señalaba y nombraba para que se diese á la gente que vino con el capitán Diego de Almagro para ayuda de pagar sus deudas y fletes, y suplir algunas necesidades que traían, veinte mil pesos.

Asimismo dijo que á treinta personas que quedaron en la ciudad de san Miguel de Piura dolientes, y otros que no vinieron ni se hallaron en la prision de Atahualpa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba quince mil pesos de oro para los repartir su señoría entre las dichas personas.

Asimismo dijo que los ocho mil pesos que la compañía dió á Hernando Pizarro para que fuese á explorar las cosas de la tierra, y otras cosas así de barbero y cirujano, y cosas que se han dado á caciques, se saquen del dicho cuerpo ocho mil pesos. Todo lo cual el dicho señor Gobernador dijo que le parecia que era bien y estaba bien señalado,

y lo que cada una persona lleva declarado que ha de haber en Dios y su conciencia, teniendo respeto á lo que S. M. le manda, y mandó que se les diese y repartiése por peso, y por ante mí el escribano á cada uno lo que lleva declarado: firmolo por mandado de su señoría. = Pedro Sancho.

*Extractado de la obra inédita, anteriormente citada, de Francisco Lopez de Caravantes.*

## VII.

*Sobre la cronología de Herrera.*

El trabajo de este historiador es hasta ahora el mas copioso y el mas instructivo de cuantos se han hecho sobre las cosas del nuevo mundo; y en vano esperaria nadie superarle, ni aun igualarle en estas prendas tan útiles. Es tambien por ventura, y generalmente hablando, el mas puntual y exacto, asi como el mas imparcial y juicioso. Pero como su obra en gran parte es mas bien una compilacion que una historia, la inexperiencia de las manos que empleaba para extracta, copiar y resumir la muchedumbre de documentos sobre que tuvo que trabajar, y á veces su misma distraccion, le hicieron cometer errores y contradicciones bastante graves, ya de tiempos, ya de lugares; disculpables á la verdad en una empresa tan vasta y ejecutada tan de prisa, pero que no por eso dejan de ser yerros, y deben advertirse cuando se encuentran, aunque no sea mas que para justificar la diferencia de opinion respecto de una autoridad de tanto peso como la suya. Sean ejemplo los siguientes, que se hallan entre algunos otros mas, relativos á cronología, en el

curso de los sucesos del tercer viaje desde la fundacion de san Miguel hasta la entrada en el Cuzco.

Dice primeramente que los españoles salieron de san Miguel á 4 de setiembre de 1532, *Década 5.<sup>a</sup>, lib 1.<sup>o</sup>, cap. 2.<sup>o</sup>*; y despues en el cap. 9 del lib. 2.<sup>o</sup>, dice que á principios del año de 33 estaba Pizarro cerca de Caxamalca: allí mismo, pocos renglones mas adelante, fija la entrada en Caxamalca el viernes 15 de noviembre á hora de vísperas, y cuando los acontecimientos se suceden con la rapidez precisa á su duracion, que no fué mas que de dos dias hasta la venida y prision del Inca, fija sin embargo la fecha de este suceso en el día de la Cruz de mayo del año de 33.

Otra equivocacion bastante notable es la de la fecha de la entrada en Cuzco por los españoles fijada por Herrera en octubre de 1534, que debió determinar en noviembre del año anterior. Él, como ya se ha dicho, pone la entrada de los españoles en Caxamalca á principios del año de 33, ó cuando mas tarde, si se atiende á la fecha de la prision del Inca, en principios de mayo del mismo año; él les da siete meses de estancia en aquel punto, pasados los cuales los hace salir para el Cuzco: claro está que si llegaron á esta capital en octubre de 1534, duró la marcha al rededor de un año, y ni la distancia, ni los acontecimientos, ni las paradas, tal como el historiador las describe y las cuenta, suponen semejante tardanza.

## VIII.

*Sobre las mugeres y los hijos de Pizarro.*

No tuvo ninguna legítima; y la principal de sus amigas ó concubinas fué doña Inés de Huayllas Nusta, hija de Huayna-Capac y hermana de Atahualpa. De esta tuvo dos hijos, D. Gonzalo y doña Francisca, que suenan legitimados en los testamentos de su padre. Don Gonzalo falleció de corta edad; y por su muerte la sucesion y derechos del conquistador pasaron á doña Francisca, que fué traída á España algunos años despues, de orden del rey, por Ampuero, vecino de Lima, con quien casó doña Inés de Huayllas despues de la muerte del Marques. A su venida fué tratada por la corte con algun honor en obsequio de sus padres, y casó despues con su tio Hernando Pizarro, á quien fué á asistir y consolar en su prision. De este matrimonio nacieron tres hijos y una hija, por los cuales ha pasado á la posteridad la descendencia y casa del descubridor y conquistador del Perú, y es la que hoy se conoce en Trujillo con el titulo de *Marqueses de la Conquista*.

Los autores no concuerdan ni en el número de los hijos, ni en el de las madres. El testimonio de Garcilaso, que los conoció cuando muchacho, debería al parecer ser preferido; pero aqui se sigue la informacion judicial citada arriba (pág. 346) y algunos papeles inéditos de la misma casa comunicados al autor de esta vida, que todos, por ser de oficio, deben merecer mas crédito que la autoridad de Garcilaso.

De doña Inés no se sabe cuándo murió; cuenta-se de ella que al tiempo que los indios alzados tu-

vieron cercada á Lima, trató de escaparse á ellos, llevándose consigo una petaca llena de esmeraldas, patenas y collares de oro, que ella tenia del tiempo de su padre Huayna-Capac. Avisaron de ello al marqués, que la llamó y preguntó sobre el caso. Ella respondió que jamás habia tratado eso por sí; pero que una coya suya llamada Asapaesiu, la importunaba para que se fuera con un hermano suyo, que estaba entre los sitiadores. Pizarro perdonó á su amiga; mas hizo venir á la coya y la mandó dar garrote en su mismo cuarto. — MONTESINOS: año de 1536.

NOTA. Todas las obras y documentos inéditos que se han tenido presentes para escribir las dos vidas de este tomo, y la de fray Bartolomé de las Casas que se publicará en el siguiente, pertenecen, á excepcion de uno ó dos, á la copiosa y exquisita coleccion de mi antiguo y excelente amigo el señor don Antonio Uguina. El me la ha franqueado y confiado con aquella generosidad sin límites, que ya le ha atraído el agradecimiento y aplauso público de dos escritores bien acreditados, los señores Washington Irving y Navarrete. Yo debo añadir mas, y es que esta comunicacion, sin embargo de ser tan interesante para una empresa como la presente, es el menor de sus beneficios para conmigo; y que una conexion íntima de cuarenta años, jamás alterada ni aun con el menor desabrimiento, y cultivada por él con una serie de obsequios, de favores y de cuidados, tan dulces de agradecer, como imposibles de referirse por su muchedumbre, exige de mi parte este reconocimiento, aunque sea á riesgo de descontentar á su modestia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR

1000